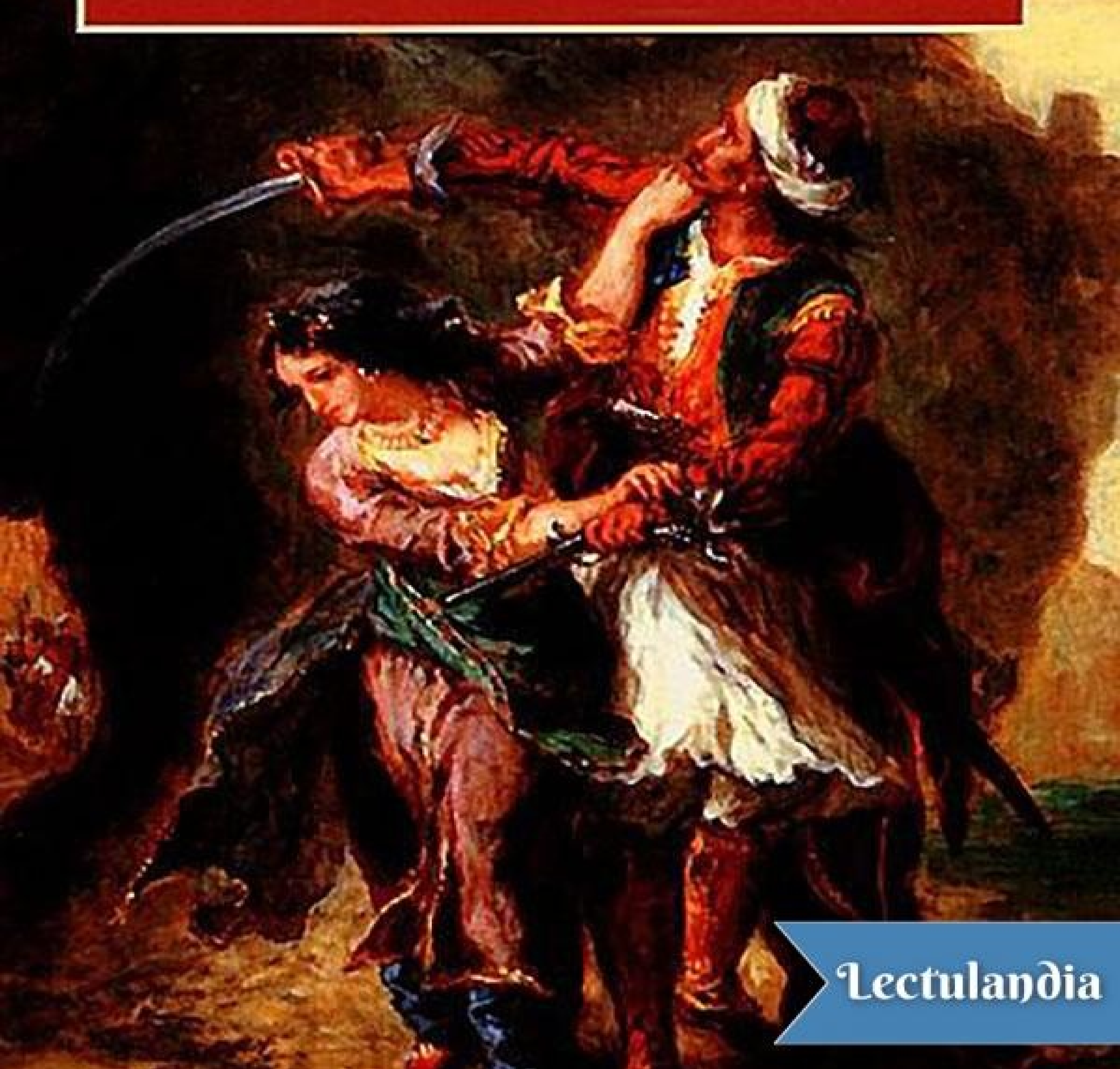
LAURENCE VIDAL

Los amantes de Granada



Tras el entierro de Isabel de Solís, la que fuera una de sus mejores amigas rememora la vida de este singular personaje. Isabel de Solís, hija de un noble castellano, es apresada por el musulmán Aben Barrax durante un ataque a las tierras de su padre y la encierra en su harén, de donde intenta fugarse sin éxito. Educada en un mundo nuevo y deslumbrante para ella, finalmente es cedida al rey de Granada Abu al Hasán (Muley Hacen), que la lleva a la Alhambra y la convierte en su favorita con el nombre de Zoraya. Viven una extraña historia de amor, y cuando las tropas de los Reyes Católicos entran en Granada, los amantes huyen a Málaga. Más allá de la apasionante historia sentimental, el mayor interés de la novela reside en la descripción del proceso mediante el cual una mujer educada en el estricto y rígido mundo castellano y católico, descubre la sensualidad, el refinamiento y la cultura del mundo hispanoárabe, lo que a su vez conduce a una interesante y muy oportuna reflexión acerca del diálogo y la posibilidad de entendimiento entre culturas muy distintas.

Laurence Vidal

Los amantes de Granada

ePub r1.0
Titivillus 27.09.2021

Título original: *Les Amants de Grenade*
Laurence Vidal, 1999
Traducción: Magdalena Costa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Carmela Granados, esté donde esté.

PROLOGO

Burgos, noviembre de 1502

La lenta procesión avanza a través de un aire cargado de escarcha. Delgadas y negras bajo sus velos de esposas del Señor, mis hijas se deslizan sobre la alfombra de nieve. Van en fila, encogidas, siluetas de luto y de silencio que dirigen al alba un trémulo canto de esperanza.

Insensible a la belleza de esta aurora en la que un manto de niebla se irisa con destellos cristalinos, mi corazón suspira, asombrado… Es a mi niña a quien entierran. A esa compañera, esa hermana que, en mi madurez, me había regalado el cielo. Me la arrebató hace tres días.

Isabel, mi hermana luminosa y risueña… Tu cuerpo estaba frío, ayer, durante la última noche en que te velamos. Esta mañana, tu alma sin duda asciende hacia la luz. Quiero imaginarla, ligera, libre al fin como tanto soñó serlo, ascendiendo hacia los cielos donde la acogen aquellos que te amaron. Doña Lucía, Artaja, don Sancho y Muley Hacén, sultán de Granada la difunta, todos esos rostros de tu pasado que en tres años aprendí a amar porque habían alimentado tu alegría.

Duerme, mi niña. Duerme para siempre, tú que ya no puedes sentir este frío que te era extraño, ese intenso frío que se apodera de mí cuando pienso que no volveré a verte entre nosotros. Descansa en paz, al fin, tú que tanto la buscaste.

Duerme, Isabel de Solís. Zoraya, duerme.

Para mis hermanas tú fuiste doña Isabel, la más radiante de las mujeres que nos fue dado acoger en su último retiro. A mí me abriste el secreto de tu corazón. El secreto de tus grandes ojos de mar, a menudo nublados por una bruma salada a pesar de la risa de tus labios. El secreto de tus pómulos, azulados algunas noches durante el oficio de maitines. El secreto de esas largas contemplaciones en las que te deslizabas con sigilo, y de las que volvías con una sonrisa luminosa que traicionaba, bajo los rasgos de la orante, a la sultana adulada que habías sido.

Tú me devolviste la esperanza, mi querida hermana Isabel. No la esperanza en Dios, que nunca me abandona, sino la esperanza en el hombre, en el corazón del hombre tan dispuesto a oscurecerse, en el camino del hombre tan fácil de torcer, en la pasión del hombre tan fácilmente vuelta contra el amor.

Ve en paz, mi niña querida. Es un alma transida de esperanza la que te acoge hoy, estoy segura: el Altísimo en su paraíso.

Duerme mi niña, mi tiernamente amada. Descansa junto al Todopoderoso. Descansa y reza por los que se quedan.

Esta tarde, para esa joven que acaba de llegar, esa doña María que se te parece tanto, evocaré tu orgullosa vida de reclusa. Recluida en tu castillo de la infancia, recluida en el palacio de la Alhambra, joven recluida en tu viudedad mientras se derrumbaba tu reino, recluida al final, por tu voluntad, tras estos muros que yo velo. Recluida y libre, más que ninguna otra, pues tu alma habitada por la gracia sabía escapar de cualquier jaula.

CAPÍTULO I

Granada, septiembre de 1471

Duerme mi paloma,

… tararea una voz lejana

Duerme, en la sombra…

Sosegante a fuerza de monótona, la familiar melodía se desliza en la mente enfebrecida de la adolescente. Una mueca infantil suaviza el rostro cubierto de sudor. Los dedos, sobre la colcha, se relajan.

Los ángeles en el paraíso Cuidan de tu estrella…

La voz es cálida, segura como la cantinela que desgrana. Todos los perfumes de un Oriente con el que Isabel soñaba en otro tiempo flotan entre las notas. Y prosigue la lejana voz:

En el cielo las huríes,
Tejen el hermoso velo
Con el que tu madre, para la fiesta,
Vendrá a cubrir tus cabellos.

Sosegada por la nana favorita de su aya, la joven enferma se acurruca bajo las sábanas. La duda viene a acariciarla —inquietud confusa que se empeña en tomar forma—, pero ella prefiere prolongar la delicada indolencia en que reposa su espíritu.

En la alcoba que tirita y se estremece bajo los tenues reflejos de la lámpara de aceite, una silueta perfumada se ha inclinado sobre la cama. Larga, curvilínea, cubierta de velos claros en armonía con sus cabellos rubios, la favorita de Abén Barrax observa a la cautiva. Los celos le carcomen las entrañas. Sin duda se sabe bella, esta mujer voluptuosa a quien sus veinticinco primaveras otorgan el aroma de un fruto embriagador. Soberana indiscutida de su señor, ella sabe despertar su fogosidad, recoger sus confidencias y hacerle olvidar el encanto de brazos más firmes y de carnes más tiernas con las que a veces la traiciona. Pero esta niña en flor capturada por el amo en una razia en tierras cristianas se le antoja más peligrosa que las bellas ignorantes del harén. Es todo huesos. Su voz tiene la timidez de un pajarillo. Y sus miembros gráciles, al agitarse bajo el efecto del delirio, anuncian futuros arranques de furia que los tiernos abrazos… Una gracia orgullosa, no obstante, se abre paso bajo esa violencia.

Durante tres días la cautiva no ha dejado de sollozar, de gritar, de luchar contra enemigos invisibles. Ni los gritos ni las convulsiones han podido desfigurar su delgado rostro. Ni siquiera esta tarde, advierte la favorita, ni las ojeras que enmarcan sus largas pestañas, ni la angustia de la comisura de sus labios han podido marchitar su joven rostro.

La cristiana debe rondar los quince años, seguramente. Su larga cabellera de fuego, que desciende desde la almohada hasta los pies de la cama, su amplia frente ambarina, y su boca golosa, aunque reseca por el llanto, prometen convertirla en una joya del harén. A no ser que permanezca para siempre prisionera entre los muros de locura en los que se ha encerrado… Flor de Sol, a su pesar, tiene que admitir que la piedad la vence.

Desde que vela a la enferma no la ha visto tan tranquila. Agotado por el combate contra las fuerzas de la oscuridad, el cuerpo de la extranjera parece abandonarse a las caricias del olvido. ¿Habrán dejado allí a su presa los *djinns*[1], por la gracia del Altísimo? En el fondo, Malika se siente aliviada. Imagina muy bien qué fantasmas persiguen a la febril criatura en su delirio. Aún recuerda que también ella creyó no poder sobrevivir en el serrallo. Tras una batalla perdida, que enfrentó a las tropas de Yusuf V con las del sultán de Granada, su padre y muchos otros señores ligados a los Abéncerrajes tuvieron que donar a sus hijas como tributo a los vencedores. Malika cayó en manos de Sidi Abén Barrax. El emir Abu al Hasán aún no reinaba en la Alhambra, sino su padre, Abén Nasar el Pacífico, al que no tardaría en destronar. La adolescente que era ella entonces no sabía nada de esos asuntos sucesorios; su horizonte se limitaba en aquel tiempo a las espesas murallas del parque

granadino, y a la esperanza de una liberación que la despertaba en un sobresalto cada mañana a primera hora. ¿Acaso no era su padre lo suficientemente rico como para pagar el rescate? Pero los días sucedieron a las noches y Malika, en la voz dulce de su amante, se había convertido en Flor de Sol. Tuvo un hijo, un niño; y luego una niña. Habían pasado nueve años, y ella se había ido resignando poco a poco. Las atenciones de Abén Barrax habían acabado por domeñarla.

Flor de Sol, en un suspiro, se deja llevar por los recuerdos. Su mirada vuelve a la bella durmiente: ¡qué vulnerable parece! A la mora le oprime el corazón. Su dedo aparta un mechón de la frente humedecida; la piel aún está ardiendo.

Con la caricia, la adolescente se ha estremecido. Sin abrir los ojos, deja escapar su lamento:

—¿Eres tú, Artaja? ¿Realmente eres tú?

—¿Qué dices, pequeña? ¿Quién crees que soy?

—Has vuelto; gracias —se obstina la muchacha. Su mano ha tomado la de su compañera. Sus labios se han entreabierto en una sonrisa confiada.

Tras los tapices, en la sala de estar, Salma continúa cantando. Seguramente alguna de las mujeres ha echado esencias nuevas en los incensarios: Malika percibe perfumes entrelazados de sándalo y de rosa.

—¿Quemas hiervas contra el mal de ojo? —murmura la adolescente, entre el sueño y la vigilia—. ¡Cuidado, Artaja, no vayan a acusarte de brujería!…

Como si estas palabras misteriosas estuvieran cargadas de un sentido sólo conocido por ella, la cristiana ha empezado a agitarse de nuevo. La mano insegura que sostiene sobre sus párpados cerrados parece querer proteger su rostro. La otra se desliza hasta su garganta, y agarra el amuleto impío que nadie ha osado quitarle. Su cuerpo tiembla de frío sobre el lecho caliente.

Primero, una duda acaricia su espíritu. Después una sospecha terrible que la llena de angustia. ¿No está muerta, Artaja? Ella misma, Isabel, ¿no hace ya cuatro años que quedó huérfana de su querida aya? ¿Y allí, a las puertas de la memoria, no están ocultos en la sombra sucesos aún más espantosos, prestos a asaltarla?

De repente, la pesadilla vuelve al galope y la acongoja. En su cabeza enloquecida por los golpes y los gritos, la bruma se ha dispersado. La sucede una noche descolorida que dibuja el perfil de la luna. Pero no es la luna la que da a la piedra gris esos reflejos anaranjados. El fuego; ¡es el fuego! El humo invade la habitación. La adolescente no puede respirar. Con los pies desnudos

sobre las húmedas baldosas, corre hacia las ventanas. Tras ellas, como monstruos fantasmagóricos deformados por las llamas sanguinolentas, unos cuerpos se entremezclan. Puede oír el choque de las armas y el gemido ronco de un herido al caer. Ese hombre, allá abajo, encaramado sobre la muralla, al que rodean cinco hombres, ¿no es don Sancho, su padre?

Isabel querría gritar, pero el terror la emmudece. Una mano se posa sobre su hombro y la aparta del espectáculo. «Corra, señorita, sígame. ¡La casa está en llamas!». Doña Elvira, desmarañada, la empuja fuera de la habitación. Hecha jirones, su rústica camisa deja asomar un pecho marchito. En otras circunstancias, Isabel estallaría en risas, pues conoce el pudor de su dama de compañía. A toda prisa, baja a tropezones la empinada escalera. En cada piso, sale de debajo de las puertas un humo espeso que les niebla la vista y ahoga su respiración. Por todas partes suenan siniestros crujidos de las llamas alimentándose de sus presas.

Isabel está sola, ahora. Doña Elvira la ha dejado allí, en el huerto, bajo las ramas de un rosal. Luego ha desaparecido.

Con las rodillas hundidas en la tierra aún mojada, la muchacha tirita. El nudo de una raíz se le clava en la carne. Las espinas del rosal le arañan el rostro. Pero Isabel no se atreve a moverse. Intuye a lo lejos los gritos, los resuellos, los juramentos de los hombres y el relincho de los caballos aterrorizados por el fuego. De vez en cuando un alarido salvaje lanzado en nombre de Alá le hiela la sangre. De los moros, sólo le interesaban las gestas legendarias que le contaba Artaja, la dulzura de los días bajo el cielo de Granada, o el canto de las fuentes en los patios de la Alhambra. Esta noche, es el rostro desfigurado de la barbarie el que desgarra su infancia.

Con toda su fuerza de voluntad, la aterrada adolescente intenta ampararse en la noche para no pensar. Y para no llorar; podrían oírla. Mientras sus labios temblorosos musitan un avemaría, sus ojos se fijan en una mancha blanca, allí, a unos pasos de su escondite. Es un resquicio de pureza en el horror que se avecina, una promesa virginal que aún la deleitaba esta mañana: la primera flor del narciso otoñal.

De repente, el rosal se agita por encima de su cabeza. Dos botas manchadas de barro pisotean la flor blanca. Un puño de acero aprisiona su garganta. Un alarido victorioso penetra en sus tímpanos y luego… nada más.

Nada más que la misma visión alucinada. Nada más que unas lágrimas, unos gritos, su cuerpo debatiéndose entre dos manos brutales. Después, el abismo de una noche habitada sólo por sombras furtivas. Y ahora, ¡esta voz

que canta como Artaja! Esta mano, posada sobre su brazo, que no puede ser la de su aya. Y los acres aromas que ya no la hacen sonreír.

Durante algunos segundos todavía, Isabel mantiene los ojos obstinadamente cerrados. Se ha despertado del todo, abatida por la realidad de su pesadilla. Pero se ampara todavía tras sus párpados cerrados y, con los sentidos alerta, intenta adivinar qué peligro la acecha.

A lo lejos, la melodía se ha interrumpido, y enseguida la han reemplazado cuchicheos febriles y el sonido apagado de pasos precipitados. Por encima de ella, juraría, alguien contiene la respiración. ¿Esa o ése al que hace un instante confundía con una muerta?

Finalmente, se decide. Sus largas pestañas, al levantarse, descubren su iris de un azul borrascoso. La adolescente está preparada para hacer frente a cualquier cosa.

Una morisca rubia, de tez pálida y sonrisa agradable, posa sobre ella sus negras pupilas nocturnas. La alas que forman las amplias mangas largas esbozan un gesto acogedor. Pero la muchacha se mantiene alerta. Sus ojos, en la penumbra, recorren el espacio… Todo aquí le resulta extraño. Donde ella esperaba la austeridad de la piedra desnuda, la sombra familiar del baúl en que doña Elvira guarda sus cosas, y la silueta reconfortante del reclinatorio heredado de su madre, Isabel no entrevé más que tapices de colores, ricas alfombras en el suelo, cojines de sedas tornasoladas alineados a lo largo de las paredes. Desde una hornacina, a su izquierda, la única lámpara de aceite dispersa sus resplandores juguetones sobre un teatro de sombras, de arabescos y de figuras endentadas. «¡Las moras!», piensa. Ha sido recogida por unas moras… «A lo mejor una familia amiga de su padre», susurra la voz de la esperanza.

—¿Quién eres? —murmura en la lengua de Artaja—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi padre?

La morisca permanece en silencio.

—¿Vas a hablar o no? ¿Dónde estamos?

Su cuerpo, quebrantado por la fiebre, tiembla de debilidad y de terror. A pesar de todo, con un esfuerzo, consigue levantarse de la cama. La cabeza le da vueltas y sus piernas flaquean. Pero cuando mira a la desconocida que no deja de sonreír, su silueta grácil proclama a un tiempo orgullo, miedo, y un coraje feroz.

—Estamos, las dos, en la mansión de Sidi Abén Barrax —responde finalmente la morisca con voz tranquilizadora.

—No es un amigo de don Sancho; ese nombre me es desconocido. ¿Dónde se encuentra mi padre?

La extraña se ha turbado.

—Habla, ¡te exijo una respuesta! Tú debes saber dónde está el gobernador…

—Estamos muy lejos de Martos, amiga. Has estado enferma mucho tiempo. Tu alma ha combatido contra los *djinns*, que querían entregarte a Iblis el Seductor. Pero nosotras te hemos cuidado. Y tú has librado tu batalla… Aquí estás en tu casa. Aquí, en Dar al Anuar, en el corazón de al Bayyazin.

—¿El Albaicín? Pero… ¡eso está en Granada! Granada, ¡tierra enemiga!… ¿Entonces, qué pasó la noche del incendio? Aquellos hombres armados, aquellos moros que invadían la ciudadela, ¿qué hicieron con los suyos, con doña Elvira, con su padre? Granada, ciudad amada que cada día lloraba su aya. Granada, la protagonista de sus sueños. Después de haberla adornado con todas las delicias imaginables, ¿tendrá que maldecirla?

—Entonces… ¿estoy cautiva?

La frase se ahoga en su garganta. ¡Ella, doña Isabel, cautiva de los infieles!

Bajo una gasa que la expone más que la cubre, de repente la garganta le quema. Sus piernas son de algodón y sus manos tiemblan al apoyarse en el muro. Aspira el aire a bocanadas profundas para evitar desmayarse. Cuando, restablecida, se enfrenta de nuevo a la morisca, lo hace con un gesto altivo de desafío:

—Es así, ¿no? Soy tu prisionera.

—No, *habibti*[2]. No mi prisionera. Pertenecemos, las dos, al harén de Sidi Abén Barrax, que Alá bendiga su nombre. Pronto lo verás. Es un hombre bueno, ya lo verás…

Pero nada puede refrenar el terror de la muchacha.

—¡El harén! ¡Estoy encerrada en un harén! ¡Y supongo que tu amo espera que yo sea sumisa!

La palabra «sumisa» restalla como un látigo, provocando un murmullo alarmado tras los tapices.

—Y ahí, detrás de esas cortinas, ¿quiénes son esas chicas que cacarean? ¿También son prisioneras? ¿O esclavas sumisas, como tú? ¡Que salgan, esas cobardes, y se atrevan a reírse de mí en mi cara! No se reirán mucho tiempo de Isabel de Solís, puedo asegurártelo.

En vano, Flor de Sol tiende una mano consoladora hacia la adolescente, que vacila. Como temía, la cristiana se rebela. Con su crin de fuego, el fruto

rojo de sus labios mordidos por unos dientes resplandecientes y su mirada marina y estrellada, tiene toda la apariencia de un animal atrapado. Incluso su delgadez, que recuerda la de una fiera hambrienta. Una loba rubia, quizá, como las que, al parecer, habitan en las montañas de la Alpujarra vecina, o una pantera de las estepas, cuya gracia felina también posee.

Malika se siente poco hábil. Rechazando la mano tendida, la niña salvaje refunfuña:

—¡Nunca, me entiendes! Nunca me someteré; díselo pues a tu señor. Además, mi padre sabrá encontrar a ese canalla y hacerle pagar el ultraje. Entonces…

Una sospecha la paraliza. Su voz se quiebra. Lleva de nuevo su mano al cuello, donde centellea el medallón con rostro de mujer. Su mirada, de repente implorante, busca los ojos de la morisca. Pero ésta ha bajado los párpados y agachado tristemente la cabeza.

—Padre —murmura aún Isabel, hipnotizada por esa cara llorosa que evita su mirada.

Su cuerpo vacila en el pesado silencio. Si Malika no hubiera estado allí para sostenerla, la muchacha habría desfallecido inconsciente, sobre la mullida alfombra de seda.

Al pie de la cama, arrodillada, una forma desencajada se agita entre sollozos. Sus largos cabellos dispersos forman un vestido de llamas. En su mejilla, una mano extraña acoge las lágrimas que resbalan. La huérfana, en su angustia, acepta por el momento la amistad ofrecida.

CAPÍTULO II

Isabel corre sin parar. Sus perseguidores también. Unos pasos pesados se acercan, haciendo crujir a su espalda las ramas del soto. Despavorida, ha atravesado un claro y se ha echado al camino que parecía abrirle los brazos. Pero el camino se ha cerrado. Las ramas le arañan la cara. Las zarzas deshacen su ropa en jirones y desgarran sus pies desnudos.

Más rápido, Isabel, más rápido, la instiga la sangre golpeando en sus sienes. Más rápido, aún más rápido, repican en su garganta los embates de su respiración. Cegada por las lágrimas, Isabel sabe que no aguantará mucho más. Ya siente en su nuca el aliento del asaltante. Una mano la agarra por el pelo. Ella intenta liberarse. Cocea, grita, patalea.

… Y se endereza sobre su cama, con el corazón enloquecido por el terror. La acoge un silencio de muerte. No hay ningún bosque. No hay agresor. Sólo su lecho desordenado. Y los reflejos de la luna en una habitación desconocida.

Isabel, sin intentar dilucidar si es el sueño o los sucesos de la víspera lo que le oprime el pecho, obedece al sentimiento de urgencia. De un vistazo, evalúa los obstáculos. Todo parece tranquilo en la estancia dormida. A sus pies, rendidas de sueño, dos formas inofensivas respiran plácidamente.

Con sigilo, por la espesa alfombra que ahoga sus pasos, Isabel se aleja de las dos mujeres, que no se han movido.

Ante ella, más sombrío sobre la claridad de los muros, la atrae un espacio oscuro y rectangular. Recuerda unos tapices en el umbral de la estancia. Su mano roza la pesada tela y, vacilando, se vuelve. Una mirada a la claraboya en la que bailan los reflejos plateados le arranca una sonrisa de gratitud: la luna, esta noche, es su cómplice.

—¡Gracias, Señor! —suspira.

En un acceso de piedad, la adolescente se deja caer de rodillas. Su mano, de forma impulsiva, agarra el medallón que brilla en su garganta.

—Santa María, Madre de Dios, madre mía —murmura, con la mirada perdida más allá de su prisión—, cuida de tu hija. Estaré sola de ahora en

adelante —añade, mientras una lágrima contenida asoma bajo sus párpados—. Si vos no me protegéis, ¿quién lo hará?

Los segundos se suceden, enervantemente lentos. Inmóvil, acurrucada, la joven se deja guiar por el silencio, esperando una respuesta. Por fin, en lo más hondo de su corazón, precisamente allí donde reposa el dulce rostro de la Madona, algo se ha estremecido. Es un silencio todavía más profundo, un calor tierno y reconfortante. La intuición de una presencia. Como otras veces antes, Isabel está segura de haber sido oída.

Sólo entonces se yergue de nuevo. La gratitud le da valor. Sin mirar atrás, aparta el tapiz. Un pasillo la invita con su aliento fresco. Avanza a tientas en la oscuridad. Durante un rato, camina a tropezones, guiándose tan sólo por los dedos que palpan a un lado y a otro las paredes del estrecho pasadizo. Hasta que por fin la espesura de un tejido sucede al frío contacto de los muros. Aparta la tela, que se hace pesada en su mano.

Tras el pasadizo de tinieblas, un destello de blancura inunda su rostro. Sobre un patio adormecido, la luna derrama sus olas blanquecinas cubriendo la columnata de luz plateada. Cautivada por la sinfonía del aire que tiembla y se estremece, Isabel no se atreve a moverse. ¿Es ése el reino de los muertos o es un sueño que la embarga de nuevo? El olor de los frutos tibios y de las hojas secas son de este mundo. Y el murmullo que la acoge, es la canción del agua en alguna fuente muy real, una canción que lloraba Artaja, la sirvienta morisca, un agua encantadora y mentirosa que recuerda a la huérfana su condición de prisionera en tierras del islam.

A su pesar, la adolescente se arriesga a salir de la sombra. Avanza bajo los rayos de la luna. No pierde un detalle del entorno; nada se mueve. Sus ojos distinguen la alberca, en el centro del patio, donde el agua prosigue su cuchicheo de complicidad. Algunas zonas más oscuras, aquí y allá, rompen la pálida uniformidad de las fachadas (unas puertas, sin duda, o unos tapices cerrados sobre las mil caras de los carceleros dormidos). Enardecida, continúa su camino. Anda, acelera, casi vuela, ligera sobre sus pies desnudos. Blanco fantasma vestido de fuego, roza apenas las baldosas, y la estremece la caricia del aire que sopla bajo su blusa.

Deja el largo patio a sus espaldas. Todo vuelve a ser negro en el pasadizo. La sacude un escalofrío brutal, e Isabel contiene la respiración. Camina y camina, pero no ve el final del túnel helado. Se golpea la mano, el hombro, la cabeza de vez de cuando. De repente una superficie áspera, más tibia, le araña los brazos desnudos, y ella se encoge. ¿Habrá oído alguien cómo golpeaba una puerta sin querer?

El miedo empieza a vencerla. Una tenaza de hielo y acero le oprime el corazón. Ya no anda, corre, deslizándose sobre la tierra húmeda, temiendo perderse para siempre en la trampa de un laberinto. Por primera vez desde que despertó, considera los riesgos de su tentativa: ¿adónde huir? ¿Por qué camino?

«Jamás —piensa de repente—, ¡jamás conseguiré volver a las lejanas tierras de los caballeros de Calatrava!».

Sumida en la duda, sigue avanzando, a pesar de todo. Lágrimas desesperadas surcan sus mejillas inflamadas.

Cuando al cabo de unos minutos que le parecen horas, un olor de especias, menta, azúcar y pimienta mezcladas, cosquillea su nariz, Isabel se detiene. Un último empujón, unos pasos más, y la muchacha va a dar a un patio minúsculo al que apenas llega el halo declinante de la luna. Pero esa exigua claridad basta para inspirarle coraje. La luz que se desprende de una puerta entreabierta la atrae hacia sí. Consumida por tres días y tres noches de delirio, su estómago le recuerda de pronto que tiene hambre…

Inmensa, polvorienta, la sala, cuyo fondo se pierde en la noche, está llena de bolsas y cubas. En el techo dormitan unos bultos redondeados, fantasmas descoloridos envueltos en telas. La estancia huele a cilantro, miel y salmuera. Durante un buen rato, Isabel se deleita con frutos secos, legumbres confitadas y pasteles de almendras con miel. Cuando una vez saciada vuelve al patio, el estrecho rectángulo del cielo se ha teñido de un gris sucio. El alba empieza a despuntar. El palacio no tardará en despertar pronto. E Isabel ignora aún cómo salir de esa cárcel llamada Dar al Anuar.

CAPÍTULO III

El sol juega al escondite con las celosías. Penetra en la habitación y se derrama en destellos multicolores que revolotean y se arremolinan alrededor de Malika. Estrellas, esferas, rombos, figuras geométricas de aristas desgastadas por el roce del viento, como mariposas formando una fiesta de luz, deseando arrastrar a la favorita en su juego matinal. Con sus risas y caprichos, su indolencia y su humor danzarín, ¿no es Flor de Sol una de ellas?

La joven, parece preocupada. Las caricias del aire no parecen alcanzarla. Apenas ha dormido; los sollozos de la muchacha cristiana han resonado durante toda la noche en sus oídos.

—Estás muy pensativa hoy, paloma mía —refunfuña la vieja Amina—. Eso no presagia nada bueno…

Después de dos horas pululando alrededor de su ama, aún no ha conseguido que le dirija la palabra. El baño caliente, endulzado con aceite de almendra, apenas le ha arrancado un suspiro de satisfacción. Normalmente coqueta, hoy ha acelerado su ritual de vestuario. Sin siquiera mirar las sedas que Amina sacaba de un cofre, ha aceptado la primera aljuba que le ha sugerido, dejando a la sirvienta escoger a su gusto la sarga blanca realzada en oro y las alborgas, las sandalias bordadas que completan su atuendo. En brazos y tobillos, Amina ha deslizado unos brazaletes incrustados de pedrería. En su cuello y orejas ha puesto oro, perlas y rubíes. Con unas manos más ásperas que de costumbre, ha trenzado con cintas su cabellera rubia. Malika no ha protestado. Bajo el arco perfecto de las cejas, la sirvienta ha resaltado con antimonio los lagos sombríos de sus ojos. Con raíz de nogal le ha teñido los labios de un color tostado. Bajo el velo alzado que ha echado sobre su cabeza, la tez de la joven tiene reflejos anacarados.

Orgullosa de su obra, Amina tiende a su ama el espejo de plata. Espera arrancarle una sonrisa, pero Malika apenas mira su reflejo. Sus ojos están perdidos en el vacío, absortos en alguna imagen interior que a la sirvienta, celosa, le gustaría compartir.

—¿Es la infiel la que ensombrece el rostro de mi gacela? Créeme, princesa; no será esa pantera rojiza como mala luna la que te haga sombra en el corazón del amo.

—¡Cállate, Amina! Se trata de…

—Te conozco, mi niña. Atrévete a decirle a tu fiel Amina que no pensabas en el último hallazgo de Sidi Abén Barrax.

—Es cierto, mis pensamientos corren hacia ella y no pueden evitarlo. Pero no tiene nada que ver con los celos. Me inquieta esa niña, eso es todo.

Indignada por tanta simpleza, la vieja exclama:

—¡No me digas, princesa mía, que te compadeces de esa hija del Maligno! De qué te sirve Amina, si tú no escuchas sus advertencias. Ya te lo advertí: con ese pelo que arde como todos los fuegos del infierno, esa niña tiene el mal de ojo. Fíjate, apenas acaba de llegar, arrellanándose en las negras comarcas del Seductor, ¡y ya ha vertido su veneno en el corazón de mi gacela!

—Amina, cálmate. Sabes bien cómo respeto tus premoniciones. Esta vez también te he escuchado. Pero no puedo creer que esta huérfana infeliz tenga los poderes que tú le atribuyes… Es inútil que insistas —remarca cuando la sirvienta se dispone a replicar—. Mejor ve a ver dónde se esconde Abbas. Y tráemelo.

Vejada, la anciana se aleja. Sus imprecaciones rechinan en los oídos de su ama mucho después de que se haya ido.

Amina siempre ha tenido mal carácter. No admite la más mínima alteración en las costumbres del palacio. En este caso exagera. Hasta llega a afirmar que el sabor de los días ha cambiado desde que el amo volvió de Martos.

—Saquear las tierras impías, está bien —sermonea ante quien quiera escucharla esta mujer con fama de bruja—; Alá estará satisfecho. ¿Pero qué necesidad tenía el amo de traer a esa infiel que en cuatro días no ha dejado de gimotear y debatirse como una auténtica *majnuna*, una loca?

Tanta es su impertinencia que amarga a todo el mundo, aunque al tiempo se burlen.

—Es verdad —se obstina la criada—; la mañana de su llegada soñé con una estrella roja colgada en el firmamento de la ciudad real. Resplandecía en pleno día. Luego se acercó el sol y, en un abrazo rojo de sangre, se extinguió con ella, abandonando el cielo de la Alhambra a las negras alas de la noche.

La vieja loca asegura estar aún impresionada.

—Mal presagio —repite a todas horas—. Esta niña trae el mal de ojo. Y su amenaza pesa sobre la ciudad de Granada.

¿Quién podría dar crédito a esas palabras incoherentes?

Una tos seca a sus espaldas saca a la favorita de su ensimismamiento.

—Sé bienvenido, Abbas. Que la bendición del Compasivo te acompañe.

—Que Él dé larga vida al rayo de sol de esta morada.

Con un gesto, Malika señala a su lado un cojín de cuero adamascado. Sin esconder su satisfacción, el eunuco se deja caer. Su peso le hace sufrir. Bajo la saya negra de mangas largas, su carne enrojecida lo tortura. Sus dedos cargados de sortijas están hinchados por el reumatismo. Malika es la única que sabe aliviarlo con ungüentos aromáticos cuyo secreto ella conoce. Ante todo, él le está agradecido por no tener que fingir en su presencia. Una hora pasada con la favorita vale por todos los descansos. Junto a esa mujer sensible al requiebro y maliciosa, no es necesaria la severidad, y la ruda figura que él adopta para imponer respeto a las mujeres no es más que un fastidioso recuerdo.

—Dime, hermano —pregunta Malika tendiendo a su huésped un cubilete de agua perfumada con flores de naranjo—, ¿no es castellana, esa niña que el amo nos ha traído?

—Lo es. Y de noble ascendencia, aunque infiel. Dicen que es hija de don Sancho Jiménez de Solís, el audaz gobernador de Martos al que nuestros caballeros mataron en el curso de la algarada punitiva contra la caballería de Calatrava. Al parecer, combatió como un león.

—Eso es lo que tenía entendido. Sin embargo, la pequeña se ha expresado en la lengua de los creyentes… ¿Lo sabías?

Abbas agachó la cabeza.

—Vamos a ver, Abbas, ¿a quién quieres engañar? Nadie aquí ignora que tú conoces el más mínimo rumor de palacio antes que cualquiera… Entonces, alguna boca sobornada por ti te habrá informado de que la cristiana habla nuestra lengua. Y con un acento encantador, a fe mía.

—Alguien me lo ha dicho, en efecto. Aunque «encantador» no haya sido el término empleado por la boca de la que hablas —sonríe a su pesar el Taciturno—. Me ha parecido entender, al contrario, que la cautiva aullaba como una fiera salvaje. Y que sólo tú, alejando a las mujeres, has sabido serenarla. Eso no me sorprende. Lo que me asombra, en cambio, es que a ti se te haya ocurrido alojarla en tus aposentos. Y que hayas prohibido la entrada a todo el mundo excepto a Hormis y Salma, tus cómplices habituales. No sé por qué te comportas de ese modo, pero ten cuidado, princesa. Basila es muy

celosa de sus prerrogativas. Y no hace mal, en absoluto; ella es la guardiana de las mujeres. No tú.

—Oh, Abbas, no me enojes hablando de esa arpía. Tú sabes bien que ella no se priva nunca de causarme mil molestias.

—Lo sé, Flor de Sol. Pero tú, ¿qué interés tienes en proteger a la cristiana? Y por otro lado, ¿la proteges realmente? O piensas en algún modo de alejarla…

—¡Detente ahora mismo, Abbas!

Malika se ha levantado bruscamente, y sacude el tapiz de seda en un vaivén nervioso.

—¡No te imagino más retorcido de lo que ya eres, Taciturno! Tus sospechas me ofenden. Me preocupo por esa huérfana. ¿Es eso tan extraño?

—Es un sentimiento muy propio de tu corazón, paloma mía —contesta el eunuco en un tono reconciliador—. Dulce e inmaculado. Pero si quieres mi opinión, un sentimiento… poco aconsejable, precisamente.

—Dime lo que se oculta en tu corazón: te corroe la envidia.

—Yo no querría atraer nubarrones sobre su frente.

Flor de Sol se detiene. De pie frente al eunuco, intenta atraer su mirada.

—Esa niña promete ser bella —anuncia con voz grave—. Y tú, el gran oficiante de los placeres del amo, lo has visto a la primera ojeada. ¿Es eso lo que no te atreves a decirme?

A pesar de sus buenas intenciones, Malika no ha podido evitar un escalofrío.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Entonces, ¿qué puedo cambiar, yo? No voy a arrancarle los ojos. Ni a quemarle esa cabellera que lleva en sí las llamas de todos los incendios. Ni a hacerla desaparecer… Puesto que me la ha confiado Alá, loado sea su santo nombre, me propongo tratarla lo mejor que pueda. Y espero que tú me ayudes… Además, ¡puedo confesarlo sin que te burles!: esa niña me ha enternecido.

Admirado por un candor que las intrigas del harén no han conseguido atenuar, Abbas intenta todavía expresar sus dudas cuando, anunciado por el tintineo de los anillos que repican en sus tobillos, Zaynab penetra en tromba dentro de la alcoba. En su cara rosada, los ojos son dos pepitas negras que brillan de excitación.

—Madre, madre, es Nur quien me envía. Salma y ella han buscado por todas partes. Incluso Basila se ha sumado a ellas. Está loca de rabia; ¡la cristiana ha desaparecido!

Un silencio expectante acoge la noticia. Con la alegría de participar en el acontecimiento, la chiquilla no se da cuenta de nada. Estrecha sus brazos alrededor del cuello de Malika, que se ha dejado caer sobre el sofá, e implora, cariñosa:

—Dime, *omayma*, madrecita, ¿puedo buscarla contigo? Amina dice que es una pantera colorada, y que tiene en los ojos la bravura del océano. Debe ser bonita, una pantera con ojos de mar. Amina dice también que es peligrosa, y que no hay que acercársele. Pero yo no tengo miedo; ya soy mayor.

¿O no tengo casi once primaveras…? Además, corre rápido, una pantera —prosigue tras una breve reflexión—. A lo mejor ya está muy lejos. Por favor, madre —insiste la pequeña—, déjame ir contigo…

—Más tarde, *habibti*, cariño —responde Malika con voz suave—. Creo que ni tú ni yo vamos a participar en la búsqueda. Por el momento —murmura mientras acaricia la cara ensombrecida por la decepción—, es Abbas quien debe encargarse de ello, me parece…

—Lárgate, Zaynab —interrumpe el Taciturno, al que el estupor hace aún más frío que de costumbre—. ¡Y que no te encuentre hoy a mi paso!

—Pero…

—Gracias por habernos prevenido, cariño —atempera Flor de Sol, pálida de estupor—. No te preocupes, nosotros la encontraremos. Y tú la verás pronto, te lo prometo. Ahora, corre a reunirte con Jumana y Aísa. Abbas y yo tenemos que hablar.

Cuando la cortina recae tras la pequeña despechada, el silencio cae con ella, y ni Abbas ni Malika desean ser el primero en romperlo.

—¿No has sido tú, verdad, princesa? —se aventura finalmente el Taciturno—. Tú no la has incitado a huir.

Su voz está cargada de sospechas.

—No he sido yo; tienes mi palabra, Abbas. Rendida como estaba, pensaba que dormiría todo el día.

—Te creo… Voy pues a escudriñar todos los rincones del palacio, todos los matorrales de los jardines. Sola, sin ayuda, seguro que encontraremos enseguida a esa chiquilla. Lo suficientemente pronto, espero, para que el amo no se entere de nada.

En tres zancadas, el Taciturno alcanza el umbral.

—¡Hermano! —lo retiene aún Malika. El eunuco, interrumpido en pleno impulso, se detiene sin volverse.

—Dime, ¿no le harás daño, verdad? Me prometes… Un encogimiento de hombros resignado le responde.

CAPÍTULO IV

Encajada detrás de la puerta, Isabel contiene la respiración. La matrona está tan cerca que a cada instante la fugitiva se cree descubierta. Pero la morisca se dedica a sus tareas en el antro oscuro, y sigue sin descubrirla. Isabel distingue el ruido de una calabaza, de una marmita, de un pesado tabaque que alguien desplaza. De vez en cuando, la gruesa mujer canturrea, refunfuña, echa pestes del botijo que se le escapa de las manos, maldice el cilantro o el azafrán que busca en vano. Varias veces, ha caminado hacia el umbral, a dos pasos de la adolescente. Y después ha vuelto a sus preparativos sin sospechar la presencia de la muchacha.

—¡Nayef! —la oye exclamar de repente Isabel—. ¡Aquí estás, al fin! ¿Sabes si ha pasado el buhonero? Necesito a cualquier precio los pollos que me había prometido para esta mañana.

—Estáte tranquila, vieja —contesta una voz gangosa—. La colina de al Bayyazin justo se está despertando, y la carreta de Haddar, el buhonero ya espera a las puertas de Dar al Anuar. Precisamente venía a avisarte.

¡La calle!… Entonces la calle está cerca. Isabel vacila aliviada. Luego se queda quieta, sobrecogida; le parece haber oído chirriar la pesada puerta que oculta su refugio. ¿Lo habrán oído también los compadres?

—¡Alá es grande! El hombre llega a tiempo —la tranquiliza la voz de la matrona—. Venga, Nayef, ve rápido, mientras yo voy a buscar a la reserva el aceite de almendra…

Apenas ve que se han ido, Isabel sale a hurtadillas de su escondite. El corazón le sube a la garganta, pero por nada del mundo querría quedarse atrás. ¿No tendrá ese Nayef las llaves de su libertad? De un salto, atraviesa el patío, rodea los pozos y se precipita hacia el oscuro agujero por el que ha desaparecido el hombre. Aterrorizada ante la idea de perderlo, acelera… y se tropieza con el primero de una fila de toneles alineados a lo largo del muro. Más que el dolor, es el ruido sordo del golpe lo que la hace contraerse. Absorto en una discusión cuyo eco ella oye enseguida, el hombre, afortunadamente, no se ha dado cuenta de nada.

Repiqueteo de los cascos contra el pavimento, olor inconfundible de cuero, estiércol y sudor salado que denuncian la proximidad de un caballo enjaezado. Oye de repente la calle que vibra y vive, por encima de la voz de los dos hombres que discuten.

Con el corazón palpitante, Isabel avanza en silencio. Su silueta felina se ampara en la sombra de los muros. Agachada, conteniendo la respiración, serpentea entre los toneles providenciales que la protegen. Ha contado dos obstáculos en el estrecho pasillo antes de percibir, por fin, el resplandor de la luz del día. Al llegar allí, titubea. Los últimos metros son los más peligrosos. Pero el tiempo apremia. Los hombres han terminado de descargar. No tardarán en separarse.

Hecha un manojo de músculos tensos ante el obstáculo, la muchacha sopesa sus posibilidades. Le duelen los pies desnudos, que han correteado por los pasillos buena parte de la noche. Al diablo sus pies, su túnica, demasiado ligera, ese pantalón morisco en el que la han arrebujado, y su cabellera enmarañada, que le pesa en la nuca. Al diablo su corazón, a punto de rendirse, y las manos heladas que estrecha la una contra la otra para impedir que tiemblen. Agachada, con el cuerpo encogido, se sabe preparada para saltar. Un ardor le quema las mejillas. Nota una punzada de excitación en sus flancos delgados. Más poderosa que el miedo, la voz del desafío asciende y ruge. Escapar, escapar cueste lo que cueste de los bárbaros que la han enjaulado. Volver a ser Isabel, la niña solitaria y feroz que nadie, ni siquiera la querida doña Elvira, ni don Sancho, su padre adorado, supieron o quisieron domesticar del todo. Reencontrar el sabor del aire, el sabor del viento y de la lluvia. Reencontrar, sobre todo, su tierra, la gris ciudadela hoy calcinada, y sus habitantes (si alguno queda) que sabrán acogerla…

Acongojada por el recuerdo de una vida hoy reducida a cenizas, Isabel cierra los ojos. Un segundo después, salta.

—¡Mira esa furia! ¿De dónde ha salido? —exclama el buhonero, que baja de un salto de la carreta.

—¡Deténte! ¡Deténte ahora mismo! —rechina en eco la voz gangosa.

La fugitiva desciende por una callejuela empinada por la que a esas horas nadie se aventura a cortar su carrera. El esbirro de Dar al Anuar se lanza en su persecución, seguido a lo lejos por el mercader, a quien el exceso de peso ralentiza.

Isabel se echa a un lado, por un estrecho pasadizo cuya oscuridad la protege. A toda prisa, al azar, corre por callejones desiertos. Primero cede a la

pendiente. Luego, aunque le falta el aliento, se abalanza por una cuesta invadida por la maleza.

A medida que trepa, el camino zigzaguea y se estrecha hasta arrinconarla entre dos fachadas, tan juntas que cree haber llegado a un callejón sin salida. Entonces, una brecha imprevista le ofrece una nueva oportunidad. Y entonces también, cuando ya esperaba haber despistado a su perseguidor, su esperanza se ve frustrada. Apenas cree haberlo conseguido, oye repicar la suela de sus babuchas sobre el ladrillo seco. Isabel, el pecho ardiendo, los ojos extraviados, ya no sabe dónde meterse. Perdida en un laberinto cuya absurda disposición no comprende, le parece estar avanzando en círculos. Esa puerta de ahí, que acaba de rozar en su carrera, ¿no es la misma que ha pasado hace un momento? Y ese sobradillo austero, ¿no lo ha cruzado ya? Estrechas, tortuosas, todas las callejuelas se parecen.

De repente, cuando está a punto de derrumbarse, un movimiento atrae su atención. ¿No es el viento en las haces de acanto que crecen en los cimientos de las casas? ¿O más bien una puerta que bate unos metros más abajo? Haciendo un esfuerzo de voluntad, Isabel se dirige hacia allí. Su hombro topa con la chambrana, y la puerta cede a su empuje. La muchacha tiene el tiempo justo de volver a cerrarla. Los pasos que le seguían los talones están a punto de llegar al umbral. Allí están. Titubean. Luego reemprenden su camino. Despavorida, sin aliento, Isabel se deja resbalar sobre la madera tibia. El suelo bajo sus muslos está helado. Durante largo rato, cree percibir el ruido de un galope que ora se acerca ora se aleja. La cabeza le da vueltas. A cada bocanada el aire le desgarra el pecho. Las paredes tiemblan a su alrededor, y unas estrellas bailan en zarabanda ante sus ojos.

Su respiración vuelve a la calma. La tierra recupera la firmeza que comúnmente dispensa a los hombres. Sus ojos recobran la vista. Y ya no hay señal de su perseguidor. Está sola, por fin, en el umbral de esta morada deshabitada.

Durante un buen rato, su mirada curiosea a través del patio que se abre frente a ella. Está dispuesta a saltar a la primera señal de alerta, pero ninguna silueta se aproxima sobre el suelo de azulejos gastado por los años. Ningún movimiento perturba el orden, en las galerías, de las puertas de madera de mala calidad. Ningún ruido trastorna el murmullo de la fuente donde dormita un lienzo olvidado… A medida que se van sosegando los latidos de su corazón, las notas cristalinas se amplifican, devolviendo a su memoria un mensaje desde siempre soterrado:

—Recuerdo mi colina de al Bayyazin, donde están las gentes de Baeza —suspira la adolescente con una voz surgida del pasado.

¿No es ésa la entonación de Artaja, que tanto lloraba en otro tiempo las divinas fuentes de Granada, y sus jardines, y sus callejones oscuros?

—Y la ciudad real de al Hambra, la Roja, desgrana la voz de su aya. Y Garnatha al Yahud, barrio de los hijos de Musá. Y Rabad Ilbira, donde permanecen los mozárabes, que son tus hermanos cristianos…

Estas palabras la sobresaltan. ¡Rabad Ilbira! ¡Por supuesto! He aquí la dirección que debe seguir. Entre sus correligionarios encontrará alguna alma caritativa que la ayude a volver a Martos… Un suspiro de alivio se le escapa. Impaciente, se pone en pie. Y asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

El callejón parece desierto. Sin mirar la morada hospitalaria que ahora abandona, la adolescente se aleja a paso rápido. Guiada por el instinto, avanza al azar por los callejones. La pendiente es a ratos escarpada, y su pies desnudos están doloridos, de rozar ora la terracota, ora los guijarros redondeados y pulidos por el tiempo. Pero el aire matinal transporta un perfume de azahar y jazmín por encima de los altos muros. Isabel, con el corazón lleno de esperanza, casi podría olvidar el peligro que en todas partes la puede asaltar. Pero la silueta de un viejo que pasa en ese instante junto a ella le devuelve el miedo. ¿Ha aflojado el moro su paso para verle la cara? ¿Era amenazadora la mirada que le ha dirigido?

Una ojeada a su propio aspecto la convence del peligro. Con los cabellos enmarañados, los pies desnudos, la camisa manchada y esa especie de pantalón arrugado, demasiado grande para ella, la adolescente tiene todo el aspecto de una prisionera en fuga. El desconocido lo ha adivinado. ¿No acaba de volverse? ¿No está alzando ya un brazo para pedir refuerzos? Ahora, seguro, va a gritar. Va a dar la alerta…

Pero el viejo, en silencio, desaparece tras una esquina. Pasa otro hombre, un artesano con prisa por volver a su trabajo, y después otro, y otro más; ninguno presta atención a la chiquilla solitaria que se sobresalta ante cada rostro. Pasados algunos minutos, está cada vez menos sola. Un poco de todas partes, hombres, mujeres, niños se dirigen adónde la vida los llama, captan su atención. A veces se cruza con una mirada que rápidamente se aparta. Primero apurada, poco a poco aliviada, doña Isabel de Solís se hace a la idea de que para los transeúntes ella no es más que una vagabunda, quizás una mendiga.

Al cabo de unos minutos, llega hasta ella un rumor lejano. Un rumor que crece y rebota de una casa a otra. La intriga y la atrae. Arde en deseos de

acelerar el paso. Gritos, cantos, relinchos; esa barahunda la llama. No sabe si anuncia una vía de escape o una emboscada, pero se apresura en esa dirección. Y desemboca muy pronto en una plaza bulliciosa (de vida, de gente, de mercancías). ¿Una plaza? Apenas seis varas por cuatro, encerradas al pie de una espesa torre cuadrada cuya oscura abertura derrama a cada segundo un torrente de recién llegados: hombres, mujeres con y sin velo, niños que corretean entre sus piernas gritando, y mulas que los atropellan, y mendigos, y tullidos, y el caballo de un caballero furioso al ser arrastrado por la multitud, y…

Isabel se ha detenido en una esquina. Cautivada por el espectáculo, olvida esconderse.

En cuclillas ante los tenderetes, los artesanos interpelan a los clientes. Otros, mercaderes ambulantes bajo sus toldos montados de cualquier manera, ofrecen a gritos sus frutas, sus flores, sus legumbres frescas. A éstos, en el jaleo, los cubrirá la voz del vecino. Los juramentos se funden con las arengas, las diatribas y los pedidos que resuenan, con las disputas y las fanfarronerías. Un matarife atraviesa la plaza, como un coloso, apenas doblando el espinazo, bajo el peso de una bestia entera. Una mujer encinta, flemática, echa su vientre hacia delante para abrirse camino. Un ciego gimotea su lamento; su joven guía exige con descaro a los transeúntes la limosna debida, en nombre del Misericordioso, al hermano que está en pena. Huele a jazmín y a mostaza, a sudor y a mejorana, a incienso, a estiércol y a flor de naranjo. Huele también a pescadito frito, a carne asada, a buñuelos y al té a la menta que ofrece una bodega frente a la torre cuadrada. Se interpela en árabe, en veneciano, en castellano; se responde en catalán, genovés, en turco quizá, en tantos idiomas mezclados que Isabel no entiende ninguno.

Justo cuando empieza a aclimatarse, una oleada más fuerte que las demás la hace estremecer. De un salto, se echa atrás. Se dispone a huir, pero el agolpamiento se ha producido lejos de ella. Los gritos y las injurias se funden.

—¡Al ladrón! ¡Sarrak! —aullan unas voces furibundas. Como si fuera de mercurio, un pícaro se pone en fuga. Lo persigue un hombre grueso. Pero el bergante es más ágil. Tiene apenas trece, catorce años. Vira, serpentea, zigzaguea entre la multitud y se lanza derecho sobre Isabel. Bajo sus bucles enmarañados, el chico tiene la gracia de un ángel testarudo. Al cruzarse con la adolescente, le echa una mirada de curiosidad. Cuando ella se vuelve, el ladronzuelo ya ha desaparecido tras una esquina.

Un instante después, Isabel se abre camino a su vez entre la masa ondulante de cuerpos, al tiempo que echa, a derecha e izquierda, miradas

furtivas, con el renovado temor de encontrarse con los esbirros de Dar al Anuar. El hombre de la voz gangosa ha debido dar ya la alerta, a estas horas. ¿Cuánta gente estará persiguiéndola? ¿Será esta ciudad lo bastante grande para esconderla una larga temporada? ¿A quién puede preguntar por el camino a Rabad Ilbira?… La adolescente siente que el pánico se apodera de ella.

Como para llamarla al orden, la manga de un sayo le azota la cara, una suela de corcho aplasta su pie desnudo, un codo se clava en sus costillas; el dolor, agudo, la devuelve al instante presente. Da un traspiés y, afortunadamente, se sostiene, en una buena mujer que le sonríe… Isabel se siente patosa, pero esa torpeza, curiosamente, la tranquiliza. A causa de tantos gritos, de tantos olores, de tanta carne a su alrededor, la cabeza le da vueltas. Sus sentidos sobreexcitados se concentran en la búsqueda de la vibrante medina. Granada, generosa ciudad femenina, la acoge como a una hija más. La multitud la salva y la protege, la reconforta y la sosiega. La adolescente se siente tentada a abandonarse entre sus bulliciosos brazos. A pesar de su alma herida, siente cómo su cuerpo se entrega, listo para saciarse de vida, de esperanza, de locos abrazos, de una absoluta fascinación de estar en el mundo que ya creía perdida para siempre.

Pero, bruscamente, la muchacha se estremece. Entre sus hombros acaba de clavarse la daga de una mirada insistente. Como un relámpago, el miedo la sacude de nuevo. Querría huir, pero la multitud le impide el paso. Temiendo encontrarse con el hombre de Dar al Anuar, Isabel, de mal grado, se vuelve y hace frente a la amenaza. Al principio, no ve de dónde llega el embate. Después su mirada se detiene en una silueta delgada, un punto fijo en la marea movediza… Conoce esa mirada desvergonzada: el ladrón, ¡pues claro! El joven picarón de hace un momento, que la observa con sorna… A Isabel le entran ganas de llorar de alivio.

—No temas, bella extranjera —comienza el adolescente, que se ha reunido con ella y confunde su expresión—. Fuad no es tu enemigo. Por los harapos que llevas y el aire perdido que intentas disimular, veo que necesitas ayuda… Estoy seguro de que Fuad, príncipe de las calles, señor de los recovecos de Granada, está dispuesto a brindarte su protección —añade el bergante encorvando su cuerpo.

Isabel no abre la boca; su rostro permanece crispado. Es evidente que la cháchara del pícaro la irrita, pero su sonrisa es contagiosa, y franca la mirada que posa sobre ella.

—No temas —insiste el muchacho—. No te quiero ningún mal, de verdad. Al contrario: Aquel que me hizo hijo de las calles, gloria a su santo nombre, me dio ojos para reconocer a los compañeros de infortunio. Tu mirada de hace un momento me ha enviado una señal, y aquí estoy, solícito; te ofrezco mi ayuda… Claro que, si no necesitas nada, puedo reemprender mi camino.

Uniendo el gesto a la palabra, el astuto muchacho le vuelve la espalda. La adolescente se sobresalta. Su mano agarra la manga de la chilaba azul.

—Tienes razón —suelta ella en un suspiro—. No soy de aquí. Vengo de una tierra extranjera, por allí, cerca de Jaén —indica con un gesto vago—. He llegado aquí por accidente… Ahora, es cierto… estoy perdida.

De repente su voz se apaga. Isabel está sola, abandonada en una ciudad cuyas costumbres desconoce; la persiguen los esbirros de su raptor; cifra todas sus esperanzas en los habitantes de un barrio en el que no conoce a nadie. Y ante todo, ya no tiene padre, ella que jamás tuvo madre… La desesperación la desborda.

Mientras su compañero la observa con ojo escrutador, Isabel intenta reprimir las lágrimas. Le quema la garganta, y la mandíbula, crispada, le duele.

—Yo soy Fuad —irrumpe el adolescente al término de su examen. —En un gesto divertido, lleva la mano a su corazón, sus labios y su frente—. A tu servicio, noble extranjera —prosigue—… ¿Y a ti, cómo te llaman?

En señal de protección, el malicioso muchacho pone sus dedos sobre el hombro de la muchacha, cuyo cuerpo se relaja poco a poco. La sonrisa del chico es despreocupada, pero su mirada seria.

—Yo soy Isabel —responde finalmente ella.

—Bienvenida entre nosotros, Isabel —la alienta la voz amistosa—. Granada es una ciudad llena de maravillas, recurso del pobre, refugio del exiliado. Ya verás, bella cristiana (porque eres cristiana, ¿no?), también para ti mi ciudad será propicia. La prueba: me ha enviado a mí. Y no sé de nadie que conozca mejor los laberintos granadinos.

Mientras habla, el bergante de hablar florido ha tomado de la mano a la muchacha. Ágil, rápido, se desliza entre la multitud arrastrando a su compañera.

—¿Adónde me llevas?

La adolescente todavía se resiste.

—Busco un rincón apartado —la tranquiliza Fuad una vez más—. Pero eres tú quien tiene que decir adónde quieres ir. Y será un honor para mí

conducirte hasta donde desees.

—¿Sabes dónde se encuentra Rabad Ilbira? —aventura la muchacha tras un último titubeo.

—Rabad Ilbira, ¡por supuesto! ¿Es allí dónde vamos? ¿Tienes familia en el barrio cristiano, doncella?

Después, viendo el rostro de su compañera deja de bromear:

—De acuerdo, no insisto… Nadie te obliga a hablar —añade con tono contrito.

De pronto, el tunante le parece tan niño, con su mirada suplicante, que Isabel no puede contener una sonrisa. Más tranquila, ajusta el paso al de su joven guía. Cuando ella se detiene para recobrar el aliento bajo la sombra que el salidizo de una ventana proyecta sobre el callejón, Fuad, silencioso, la espera. Y cuando los dos reemprenden la marcha, al mismo paso, la adolescente nota el ambiente más ligero. El cielo cristalino es su cómplice, y jubilosa la luz que juega al escondite con los rincones en sombra. Protectores los hombres que pasan, y benevolentes las mujeres… La rosa, el jazmín, el azahar: tantas invitaciones placenteras iluminan la mañana… El patio acogedor, la multitud bulliciosa y multicolor; ahora Fuad, ese compañero inesperado: tantos sucesos agradables indican… ¿Cómo no creer que, en medio de tantas dificultades, la Providencia acude en su ayuda?

Mientras ella se aferraba a estas ideas reconfortantes, los dos adolescentes han llegado al final de la pendiente. Frente a ellos se alza una espesa torre, cuyo amplio portal de dovelas se apresuran a cruzar.

—Bib al Difaf, la Puerta de los Tambores —proclama el joven moro—. Enfrente, el puente de al Qadi.

Por encima del Darro atronador, efectivamente, se extiende un puente hacia lo que parece otra ciudad. Erguido en su desnudez, un collado abrupto les impide ver el horizonte, y viene a cortar en vertical una espesa muralla de piedra roja. Muralla que sube y se eleva, bajo los ojos ensombrecidos de Isabel, hasta reunirse con el cielo azul sobre el que se recorta la arista de las almenas. Abrazando la colina por todas partes, la orgullosa ciudadela desgrana sus torres, sus torreones y sus puertas sombrías, masas cuadrangulares que horadan los filos de las aspilleras.

—¿Está ahí, la Alhambra? —pregunta Isabel, arrancada a sus pensamientos por la majestuosidad del lugar.

—Al Hambra, nuestra roja fortaleza real —confirma con orgullo su compañero.

—Es extraño —observa la adolescente—; esta fortaleza parece agresiva. ¿Cómo se puede imaginar que albergue en su interior los palacios de encaje multicolor, los patios en flor y las frágiles fuentes que me describieron no hace mucho?

—¿Cuándo posees una joya, la expones a todas las miradas? —inquiere Fuad sorprendido.

—No sé… Sí, claro. ¿De qué serviría si no?

—Entre nosotros es todo lo contrario. La opulencia, la belleza, la felicidad, las guardamos celosamente en la intimidad. De cara al exterior, mostramos la simplicidad que esconde la codicia, y el poder que mantiene al enemigo desconfiado; en el interior, la dulzura de vivir, nuestro oro, nuestros jardines y nuestras mujeres. ¿No es eso más prudente?

Isabel se sobresalta ante esa palabra. Prudente. ¿Es prudente, ella, que se deja cautivar por la ciudad del enemigo en lugar de correr al encuentro de sus primos mozárabes?

—¿Estamos aún muy lejos de Rabad Ilbira? —pregunta con voz entristecida—. ¿Cuándo llegaremos?

—Calma, linda doncella. Un poco de paciencia. Apenas ha pasado el mediodía, y el barrio cristiano no queda lejos de aquí…

No obstante, su guía la arrastra con paso vivo a lo largo de la ribera. Las casas de alrededor tienen un aire afectado que desafía las leyes de la gravedad. Sobre dos o tres pisos, muestran por encima de los transeúntes sus cornisas y sobradillos, desplegándolos aún más lejos, como si quisieran unirse por encima del río. Isabel acelera la marcha bajo esos entrelazos mágicos. A lo lejos, la asalta un nuevo rumor, unos gritos que, poco a poco, se van precisando:

—¡Viva el sultán! ¡Viva Abu al Hasán, nuestro valeroso emir! ¡Que el Victorioso le proteja y guíe su brazo para siempre!

Sobre la placita triangular a la que van a parar los adolescentes, se forma una ola febril que se agita, se eleva y ruge. Gritos, bravos y alabanzas preceden al martilleo de los cascos y al tintineo de los címbalos. No tarda en aparecer un cortejo, portando estandartes que ondean al viento. La multitud, alborozada, se aparta con respeto. Sobre sus caballos al trote, los primeros caballeros avanzan, y el pueblo los aclama enfervorecido.

A Isabel se le pone la piel de gallina. ¿Será quizá por el peso del recuerdo? ¿El de la noche trágica, o el de las horas de vigilia que, no hace tanto, pasaba inquieta por su padre, cuando éste partía en expedición contra los moros de la frontera? ¿O tal vez es el mismo horror que siempre se ha

apoderado de ella al oír relatar un combate o una razia, ese malestar que se esforzaba en ocultar porque resultaba vergonzoso que la hija de un paladín manifestara pesar ante las hazañas de su padre?… Desde que puede recordar, Isabel nunca ha podido aplaudir los ataques heroicos de los que los suyos se enorgullecían. Ella creía ver a los heridos retorciéndose en el campo arrasado tras la batalla, recordaba los ojos apagados de los cautivos, oía los lamentos de las mujeres cuyos maridos no regresaban… No, a pesar de la pasión silenciosa que profesaba a don Sancho, nunca le han gustado los hombres de armas. Hoy, más que nunca, los contempla con horror. ¿Acaso no está muerto su padre por haber sido uno de ellos?

—No temas nada —le susurra al oído Fuad, deslizando un brazo protector alrededor de sus hombros—. Es nuestro emir el que desfila, de vuelta de alguna algarada fronteriza. Hay que proteger la Vega, dar seguridad a los paisanos y desalentar la audacia de los señores vecinos.

Por deferencia hacia ella, el muchacho no menciona que los vecinos son señores cristianos.

—¿Quieres que nos alejemos? —propone.

A pesar suyo, la adolescente acaba de estremecerse. Su cuerpo se ha encogido. Sus ojos han lanzado un destello azulado. La muchacha parece hipnotizada por una de las siluetas a caballo.

Mirada severa, gesto altivo, el caballero es la viva imagen de todo lo que ella teme. Sin embargo, emana grandeza y nobleza, admite la joven. Sobre su túnica granate, realzada en negro y dorado, una fina cota de malla realza sus pectorales. La cabeza, que mantiene orgullosamente erguida, enarbola un casco gris mate cuyos costados, engastados de pedrería, descienden hasta la mandíbula y encuadran un rostro masculino de barba morena y ojos centelleantes que revelan el brío contenido y la seguridad de quien nunca ha conocido la derrota. A su espalda pende una capa de pesado brocado que parece querer alzar el vuelo a cada paso. En su cadera brilla la funda incrustada de perlas del puñal hecho a medida, mientras que de los pliegues de su ropa emerge el tahalí grabado de esmaltes en filigrana donde reposa la cimitarra asesina. Su escudo, un disco de cuero escarlata repujado en oro del que penden ornamentos del mismo metal, resplandece bajo el sol. Los estribos son de una plata casi igual de resplandeciente, y los lleva cortos, como para atenuar con un porte elegante la soberanía de su aspecto. Tan orgulloso como su señor, y tan fogoso, también, el corcel luce una manta adamascada en escarlata y un arnés de cuero flexible que, en cara, cuello y pecho juguetea con el oro y la plata dorada sobre el negro brillante de su capa.

Ardientes y comedidos uno y otro, irradiando poder y una suavidad feroz, caballo y caballero parecen uno solo. Un solo ser que respira orgullo y nobleza, pasión, complicidad y, remarca Isabel intrigada, como una infinita soledad compartida. Uno piafa, el otro lo apacigua. Uno danza de impaciencia sobre sus patas nerviosas, el otro alza un brazo augusto y sonríe a la multitud. Tras esa sonrisa victoriosa que recoge el homenaje y manifiesta el ansia de combate, se adivina un secreto.

—Es impresionante, nuestro príncipe, ¿verdad? —aventura el adolescente—. Gracias a él, desde hace casi siete años, los granadinos han recuperado su grandeza. Reina la paz. El reino es próspero. Y sobre todo, por fin es libre. Algunos reprochan aún al *said* Abu al Hasán Alí que destronase a su padre, el buen Abén Nasar Saad. Yo digo que si un hijo debe respeto a quien le ha dado la vida, para un rey su deber es su reino. Antes que doblegar el espinazo, rendir tributo y hacer muchos juramentos de amistad a nuestro legítimo enemigo, nuestro sultán, que Dios le dé larga vida, a él y a sus descendientes, ha reconquistado las plazas que nos fueron arrebatadas. Tan bravo en el campo de batalla como hábil en la administración, él ha devuelto el ardor a nuestros guerreros, y a la gente de Granada su honor perdido.

Pero Isabel apenas le escucha. Un escalofrío la hace temblar, ya no de terror sino de un sufrimiento voluptuoso. Qué calor siente de pronto. Se le escapa un suspiro. ¿De modo que ese formidable guerrero es el propio emir? No es sorprendente, razona para sí, que ella se haya fijado en él entre todos los demás. ¿No era don Sancho quién aún ayer repetía que «La nobleza, cuando es de espíritu tanto como de nacimiento, es modelo para todos. Por eso atrae las miradas, vertiendo en el corazón la admiración de la virtud y el deseo de imitarla»?

El sultán se aleja ya en dirección a la Alhambra. Ha pasado cerca de la adolescente. Su mirada tal vez la haya rozado, como parece rozar todas las cosas. Detrás de él, e igual de orgullosos, los caballeros de su séquito desfilan también. Demasiado ocupada intentando justificar su aturdimiento, Isabel no les presta atención, a pesar de que uno de ellos se ha detenido a menos de cinco pasos de donde se encuentra. La ha observado un instante y luego, con el rostro encendido, se ha vuelto enseguida. Ha susurrado unas palabras a un hombre que se le ha acercado, y el sirviente ha dejado el cortejo y ha desaparecido entre la multitud. Pero la muchacha no se ha dado cuenta de nada.

—Tienes razón —comenta a su compañero—, a tu sultán no le falta nobleza… Ahora, si alcanzáramos el barrio cristiano. Me urge encontrar

ayuda entre los míos —añade estremecida.

Cogidos de la mano, los dos jóvenes atraviesan la multitud. El aire emana el olor de las mil esencias de los perfumistas, los ungüentos de los drogueros, el cuero de las monturas de alrededor y el estiércol de los caballos que a lo lejos escalan la roja colina. Muy pronto, cuando se alejan de la plaza, por una calle empinada lo bastante amplia como para dejar pasar a dos caballeros de frente, el tumulto se disuelve en un rumor. Invadidos por un confuso malestar, permanecen en silencio. ¿Será la melancolía de este final de jornada? ¿Será el miedo a no encontrar ayuda entre los mozárabes de quién depende la suerte de Isabel? Sus manos se separan. Absortos en sus pensamientos, avanzan con la cabeza gacha y los ojos a ras de las plantas caprichosas que aventuran sus tallos entre los ladrillos.

De repente, surgida de quién sabe dónde, una sombra se abalanza sobre Isabel. El grito de la muchacha se ahoga bajo la mano brutal que la amordaza. Un brazo le aferra el cuello, otro le oprime la cintura. No puede respirar. Se debate. Indiferente a sus coces, el asaltante la levanta y la tira hacia atrás, hacia una calleja estrecha y sombría donde sus ojos ya no distinguen nada. Enloquecida, con los dedos agarrándose en vano al brazo que intenta sacudir, retorcer, arañar, Isabel clava sus dientes en la mano que la amordaza. Le responde una maldición ahogada, seguida de un golpe seco en la nuca que la deja medio aturdida. «Fuad —piensa, desesperada—: ¿por qué no ha gritado?».

—Está bien; el chico no nos molestará más —interviene una voz gangosa que ella reconoce inmediatamente.

—¿Qué hacemos con ésta? —masculla su agresor—. Es una auténtica furia.

—Fuad. ¿Qué le habéis hecho? —gimotea la adolescente aterrorizada.

A fuerza de agitar la cabeza, aun a riego de acabar de ahogarse bajo el puño que la aprisiona, ha alcanzado a percibir, a algunos pasos, una forma pálida en el callejón sin salida. Parece un paquete de tela azul recostado contra el muro: el cuerpo inerte de su compañero.

Alentada por la furia, Isabel se debate con más fuerza. Su codo ha debido alcanzar un punto sensible, porque su raptor afloja la presión. Una coz más, un golpe de cabeza al azar, y la adolescente escapa y corre en dirección a Fuad.

—¡Ah no! ¡Esta vez no! —chilla a su espalda la voz gangosa.

No le da tiempo a llegar hasta la forma postrada: el grito, en sus oídos, se convierte en una explosión. Isabel se desploma maltrecha entre una lluvia de

estrellas que cruza su mente.

CAPÍTULO V

Le pesan los párpados, sus labios están resecos y un sabor amargo invade su boca. Cuando mueve la cabeza, miles de alfileres se clavan en su nuca. Llega a sus oídos una conversación incomprensible, disputas y risas femeninas mezcladas con gritos de niños cuyo acento agudo, a veces, repercute en su sien. ¿Dónde está? ¿Por qué le duele tanto el cuerpo? Isabel no sabe demasiado. No obstante, las imágenes de su sueño eran dulces: hombres postrados rezando, la luz que resplandece sobre el casco de un caballero, y el entusiasmo de Fuad, a su lado…

¡Fuad! Esta vez, la adolescente emite un gemido. La agresión, Fuad en el suelo de un callejón sombrío, la voz gangosa que la persigue: ¡está en Dar al Anuar! Los brutos de hace un rato (¿o fue ayer?) son hombres de Abén Barrax. De nuevo prisionera.

Ya completamente despierta, Isabel se yergue sobre el jergón que le ha servido de cama. Al principio, cree estar sola en la larga galería, donde una luz temblorosa penetra en tímidos rayos. Luego distingue, en el otro extremo, una silueta robusta vestida de azul y verde pálido que monta guardia frente a la única salida. Como si advirtiera que se ha despertado, el hombre se vuelve hacia ella. En su rostro de ébano, la adolescente no distingue más que el blanco de los ojos y los dientes, mientras él, con un rictus, le indica que no se mueva. Luego regresa a la puerta e intercambia unas palabras precipitadas con un interlocutor invisible.

A duras penas, la muchacha se pone en pie y camina vacilando hacia la luz. Se siente tan débil y su cuerpo, molido por los golpes, le da punzadas tan fuertes que tiene que apoyarse en el muro para avanzar. Cuando finalmente alcanza la primera ventana, reposa en la reja su frente dolorida. A través del ajimez, sus ojos mohínos disciernen los naranjos y los laureles en flor de algún patio interior cuyo esplendor le parece ofensivo. Sin embargo, nada puede esperar. Sumida en la angustia, no oye que la puerta se abre. No ve que se abalanza sobre ella una silueta furiosa. Y cuando una sonora bofetada le

gira la cara, ella se vuelve, tanto de estupefacción como de dolor, sólo para recibir una segunda bofetada.

—¡Toma! ¡Toma! ¡Y otra más! —grita una voz femenina en una explosión de rabia—. Ésta es para que aprendas obediencia. Ésta para que comprendas que una esclava nunca escapa de su amo. Y ésta por haber provocado la ira de Abén Barrax, ya que ha sido él quien te ha reconocido en las calles de Granada, ¡cristiana estúpida! Se ha enterado de tu huida al mismo tiempo, y ahora puedes estar segura de que nos castigará. Sin embargo, es a su querida Flor de Sol a quien tendrá que quejarse… ¡Toma! ¡Y toma otra más! Y esto no es nada comparado con lo que te espera cuando vuelva el amo.

Sobre el rostro de Isabel, sobre su cabeza y sus brazos alzados en una maraña ridícula, llueven los golpes sin que ella halle fuerzas para devolverlos. Anestesiada por la cólera, la adolescente no siente nada. Nada más que la voluntad exacerbada de mantenerse en pie frente al asalto, y el orgullo de no darle a la arpía la satisfacción de pedir clemencia.

—Jamás, ¿entiendes?, jamás había hecho nadie una afrenta semejante a Basila —le espeta la odiosa voz que empieza a extenuarse, a la vez que los golpes se van espaciando.

De una ojeada, por encima de sus brazos, Isabel mide a su adversaria. Si no fuera por la voz aguda y por las joyas que hacen aún más pesada su silueta rechoncha, la mujer podría pasar por un hombre, de lo brutales que son sus gestos, cuadrada su figura y burdos los rasgos de su cara.

—Pronto conocerás el precio de acarrear problemas a la guardiana de las mujeres —la amenaza la matrona.

—¿No tendría miedo, de perder así toda su autoridad? —aventura un hilo de voz provocativo.

Isabel apenas se sostiene sobre sus piernas, pero su mirada seca lanza un destello de desafío.

—Qué, mocosa, ¿no has tenido suficiente?

Basila se dispone a levantar otra vez la mano, pero con una mirada la muchacha la hace cambiar de opinión. ¿Será por el desprecio que expresa su boca tumefacta? ¿O por la inquietud que le produce descubrir las marcas que su rabia han dejado en el rostro de su víctima? El amo ha ordenado encerrar a la cautiva y no molestarla bajo ningún pretexto. Sin duda, se quiere encargar del asunto personalmente.

—Arregla tu jergón —continúa la arpía—. Muy pronto te reunirás con las demás. En su compañía, perderás rápidamente tus malas maneras y esa

insolencia de la que aún te jactas. Además, ya no tendrás ni un solo minuto para ti. Entérate bien: estás bajo mi cuidado, en los aposentos de las mujeres. En cuanto a tu protectora, no cuentes con su ayuda: ya me he ocupado de que no se mezcle más en nuestros asuntos —masculla la vieja—. Después de todo, no es más que justicia: es ella quien ha permitido tu fuga.

—Pero ella no tiene nada que ver —protesta Isabel, inquieta por la morisca rubia cuya apacible sonrisa le lanza de repente un reproche mudo—. Soy yo quien…

—¡Cállate de una vez! Y obedece. Nadie tiene nada que decir una vez ha hablado Basila… Pero ya que te preocupas por tu cómplice —añade la matrona, sardónica—, has de saber que su suerte dependerá de tu conducta.

Reducida así al silencio, la adolescente vuelve a su lecho. Ese ataque frontal la ha derrumbado. Y el remordimiento de saber amenazados a todos los que han acudido en su ayuda.

«Resignarse —piensa ella sombríamente, dejándose caer sobre el jergón —. Resignarse y esperar…».

¿Esperar qué? Eso no lo sabe. Desde el fondo de la trampa abominable en la que se siente caer, una chispa vigilante se obstina en brillar.

* * *

Después de más de tres semanas recluida en Dar al Anuar, Isabel calibra el sentido de las palabras de Basila: ni un solo minuto se ha encontrado sola. Esta compañía forzosa la sume poco a poco en un letargo contra el que ya no tiene fuerzas para luchar.

Desde que se levanta hasta que se acuesta, cada día le parece igual al anterior. Lavarse, peinarse, vestirse, ocupa algunas horas. Intercambian consejos, recetas, ungüentos. Echan pestes de la masajista del *hammam*: las ha maltratado. Se lamentan del ligustro que ha manchado sus manos. Se miran, admiran, felicitan halagos de puro veneno. Y luego pasan a otra cosa: unas cuantas notas musicales, arrancadas al laúd y la cítara, la flauta, el flautín y los tambores. Unos cuantos pasos de una danza perezosa, unos cuantos balanceos del vientre mientras los brazos se alzan y acarician el aire. Pero el corazón está en otra parte y el movimiento no tarda en decaer. Vuelven a las golosinas, mordisqueadas con dientes distraídos a lo largo del día, a los refrescos de la sierra, a los chismes, a las disputas, a las ostentaciones. Cuando pasa, cargada de fruslerías absurdas, la vendedora de quincalla y amuletos que esconde bajo sus faldas los mil y un rumores de

Granada, más valiosos que cualquier bagatela, todas se precipitan sobre ella. Al acabar por fin el día, vuelven a la cama: las que cuentan con los favores del señor, a una habitación aparte, o a una alcoba que da al patio de las mujeres; las anónimas, todas juntas a la larga galería en que Isabel recuperó la conciencia después de su fuga.

Para la muchacha que sueña con la soledad, la noche apenas es preferible al día. En la habitación, recalentada por la multitud de cuerpos que reposan, ella se mantiene despierta durante horas, contando los latidos de su corazón y los lamentos de sus compañeras. La ausencia de silencio está poblada de suspiros y ronquidos. De vez en cuando alguna de las mujeres dormidas gimotea; sin duda el señor la mima en sueños, y bajo sus besos la carne femenina recupera el sentido y los sentidos perdidos… Otra, que durante el día se mostraba feliz, solloza como un chiquillo. Una tercera ronronea, acurrucada contra su amiga del alma, mientras otra más se estremece bajo la caricia de las sombras que nunca sacian su cuerpo hambriento…

Con los nervios en tensión por no sabe qué esperanza, esta noche Isabel está enfebrecida. Zaynab y Jumana, las dos chiquillas que a veces vienen a sacarla de su abatimiento, le han transmitido esta mañana un mensaje de la morisca rubia: Sidi Abén Barrax acaba de llegar a Dar al Anuar.

Isabel se ha consumido toda la tarde en el palomar sobreexcitado. Desde que ha caído la noche y todas descansan a su alrededor, la angustia la mantiene alerta.

CAPÍTULO VI

En la habitación en la que desde hace un rato Abbas la ha dejado sola, Isabel tiembla. Sin embargo, el brasero está ardiendo entre los incensarios y el reflejo cambiante de los candelabros. La alcoba, cubierta de pesados tapices y acondicionada con sofás y cojines adamascados en oro, invita a la apatía. Incluso el canto de la fuente que le llega a través de las celosías estrelladas es una invitación a la pereza. El aire es tibio, acariciante, pero la muchacha tiembla bajo los velos translúcidos con los que las mujeres acaban de vestirla.

Al recordar la escena, la adolescente reprime un estremecimiento de vergüenza.

El día había empezado bien. Las pesadillas de la víspera parecían vanas. Por la mañana, una Basila más hostil que nunca le comunicó que Malika quería verla. Impaciente por volver a ver al fin a la mora rubia cuyas discretas atenciones suavizaban su reclusión desde hacía semanas, Isabel ajustó el paso al de un eunuco de nombre y aspecto severo que la tenía intrigada. Abbas, le habían llamado sus compañeras en un saludo reverencial. ¿Era el mismo Taciturno del que le habló la pequeña Zaynab? A juzgar por su expresión desabrida, era él; y la adolescente se sorprendía de que pudiera ser amigo de Malika, la calurosa. Dócilmente, siguió al hombre que la conducía a los extensos jardines en los que piaban varios centenares de aves embriagadas de luz.

Allí, bajo el soto, la esperaba Flor de Sol. Unos pocos minutos fueron suficientes para que Isabel se relajara junto a la favorita. Alimentada por las misivas que transmitía de una a otra la joven Zaynab, una tímida complicidad empezaba a consolidarse entre ellas. Esa mañana, se afianzó. Malika, chismosa como era, relató a Isabel el revuelo que había causado en el harén su escandalosa desaparición. Comportándose como una gran actriz, había reconducido la furia del Taciturno y había tenido que desplegar sus armas de seducción para hacerle olvidar el revés sufrido por su autoridad. Gran comediante, había remedado a Basila, evocando un viejo rencor de doce años

atrás, cuando ella misma, parecida a la Isabel de ahora, no era más que una joven cautiva enfurecida a la que la arpía había cogido manía. Al final, cuando le confió a la adolescente que había enviado a un hombre a la ciudad, a través de un Abbas más taciturno que nunca, para que buscase al joven Fuad y lo tranquilizara sobre la suerte de su compañera, Isabel se le echó en brazos. ¡Malika había pensado en todo! Aun ausente, había adivinado las heridas de su protegida y los medios para apaciguarla. Invisible, había urdido todo lo necesario para concederle sus deseos secretos y atenuar su miedo. Había incluso conseguido que el príncipe, esa misma mañana, pusiera a la cristiana a su servicio y la apartara de Basila. En pocos minutos, Isabel descubrió que Flor de Sol debía su nombre tanto a sus cabellos de oro como a la cálida luz de su corazón.

Poco a poco, olvidando la condición de cautiva que cada instante pasado tras los ajimeces le recordaba dolorosamente, la adolescente creyó encontrar un principio de tranquilidad. Sin indiscreción ni apremio, las dos jóvenes hablaban y callaban juntas. Los minutos pasaban, y se convertían en horas. A las dos les parecía, no que se descubrían, sino que se reconocían. Nacida de la agitación de una y la impaciencia de la otra, avivada por varias semanas de una correspondencia cada vez más confiada, había germinado una amistad que esa tarde se desplegaba con el vigor de una joven planta privada durante mucho tiempo de la luz solar.

Mecida por el temblor de las aguas en las albercas de reflejos rosados, con la mirada perdida en la sombra de los follajes, sobre los cuales incidían algunos rayos de sol primaveral, Isabel se dejaba vencer por la dulzura del momento. Rápidamente, las palabras de su nueva amiga habían creado una ola lejana y alentadora desde donde emprender el vuelo. Lejos, más allá de los jardines, al otro lado de los muros tapizados de enredaderas, su alma se lanzó, serena, al encuentro de los pájaros. Isabel ya no era Isabel, sino una brizna de sensaciones flotando en el aire perfumado. Su vida no era ya su vida, sino la de todo lo que existe. Tan pronto se sentía golondrina revoloteando a la luz con un encanto malicioso, como gota de rocío deslizándose hacia el corazón sediento de una flor de lis. Tan pronto se convertía en una nube y recorría el espacio infinito de los mundos, como en una abeja zumbando en plena labor… En Martes, en Granada, en casa de su padre o en la de su carcelero, nadie había sospechado nunca la intensidad de esas ensoñaciones que a veces la arrebataban. Ella misma no lograba entender esas ausencias de las cuales volvía aturdida, con un gesto de agradecimiento en los labios, por lo que ella llamaba «la visita del ángel».

Si Malika había advertido la distracción de su compañera, y la expresión de placer que embargaba su rostro, se cuidaba mucho de decirlo. Esa sonrisa parecía tan extraña a la boca de la muchacha, y tan valiosa la luz que durante unos minutos titilaba en sus pupilas, que la favorita agradecía al Altísimo que procurara consuelo a su amiga. Pronto recobraría el sentido de la dura realidad. Precisamente lo que le esperaba esa noche, y que Malika debía anunciarle, corría el riesgo de ajar por mucho tiempo su frente ya tan grave en su inocencia.

A esta inocencia, a esta ignorancia de joven bárbara criada bajo cielos cristianos, se disponía a poner fin Flor de Sol. Odiaba las palabras que iba a pronunciar, tanto como los celos que, a su pesar, le carcomían el corazón, serpiente venenosa alojada en el lugar que ella querría reservar a la ternura hacia la adolescente a la que debía instruir.

—Escucha, amiga. Escucha las palabras de Malika.

Alertada por el tono solemne, Isabel fijó en su compañera unos ojos inquisitivos.

—Como tú sabes, nuestro amo ha vuelto de Medina Alhambra, donde le retenían las atenciones del emir, que el Compasivo lo guíe siempre. Desde su vuelta, Sidi Abén Barrax ha expresado el deseo de conocerte por fin.

Sin comprender todavía el sentido de este deseo, la joven ya se atesaba. Entonces, sus temores nocturnos no eran infundados. La prueba definitiva se acercaba. Instintivamente, se llevó la mano al cuello, donde, bajo el paño, escondía el reconfortante medallón.

—¿Verme? ¿Cuándo?

—Esta noche, *habibti*. A la hora en que la estrella de Venus abraza los corazones en el fuego sagrado del amor. —Ante el silencio desconcertado de su amiga, Malika continuó—: Esta noche es tu noche de bodas, Isabel. Mañana, elevándose sobre ti, el sol descubrirá a una mujer allí donde dejó a una niña. Estaré orgullosa, entonces, de estrechar contra mi corazón a la que se habrá convertido en mi hermana.

Con los ojos dilatados por el horror, la cristiana miraba fijamente a su compañera, sin verla. Apenas tenía conciencia de una mano apoyada en su brazo. Más allá del rostro amigable, afloraban en su memoria imágenes tintas en sangre. La tierra húmeda bajo sus rodillas, el llanto de las mujeres ultrajadas entre el acre olor de las llamas. Luego, bajo los reflejos descoloridos de la mañana, la quemazón de sus puños enrojecidos por la cuerda y el horrible estigma de la vergüenza en el rostro tumefacto de las cautivas.

Cómo quema, de repente, esa cuerda, mientras la sacude el movimiento del caballo que la transporta. Estaba a punto de gritar de dolor, pero…

—¡Isabel, corazón! Isabel, te lo suplico, ¡vuelve en ti! Malika había agarrado a su amiga y la sacudía con fuerza. La había visto desplomarse sobre el banco. Ahora, parecía volver en sí.

—¡Me has asustado!… Tu cara se ha puesto del color de los huesos. Tus ojos daban mil vueltas. Creí que una horda de *djinns* se apoderaba de tu juicio.

—Has visto bien, Malika. Era la horda de tus hermanos que se echaba sobre los míos.

—Vamos, niña, cálmate. ¿De qué te sirve tanta amargura? ¿Crees que nuestras mujeres tienen menos que lamentar que las cristianas cuando tus hermanos incendian sus ciudades, matan a sus hijos y esposos y se las llevan como esclavas? ¿Eres de las que creen que el Altísimo acompaña a los guerreros de su bando? Aquí, en nombre de Mahoma, el cubierto de alabanzas, y allí, en nombre de Isa ben Meryem, al que vosotros llamáis Jesús. ¿No es siempre la misma indignidad?

Suavemente, con la voz entorpecida por la tristeza, Flor de Sol desgranaba las palabras de un viejo lamento. Intentaba transmitirle a la indignada cristiana, la certeza de la fatalidad, e inculcarle la antigua resignación de las mujeres.

—Hombre y mujer nos creó el Misericordioso. A los unos les da armas de hierro, para cazar y proteger a los suyos; y a las otras, las del amor, para que la vida continúe, día tras día. ¿Qué podemos hacer nosotras, pobres mujeres, si nuestros hombres vuelven contra ellos sus armas? ¿Qué podemos hacer si al solaz de nuestros brazos ellos prefieren la furia de los combates? Tal vez sea culpa nuestra, también…

Finalmente captó la atención de su compañera.

—¡Y tú, pequeña! Tú que te lamentas contra tu destino. Debes saber que nunca nos pasa nada que no haya sido escrito por el Todopoderoso. De todo mal, si tú Se lo ofreces, Él puede engendrar un bien. Ya que odias tanto la guerra, aprende a usar las armas de las mujeres. Quizás el Compasivo conceda a tus caricias el poder de alejar al hombre que ames de las batallas.

Después Malika guardó silencio. Isabel la había visto palidecer, sin comprender la razón: la favorita acababa de desear a su amiga el poder de alejar de los peligros de la guerra a aquél al que ella, la preferida, no había conseguido retener… ¿Pero era en el amo en quién pensaba? Una imagen, que a esas alturas ya nada justificaba, volvía a su retina: un hombre, a los pies de

la cristiana, un hombre ricamente ataviado (cuya silueta le era familiar, pero no era la de Abén Barrax) renunciaba a la guerra y a la gloria por los brazos de su amada. ¿Quién era aquel hombre? Malika no lo sabía en absoluto. Todo aquello era absurdo. Pero la visión había sido tan intensa, tan vívida la emoción de esa escena inverosímil, que dudaba si debía considerarla como algo más que un ilusión.

—Debes escucharme, amiga mía —prosiguió con esfuerzo—. Enseguida vendrán a buscarte las mujeres. Ellas conocen los gustos del amo y se ocuparán de prepararte.

—¿Me pides que me resigne? Esas mujeres me van a vestir, a acicalar para la deshonra, y yo tendré que dejarme hacer, víctima consintiente que llevan al sacrificio… ¡Oh, Malika, te lo suplico! Tú que has hecho ya tanto, ¿no puedes alejar de mí a tu señor? Tengo miedo, Malika. ¡Si supieras el miedo que tengo!

—Veamos, pequeña, ¿qué hay de terrible en el amor entre un hombre y una mujer?

—¿Quién habla de amor? ¿Dónde ves tú el amor, en esos gestos obscenos que simulan las esclavas y las hacen reírse como gallinas? ¡El amor no es eso! El amor es… ¡no sé! Un sentimiento, una llama, un milagro. La atracción de dos almas que se escogen, la armonía de dos corazones gemelos unidos para la eternidad…

¿Terror o pasión? Malika ignoraba qué era lo que dotaba a la mirada de la joven de esa llama que incendiaba sus pupilas. Asustada por su desmesura, intentó hacer entrar en razón a su compañera:

—Zaynab me ha repetido las historias que tú le cuentas. Son bonitas historias, pero no son más que cuentos. En la vida real, los príncipes y las princesas encantadoras tienen otro rostro…

Le habla como a una niña pequeña. Una niña frágil y caprichosa que un brusco despertar podría destruir.

—El amor es algo más simple de lo que crees. Y, a veces, incluso mejor. Pues lo que no dicen tus cuentos es que la unión de los corazones es imperfecta sin la feliz unión de los cuerpos. Y que la fusión de las almas sólo se produce si la amante se une a su amado.

Ante esa voz extrañamente soñadora, Isabel contuvo un escalofrío. ¿Por qué conseguían perturbarla esas palabras indecentes?

—Pero tu Abén Barrax no es mi amado —replicó—. No le conozco. No le he elegido. ¡No le amaré jamás!

—¿Y qué sabes tú, inocente? —murmuró Malika repentinamente dolida.

—Lo sé porque… Porque es el tuyo, ¡ahí está! Y entre los cristianos, no se comparten. Veo tus ojos cuando hablas de él: parecen iluminados por el arco iris. Le quieres, es evidente. Y él también te quiere —añadió, sensible al sufrimiento de su amiga—. ¿Acaso no te llama su favorita?

—Es verdad, Isabel, le quiero. Comprendes pues cuánto me cuesta imaginarte junto a él.

—Entonces, ¿por qué no lo impides?

—No tengo elección, *habibti*. Él es el amo. Yo no soy más que su favorita, como tú bien dices, aquella junto a la que vuelve cuando se cansa de otras aventuras. Es su modo de ser fiel. Tal es la ley de la naturaleza, que hace al hombre para varias mujeres y a la mujer para un solo hombre que comparte con otras. Entonces, puestos a compartirle, prefiero que sea con mi amiga —concluyó Malika en un suspiro.

—¡Pero eso es horrible!

Isabel no salía de su asombro. Herida por su compañera, no se atrevía a seguir quejándose.

—No tan horrible como parece; pronto lo descubrirás. Tenemos suerte de vivir entre mujeres. Un hombre está bien para la noche. No comparte nada de nuestros gustos, de nuestros anhelos, ni de nuestro mundo. He aquí por qué el hombre vive fuera, trabaja, combate, mientras nosotras vivimos protegidas del mundo y de su violencia. Y cuando por la noche el hombre viene a nosotras, lo hace despojado de toda arrogancia, por el placer y la ternura… ¿No es casi lo mismo?

—Pero no me escuchas, Malika: yo no soy como tú. ¡Si ese hombre me toca, me moriré!

—Desvarías, Isabel. Tu vida y tu muerte están en manos del Compasivo, y sólo de Él… Además, Sidi Abén Barrax no es un verdugo.

Con los ojos fijos en los de su amiga y una mano alentadora acariciándole la mejilla, Flor de Sol se esforzaba por reconfortarla.

—Eres hermosa, Isabel, aunque un poco delgada. Tus cabellos son olas de fuego, y de océano tus pupilas. El amo no se resistirá a la atracción de tu mirada marina. Le conozco; te colmará de caricias. Como de una fruta de granada, beberá todo el néctar de tus labios. En el incendio de tus crines, sus dedos trenzarán coronas, y en el hueco de tu vientre introducirá, tiernamente, el fuego de su deseo. Ya verás, niña, si no te pones tensa, si te abandonas y dejas que suba en ti la pasión, conocerás la embriaguez. Créeme, *habibti*… La primera vez quizá sea dolorosa, pero entre los brazos de un hombre

encontrarás placeres sin medida. Ni siquiera la carne de tu carne, el tierno balbuceo de tu hijo sobre tu seno podrá procurarte semejante felicidad.

—¡Cómo puedes hablar de felicidad! ¿He nacido yo esclava, para disfrutar de las caricias que me son impuestas? Además, me pareces obscena, con tus promesas. ¡Obscena y loca! Pero en lo de la embriaguez tienes razón: esta noche estaré ebria, ciertamente. Ebria de desesperación y de odio. —El terror te ciega, Isabel —le espetó la favorita—. Yo nací libre, como tú, y te aseguro que no puedo quejarme de la vida que el Misericordioso ha escogido para mí. Es cierto, soy esclava de mi señor, pero ya te darás cuenta de que para las mujeres de Granada la libertad es una esclavitud y la esclavitud, en cambio, la libertad más sabrosa. Sí, me gustan las caricias de Abén Barrax. Pero nadie me las impone; es el amor, y sólo él, el que dirige el baile… Tu cólera es vana, Isabel —añadió, con más suavidad—. Como vanas, sin duda, son mis palabras. A pesar de todo, intenta creerme. Sólo deseo tu felicidad. Por lo pronto, nuestro destino común exige que se unan los dos seres que más quiero: Abén Barrax, mi hombre, y tú, casi mi hermana… ¡Isabel, te estoy ofreciendo a mi hombre! —exclamó la morisca con el corazón desgarrado—. ¿Qué mayor prueba de amor te puedo dar? ¿Y aun así, no puedes confiar en mí?

Durante algunos segundos, las dos mujeres contuvieron la respiración. El silencio las envolvía, enmarcando el cruel ofrecimiento.

—Atiende, ni que sea un poco, a la sabiduría —prosiguió la voz temblorosa de Malika—. No te resistas, y vivirás la prueba que tanto te asusta como una iniciación fecunda. Afronta tu destino con el corazón tranquilo. Ni esta noche ni nunca otra te ocurrirá nada que el Altísimo no haya decidido para ti. Créeme, no tienes otra elección que seguir a las mujeres que tienen que arreglarte. Enseguida, Abbas te conducirá hasta el amo. Allí…, que el Misericordioso te inspire…

Malika se levantó. Al tiempo que aparecían al fondo del pasadizo Nur y Salma, se acercó a su amiga. Deseaban consolarse mutuamente, y sin embargo los ojos de ambas estaban apesadumbrados. Sus labios se estremecían con una angustia pareja. El rostro fino de la más joven imploraba una esperanza; la boca temblorosa de la mayor se esforzaba por sonreír. Flor de Sol contenía el impulso de estrechar entre sus brazos a esa querida rival que el azar ponía en su camino. Meciendo a Isabel como a la niña salvaje que aún era, deseó con todas sus fuerzas mecer su propio dolor. Pero se limitó a besarla en la frente, al modo de una bendición.

—Ve, ahora, mi pequeña. Debería exhortarte a la dulzura, a la docilidad, pero sé que harás sólo lo que te parezca. Tú no eres de aquí, Isabel. La sumisión te es extraña. Tal vez sepas hacer de esa debilidad una virtud… Ve, y sigue tu estrella.

Durante un momento, ante la desesperada ternura de esa voz, Isabel estuvo a punto de ceder. Por un instante, se abandonó. Posar su cabeza sobre aquel hombro rollizo, dejar correr las lágrimas que hacía días que contenía. Tomar de esa calidez femenina algo de las fuerzas que sentía que le faltaban… ¡No! No era el momento. Tenía un combate qué librar. ¿Que el árabe la quería? Iba a ver lo que costaba provocar a una Solís. «Vencer o morir»: tal era la divisa de don Sancho Jiménez. Ciertamente, estaba muerto; pero su sangre perduraba en las venas de Isabel: ella sabría llevar con dignidad los colores de la casa paterna.

De pronto, se sintió lista para enfrentarse al desafío. El orgullo daba otro color a sus mejillas. Sin querer, Malika la había puesto en ese camino; aunque fuera por esa única noche, la última quizás. «Insumisa» sería la divisa de Isabel de Solís.

Las horas que siguieron le hicieron perder buena parte de su soberbia. Nada la había preparado para la humillación que la esperaba.

En primer lugar, Nur y Salma la llevaron hasta una habitación sobrecalentada, una sauna cubierta de mosaicos multicolor donde burbujeaba, centelleando entre vapores abrasadores, el agua de una larga piscina. Allí, sin ninguna consideración hacia su pudor, una esclava negra la desvistió. Transida, a pesar del calor, Isabel intentó escapar de ella, pero Salma acudió en socorro de la nubiense y, medio riendo medio refunfuñando, empujó a la muchacha hacia el baño.

Sonrojada de rabia impotente, Isabel se deslizó en el agua humeante. Confiaba en que las mujeres abandonarían la estancia… Pero, al contrario, se precipitaron las tres desnudas, y juguetearon con el agua sin vergüenza ni pudor. Salma intentó arrebatarle el medallón que llevaba al cuello. Para proteger su único bien, la adolescente retrocedió violentamente, salpicando a las tres mujeres sin conseguir escapar.

—¿No sabes que es impío representar el rostro humano? —jadeaba Salma mientras pugnaba con los dedos de Isabel—. Entre nosotras, eso no importa; a cada una sus talismanes, ya que de todos modos los imanes los condenan. Pero no puedes llevar eso delante del amo.

Ante la resistencia de la cautiva, Nur argumentó:

—Si te lo quitamos nosotras recuperarás tu amuleto. Pero si esperas a que te lo arranque Basila…

A regañadientes, Isabel tuvo que ceder. Privada del valioso medallón, perdió todo el coraje para resistir.

A continuación, las tres mujeres la enjabonaron de pies a cabeza, entre risitas de chiquillas desvergonzadas. Una tomaba una tela recia y frotaba su cuerpo hasta sacarle sangre; otra atacaba sus cabellos, embadurnándolos con una pasta arcillosa cuya textura viscosa la hacía estremecerse de disgusto. Enérgicas, precisas, las mujeres se aplicaban a su tarea en torno a ella, sobre ella, como sobre una muñeca de trapo. Minuciosamente orquestadas, acompañaban sus gestos con un parloteo incesante del que Isabel sólo entendió algunas palabras sueltas.

Lavada, bruñida, apomazada, amasada, la muchacha no era ya más que un montón de carne abrasadora. Casi había olvidado su vergüenza, de las vueltas que le daba la cabeza, mecida por las manos que se posaban sobre ella, por las miradas impávidas clavadas en su desnudez, por el calor, también por esos aromas poderosos de hierbas y aceites mezclados.

Finalmente, creyó que su suplicio había terminado. La tumbaron sobre una banqueta de piedra cubierta por una fina estera. Buscaba, con la mirada, una tela con la que tapar su vientre, cuando una mano reseca le agarró el brazo. Una presión, una sacudida: Isabel lanzó un grito de dolor. ¡La nubiense le acababa de arrancar la piel! Nur y Salma se reían a carcajadas.

—Tranquila —dijo la primera sujetándola por los hombros—. No es más que una depilación. Hajar no tiene rival dejándonos la piel satinada. No se le escapa un solo pelo. Ya verás; cuando hayas pasado por sus manos, cada parcela de tu cuerpo estará más suave que el hueco del ala de la paloma.

—No es muy agradable —dijo la segunda—, pero una acaba acostumbrándose.

—¿Es verdad que vosotras, las cristianas, no os preocupáis en absoluto de vuestro cuerpo? —preguntó Nur—. Dicen que no os depiláis, que no os untáis aceites perfumados, que no nutrís con ligustro vuestros cabellos. Dicen que vuestros imanes os obligan a mantener vuestro cuerpo en tal desprecio que incluso llegáis a pasar semanas sin lavaros… ¿Es cierto eso?

—¿No pensáis en vuestros hombres, pues? ¿Qué placer pueden encontrar a vuestro lado, si vosotras no os hacéis deseables?

—Veamos, Salma. Tú sabes bien que los guerreros cristianos también huelen mal. Y que, además, no temen hacer el ridículo al mostrar desprecio

por nuestros baños y nuestros *hammams*[3]. No olvides que son unos bárbaros que prefieren su mugre a la sana voluptuosidad del cuerpo…

—¿No dices nada, Isabel?

Isabel no escuchaba. Cada gesto de Hajar la dejaba jadeante. El impertinente cotilleo de las concubinas no conseguía distraerla del humillante sufrimiento. Después de los brazos, la nubiense atacó las piernas. Fascinada, la adolescente seguía el ritmo de los brazos vigorosos, la presión de los dedos y la palma sobre la bola castaña que le aplicaban sobre la piel antes de arrancarla con un gesto rápido. Progresivamente, la esclava subía hacia la tierna carne de los muslos. Y entonces le separó las rodillas, presionó la pasta tibia sobre los pliegues de su intimidad y, de un giro seco, arrancó los bordes del vello púbico. Esta vez, Isabel no pudo contener un grito. Si Nur y Salma no la hubiesen sujetado, habría saltado sobre la nubiense dispuesta a arrancarle los ojos. Dolor o vergüenza; no sabía cuál era el sufrimiento más intenso. Terror, cólera, impotencia. La muchacha estaba a punto de desfallecer.

Aún ahora, en la penumbra de la alcoba, se sofoca de indignación. El rubor ha cubierto sus mejillas, pero nadie, piensa con una sonrisa amarga, dará testimonio de ello. Ya tenía bastante con lo de antes, cuando su cuerpo fue librado a esas criaturas alocadas, y sus oídos a sus palabras obscenas. Pero vestirse fue otra dura prueba. Tras las efusiones del baño, Nur y Salma se pusieron a zanganear con sensualidad. Como languidecidas por la proximidad de una noche a la que temían enviar a su compañera, la agasajaron, correteando a su alrededor en una indecente danza de poses y caricias. Mientras le trenzaban los cabellos, o pintaban con antimonio sus ojos ensombrecidos por la ansiedad, las cortesanas le susurraban groseros consejos, cada uno de los cuales era como una bofetada para ella.

¿Que ajustaban la sarga de seda malva a su cadera? Acto seguido, con un movimiento de caderas, interpretaban una danza lasciva que dejaba al descubierto su ombligo y daba a sus caderas la sinuosidad de una serpiente. ¿Que la arropaban hasta el cuello con una camisa de gasa morada? Una fingía entonces arrancársela, mientras la otra caía sin sentido, sacando de su pecho jadeante los gemidos de una gata en celo. ¿Que anudaban a su talle un largo cinturón trenzado en plata? Era para evocar mejor, con los labios entreabiertos y los ojos mojados, las manos viriles que muy pronto la liberarían. El velo, finalmente, posado sobre la cabellera que habían recogido

en un moño sobre su nuca, dio pie a una sucesión de miradas por encima de sus manos enlazadas.

Reían, se entretenían la una a la otra, sin reparar en el espanto de la cristiana. Parecían dos chiquillas poseídas por algún demonio libidinoso.

La llegada de Basila las calmó. Apartando a las dos esclavas con un gesto imperativo, la matrona se aproximó a Isabel. Dio una vuelta alrededor de la adolescente como un ave de rapiña por encima de su presa. La examinó con su ojo de alcahueta, examinando cada detalle de la compostura que, desde la punta de las alborgas bordadas hasta la raíz de los cabellos enrojecidos con ligustro, debía atraer las caricias o el ultraje. Su mirada, más allá de las telas sedosas, escrutaba la rugosidad de la piel y sopesaba la carne. Mientras Salma y Nur buscaban en la cara impávida una expresión satisfecha, Isabel sentía el fuego de la vergüenza asomarse a su rostro.

Finalmente, con un movimiento de cabeza, la guardiana de las mujeres se dignó a dar su aprobación. Luego se retiró, anunciando a las dos mujeres la inminente llegada de Abbas. A Isabel no le dirigió la palabra.

Apenas hubo desaparecido ella, el eunuco apareció por el vano de la puerta e, inmediatamente, Nur y Salma se hicieron a un lado, no sin antes lanzar a Isabel una sonrisa fraternal.

Siempre enigmático, pero cortés, Abbas saludó a la muchacha. Sin medir palabra, le indicó que lo siguiera. Cuando en el umbral de la alcoba, Isabel titubeó, él se limitó a mirarla fijamente. Ante esos ojos que no pestañeaban, el último atisbo de resistencia abandonó a la adolescente. No le quedaba más que el orgullo, que le hizo elevar el mentón, enderezar el talle y caminar con paso firme sobre la espesa alfombra de seda. Isabel contuvo la respiración el tiempo suficiente para adaptar sus ojos a la oscuridad de la habitación desconocida. A su espalda, la cortina se volvió a cerrar.

La muchacha se ha dejado caer sobre un cojín de cuero púrpura. A su alrededor, las llamas del candelabro tejen sobre su silueta una aureola de rayos temblorosos. A la sombra del velo, su rostro oculto invita a la dulzura. Sólo el destello de su mirada, fija en la cortina que pronto revelará la cara del hombre, expresa la tensión que su cuerpo reprime. Punteados por los latidos del corazón enloquecido, los minutos pasan, lentos, susurrantes. Muy pronto sólo percibe, del palacio dormido en que todo rumor se va apagando, la canción del agua en el patio. El ámbar y el almizcle de los incensarios cubren el olor del jazmín. La mecha cerosa crepita por encima de su cabeza que, dulcemente, se inclina sobre las palmas de sus manos…

Consumida por la inquietud de la espera, con el espíritu agitado por las caras quiméricas que atribuye a su carcelero, Isabel se desvanece. Cuando la cortina tiembla y una larga silueta se desliza dentro de la habitación, ella no se da cuenta. Cuando la forma silenciosa se inclina sobre ella, no se mueve… Hasta que el tacto de una mano en su mentón la sobresalta.

A un soplo de su rostro, dos pupilas brillantes zambullen en ella su filo gris. Isabel querría escapar, pero la presión de los dedos se mantiene firme. En la enjuta cara de rapaz, la boca esboza una sonrisa socarrona que acentúa el destello cortante del iris.

—Aquí estás, en mi poder —susurra una voz metálica. La muchacha contiene un escalofrío de disgusto. Con dedos perezosos, el hombre le acaricia el labio. Su aliento repulsivo es como un latigazo sobre la piel de Isabel. Asqueada, la adolescente echa la cabeza atrás, sin obtener del desconocido otra cosa que un gruñido de satisfacción—. A lo mejor no me encuentras de tu gusto. Sin embargo, tendrás que acostumbrarte.

Rompiendo a reír, Abén Barrax relaja su cerco. Isabel, rápidamente, salta atrás, al abrigo de un candelabro.

—Brava pequeña cristiana —ironiza el príncipe avanzando hacia ella—. Veo que la cautividad no ha atenuado tu ardor. Mejor. Hace tiempo que perdí el gusto por las tiernas desconsoladas. Espero de tu indocilidad algún placer con otra sazón.

De un gesto que ella no esperaba, el árabe la agarra por la cintura. Isabel se queda sin respiración. Esa mano, habituada a la pesada cimitarra, le aprieta las caderas. Con todas sus fuerzas, ella se afianza y aparta la cara inclinada sobre ella. Su gesto le arranca una nueva carcajada.

—Resiste, mi bella fugitiva, resiste. Así me gusta. Muéstrame de lo que eres capaz… Date cuenta, ya tengo cierta idea: la otra noche aullabas y mordías como una diablesa, cuando el Todopoderoso me concedió sacarte de tu escondite. Casi tengo que darte una paliza, para que te tranquilizaras.

Isabel lanza un grito.

—¿Erais vos el caballero del alba?

—¿Intentas decirme que no te acuerdas?

—… ¿Vos, quién me arrancó a mi padre? Vos quien me trajisteis hasta aquí…

—El caballero era Abu al Silia, mi escudero. Por muy grandes que sean tus encantos, bonita, yo esa noche me debía a otras conquistas. Pero el que te descubrió en el huerto, al que arañaste, mordiste y golpeaste con un ardor

prometedor; en una palabra, tu raptor, y el que hoy rinde su homenaje a tus pies, ése soy yo, efectivamente.

Acompañando sus palabras con un amplio saludo burlón, Abén Barrax suelta a su presa una vez más. Pero Isabel ya no se mueve. Apenas si esboza el gesto de estrechar el puño contra su cuello, en el lugar donde, hace algunas horas, estaba el medallón que Salma le ha confiscado.

De repente, todo le vuelve a la memoria. Su piel lo recuerda bruscamente. Cada sonido, cada olor, cada inflexión de ese cuerpo masculino entonces apretado contra el suyo, vuelve en un destello. La piel, el aliento, la voz. Incluso la risa, esa misma risa que hace un instante la paralizaba de disgusto. Reconoce su estallido victorioso.

El silencio, como un manto helado, ha caído sobre la estancia. Sorprendido por la inmovilidad de su presa, Abén Barrax le lanza una mirada desconfiada. Su risa se ha apagado. Para contemplarla mejor, retorcede hasta el fondo de la habitación. Y cuando se lleva a la boca el higo que su mano ha tomado al azar de una mesilla, parece que saboree un anticipo de la carne tierna que contempla cómodamente a la luz del candelabro. Bajo la sarga translúcida, sus ojos ensoñados acarician la curva de los muslos perfilados al contraluz. Las palmas de sus manos creen abrazar ya la redondez de las caderas que la inocente le muestra abiertamente. Sus dedos se contraen en el vacío, alrededor de la estrecha cintura, y su rostro inflamado busca brasas aún más ardientes en el vientre virginal. Más arriba, tendiendo bajo su peso la tela sedosa de la camisa, los senos de la muchacha son dos suaves granadas incitantes, en su transparencia, con sus puntas teñidas de ligustro. Como sensible a la voracidad de esa mirada, el pecho deja de agitarse, excitando en Abén Barrax el deseo de morder en plena pulpa la deliciosa fruta.

—Ya hemos reído bastante —refunfuña desde el fondo de la estancia una voz ronca de deseo—. Acércate.

Isabel, sobresaltada, recobra conciencia de la situación. Se ve a sí misma de pie en plena luz. Y ve a Abén Barrax sentado en la penumbra. Entre los dos, esa mirada que la profana. Y esa voz que la rebaja y mancilla. Y su propio cuerpo, cuerpo maldito en tanto que deseable, cuerpo enemigo que querría destruir, flagelar, lapidar hasta que no quedara nada que excitara el deseo que lee en las pupilas de ese hombre. Excepto el ardor furioso que siente remontar en ella, contra ella, Isabel no siente más que frío y vacío. Parece que los ojos del moro la hayan devorado viva.

Toda rebeldía la ha abandonado. Y con ella todo instinto de supervivencia. Ya no es al hombre, a quien odia, sino a sí misma, estúpida

niña atrapada en las redes que teje su aspecto culpable. Jamás como en este momento había comprendido los sermones de doña Elvira, para quien toda carne era impura y todo cuerpo camino directo al infierno.

El enemigo se impacienta. Dejando su lecho de un salto, marcha sobre su presa.

—No hablas. No te mueves. ¿No serás, al fin y al cabo, una de esas tristes doncellas que apenas valen para satisfacer al conductor de caravanas sediento a su regreso del desierto? Me decepcionas bastante; albergaba la esperanza de algún juego más movidito.

La rabia, a la vez que el deseo, empujan al moro hacia la muchacha inmóvil. Con una mano, le agarra la nuca. Su boca, voraz, se desliza por su cuello y lo muerde con todas sus fuerzas. Sobre la carne dorada, aparece enseguida una marca violácea que él contempla con un gruñido de placer.

La cautiva no se ha inmutado.

Herido por su indiferencia, Abén Barrax tira a Isabel al suelo. Con labios y dientes lacera el cuello que muy pronto se abrasa bajo sus mordiscos. Sus manos ávidas apartan el obstáculo de la camisa. El pecho, como un destello de oro en la penumbra, resplandece y lo enloquece. Sobre los frutos redondeados que incomoda la luz del candelabro, la visión de los pezones le arranca un gemido glotón. Jadeando, desgarra la sarga, cuyos jirones desperdigados firman la sentencia de la muchacha, y planta entre sus muslos la rodilla.

Isabel se muerde los labios para no gritar. Sangre y lágrimas corren por la garganta. El *kohl*[4] dibuja en sus sienes dos regueros negros. Le duele la cabeza, que se ha golpeado contra el suelo. Y sus senos, y su vientre, que la bestia descuartiza. «Jamás —piensa, aturdida—, jamás me recuperaré de la pesadilla de esta noche. ¿Por qué no podía morir con mi padre la noche del incendio?»… No pensar, sobre todo. No sentir. Intentar abstraerse, una vez más, como cada vez que el sufrimiento amenaza con convertirse en locura. A través de sus lágrimas, Isabel ha mantenido los ojos bien abiertos. Lejos, más allá de su verdugo, su mirada se pierde en el almocarbe geométrico del techo de madera de cedro.

«Parecen estrellas —observa, ausente—. Estrellas, soles, un mundo tras el mundo, la inmensidad de un cielo donde refugiarse lejos de los hombres…».

Como si hubiera adivinado que su víctima se le escapa, Abén Barrax redobla su furia.

¿De cólera o de deseo? Sus manos titubean al apoderarse de las caderas enrojecidas, ya, al fuego de su violencia. ¿De miedo o de placer? Jadea y se

lamenta mientras se revuelca sobre el cuerpo inerte de la muchacha. Sus dedos se disponen a lacerar los muslos rígidos, su vientre a apretarse contra la carne pasiva inmovilizada bajo su peso. Abén Barrax gime y gruñe, Abén Barrax se enfría y se retuerce, Abén Barrax se ve impotente.

Sorprendido, pero no vencido, el amo levanta la cabeza. Busca con los ojos la mirada de la cristiana, intentando reanimar en sus aguas suplicantes el ardor que se le escapa. Las pupilas oceánicas se tienden hacia el vacío. Su azul nocturno se ha vuelto gris. No hay rastro de sumisión en ellos. Ni de dolor, ni de vergüenza. Las pupilas de Isabel están ciegas. La cautiva ha encontrado refugio en la ausencia. Una vez más, escapa a su carcelero.

En las venas de Abén Barrax, el vacío corre en un flujo helado. La nada, desde el cuerpo inanimado entre sus brazos, lo alcanza poco a poco. Su propio deseo desaparece. Incrédulo, querría reanimar sus sentidos, pero la bestia, en su vientre, gime lastimosamente. Y se contrae. Su virilidad no es más que carne lastimosa que aspira al olvido. Con una mueca de amargura en los labios, el busto rígido, el hombre contempla su derrota. Sobre el cuerpo ya inviolable, Abén Barrax, vencido, se derrumba.

CAPÍTULO VII

Cuando Abbas retira la cortina, el alba gélida le ha precedido. A través de los ajimeces, ha deslizado sus colores azulados. Su delicado roce apenas si arranca un estremecimiento a la forma abatida que yace sobre la alfombra. «Parece que el alba esté viva —piensa el eunuco—, e igual que ella, mortificada por el espectáculo de la alcoba devastada».

A los pies del candelabro, hierático árbol muerto con las yemas calcinadas, los jirones de tela desperdigados entre los cojines dan testimonio de la cólera del amo. La mesilla volcada y recipientes y vituallas esparcidos por el suelo dan a la escena un aire de desastre. En una esquina, la cristiana —silueta acurrucada que los velos torpemente apiñados dejan medio desnuda— se ha puesto a gimotear. Sin embargo, está dormida. Incluso en sueños, la persigue una cara gesticulante.

En el cuello, los hombros, el costado de la cautiva, cubiertos de moratones, el eunuco puede hacer recuento de los golpes y mordiscos. Ni los pómulos azulados, ni las mejillas ennegrecidas de antimonio que adivina a través de los cabellos enmarañados, consiguen desfigurar a la adolescente. Apenas si la revisten de una sombra conmovedora, y la hacen vulnerable. Más deseable todavía, piensa el emasculado. Sólo los labios cerrados, en un rictus de amargura, dan testimonio de la pesadilla de las últimas horas. De sus muslos, que la muchacha mantiene febrilmente apretados, el eunuco no distingue gran cosa. Justo un cardenal, quizá, y marcas de dedos en un surco enrojecido. Pero de sangre, ni rastro.

El Taciturno, atónito, se inclina un poco más. En cuanto constata, de un vistazo, la suavidad del vientre de la durmiente, sus temores se ven confirmados. No hay sangre, no ha habido desvirgamiento. Abbas no puede creerlo.

¿Habrá conocido ya hombre la cristiana? Habría jurado que era doncella. Su encanto un poco esquivo, sus turbaciones de niña en flor, hasta los bruscos rubores que la traicionaban cuando las mujeres intercambiaban palabras salaces; todo lo había convencido de su ignorancia en los asuntos del amor.

¿No le habrá tomado el pelo, la incrédula? Imposible. Engañarlo a él, quizá. Pero engañar a la guardiana de las mujeres… Eso es inconcebible. Nadie escapa a Basila. Ella es quien prepara cada noche a la esclava escogida por el amo. Ella, quien vela por la disciplina, la salud y la compostura, por la docilidad de las concubinas, usando cuando lo considera necesario bebedizos que las hacen sumisas. Ella quien verifica y garantiza la virginidad de las muchachas. ¿Cómo podría haber burlado su vigilancia, esta Isabel? Abbas no lo entiende. Y sin embargo las pruebas están ahí. A menos que…

El eunuco, turbado, reúne los indicios de la debacle nocturna. Para empezar, tal como le han informado las esclavas de cámara, el inhabitual retorno del amo a sus aposentos a la hora en que la luna aún coronaba la noche. Después, su furia, que ha dejado un doloroso recuerdo en la mejilla del joven Abd Kadir, al que ha abofeteado ante la fuente. E incluso ese cuerpo martirizado y al mismo tiempo indemne… Todo confirma el desastre de esa noche fatal.

Sumido en sus pensamientos, el Taciturno camina hasta las celosías. Alrededor del patio, se inician los primeros movimientos de un día que se anuncia difícil.

Cuando al fin se vuelve, alertado por el roce de tejidos, la cristiana se ha despertado. Cuello atesado, boca desdeñosa, ojos que clavan en él destellos desafiantes. Ya no es la chiquilla aterrada que ayer noche conducía ante el señor. Frente a él hay una mujer nueva. La misma cuyo pudor sirve de blanco a las risas del harén, enarbola su desnudez como un guerrero su armadura. Su cuello, que no se ha molestado en ocultar, lanza el destello provocativo de una carne dorada. Sus piernas, que nada cubre, se exhiben con una dignidad serena. Ningún rubor, bajo los regueros negros, colorea sus mejillas. Nada se agita bajo sus párpados. Su mirada es de un azul sombrío que se sumerge en los ojos del Taciturno y se niega a pestañear. Incluso sus labios, cuya amargura revelaba el sueño hace un instante, esbozan ahora una sonrisa mordaz que Abbas no conocía.

No es una niña derrotada lo que contempla ahora el eunuco, es una soberana aureolada de oro rojizo. No se equivocaba: la adolescente, mediante algún sortilegio, ha derrotado al amo… Pero no es consciente de las represalias que la amenazan.

—Quisiera salir de aquí, Abbas. —Rompe el silencio Isabel—. ¿Tienes idea de adónde tienes que llevarme? —Son palabras de sumisión. Pero el tono socarrón crea un escudo en torno a la cautiva—. ¿No ha dicho nada tu amo sobre sus intenciones respecto a mí? —insiste la voz altanera.

No hay duda, la adolescente sabe qué la amenaza, pero su desprecio es más fuerte. Abbas no se equivoca en eso. Y empieza a observar con aprecio a la casi niña que cree desafiarlo. Lejos de doblegarla, su martirio de la víspera parece haberla envalentonado. Ahora, con dignidad, se enfrenta al peligro.

—El amo no me ha dicho nada, señorita —responde finalmente.

Al oír esa expresión de respeto, Isabel se relaja.

—Deberías sentarte un momento —prosigue el eunuco—. Si quieres esperarme, voy enseguida a buscar algo con que cubrirte. Luego te llevaré al apartamento de Flor de Sol.

Por la dulzura de su voz, Isabel comprende que acaba de ganarse un aliado.

Abbas saca un pañuelo de su cinturón y se lo tiende a la muchacha, cuyos ojos, a pesar suyo, se han anegado. Entonces, con una torpeza teñida de pudor, él se da la vuelta. Y abandona la estancia.

Ya era hora. Isabel no habría podido fingir mucho más tiempo. Las piernas que sostenía su orgullo empiezan a vacilar. Sus manos, de pronto temblorosas, intentan tapar una desnudez que la abrasa. Sobre el lecho intacto, Isabel, abandonada en la soledad, puede entregarse por fin a los sollozos.

* * *

Despertada por Abbas, Malika ha salido de la habitación de un salto. Sobre el camisón, se ha echado una manta, y se ha lanzado al fresco del patio, que atraviesa a toda prisa. Le pesan los párpados a causa del sueño interrumpido. Su carne, de una calidez soñolienta, se estremece en contacto con el aire de la madrugada. Pero su espíritu galopa, ansioso, hacia esa loca de la que el eunuco no ha sabido decirle más que incoherencias. Ha deducido que le ocultaba algo. Algo grave. ¿Estará la cristiana en peligro? ¿Habrá desafiado al amo hasta el punto de enfurecerlo? ¿Y él, bajo el efecto de la cólera, la habrá maltratado en exceso?

Sin siquiera mirar la fuente donde el agua canta al sol elevando un homenaje cristalino, la favorita se dirige al encuentro de la adolescente con paso ligero.

Cuando del fondo del patio aparece una forma regordeta que tropieza y se tambalea, le cuesta reconocer a Abbas e Isabel. La silueta pesada sostiene a la frágil, y los dos juntos forman una sola silueta ebria. «¿Qué le habrá ocurrido

a la adolescente, para que el eunuco tenga que sostenerla de ese modo?», se pregunta Malika corriendo a su encuentro.

—Isabel, soy yo —susurra al llegar hasta la pareja. La mirada herida de la muchacha le arranca un escalofrío de remordimiento. La sonrisa de Isabel, en sus labios tumefactos, vacila entre la ironía y sufrimiento:

—Tenías razón, Malika —intenta bromear la adolescente—: todavía soy de este mundo…

—Ven, *habibti* —la apremia Flor de Sol, asustada por los estragos que lee en el rostro de su amiga—. Ven a mi habitación. Nosotros vamos a cuidarte. Ya hablarás luego.

Isabel, sosteniéndose en el eunuco y la favorita, los deja hacer. Su cuerpo, que la adversidad sostenía, pierde sus últimas fuerzas entre las manos amigas. Avergonzada de abandonarse, demasiado cansada para resistir, asiste como sonámbula al vaivén de formas nerviosas que muy pronto se despliega a su alrededor.

Al principio, cuando los tres penetraban en los aposentos de Malika, ésta ha tenido que enfrentarse a una figura hostil:

—¡Sal de ahí, Amina! —la ha oído gruñir la muchacha. ¡Ni una palabra más sobre este tema o dejas mi servicio!

La adolescente, sorprendida por una dureza de la que no creía capaz a su amiga, no ha visto más que a una vieja refunfuñando y rezongando que se alejaba a pequeños pasos enfurecidos. ¿Qué tendrá contra ella esa loca, que se vuelve para señalarla con los cinco dedos de su gran mano abierta en un gesto de protección contra los malos espíritus?

Nur y Salma aparecieron a su vez, desviando el frágil curso de sus pensamientos. Cuando se acercaron, Isabel se irguió.

—Aquí, Isabel, aquí… Déjanos hacer —la serena la voz de Malika—. Salma y Nur son amigas nuestras. Vienen a cuidar de ti.

Las dos jóvenes, con una delicadeza que la hace dudar de los humillantes momentos de la víspera, la colman de cuidados afectuosos. Una vez más, la desvisten, la bañan, la secan y la cubren de tejidos sedosos. Sus gestos son suaves. Y el tacto de sus manos terso como una caricia. Ya no ríen ni cuchichean, observa la muchacha. Sus miradas graves casi la harían reír, si no estuviera tan adolorida. Sobre sus morados, sobre sus heridas, Nur extiende aceites que los limpiarán, afirma, y bálsamos que aplacan enseguida su dolor. Salma, sobre su rostro cansado, derrama ungüentos que, asegura, eliminarán las señales. ¡Como si a Isabel le importara estar bella!… Incluso Hajar, que

aparece de repente, empieza a moverse a su alrededor con efusión serena, y alivia con sus masajes el cuerpo violentamente contraído.

Entre sus manos expertas, Isabel se siente de vuelta a la infancia. La miman, la halagan; lo más negro de su pesadilla se va diluyendo. Y cuando su mirada se cruza con la de Malika, un destello de reconocimiento atraviesa su azul apagado.

Pero cuando la favorita intenta interrogarla, Isabel, posando un dedo sobre sus labios, la reduce al silencio. Su rostro bruscamente cerrado aúlla una súplica muda. ¡Que no la fuercen a hablar! Que no la obliguen a revivir el horror de una noche repudiada por su memoria…

El sol se pone lentamente. Sobre el lecho de la favorita, Isabel reposa desde hace algunas horas. Esta noche, como el primer día, Malika vela a su protegida. Suavemente, por miedo a despertarla, se mete en su cama. La adolescente, adormecida, se refugia enseguida entre sus brazos. Y turbada por un loco acceso de ternura, Flor de Sol se abandona a su vez en las olas del sueño.

CAPÍTULO VIII

Como cada mediodía desde que volvieron los días buenos, las dos jóvenes se han instalado en el jardín de rosas, al abrigo de un soto adonde van a perderse las mariposas. Zaynab y Jumana las acompañan; Isabel les ha prometido una historia. Una historia verdadera, asegura. Las dos niñas no pueden ocultar su impaciencia.

Sólo Malika ha advertido el nerviosismo de su amiga. Imagina la causa: mañana, según el calendario cristiano, será el aniversario de su llegada entre ellas. Han pasado tantas lunas, trece exactamente, que se podría suponer apaciguada a la cautiva, a quien nadie, desde la violencia de las primeras semanas, ha venido a importunar.

Para sorpresa del revolucionado harén, al día siguiente de aquella noche que las mujeres ociosas bordaban en mil versiones funestas, la ira del señor tardó en manifestarse. Un día, una semana, un mes… Las concubinas se cansaron de esperar. Isabel se cansó de temer. Y Basila, furiosa por ser excluida de un drama que sólo sospechó, se resignó a no ver castigada a la insolente cristiana. Sólo Abbas y Malika sabían el poder de convicción que había tenido que desplegar el uno, la seducción la otra, para atraer al príncipe a sus puntos de vista.

—¡Esta chica me horroriza! —sentenciaba, los primeros días, Sidi Abén Barrax.

Coincidía sin saberlo con la opinión de la vieja Amina.

—Es una diablesa, una esposa del Maligno cuyo cuerpo de hielo está destinado a apresar entre sus redes el alma fiel de los creyentes.

Tanto el eunuco como la favorita llegaron a la conclusión de que, a juzgar por el doloroso recuerdo que guardaba, era menos el alma que el cuerpo de su señor lo que se había visto atrapado en el hielo. Abbas, sagaz diplomático, hizo valer solamente la prometedora belleza de la cristiana y avanzó, en su cualidad de gran oficiante de los placeres del príncipe, que lamentaría ver dañada semejante joya.

—Dejadme hacer —sugirió— y os garantizo que dentro de unos meses, bien alimentada, bien vestida, la jovencita será una perla que todo señor os envidiará. ¿Por qué no cedérsela, entonces, a uno de ellos? Vendida a precio de oro u ofrecida a algún príncipe cuyos favores deseéis —añadió—; en cualquiera de los dos casos os será muy valiosa.

Cuando el amo manifestó sus dudas sobre las posibilidades de domar a semejante furia, llegó el turno de Flor de Sol para desplegar sus argumentos:

—Lo que no se puede obtener por la fuerza se consigue con dulzura —murmuró a su amante, abandonado entre sus brazos—. Piensa, señor, en tus corceles. ¿No es el orgullo de tus caballerizas la potranca más rebelde, una vez tu mano la ha domado? ¿No consiste el arte del jinete, cuando no surte efecto el junquillo, en doblegarla con caricias? Déjame hacer a mí, príncipe. Tengo la confianza de esa niña. ¿Me crees incapaz de hacerla entrar en razón?

—No, claro que no —concedió Abén Barrax—. Al contrario, te creo muy capaz. ¿No me estás llevando, precisamente, adonde no quería ir?

Cansado de batallar contra el encanto de la favorita, se rindió. Mientras no se cruzara en su camino la que era recuerdo viviente de su derrota, ¿qué le importaba su suerte, al fin y al cabo?

Durante algunas semanas, nadie volvió a hablar de la joven rebelde. Apenas si, de vez en cuando, Sidi Abén Barrax preguntaba a Abbas acerca de su comportamiento, o a Flor de Sol si no se había hartado ya de su juguete. Hasta el día en que, de vuelta de la ciudad real, se preocupó por la cautiva.

Por la manera en que el eunuco alababa sus crecientes encantos, ahora que ya no estaba asustada, o por cómo la favorita evocaba su gracia, su afición al laúd y los cuentos que inventaba a sus anchas para sí misma y para las princesas Jumana y Zaynab, el príncipe decidió cuál sería el futuro de Isabel. En adelante, sería instruida en las artes de la danza, la música, la poesía, en el de hablar con soltura y escuchar con gracia, en el arte de complacer, en una palabra, y de conquistar a los espíritus más refinados. Para ello, le mandarían enviar algunos maestros reputados.

Los dos cómplices, sorprendidos, intentaron averiguar a qué espíritu refinado estaba destinada su protegida, pero Sidi Abén Barrax cortó al punto su curiosidad con una amplia sonrisa. Algunos maestros de música y poesía llamaron muy pronto a las puertas del palacio. La vida de Isabel se transformó.

Tres veces por semana, Al Malek venía a enseñarle música. Ella simpatizó enseguida con este hombre sensible. Su común pasión por el canto los acercaba. Las delicadezas del artista, que parecía adivinar siempre los estados

de ánimo de su alumna, y adaptaba a su pena o alegría las melodías que proponía para el estudio, los hicieron íntimos amigos sin tener que intercambiar la más mínima confidencia. Cuando Zaynab y Jumana se unieron a las lecciones, los cuatro formaron un grupo tan alegre como estudioso.

Con al Fargani, los inicios fueron más difíciles. Buen poeta en público, filósofo en sus horas libres y muy orgulloso, detestaba enseñar a una mujer, que además era una esclava, los secretos de su arte. Si bien esa esclava extranjera dominaba la lengua árabe, llegando a componer agradables estrofas, no sabía escribirla. Él no tardó en exigirle un maestro de caligrafía. Tal cosa, lejos de enfurecer a su alumna, la había entusiasmado. Fue entonces cuando empezó a respetarla. ¡Una mujer que deseaba aprender! Y que lo conseguía rápidamente, sin duda: desde la legendaria Wallada, princesa y poetisa de Córdoba la morisca, era algo que no se veía muy a menudo en al Andalus… Su complicidad nació entonces.

Al pasar los días, vencida por el mismo ardor que en Martos la empujaba a encerrarse en la biblioteca a devorar las obras que su padre escogía para ella, Isabel casi olvidó su condición de cautiva. ¿Qué había cambiado su vida? La cristiana estaba metamorfoseándose. Y Malika, profesora de danza en su tiempo libre, velaba el nacimiento de su querida mariposa.

«Es que Isabel ya anda por los dieciséis años —piensa Flor de Sol—, y ya no es una niña. A su edad, yo ya era madre por partida doble».

Absorta en sus pensamientos, sigue con los ojos a la adolescente, cuya carne turgente pide las caricias que su pensamiento ignora. Bajo los velos azulados con los que le gusta ahora vestirse a Isabel, su cuello iluminado atrae las miradas sin que ella parezca sonrojarse. Cuando en los baños, de los que ahora disfruta con un placer voluptuoso, se inclina para hacer resbalar el agua humeante entre sus senos, Flor de Sol ha advertido su estrecha cintura, a punto de romperse bajo la presión de una espalda larga y derecha. Su cuello translúcido, frágil como una columna de alabastro, se dobla bajo el peso de las largas trenzas rojas que la humedad acrecenta. Y cuando a la hora de las lecciones que le da la favorita, al son del laúd, la flauta y el tambor, ella se abandona a la danza, sus brazos torneados, que ondean en un centelleo ambarino, parecen modelados para el abrazo.

Todo en la cristiana respira deseo, un apetito de vivir intensa y apasionadamente. Incluso sus momentos de absentismo, cuando, súbitamente pensativa, se retira a la sombra de ensoñaciones secretas, revelan su carácter apasionado. Su cuerpo, su corazón, su alma, tejidos de pasión y

voluptuosidad, parecen forjados al fuego. No obstante, la muchacha sigue huyendo, alarmada, cuando las mujeres excitadas por el calor intercambian sus recetas amorosas. De la noche que debería haberla iniciado, no ha vuelto a hablar nunca. Para Flor de Sol, que ve en ese silencio la señal de un terror insufrible, es el único motivo de preocupación.

Insólito en el harén, el estatus de Isabel le vale la curiosidad malévola de las otras esclavas. Ciertamente, el amo desdeña sus encantos, y más de una se siente aliviada de no tenerla por rival. Pero Sidi Abén Barrax no ha perdido el interés por ella. Al autorizarla a seguir las lecciones de al Malek el músico y, hecho más extravagante todavía, al hacer venir a maestros de poesía, filosofía y otras ciencias oscuras que la sana prudencia no recomienda poner a disposición del espíritu de las mujeres, el amo muestra por Isabel un interés inexplicable.

Entre ellas, sus compañeras han apodado a Isabel Alemaha, la Sabia, expresión irónica en tanto que aplicada a una mujer. ¿Pero se la puede llamar mujer, a esta muchacha extraña que prefiere el estudio al cuidado de su apariencia; a esa pequeña salvaje cuya gracia animal excita los celos sin que ella parezca alegrarse; a esta insumisa, en fin, cuyos frecuentes ataques de risa no bastan para hacerla olvidar otros, los de cólera, como cuando tardaron en devolverle el medallón impío que lleva siempre en el cuello, o de desdén, cada vez que se ha evocado ante ella el respeto que todas deben a su señor?

Isabel no parece sufrir por este mote que le aplican, por esas vigilancias intrigadas a las que se sabe sometida, por la distancia que espontáneamente se ha establecido entre las mujeres y ella. Su espíritu, su cuerpo incluso, están en otra parte, absorbidos enteramente por la metamorfosis que vive en su interior. Malika, durante unos meses, se alegró de ello; pero desde hace algunos días el humor de la adolescente se ha ensombrecido. Y Flor de Sol se sorprende temiendo algún nuevo estallido de su imprevisible protegida.

Malika la rubia e Isabel la pelirroja están charlando. Bajo el soto que las protege del sol, se han retirado el velo. Sus cabellos sueltos desprenden brillos de oro y de fuego. Ofrecen su frente pálida a las caricias del viento. Cómplices, despreocupadas, las jóvenes se cogen de la mano y sus ojos sonríen. A sus pies, miniaturas atentas, descansan Zaynab y Jumana. Una tiende hacia la muchacha un rostro abstraído; la otra ha posado la cabeza sobre sus rodillas. Ambas aguardan la historia prometida. Con los ojos perdidos en el rosal que le queda justo enfrente, ella se lanza. Sus labios

desgranan las primeras palabras del cuento y las demás escuchan. Incluso los pájaros, encantados, suspenden su vuelo por encima de la glorieta.

—En la austera morada de piedra fría y gris —cuenta Isabel—, los muros entraban en calor en contacto con doña Lucía. La joven desposada estaba tan feliz y tan enamorada de don Sancho, su marido, que el castillo hasta entonces dormido se despertaba lleno de vigor. Cada día era una fiesta a la que acudían audaces caballeros y gentiles damas de los alrededores. La tarde transcurría entre justas, bajo los ojos embriagados de las mujeres y paseos despreocupados por el bosque colindante. Por la noche, encendían grandes fuegos en las chimeneas de los salones. Y toda aquella juventud se reencontraba en sus más hermosos atavíos. Allí, los poetas cantaban bellas odas y *zéjeles*[5] compuestos en su honor. En otro lugar, alrededor de don Sancho, cuyo saber era famoso, se hablaba en latín, evocando el astrolabio de Azarquiel o el mapamundi de al Idrisi, que hacía soñar a más de uno como me haría soñar a mí más tarde… Algunos intercambiaban versos o formaban un corro alrededor de doña Lucía, que contaba como nadie las fábulas del Kalila wa Dimna, donde los animales ocupan el lugar de los hombres y son más sabios que muchos de los hombres, de las mujeres o de los niños.

—¡Nosotras somos muy sabias, Isabel! —protesta la impetuosa Zaynab.

—Como lo era doña Lucía. De todas aquellas nobles damas, ella era la más dulce, la más generosa, la más bella también. Es normal; era la más amada. No pasaba un día sin que don Sancho le hiciera un regalo. Ni una noche sin que intercambiaran mil pruebas de ternura. Parecía que ese amor no pudiera tener fin… Y fue entonces cuando una felicidad mayor les fue anunciada a los jóvenes esposos. Doña Lucía no tardaría en ser madre. Don Sancho estaba loco de alegría. Ya buscaba nombre para su heredero…

—Evidentemente —bromea Malika—, estaba seguro de tener un hijo.

Una mueca en el rostro de Isabel acaba con su chanza. Atrapada en sus recuerdos, la adolescente ha cerrado los ojos. Cuando retoma la palabra, su voz se ensombrece:

—Tan grande era el orgullo de don Sancho, que olvidó dar gracias a Dios. Tan loca era su alegría, que olvidó que en este valle de lágrimas nada perdura, sobre todo la felicidad que erróneamente se atribuyen los hombres.

—Lo que el Misericordioso da, lo puede quitar —murmura Flor de Sol.

—Eso es precisamente lo que sucedió… Una noche de invierno, un mes antes de nuestra noche santa, en la que los cristianos celebramos el nacimiento de nuestro Salvador…

—¿Un Salvador?

Jumana reincorporó la cabeza, intrigada.

—El señor Jesús, aquél al que vosotros llamáis Isa, hijo de Meryem. Pero ésa es otra historia. Ya te la contaré más tarde, si Malika me lo permite… Aquella noche, pues —continúa la muchacha—, doña Lucía sintió venir los primeros dolores. Enseguida, llamó junto a ella a Fida, su aya, y a Artaja, su hermana de leche…

—¿Artaja? ¿La que te contaba todas esas historias sobre nuestra ciudad de Granada? —interrumpe Zaynab, curiosa.

—La misma, Zaynab, la misma… La noche de la que os hablo, pues, mientras Fida preparaba el agua hirviendo y el lienzo inmaculado, Artaja tranquilizaba a doña Lucía. El pequeño se presentaba mal. Doña Lucía gimoteaba. Muy pronto, arrancó a llorar, a gritar, a aullar. Luego, ya no dijo nada. El dolor la consumía. Fida pidió ayuda. Don Sancho, detrás de la puerta, cayó de rodillas. Rezaba, aunque demasiado tarde, rezaba y suplicaba al cielo que le conservase a su amada…

Suspendidas en los labios de la mayor, las dos niñas contienen la respiración. Flor de Sol lo ha comprendido, y estrecha entre sus manos los dedos helados de su amiga.

—El combate duró toda la noche. Por la mañana, en vez del hijo esperado, fue una hija lo que apareció, tan sonrosada como blanca y pálida su madre. Cuando la niña lanzó su primer grito, doña Lucía, exangüe, había rendido ya el último suspiro… Mi madre murió al darme la vida.

Un silencio tenso invade el corro. Instintivamente, Jumana se yergue y echa sus brazos en torno al cuello de Isabel, que se deja hacer, ausente. Zaynab, con los ojos humedecidos, se estrecha contra Malika en un impulso de celosa ternura. Ése es el momento que escoge una silueta sofocada para romper el corro:

—Zaynab, Jumana, ¡aquí estáis, al fin! Hace horas que os busco.

Asia, el aya de las criaturas, es una campesina obesa a quien sus formas generosas y sus mofletes sonrojados por la carrera dan un aire de impetuosa inocencia.

—Perdóneme, Setti Malika —se disculpa—. Pero estas niñas me vuelven loca. Desaparecen sin decir nada. Es que Setti Kerama las reclama.

—¿Lo has entendido, Jumana? —la interrumpe Flor de Sol—. Tu madre te reclama. Y a ti también, Zaynab… Vamos, mis pequeñas —insiste al ver que las chiquillas se proponen resistirse—. Habéis tenido vuestra historia. Era triste, es cierto. Pero es bueno meditar de vez en cuando sobre los caminos del Compasivo, que no nos corresponde descifrar. Mañana, otro día, Isabel os

contará la continuación, que será más feliz, por fuerza, puesto que ella está aquí entre nosotras.

Indiferente a las palabras de su amiga, Isabel permanece inmóvil. Mira sin ver a las tres siluetas que se alejan.

Está muy lejos de allí, en Martos, en la austera morada fría y silenciosa. Don Sancho, loco de dolor, se ha convertido en un gobernador intratable. Tanto en las cortes de justicia como en el campo de batalla, da rienda suelta a su desesperación. Sus hombres lo admiran. Su hija lo teme. Muchas veces se ha hecho relatar sus actos de bravura y sus justas sentencias. Durante algunos años, eso es todo lo que ha sabido de él. Artaja era toda su familia. Él era una figura aterradora que no se evocaba más que en susurros. No le veía nunca.

—Yo había matado a su amada —pensó ella, inconsciente de haber hablado—. Durante mucho tiempo creí que yo le horrorizaba.

Hasta aquel domingo de mayo… Hace ya tres años, pero Isabel se acuerda como si fuera ayer. Aquella tarde, con un libro de poesía en la mano, se había instalado en el jardín, a la sombra de su cedro favorito. Estaba soñando, sentada sobre su banco de piedra, cuando don Sancho apareció al final del camino… ¿Cuánto tiempo hacía que no se encontraba sola cara a cara con él? Meses, quizás años. Era demasiado tarde para huir; su padre la había visto. Andaba derecho hacia ella. Su jubón era ceniza y sangre. Una pluma plateada se balanceaba en su toca. De lejos tenía un aspecto fiero, mientras se acercaba a su hija con timidez.

Isabel cree sentir todavía la sangre palpitando en sus sienes, y las manos húmedas que de repente dejaron escapar el libro. A medida que se aproximaba la figura temida, Isabel iba discerniendo los detalles de sus rasgos. El rostro era hermoso, aunque marcado por el cansancio. No quedaba rastro de su severidad, hasta el punto de que parecía ser sólo una máscara para ocultar no sabía qué debilidad. Los labios eran delgados y firmes. Menos afilados, no obstante, que en su recuerdo. Los ojos, sobre todo, los ojos que apuntaban hacia ella, la sorprendían. De su agua azul, glacial, guardaba recuerdos dolorosos. Y en cambio, aquel día, esa misma agua estaba nimbada de oro líquido. Parecía abrazada por el sol primaveral. En las pupilas protegidas por unos párpados que se cerraban, ella creyó atisbar una atención benevolente que nunca les había visto. ¿Se equivocaba? No; era amor, era una ternura pudorosa, pero apasionada, lo que discernía en los ojos de don Sancho.

—Yo no hacía más que esperar. Me había levantado, tensa como una cuerda a punto de romperse. El libro estaba a mis pies, y no se me ocurría

recogerlo. Mis brazos paralizados me caían a lo largo del cuerpo. Sólo mis ojos estaban vivos; galopaban hacia él y se le echaban en brazos.

Don Sancho se había reunido con ella. Era un hombre apuesto; la sobrepasaba en dos cabezas. Sus ojos la desarmaban y la miraban siempre fijamente. Como Isabel, petrificada, no esbozaba un gesto, una sonrisa enterneció los rasgos paternos. Era una sonrisa grave, de una bondad profunda.

—De repente, llevó sus dos manos a mi cuello. Con una extraña presión, mi padre acercó a él mi rostro. Mi mentón reposaba entre las palmas de sus manos ofrecidas como un cáliz. Nuestras miradas se hablaron. Nuestros labios permanecieron mudos.

Sintió calor. Luego frío. Soñaba con echarse al cuello de aquel desconocido, su padre. Demasiados años de silencio los separaban. Atrapada dentro de una coraza contra la cual su amor no podía nada, Isabel se veía paralizada. Su respiración estaba suspendida. Le dolía la garganta, a fuerza de retener las palabras de ternura.

—Al final, retiró sus manos. Sus ojos aún brillaban. Su sonrisa era triste. Dio un paso atrás. Yo no me movía.

Padre e hija no habían intercambiado una sola palabra.

El silencio se prolonga, entre Isabel y Malika. La favorita, atenta, respeta el sentimiento de su compañera. En sus mejillas sonrojadas por la emoción, en su respiración precipitada, mide el dolor de su recuerdo. La adolescente, con la mirada perdida en el fondo de un camino, el que ahora se abre ante ella o aquél por el que, tiempo atrás, había aparecido don Sancho, deja escapar una lágrima.

—¡Oh, Malika, si tú supieras! ¡Si tú supieras cuánto me he arrepentido! Día tras día, he revivido esa escena. Estaba horrorizada por mi estupidez. Había recibido la llamada de sus ojos, había percibido el sufrimiento de quien no sabe decir «te quiero», ¡y no había sabido, no había podido responderle!

Aquella misma noche, no obstante, don Sancho la invitaba a compartir la cena que normalmente tomaba solo en la biblioteca. Interrogó a su hija sobre su vida, sobre sus lecturas. Al verla deslumbrada por la cantidad de libros, ávida de conocimientos de los que su preceptor nada le había dicho, le propuso un acuerdo: «Libre acceso para ti a la biblioteca, pero con una condición: yo escogeré los libros por ti y, una vez a la semana, me darás cuenta de tus lecturas».

—Libre acceso a la biblioteca. Y mi padre todo para mí una vez a la semana. ¡Imagínate mi alegría!

Durante dos años, su padre la inició en los misterios del mundo. Cartas, por supuesto, que ya le gustaban antes, y poesía; pero también historia, que la enriquecía con la memoria de los hombres, y geografía, que expandía su imaginación hasta las dimensiones de un mundo ilimitado, y astronomía, finalmente, ese baile fantástico de los astros bajo la bóveda infinita… Don Sancho, poco a poco, le señaló las puertas que abren a los corazones sensibles los secretos de la naturaleza. Le suministró algunas claves, pero también le indicó que había otras que tendría que descubrir por sí misma. Cada semana, su único encuentro los hacía permanecer despiertos hasta bien entrada la noche. A Isabel la apasionaba el estudio. Pero le gustaba sobre todo ver a don Sancho sumido en sus intercambios. El saber y el amor, para ella, eran una misma cosa.

Su padre nunca volvió a mirarla como aquella tarde única, en el jardín. Nunca tuvo ella ocasión de manifestarle su cariño; la reserva de don Sancho la mantenía siempre a distancia, al borde la de indiscreción. Pero sí pudo, por la gracia de esa insaciable curiosidad que tenían en común, disfrutar a su lado de unas cuantas horas luminosas… Aquello duró dos años. Tan sólo dos años.

Desde hace un año, día por día, don Sancho ya no está.

En torno a las dos mujeres, el día ha seguido su curso. Hace ya un rato que el sol emprendió su descenso, flirteando con las sombras a los pies de los árboles en flor. El aire se ha teñido de un ocre rosado. La luz, que ondula y tiembla, tiene reflejos de miel en los que se deleita la mirada de Malika.

—Ahora sé por qué muestras tanta pasión en las lecciones de al Fargani —suspira Malika, que al mismo tiempo comprende el humor sombrío de su amiga.

Ese hombre del que hasta este momento nunca había hablado, ese don Sancho amurallado en el recuerdo de una juventud feliz y que, una vez, una sola, tendió la mano hacia la mendicante de amor que era entonces, y es todavía Isabel, es el hombre al que hoy llora.

—Nunca perdemos a aquéllos a los que queremos —murmura a su compañera—. Nos esperan en el paraíso. Y en esta tierra de la que parecen ausentes, en el fondo de nuestro corazón, si sabemos escuchar, siguen queriéndonos.

—Eres buena, Malika —responde Isabel, ensoñada—. Y te pido perdón por haberte entristecido con mis recuerdos. Es que esta tarde, no sé por qué,

han vuelto todos de golpe.

—Yo sí sé por qué, Isabel. Y me hace feliz que hayas querido confiármelos. Si quieres…

—¡No quiero nada! —interrumpe la adolescente, que ha dado un salto y ha tomado a su compañera de la mano—. Ya hemos llorado bastante por mi culpa. Mejor vamos a la terraza. Ya es hora, me parece; mira cómo se ha ido el sol…

Malika, acostumbrada a los bruscos cambios de humor de su protegida, se deja llevar. En el fondo, se siente aliviada. Tal vez la crisis, cuyos preliminares observó en los últimos días, ya ha pasado.

El cielo, al oeste, se nimba de reflejos rosados. En los caminos que recorren las dos amigas, las sombras se han alargado. Frenéticos, los pájaros se reúnen y se precipitan hacia la puesta del sol que los abandona. El aire, más que nunca, embalsama las rosas y los laureles. Los árboles tiritan y murmuran bajo las caricias del viento fresco que llega de la sierra.

Ansiosa de evadirse, Isabel finge perderse en el laberinto de un palacio por el que su amiga la ha llevado tantas veces. Por aquí han pasado hace un momento. Reconoce, a través del ajimez, el patio de jazmines donde se desliza la silueta de una esclava apresurada. Han pasado los aposentos de las mujeres, cuyo chismorreo se diluye a sus espaldas.

Escondidas detrás de un tapiz, están las escaleras que Flor de Sol le descubrió hace casi un año. Sumergida en el negro agujero, apenas adivina la silueta de su compañera unos metros por encima de ella. El pasadizo, cuyos altos peldaños tiene que escalar a tientas uno a uno, es tan estrecho que sus hombros topan a un lado y a otro con la piedra helada. La humedad, bruscamente, la atraviesa.

—Por fortuna, ya casi hemos llegado —murmura en un escalofrío.

La escalera sigue subiendo, enroscada sobre sí misma como alrededor de un tesoro. No llega hasta allí un solo sonido. Parece estar fuera del mundo. Finalmente, desembocan en una terraza suspendida sobre el vacío. Algunos escalones en pleno aire las llevan todavía más arriba. Y cuando, en un impulso ya ritual, las dos amigas se dan la vuelta, es la gloria.

Azotada por el sol poniente, la ciudad se abrasa bajo sus miradas. Desde la terraza en la que, en silencio, las jóvenes contemplan el paisaje, sólo se la ve a ella. Ella: al Hambra, la Roja, la maravilla, un incendio de rojo y oro que lanza como llamas sus torres erguidas sobre el azul de la noche. A esa hora mágica en que el día desafía a las tinieblas, el esplendor del cielo rivaliza con el agua del más puro zafiro. Sobre la oscuridad translúcida, se recortan las

murallas como llamaradas de rubí, granate, topacio, diamante amarillo. A Isabel, una vez más, se le corta la respiración.

Cuando hacia esa misma hora, Malika la llevó allí por primera vez, la adolescente estalló en sollozos. Eso fue apenas unos días después de la noche funesta. Todavía se sentía débil. Se dejó llevar por tanta belleza, por aquella prueba fugaz de que Dios y los hombres conjugaban sus obras para que fuera bendecida cada noche que comenzaba. Desde entonces, aquél era el secreto que compartían, un deslumbramiento ritual al través del cual renovaban su alianza. Y esa alianza amorosa, adivina Isabel confusamente, engloba a Granada entera, incluida la ciudad real a la que lamenta no poder acercarse nunca.

Burgos, noviembre de 1502

Isabel comprendió que había sucumbido a los encantos de su nueva vida el día en que el *hammam* se le apareció como el lugar de las delicias. Al menos así me lo confesó ella, al término de muchas confidencias.

Esa mañana, mi hermana Isabel se mostraba vergonzosa. Buscaba en mis ojos la autorización para proseguir, como si lo que tenía que confiarme pudiera atentar contra mi pudor religioso.

Tengo que confesar que, por un momento, temí mostrarme escandalizada. Pero ¿y qué? ¿No la quería lo bastante, a esta hermana que el cielo me había dado hacía poco? ¿No la conocía lo suficiente como para saber que de todo espectáculo, de toda experiencia, ella tomaba sólo lo que la enriquecía? Por eso la invité a proseguir.

Durante mucho tiempo, empezó a explicarme, había sufrido con una mezcla de vergüenza e indignación la prueba de los baños. La visión de los cuerpos femeninos que paseaban medio desnudos entre los vapores sofocantes la llenaba de disgusto. Cómo la exasperaban la indecencia de los masajes y la humillación de la depilación, sobre todo en el momento en que, acabada su obra, la esclava escrutaba diligente hasta en el más tierno rincón de su carne la desnudez de la cautiva, y le aseguraba que había conseguido la suavidad del hueco del ala de una paloma…

La indolencia, sin embargo, y el descanso, acabaron por diluir su tensión, y al mismo tiempo barrieron sus reparos. Con una curiosidad teñida de impulsos voluptuosos, se dejó cautivar por las evoluciones fantasmagóricas en torno a la piscina. Gritos de niños con vientres abultados que se tiraban al

agua ardiente entre risas; repiqueteo de sandalias de suela de corcho sobre las baldosas resbaladizas; chapoteo del agua en las albercas y sobre la piel resplandeciente de las huríes; eco ahogado de las llamadas, confidencias, murmullos que llegaban de una alcoba a otra; ondeante y tranquilo, el rumor era propicio al abandono. Como lo eran las siluetas femeninas que, a menudo desnudas, a veces vestidas con una blusa transparente o una tela blanca atada a la cintura, deambulaban lentamente, mostrando a sus ojos soñadores la diversidad de formas, de colores, de texturas, de aquellas carnes vaporosas.

En su Martos natal, jamás había imaginado el cuerpo más que envarado en unos vestidos cuya incomodidad ya no podía percibir. El *hammam* le permitía ver bellezas desnudas que la llenaban de un respeto vagamente melancólico. Tan pronto se sorprendía de la extravagancia de un seno, redondez misteriosa que, lejos de hacerla encorvar, daba una elegante seguridad a la silueta grácil que lo enarbolaba, como la fragilidad de un cuello maduro, entre voluptuoso y resignado, despertaba en ella una ternura triste. Cómo la emocionaban los pómulos cenicientos en el rostro de una concubina cuyo vientre redondeado anunciaba un próximo alumbramiento. Los pechos puntiagudos, y los de las madres amamantando, de venas azuladas, las generosidades de las odaliscas y la escasez de las más hombrunas, la sensual insolencia de las mujeres hechas y derechas, y la gracia un poco desgarbada de las muchachas apenas núbiles. Flotaban, bajo los rayos de luz que filtraban las claraboyas multicolores, el resplandor anacarado de las carnes pálidas, el aterciopelado de las pieles negras, los matices infinitos de las morenas, desde el pan de centeno hasta los reflejos ambarinos que se hundían en la niebla…

—Le hablo de los cuerpos, madre, pero no se escandalice. Los cuerpos son caras que no saben mentir. A lo largo de los meses, aprendí más de ellos que de las palabras y los libros. El alma, habéis de saber, está inscrita en esa carne que tantos de los nuestros desprecian.

Esos cuerpos, me explica, le parecían tan vulnerables, y tan soberanos a la vez, que Isabel se sorprendía interrogándose sobre la naturaleza de su poder. Al mirar sus propios brazos, modelados por la danza, el peso de sus senos, la suavidad de su piel entre los muslos ahusados, la sedosidad de sus cabellos sueltos que, hasta los tobillos, la envolvían en llamas, se descubría también vulnerable, y fuerte, llena de indolencia y apetitos que la ruborizaban.

Cuando la asaltaban semejantes emociones, se apresuraba a abandonar el borde de la piscina, donde la había embargado su culpable ensoñación. A veces se dejaba resbalar en el agua humeante. Allí, cerraba los ojos. Saboreaba la quemazón del vapor en sus pulmones, el abrazo del agua

purificadora. Se rociaba la cara, sonreía a la caricia de las ondas en sus hombros y en su cuello. Era toda sensación, delicia del cuerpo y el espíritu. A veces, prefería castigar aquel cuerpo demasiado presente, e iba a someterse a la rudeza de las masajistas que operaban en las alcobas vecinas.

CAPÍTULO IX

Granada, mayo de 1473

Hoy, tumbada sobre su costado, Isabel se ha abandonado a las artes de Hajar. Entre las manos expertas, su carne reluciente de aceite perfumado se ha resistido al principio, y le ha quemado. Su cuerpo zarandeado, golpeado, amasado, no es más que una pasta dócil bajo los dedos de la esclava nubiense. Qué deliciosa sensación, dejarse mecer por la marea. La muchacha, indolente, con la nariz cosquilleando por el olor a romero que desprende el travesano, deja vagar sus pensamientos al capricho de sus recuerdos…

Ayer, por un momento, la habitación del palacio que les sirve de sala de estudio tomó para ella la apariencia de una cámara de tortura. Al Malek acababa de escuchar, sin pronunciar palabra, el canto sobre el que ella trabajaba desde hacía cinco semanas sin conseguir contentarlo adecuadamente.

—Retírate, Isabel —ordenó—. En adelante, no quiero aquí a más alumnas que a Zaynab y Jumana.

Las dos pequeñas agacharon la cabeza.

Así pues, ¡su canto había herido una vez más el oído del músico! Sin embargo, estaba segura de no poder hacerlo mejor. Mientras brotaban de sus labios los versos de Ibn Zamrak, había sentido que los contornos de su cuerpo se diluían. Al unísono con el laúd, su ser había vibrado, como una séptima cuerda tocada por alguna mano celestial. Pocas veces se había sentido tan ligera, tan poderosa como en esos instantes; libre para recorrer el espacio infinito en alas de la melodía que había tomado posesión de su alma. Durante largos minutos, se dejó llevar por las ondas mágicas, transportada en un suspiro que llegaba —le parecía— del centro de la tierra. Con el corazón lleno de luz, la mente liberada de todo pensamiento, se fundió con el cielo que percibía a lo lejos, más allá de las celosías.

Cuando de nuevo se hizo el silencio, la sensación de volver a ser prisionera de su cuerpo le pareció desgarradora…

Y el maestro estaba descontento.

—Vete, ahora —insistió.

Pero en sus ojos se adivinaba una risa silenciosa.

—Mi papel acaba aquí, mi pequeña Isabel. Por muy famoso músico que el Misericordioso me haya querido hacer, yo no soy más que un hijo de los hombres. Con tu voz, tú regocijas a los ángeles del cielo.

Satisfacción, orgullo, reconocimiento… La muchacha sintió deseos de llorar.

—Ten cuidado, sin embargo —la calmó al Malek—. Que este don no sea para ti motivo de orgullo. Lo que el Altísimo nos concede, es para volver hacia Él nuestro corazón y el de nuestros hermanos. Sé generosa con tu canto, mi niña. Con él alegrarás los espíritus sombríos. Si la angustia ronda algún día tu corazón, ¡que Dios aleje de ti esa hora!, descubrirás que tu canto puede ser un consuelo para ti misma.

¡Querido al Malek! ¿Cómo había adivinado que el canto era para ella un velo para huir en alas del viento a sus frecuentes accesos de melancolía?

Mientras Hajar la obliga a darse la vuelta y ataca la curvatura de sus hombros, el espíritu de la muchacha vuela a otros lugares, otros viajes, otros éxtasis.

Fue en su antigua vida, en los tiempos en que Isabel, desaparecida ya la fogosa niña que había sido en vida de Artaja, no era más que una adolescente solitaria que intentaba acoger con el mismo humor los placeres que los pesares. En los tiempos en que se doblegaba a las sequedades de doña Elvira, esperaba toda la semana su único encuentro con don Sancho, y escondía su tristeza en los oscuros rincones de su alma. A veces, por la tarde, cuando rezaba a la Virgen, la única madre que le quedaba, lo hacía con la leve esperanza de que su futuro como mujer sería más dulce. Aquel Alonso de Venegas que don Sancho le destinaba era un chico bastante guapo. Su mirada la hacía sonrojar cuando iba orgullosamente sobre su alazán, al paso junto a ella, bajo la atenta vigilancia de la dueña.

Eso fue, si su memoria es buena, una tarde de invierno, el año anterior a su rapto. Aquel día se sintió en comunión con el universo.

Alonso de Venegas acababa de hacerse anunciar. En ausencia de don Sancho, Isabel propuso enseguida un paseo a caballo. Para gran pesar de doña Elvira, el joven aceptó la invitación. Muy pronto, los tres cabalgaban hacia el corazón de un paisaje maravilloso que la nieve abrazaba en silencio. Sobre los árboles revestidos de escarcha, sobre la redondez de los declives, sobre la pendiente suavizada de los collados, la naturaleza congelada resplandecía.

Parecía que todos los espejos celestes se hubieran roto, espolvoreando el espacio con sus miríadas de reflejos parpadeantes. La respiración y el sudor de los caballos envolvía a los jinetes en un calor vaporoso. Sofocados por el tapiz de nieve, los ruidos parecían llegarles en un sueño.

Para resistirse al hechizo, Isabel lanzó un grito. Su caballo dio un salto hacia delante. La amazona acompañó enseguida el movimiento y, embriagados en una misma fuerza, la adolescente y su corcel se lanzaron al galope por la pendiente que se abría ante ellos… Don Alonso los alcanzó. Galopó a su lado. Los dos jóvenes rompieron a reír. En los ojos del mozuelo brillaba un destello de desafío.

Olvidando las formalidades, a doña Elvira y todo lo que no fuera esa ansia irreprimible de velocidad, de viento y de libertad, Isabel espoleó su caballo. Con las nalgas, el lomo, con todo su cuerpo firme y flexible, la amazona se fundía con su montura. Anticipaba sus movimientos, comulgaba con su fogosidad y se embriagaba en su poder. Don Alonso recogió el guante. Con las mejillas inflamadas y los ojos brillantes, alentaba a su caballo a grandes gritos. Isabel sintió un fuego delicioso correr por sus venas. Una risa irreprimible se apoderó de ella, una risa salvaje, una risa de loca, a la que se abandonó sin alcanzar a dilucidar qué era lo que abrasaba su cuerpo, si los amplios trancos de su corcel o el muchacho que cabalgaba junto a ella. Por un momento creyó perder la conciencia. Todo su ser, en miles de destellos encendidos, se fundía con el espacio circundante. Ya no era Isabel de Solís, noble damisela acompañada de su prometido; era un mediodía de invierno hecho de silenciosa blancura, de brumas heladas y de corceles lanzados a galope fantástico…

Más tarde, de vuelta a su habitación, se preguntó sobre ese acceso de pasión en el que su confesor, seguramente, habría advertido la influencia del Maligno. Pero mientras lo vivía, y al resucitarlo medio dormida en el *hammam*, no sabía de nada más deseable.

—¡Isabel, Isabel, despierta!

La risa de Salma repiquetea en sus oídos. Una mano fresca la sacude hasta derribarla del banco cubierto de mosaicos donde se había adormilado.

—Ven rápido —continúa la joven esclava tendiendo una toalla a su amiga —. Pronto no quedará espacio en la sala de reposo. Nur y Malika ya están allí: Hayat tiene noticias para nosotras.

—¿Para nosotras, en serio? —refunfuña la adolescente, enfadada por haber sido arrancada al sueño—. ¿No será uno de esos secretos de alcoba que

tanto os gustan? ¿El último capricho del sultán o los pesares de alguna concubina abandonada?

—No, te lo aseguro, esta noticia nos concierne a todas. Tú. Yo. Todos los habitantes de Dar al Anuar.

Con mano autoritaria, Salma arrastra a su compañera. En el estrecho corredor que rodea la sauna, la bóveda estrellada de claraboyas dispersa su vibración multicolor. A pesar de las gruesas paredes de ladrillo, unas exclamaciones llegan hasta ellas. Cuando las dos muchachas desembocan en el patio cubierto, las recibe un gallinero en plena efervescencia.

Alrededor de la fuente que desgrana sus notas frescas, las mujeres de Dar al Anuar parecen excitadas. Son una treintena, hablando todas a un tiempo. Unas permanecen sentadas bajo las galerías donde han sido servidas golosinas, zumos de fruta y perfumes de rosa, menta o flor de naranjo. Otras dan vueltas en torno a Hayat la tardona, por quien ha llegado la noticia al *hammam*. Todas chismorrean y se interpelan con el mismo entusiasmo.

Nunca antes Isabel, que ha aprendido a saborear la calma del cautivador salón, sus murmullos apagados, sus risas ahogadas, sus suspiros voluptuosos, había oído semejante tumulto. Intrigada, se ha reunido con Malika y Nur en su alcoba. Y Salma, finalmente, se digna a ponerla al corriente:

—El mes que viene, para el Mahragan, Sidi Abén Barrax dará una fiesta…

—¡Aquí mismo, en Dar al Anuar! —la interrumpe Nur, arrebatada.

—¡Adivina quién está invitado!

—Toda la corte, querida, y nuestros mejores jefes militares. Nada más y nada menos. Estará el alcalde de Loja, Alí al Attar, el más valiente general del reino…

—Es un viejo —la interrumpe Nur con desdén e impaciencia—. Sobre todo, estará al Zagal, el Valeroso.

—¿Al Zagal?

—Sí, el príncipe Muhammad Abu Abdallah, hermano menor del sultán, emir de Málaga, guerrero reputado entre los hombres por su bravura, y entre las mujeres por su belleza —resume Flor de Sol con una sonrisa.

—Y Salim Kumasa, e Ibn Kumasa, su hijo, que le ha sucedido en el cargo de visir…

—Y los hermanos Venegas, Redwan el guerrero y Abu al Qasim el ministro.

—¿Venegas? —se sobresalta Isabel—. ¡Pero ése es un nombre cristiano! Yo conocí en otro tiempo a un joven, don Alonso de Venegas. Venía algunas

veces a casa de mi padre…

—Seguramente son primos —explica pausadamente Malika, la única que no comparte la excitación general—. A veces, algunos caballeros andaluces eligen prestar vasallaje al rey de Granada en lugar de al de Castilla. Eso no impide a sus descendientes mantener buenas relaciones con la mayoría de sus parientes del otro lado de la frontera. Son numerosos, entre nosotros, los cristianos de al Andalus convertidos al islam. ¿Recuerdas a aquellos caballeros con túnica blanca y capa negra que rodeaban a nuestro sultán, que el Todopoderoso bendiga, el día de tu fuga? Todos son renegados de origen cristiano, y sin embargo forman parte de su guardia personal, es decir, si son de los nuestros.

Isabel, aturdida, no dice nada. De modo que dos primos de su prometido abandonaron las filas castellanas. Y no son los únicos: otros cristianos como ella se han dejado cautivar por Granada. Sin estar obligados a ello, incluso se han convertido…

Por un momento, se abre paso entre las tinieblas de su memoria la silueta orgullosa de un caballero vestido de púrpura y oro.

—El sultán —murmura.

—¿Crees que vendrá? —pregunta Salma.

—Creo que es la razón de la propia fiesta —comenta Malika—. Ya estás al corriente de las frecuentes ausencias de Sidi Abén Barrax estos últimos meses; nuestro emir lo ha retenido más de una vez junto a él. Si Abu al Hasán se digna a visitarnos la noche del Mahragan, su amistad hacia el amo quedará refrendada ante todos.

—¿Y si no viene? —pregunta Isabel.

—Si no viniese, echaría por tierra nuestras esperanzas. Pero no hay ni que pensarlo; Sidi Abén Barrax no se arriesgaría a sufrir una afrenta. No organizaría semejante velada si no estuviera muy seguro de sí mismo —concluye la favorita, confiada.

—Alta política, en suma —ironiza la muchacha—… Asuntos de hombres.

—Pero vaya, Isabel, ¡nosotras también estaremos allí! —exclama Nur.

No.

—¿Se ha visto alguna vez una fiesta sin cortesanas? —completa Salma.

—Incluso, o sobre todo, si se trata de política, las mujeres son indispensables —comenta Flor de Sol—. En esa reunión serás adorno, armonía diseminada para los malentendidos, bálsamo para los celos y flexibilidad para la rigidez del orgullo. Dependerá de vosotras que la velada sea un éxito…

—¿De nosotras? ¿Por qué de nosotras? ¿Tú no estarás?

—No, Isabel. Ni yo ni Setti Kerama, la esposa del amo, ni ninguna de las libertas. Te he repetido a menudo que, para las mujeres de Granada, la libertad es una esclavitud velada y la esclavitud una libertad sabrosa en otros sentidos. Aquí tienes un ejemplo. Mientras vosotras os divertís y os mezcláis con los grandes del reino, nosotras, las mujeres libres o libertas, no participamos más que de lejos, al abrigo de los ajimeces.

—¿Y… yo? —se aventura la muchacha.

—¡Tú eres de las nuestras, evidentemente! —responden a la vez Nur y Salma.

—¿Por qué crees que Abén Barrax te ha hecho aprender canto y danza, poesía y el arte de discurrir según nuestros usos, si no es para que le honres llegado el día?

En la voz de su amiga, Isabel ha creído percibir inquietud. Pero al interrogarla con la mirada, Malika rechaza sus preguntas con un gesto.

—No tienes por qué inquietarte, *habibti*. Cantas y bailas como nadie. Nunca te ha faltado capacidad de respuesta, me parece. Sólo tendrás que atemperar un poco tu carácter. Muéstrate dócil, sonriente, despreocupada, como también sabes serlo. Estoy segura de que no te pasarán más que cosas buenas.

—¡Mírate un poco, Isabel! —la encarece Salma—. No quieres darte cuenta, pero eres la joya de Dar al Anuar. Dudo que el amo quiera esconderte mucho más tiempo, sobre todo a tan nobles invitados.

Isabel, furiosa, fulmina con la mirada a la muchacha. Ésta, sin inmutarse, suelta una carcajada maliciosa. Conoce el pudor de su amiga, y se divierte a su costa sin comprenderlo. Para ella, todo es mucho más simple. Nacida mujer en tierras del islam, no concibiendo otra felicidad que complacer y dar a luz, no comparte nada de ese extraño orgullo que corroe a su compañera, ni de sus exigencias misteriosas, ni de sus repentinos deseos de soledad.

CAPÍTULO X

Hoy es Mahragan. Para celebrar el día más largo, Granada se ha engalanado. Las callejuelas, lavadas a conciencia con agua, se han vestido de rosas, jazmín y laureles en flor. En cada una de sus esquinas, músicos e histriones rivalizan en arte y destreza para gran placer de mirones prestos a maravillarse. En sus plazas, apenas más grandes que el velo de una mujer, han erguido las piras que atravesarán muy pronto con sus centenares de fuegos la primera noche del verano.

Encaramada en su terraza favorita, refugio del bullicio del harén, Isabel observa la corriente de la multitud a lo largo de los callejones. De las cuatro puntas del Albaicín, un pequeño pueblo alegre baja la pendiente hacia la medina y hacia el río en el que palpita el corazón de los festejos. Desde lo alto, la joven descubre sus danzas y juegos. Percibe las notas endiabladas de cítaras que improvisan al ritmo de panderos y tamboriles. Se divierte con las bufonadas de los parranderos que lanzan guirnaldas de flores a la cara de bellas descubiertas. Durante un momento, imagina que se une a ellas, pensando en el despreocupado Fuad, cuyo rostro se difumina en su memoria. Han pasado casi dos años; ¿le reconocería, siquiera?

Cantos, risas y gritos de júbilo se alzan por el cielo claro. La alegría es contagiosa. Reconfortada por el buen humor que irradia la ciudad regocijada, la muchacha está lista para volver a sumergirse en la atmósfera excitada del harén.

En las últimas semanas, la efervescencia había alcanzado sus máximas cotas. Ni siquiera las amenazas del Taciturno bastaban para calmar la excitación de las huríes. La cuestión era quién obtendría de las costureras las telas más tornasoladas para su sarga, sus velos y su aljuba de seda ondulante, quién conseguiría los bordados más finos, de oro y plata trenzados, para su cuello, sus mangas y las coquetas alborgas de cuero multicolor con que calzarse para la gran velada. Algunas habían practicado noche y día, hasta perder la voz, moaxajas y zéjeles cantados por los mejores poetas. Otras se habían maltratado el cuerpo a fuerza de repetir sus danzas. Incluso Isabel,

reticente al principio, se había dejado alcanzar por el frenesí de sus compañeras.

Esa noche, mientras echa un último vistazo a las rojizas murallas de la Alhambra, no sabe si la embarga la rabia de aparecer como esclava o la embriaguez de medirse con tan noble asamblea. ¿Sabrá su canto distraer a unos príncipes que imagina distantes, orgullosos, voluntariamente hastiados? ¿Sabrá su baile conmover a quienes los refinamientos de la corte ya no pueden sorprender? Está deseando comprobar, según ha confiado a Malika esa mañana, si las largas horas empleadas en buscar una total fusión con la música dan su fruto. Cómo desea, aunque no lo confiese, volver a ver a aquél cuyo nombre está en todos los labios: el caballero de púrpura y oro que con su altanera soledad le ha dejado un recuerdo ambiguo.

La adolescente no ha tenido el valor de desahogarse de las inquietudes que le oprimen el estómago. ¿Cómo lo interpretaría su amiga? ¿No tiene acaso el arte de disfrutar de todo? De saborear cada momento de felicidad sin pensar en lamentarse cuando se acaben. De llorar las desventuras sin vergüenza ni rebelión. De acoger, en fin, con el mismo corazón, todo suceso como un regalo del cielo… Después de más de un año viéndola cada día aplicada en su tarea, Isabel ha aprendido a respetar la simplicidad animal de Malika. No hay pasado ni futuro, según la favorita; sólo un eterno presente al que entregarse por entero.

Un día que la cristiana se indignaba por este fatalismo, Flor de Sol le explicó:

—¿Conoces estos versos del poeta cordobés:

El ayer se ha ido,
y el mañana no sé si lo alcanzaré?
¿Por qué afligirme?

Isabel no los conocía.

—Ese poeta tenía razón, *habibti*. ¿Por qué llorar el pasado, si no está? ¿Por qué preocuparse por el porvenir, si es también ilusorio? Salvo este instante presente que a Dios place concederme, y a través del cual se manifiesta, no sé nada, yo que no soy sabia. Pero esto sí lo sé. Como sé que me debo toda a este momento, pues cada segundo que nace y muere es aliento del Creador sobre mí, su criatura.

La muchacha comprendió que su amiga le estaba dando una lección de abandono a la divina Providencia. Más adelante, a menudo, intentó imitarla. Entorpecida por sí misma, lastrada por antiguos miedos y deseos no formulados, fracasó siempre.

Esa noche, más que nunca, aspira a una ligereza de la que su cohibición la priva. Cautiva de sí misma más que de Abén Barrax, Isabel detesta su propia tirantez. Malika lo ha adivinado, y al dejarla le ha susurrado:

—Suéltate, Isabel. Sonríe. Eres bella por dentro y bella por fuera. ¡Confía un poco en ti misma! Guarda esas uñas que sólo a ti te arañan. Comprobarás que tu presencia tiene el poder de dar placer a los demás tanto como a ti misma.

Justo al llegar al patio, donde la fiesta ha empezado sin ella, la muchacha recuerda esas palabras llenas de promesas. Cuando, apenas alcanzado el estanque en torno al cual se recrean los invitados, se cruza con la mirada de un hombre seductor, es a Malika, más que a él, a quien dirige una sonrisa tímida. Se sorprende también de verlo dar un paso hacia ella como respondiéndole.

Bajo el tahalí de un blanco inmaculado, su rostro curtido es el de un hombre acostumbrado a vivir al aire libre. En sus ojos, que no pestañean, adivina el hábito de mando. En la sonrisa de su boca golosa, descubre las ganas de vivir. En su noble porte, finalmente, en la alegre seguridad que no sabe por qué le recuerda al jinete real cuya llegada espera esta noche, reconoce a un caballero. Cuando está a punto de reunirse con ella, un movimiento de los invitados los separa. Isabel aprovecha para esquivarle. La insistencia de esa mirada masculina sigue quemándole la nuca. Está aturdida, sorprendida y encantada de obtener de la mirada de un hombre la seguridad que le falta.

Como imantada por los pensamientos de su amiga, Salma aparece a su lado.

—¡Espabilas rápido! —lanza con una mueca burlona—. Apenas te dignas aparecer y ya arrancas una mirada del que todas, aquí, sueñan con conquistar. ¿Cómo lo haces?, dime.

—¿De qué hablas? —se ruboriza Isabel—. ¿O más bien, de quién?

—No te hagas la inocente: te he visto sonreírle.

—¿Sonreír a quién? —se impacienta la muchacha—. Yo aquí soy extranjera y prisionera, recuérdalo. ¿Cómo quieres que sepa el nombre de nadie ajeno a esta mansión?

—¡Tranquila, amiga, no tan deprisa! Olvidaba que eres la única en Granada que ignora la existencia del *sejid* Muhammad Abu Abdallah. El audaz, noble, valeroso al Zagal, hermano de nuestro emir, que el Compasivo lo bendiga, campeón de nuestros torneos, capitán de nuestras tropas africanas y especialista en romper el corazón de nuestras damas.

—He aquí por qué se le parece —murmura, pensativa, Isabel.

—¿No te parece atractivo?

—¡Vamos, Salma! —protesta la muchacha, a quien no deja de sorprender la desvergüenza de las mujeres enclaustradas—. ¿Es ese modo de hablar de un príncipe?

—Príncipe o mendigo, ¿no es un hombre? La mirada que te ha hecho sonrojar hace un momento, ¿no era la de un puro espíritu? —añade Salma, maliciosa.

La cristiana se ruboriza.

—No hay ningún mal en eso, ¿sabes? —insiste, impertinente—. ¿No creó Dios al hombre para el amor?

—Creía que lo había creado más bien para la guerra —responde, como para ella misma, la hija de don Sancho.

—La guerra es una invención de los hombres; el amor una invención de Dios. ¿No te enseñan eso tus preciadas tablillas?

La adolescente no responde. Salma desliza su brazo bajo el suyo con autoridad y la arrastra a lo largo del patio hacia el gran salón, adonde no tardarán en llegar los huéspedes de categoría. En torno a las dos jóvenes, florecen las palabras, ahogadas, transportadas por la indolencia del laúd, el tono un poco áspero de la viola y la respiración grave del violón. Al pasar, Salma señala para su compañera a Ibrahim Alí al Attar, gobernador de Loja, Salim Kumasa y Yusuf Ibn Kumasa, el antiguo y el nuevo visir. Un poco más lejos, llama su atención sobre dos orgullosos señores, los hermanos Venegas, Abu al Qasim y Redwan, de quienes se dice que son hostiles a Kumasa. Isabel busca en sus rostros masculinos algún parecido con el don Alonso de otra vida. En vano: salvo por la tez curtida del más joven, que traiciona al caballero, nada de esas caras que la barba envejece le recuerda a su joven prometido.

En el momento en que las dos amigas se disponen a cruzar el umbral del salón de honor, una ola de silencio viene a romper a sus espaldas, y las obliga a volverse. En el otro extremo del patio, allí donde se confunde un bosquecillo de finas columnas, una silueta de bronce y oro se recorta en el espacio que dejan las cortesanas a su alrededor. Alto, apuesto, de anchas

espaldas, resplandeciente en su amplia capa de seda tornasolada, el que todos esperaban acaba de hacer su aparición. Lajoven cristiana, cautivada como todas, asiste a la entrada de Abu al Hasán Alí, príncipe nazarí, duodécimo primer sultán de Granada.

Flanqueado por un Abén Barrax radiante, el soberano atraviesa el patio. Isabel reconoce su forma de mantener la cabeza erguida, cubierta con el birrete cónico cuyos flecos caen y se enrollan elegantemente en su cuello. De lejos, la mirada del príncipe parece de una agua tan negra que cualquiera que quisiera medirse en ella, imagina, se ahogaría. La barba, que lleva fina sobre el mentón y el labio, le dibuja una boca carnosa, con una expresión severa que empaña su sensualidad.

«No estaba tan ensombrecido el otro día, cuando caracoleaba ante las aclamaciones de su pueblo —piensa la adolescente—. Debe preferir la sangrientas cabalgatas a las horas apacibles en la corte…».

Al paso del soberano, no hay un solo invitado que no se incline. Algunos se precipitan a besarle la rodilla. Otros le cogen la mano para llevarla a sus labios. Si bien tales muestras de respeto impresionan a la joven, apenas merecen la atención del sultán. Sólo en dos ocasiones se detuvo el emir. La primera vez Isabel, atenta, vio cómo se le iluminaba el rostro al darle un abrazo a Alí al Attar, su fiel general. La segunda, apenas había tenido tiempo de reconocer al seductor hombre que acababa de ver cuando un largo abrazo, viril, fraternal, unió a los dos príncipes. En el espacio de unos pocos segundos, el sultán se abandona al simple gozo de ser un caballero entre los suyos, feliz de estrechar contra él a sus hermanos de sangre y de armas. De pronto ha recobrado esa distancia que parece ser su segunda naturaleza y, siempre guiado por su anfitrión, continúa su camino hacia el salón de honor.

Al cabo de un momento Salma, escondida tras la cortina que cae en grandes pliegues a lo largo de la chambrana, intenta atraer la atención de su amiga. Tira con insistencia de un fleco de su aljuba, pero Isabel, absorta en la contemplación de la escena, no se la presta. Un gran vacío se abre a su alrededor. Y también un gran silencio. Cuando al fin se da cuenta, está sola sobre la larga alfombra que marca el umbral de la sala de honor. El séquito real está a seis pies de ella.

Asustada, emprende un movimiento de retirada. Demasiado tarde: los ojos enfurecidos de Abén Barrax acaban de reparar en ella. La adolescente intenta retroceder. Apenas ha esbozado el gesto, Abu al Hasán la advierte a su vez. Una signo de sorpresa recorre su frente. Más sombrío que nunca bajo los párpados que se cierran, su mirada vacila entre la arrogancia y la cólera.

¿Quién es esa desvergonzada que no se retira cuando se aproxima el sultán?, parece preguntar.

El emir ha aflojado el paso. Sin pronunciar palabra, mira fijamente a la esclava petrificada. Isabel, de repente, ha olvidado las lecciones de Malika. Sonrisa, huida, reverencia: ¿qué hacer? Se ha quedado en blanco. Una mirada de terciopelo negro acaba de clavarla en su sitio.

Como sensibles al pánico que leen en la frente juvenil, las pupilas de noche se llenan de destellos taimados. Acarician el hermoso rostro crispado, rozan la boca redondeada, se demoran sobre los carrillos antes de sumergirse, perezosas, en el iris violáceo dilatado por la emoción. Un brillo alegre las atempera poco a poco. Qué desconcertante es, esta criatura desesperada cuyo pecho palpita mientras que sus ojos se niegan a pestañear. Despierta recuerdos de acecho, rastreo, persecución, cuando la espera se vuelve exaltación, la rendición embriaguez, y el último cuerpo a cuerpo fuente de delicias.

Atrapada bajo la mirada que, pausadamente, la desnuda, turbada por la sonrisa golosa que ve expandirse en los labios hasta ahora severos, Isabel siente cómo se le inflaman las mejillas. En un arrebato de osadía, le dedica una reverencia tardía. Luego da un salto atrás y desaparece en la sombra protectora de la cortina.

—Te has librado de una buena —le susurra Salma—. ¿Has olvidado que estabas frente a nuestro sultán? ¿O bien, loca como estás, querías provocarlo?

Pero Isabel no oye más que los latidos de su corazón. Sus ojos se clavan en su amiga sin verla. Su tez pálida, y la mueca ausente encajada en sus facciones, muestran su confusión lo bastante como para que Salma se compadezca de ella.

—No te preocupes —se equivoca—, tu lindo palmito ha desarmado al *sejid* Abu al Hasán. Y en cuanto al amo, con el orgullo de recibir a nuestro soberano, pronto habrá olvidado tu tropiezo.

Prudentemente, como se mitiga el dolor de una criatura caprichosa, la morisca toma a la adolescente de la mano y la conduce a un rincón de la sala donde las bailarinas, reagrupadas, comentan en voz baja la velada.

—Haber retenido en tan poco tiempo la atención de dos emires… Eso es una proeza que muchas mujeres te envidiarán —continúa la inagotable Salma —. No eres tan torpe, al fin y al cabo. Puede que incluso, con tu pinta de ingenua, seas la más hábil de todas nosotras.

En otros tiempos, el impertinente chismorreo pondría sus nervios a flor de piel. Esa noche encuentra sosiego en él.

—¿Dónde te habías metido? —las interrumpe Nur acercándose a ellas con expresión inquieta—. Creí que no llegaríais a tiempo. Mira —indica a la cristiana—: los príncipes han tomado ya asiento alrededor de nuestro emir. Te recuerdo que bailas justo antes que yo.

En el otro extremo de la sala, en la dirección indicada por la cortesana, el *sejid* Abu al Hasán se sienta en el sofá repujado que el amo ha mandado hacer especialmente para él. Con una sonrisa ausente en los labios, el soberano parece escuchar sin entender las conversaciones que le rodean. A su izquierda, sin parar de hablar, Sidi Abén Barrax intenta captar su atención. A su derecha, de buen humor, el apuesto emir de Málaga incomoda a una esclava que, con una flor en la oreja y la jarra de oro en la mano, escancia la bebida.

Sentados uno junto al otro, uno tan sobrio como su capa de seda tornasolada, el otro tan brillante que el verde intenso y el azul que decoran la mitad de su aljuba al modo castellano, los hermanos reales componen un cuadro sorprendente en el que conviven la armonía y el desacuerdo. Quince años por lo menos los separan, pero tienen los mismos labios voluptuosos bajo su nariz firmemente dibujada.

Sus miradas, de una oscuridad sin fondo, expresan por igual fuerza y autoridad. Una sangre gemela corre por sus venas. Sangre de guerreros. Sangre de reyes. Pero mientras uno parece saborear alegre el momento a grandes bocados despreocupados, el otro le observa antes de abrazarlo. Para uno, la temeridad, el ímpetu, el buen placer que satisface cada conquista dirigida con mano alegre. Para el otro, el orgullo, el fervor, la sombría pasión que ninguna victoria apacigua. «Uno está repleto de luz, y el otro nimbado de oscuridad nocturna», piensa Isabel. Y es sobre el príncipe de noche que sus ojos se demoran.

Mientra ella se pierde en ensueños, la fiesta ha tomado impulso. En un vaivén silencioso de eunucos y sirvientas, van circulando platos refinados. Cabritillos entre ramos de cilantro, perdiz con miel, alondras sazonadas con ajo que rivalizan en olor con las liebres cubiertas de azafrán, esturiones al hinojo, múgil a la ceniza confitado. También, para desatar las lenguas y refrescar las gargantas, siropes, vino e hidromiel, cuyos suaves vapores relajan a los invitados. Las voces suben, los cuerpos se acomodan. Los ojos centellean en el aire cargado de perfumes. Incluso el sultán, observa Isabel, empieza a relajarse. Acaba de oír su risa, una risa grave, rápidamente ahogada, a partir de la cual intenta imaginar el timbre de la voz desconocida.

El amo acaba de esbozar un gesto en dirección a los músicos. Éstos aumentan enseguida el volumen. La muchacha siente su corazón trotando en su pecho. Khadija, afortunadamente, tiene que bailar primero.

De piel oscura, caderas finas, brazos fuertes, silueta estilizada y pecho apenas insinuado, a su apariencia de joven adolescente no le falta gracia. Cuando salta a la estancia donde conversan los príncipes, las miradas quedan suspendidas en sus gestos. Al principio con pereza, al ritmo del lamento que rechina y murmura, la forma andrógina se estremece, se encorva y despliega entre el centelleo de los velos dorados. Sus brazos giran y se retuercen alrededor de su talle, su cabeza se inclina, su cuerpo ondula; parece una serpiente fantástica cuya piel de ébano se engalanara con alas tornasoladas.

Mientras la música crece y retumba, el mítico animal se despierta. Resopla, se desenvuelve, y sus ondulaciones venenosas hipnotizan a la asistencia. Soberana, la sudanesa juega con esa fascinación. Cuando el tempo se libera, alternativamente lánguida y fogosa, brutal e insinuante, recuerdos de la estepa la rodean con sus brazos. Gira, da vueltas, se consume. Es el fuego en la hierba seca, el incendio, y las bestias huyendo. Su cuerpo reluciente de sudor no es más que un brasero ardiente, y sus llamas negras se reflejan en los ojos dilatados de todos los presentes.

Apenas Khadija desaparece, una forma voluptuosa la reemplaza. El sonido de la flauta se extingue. La zampoña apenas se oye. Sólo se lamenta, lánguida, la provocativa llamada de la viola. Mashuka se pone en movimiento. E Isabel se esfuerza por no ver en sus evoluciones la efusión de una amante, ya que cuando Mashuka baila amasa la carne misma del deseo. El cuello altivo, las caderas rotundas, cimbrea los hombros y la espalda. Con indolencia felina, finge abandonarse, vacila, reemprende la danza… para ofrecerse mejor toda ella. Sus ojos rodeados de *kohl*, sus finas manos pintadas con ligustro, hasta sus pies minúsculos en las alborgas de cuero repujado insinúan la fragilidad del amor naciente. Sus amplias espaldas, sus senos se balancean bajo el velo, su vientre que se agita y se hunde, proclaman el poder absoluto del amor y el deseo. Finalmente, una suave sonrisa en sus labios, la claridad de su frente lisa, el arco tierno de sus brazos abiertos, aspiran a la inocencia del amor, siempre…

Como cada vez que contempla a Mashuka, Isabel cree oír la voz de Flor de Sol susurrándole:

—No sabes nada del amor, mi pequeña. Ignoras que la unión de los corazones es imperfecta sin la feliz unión de los cuerpos. Que la mujer obtiene en brazos del hombre placeres sin medida…

En vez de importunarla, el recuerdo de estas palabras, que consideraba obscenas, la encuentran esta noche vulnerable. Mientras echa una ojeada a su alrededor, se sorprende interrogándose sobre ese misterio de amar, que quizá no sea tan odioso. Por primera vez, vislumbra una turbadora nobleza en esa ofrenda femenina de la que Mashuka y Malika saben ser sacerdotisas. Ella se siente de repente torpe, y vana, e insegura… ¿Es así cómo, una tras otra, se han ido sumiendo en la lujuria las pobres ignorantes que el cielo le ha dado por compañeras?

—Vuelve en ti, Isabel —ordena la orgullosa voz de los Solís.

—Abandónate, hija mía —susurra la tierna voz de Artaja.

Su cuerpo tendrá la última palabra. Ese cuerpo que se estremece a la llamada del laúd y acaba de captar, tenso ya por el deseo, el grito del cantor ciego que cada vez la sobresalta. Cuando empieza la vibrante melopea, la muchacha, sin pensar en nada más, se deja llevar por el canto. Sus manos, cuyas palmas ofrece al cielo, se abren frente a ella. Oscilan, se separan, y abrazan el universo. Sus caderas se balancean acariciadas por la música. La voz recorre su silueta, asciende, crece, presta su vigor y su dolor a la carne de la adolescente. Sus hombros tiemblan y se abrazan. Después la cabeza, a su vez, se incendia, mecida por las lentas olas que tiñen de oro sus cabellos.

El milagro se ha producido una vez más: transportada por el canto doloroso del hombre de mirada extinta, Isabel se sumerge en el destino de otra mujer. Por un drama que no es el suyo, solloza y suplica. Llora, ruge. Maldice. Desgarra con sus uñas pálidas el rostro odioso de la ausencia. Su cara y su cuerpo interpretan las emociones a medida que el canto las suscita. Ambos se ofrecen y se extasían, llaman, atraen y luego rechazan.

La bailarina ya no es Isabel de Solís, hija de don Sancho Jiménez, cautiva de Sidi Abén Barrax forzada a distraer a los asesinos de su padre. Ni la chiquilla insegura que una simple mirada burlona podía paralizar. Como siempre que baila, como siempre que canta, deja allí su vida, ilusorio recuerdo de una breve existencia. Se convierte en otra. Se convierte en todas. Está ciego el que no vea en ella más que a una esclava ofrecida como espectáculo. Ella está ahí, y está en otra parte. Tiene quince años, mil años, y es inmortal…

Los dos príncipes no se equivocan. Han interrumpido su conversación para seguirla mejor con los ojos. Para uno es la delicia descarada que ha huido enseguida después de sonreírle; para el otro, la asustadiza que temblaba bajo su mirada. Sin haberlo acordado, contemplan con el mismo placer a la bonita pelirroja de maneras insólitas. Cautivados uno y otro, los hermanos reales intercambian una mirada. A su lado, Abén Barrax contiene la respiración.

Adivina en el rostro del soberano el rastro de una emoción que justificaría sus planes.

Tal vez consciente de ser observado, Abu al Hasán fija en su semblante una sonrisa despreocupada. Sólo sus ojos, bajo la tenue sombra de los párpados, navegan al ritmo de los movimientos de la bailarina. Bebe la gota de sudor que brilla en la garganta de la muchacha, sopesa la fragilidad de una nuca que los cabellos sueltos dejan entrever, roza el terciopelo de una carne en la concavidad del brazo erguido. No se equivocaba: esta gacela es de la raza con la que sueñan los mejores cazadores. Nada es fingido en sus desfallecimientos e insumisiones. Su orgullo de solitaria, su gracia fugaz de animal salvaje, y ese candor impúdico que se ofrece como un desafío; todo en esta chica de oro y noche llama a las caricias y al ultraje. Incluso ese brillo que juguetea en sus pupilas y que querría ver ahogado en las aguas de la voluptuosidad.

—Bella adquisición, ¿verdad, mi señor? —interviene Abén Barrax leyendo los pensamientos del príncipe—. Esta doncella es una preciosa perla de la que espero…

—¿Doncella dices? ¿Pretendes hacerme creer que eres lo bastante tonto como para retener a esta bella perla y no haberle puesto la mano encima?

—A lo mejor le ha parecido tan rara a vuestro humilde servidor, que no se ha juzgado digno de hacerlo.

—No te hagas más modesto de lo que eres, ni más sensible a la inocencia. Una mentira de uno de nuestros consejeros nos indispondría —rezonga el soberano clavando en los ojos de su anfitrión el acero templado de su mirada.

Pero Abén Barrax no se deja turbar. Sus párpados apenas han temblado. Al Zagal, dando un momento la espalda al espectáculo, sonríe por su habilidad.

—¿No merecen las joyas más valiosas de Granada el cofre sin par de la Alhambra? —prosigue el otro sin derrumbarse—. Es natural, mi señor, que haya pensado enseguida en ello. Sería para mí un honor si su alteza quisiera aceptar este regalo que no desmerecerá, espero, las bellezas de su harén.

Ignorante del intercambio del cual es objeto, Isabel continúa danzando. Su respiración es cada vez más agitada. Sus mejillas cada vez más cobrizas. Y en sus ojos turbados flota el destello de un fervor salvaje.

—Te sé satisfecho de tu sacrificio. He aquí algo que viene a añadir a esta noche de Mahragan un fuego que, ciertamente, no esperaba. Pero antes de aceptar tu regalo con el entusiasmo que parece merecer, me gustaría saber si tu preciosa jovenzuela conversa con la misma gracia que baila. Sería una

muestra de gentileza que la invitaras a unirse a nosotros, para que juzguemos por nosotros mismos. ¿Tú qué piensas, hermano? —añade Abu al Hasán volviéndose hacia al Zagal, que le divierte con una mueca burlona.

—Sabes que tus deseos son órdenes —sonríe el emir de Málaga—. Fíjate, incluso se te adelantan. Ahí está la prueba, si quieres creerme, de que sabes rodearte de cortesanos hábiles. Aunque tenga motivos para estar celoso, te felicito, querido hermano… Hagamos pues venir a esa joven arrebatadora. Yo también tengo curiosidad por verla más de cerca, y sabré poner buena cara a tu buena fortuna. Pero quizá deberíamos apresurarnos —añade—, me parece que la doncella ya emprende la fuga.

Isabel, en efecto, acaba de retirarse. En vez de reunirse con sus compañeras, como han hecho Khadija y Machuka, ha atravesado el salón y, desdeñando las miradas que la devoran, se dirige al patio.

—¿Qué le ocurre ahora? —exclama Abu al Hasán—. Sus ojos son de orgullosa, su danza de pequeña salvaje, y ahora desaparece. ¿No será indócil tu preciosa perla, mi querido anfitrión? ¿Estás seguro de que nos la quieres regalar? Después de todo —observa con sarcasmo—, no nos agrada demasiado que se nos resistan y no somos conocidos por nuestra paciencia.

—Es un error, mi señor, sólo un error —masculla Abén Barrax, que ha perdido toda su seguridad—. Esta Isabel es cautiva desde hace poco, y cristiana, además. Todavía ignora nuestras leyes.

—Pero se doblega a voluntad a las suyas propias —insinúa el príncipe más joven.

—Enseguida la hago llamar. Ahora verán, mis señores…

—Basta de palabras —le interrumpe el sultán—. Esperamos… Pero hermano, ¿de dónde te viene ese aire de entendido?

En los labios de al Zagal flota una sonrisa. Sólo él, mientras los otros dos conversaban, ha seguido a la bailarina con la mirada, al tiempo que se extinguían juntos el son del laúd y la voz quebradiza del ciego.

Fue hace un momento. El cuerpo de la cortesana, en un largo escalofrío, volvió a la inmovilidad. Como perdida todavía entre las riberas de la danza, su espíritu pareció dudar si volver al círculo inflamado de los ojos clavados en ella. El príncipe la vio echar a su alrededor las miradas desconcertadas de quien ya no sabe donde está. Cuando, volviendo en sí, lanzó una ojeada a la alcoba real, al Zagal creyó ver palidecer su bonito rostro empapado en sudor. Un segundo después, arrebatada por una furia misteriosa, la joven de aspecto salvaje se revestía de una invisible armadura. Tuvo tiempo de observarla mientras giraba los talones, con la cabeza alta y los ojos sombríos, y

atravesaba la multitud de invitados. Algo, no sabía qué, había herido su carácter orgulloso.

Burgos, noviembre de 1502

Lloraba en silencio, la pobre niña. Lloraba y no sabía por qué.

Otros, que la hubieran visto unos momentos antes, no habrían visto en ella más que orgullo y aplomo. Pero yo, que la he conocido, que la he querido, yo que puedo alardear de haber acogido más tarde sus confidencias de mujer, sé que entonces no era más que una niña desquiciada por la tristeza, en cuyo corazón libraban su batalla demasiado humana la rabia y la duda.

Había corrido a lo largo del patio, atropellando a su paso a los sorprendidos invitados. A medida que dejaba a su espalda cientos de miradas, sentía que su soberbia se disolvía y la invadían las lágrimas. Justo a tiempo, cuando la asaltaba el primer sollozo, pudo apartarse de las miradas de todo el mundo y franquear la estrecha puerta que conducía al gineceo.

A sus espaldas, la fiesta estaba en pleno apogeo. Podía oír los ecos, como una mascarada de cuyos engaños huyera. Al mismo tiempo, sufría por sentirse excluida. «¿De quién es la culpa?», pensaba, luchando con sus contradicciones. En medio del escenario, cuando todos los ojos fijados en ella habían mostrado su admiración, reconocimiento, y otro sentimiento que se había negado a descifrar, se sintió repentinamente sola. Y desnuda. Y mutilada. El hombre de mirada de noche charlaba con el abominable Abén Barrax. No se había dignado a mirarla siquiera. No sabía qué era lo que provocaba su furia, si esta indiferencia o la vergüenza de haber albergado una esperanza tan absurda. Más tarde, mucho más tarde, libre desde hacía tiempo de las dichas y desdichas que iba a tramar para ella aquella noche de San Juan, sonreía con ternura al recordar su ignorancia de entonces. A juzgar por la risueña nostalgia de su bello rostro de amante, yo comprendía que por nada del mundo habría deseado ella saber antes de tiempo.

Para mi hermana Isabel, no había un solo segundo que cambiar en la celeste orquestación del tiempo. Aunque disfrutaba de la dulzura en que se envolvían nuestras conversaciones, confesaba haber disfrutado por igual de algunas horas de pasión ciega. Siempre se negó a renegar del más mínimo de sus actos pasados. Un confesor, seguramente, la habría condenado. Debo admitir que para mí fue agradable no ser más que su confidente; no estaba en mis manos juzgarla. Si me lo hubiese pedido, que Dios me perdone —mi

alma es de mujer, aunque mi conciencia sea religiosa—, la habría absuelto de todo. Para mí, nadie habrá sido más íntegro, más puro, más absolutamente fiel de lo que ella supo ser en cada circunstancia de su extraña existencia. Fiel a la vida que corría por sus venas, al fuego que consumía su corazón, a la esperanza que fortalecía su alma. Si alguna vez se rebeló, no duró más que el tiempo de recobrar el aliento, y acoger cada vez más el sinuoso destino que le ofrecía el Cielo.

Pero volvamos a esa noche en que, entre las hogueras de un palacio granadino, se jugaba la suerte de una huérfana que vivía su primera aflicción de mujer. Al eunuco encargado de traerla de nuevo le llevó un buen rato adivinar su escondite…

CAPÍTULO XI

Granada, junio de 1473

—¡Estás aquí, bella insolente! —la recibe una voz grave.

Con los ojos aún oscurecidos por la tormenta, y el cuello completamente erguido, Isabel esboza la reverencia que le enseñó Malika.

—¿Cómo se te ocurre faltar al respeto que le debes a tus señores? —prosigue la voz de timbre grave y acento burlón que le recorre el cuerpo en un escalofrío de irritación—. Pero bailas maravillosamente, a fe mía. Nos hemos dejado convencer, el *sejid* Muhammad y yo mismo, de que tu canto es aún más embriagador…

—Plazca a sus señorías indicar qué música desean escuchar —responde mal de su grado la adolescente—; estoy aquí para complacerlos.

Su voz salpicada de escarcha atenúa la sumisión de sus palabras. Pero en el fondo de sus ojos sombríos, asoman algunos reflejos dorados. Un instante, un breve instante, mientras su mirada atrapa la del sultán, Isabel siente cómo la aguijonea la turbación que sintió hace un momento. Un brillo divertido se filtra bajo los párpados caídos, vertiendo en ella su reflejo imperioso. Una ola burlona frunce los labios principescos y le golpea el fondo del pecho. Cuando una risa incrédula vibra en sus oídos, ella tiene que reunir todas las migajas de su cólera para evitar sonreír.

—¿Quién eres tú, que nunca bajas los ojos ante el sultán?

—Perdonadla, alteza —interviene Sidi Abén Barrax—. Isabel no es…

—Es a Isabel a quien hablamos —lo interrumpe Abu al Hasán—. ¿Entonces, señorita?

—Vos sabéis lo esencial, mi señor —responde la cortesana inclinando la frente con fingida humildad—. No soy más que una esclava de vuestro anfitrión.

Su tono de voz es tan cortante que sus palabras parecen modestas. El *sejid* al Zagal le lanza una mirada intrigada. Abén Barrax se ha quedado lívido, pero no se atreve a intervenir. El soberano, impenetrable, observa en silencio

a la muchacha, que ha vuelto a alzar el mentón y derrama de nuevo sobre él el azul ensombrecido de sus pupilas.

—Me pareces muy rebelde para ser una esclava —observa finalmente. Su voz grave ha permanecido neutra, pero su rostro ha recobrado la severidad habitual—. No importa —concluye después de un silencio que nadie ha osado interrumpir—. Nos agrada cruzarnos alguna vez con una mirada orgullosa, sobre todo si viene de una persona tan atractiva. ¿Nos dirás, al menos, de dónde has sacado esos aires altaneros y ese carácter voluntariamente descarado?

—De mi padre, sin duda.

—¿Y pues?

—Su alteza no sabe nada de él —vacila la joven, que al evocar a don Sancho siente aflorar de nuevo su amargura. Las palabras se agolpan en sus labios. Ella querría atenuar su violencia pero, renunciando a toda prudencia, fluyen sin que pueda retenerlas.

—Por noble de corazón y valeroso con la espada que fuese —se oye proseguir—, mi padre no era más que uno de los centenares de cristianos que vuestros hombres mataron. Fue hace casi dos años, durante una noche de algarada parecida a muchas otras, según me han dicho después.

Un silencio sepulcral ha caído sobre la estancia. La música apenas parece abrirse paso todavía, de lo cargada que está la atmósfera. Abén Barrax contiene un suspiro horrorizado. Al Zagal parece divertirse. El sultán permanece extrañamente calmado. En los ojos que, incorregibles, siguen mirándolo fijamente, puede leer miedo, desafío, y una pena tan profunda que retiene en su garganta la réplica acerba.

—Su nombre. ¿Me dirás su nombre, o es demasiado pedir?

Pero Isabel se ha remontado muy lejos, y con demasiado fervor, en el curso de sus recuerdos.

—Tenía los ojos azules y, como vos, los párpados caídos —señala, impasible—. Su paso era seguro, de hombre curtido en la batalla. Su frente estaba cansada, de leer tantos libros. Su boca estaba endurecida por demasiada soledad…

En torno a ella, el ambiente amenazador se llena de recelos. ¿Cómo se atreve, la muy desvergonzada? Osa incluso desafiar a la autoridad soberana. La paciencia del emir ya no puede durar.

—Así era mi padre —concluye la muchacha, sin prestar atención a la acogida que tienen sus palabras—: el más noble de los hombres. El más abatido. El más solo, también… ¿Me preguntáis su nombre? —En sus

párpados aflora una lágrima. Pero su voz crece y tiembla al tiempo que se endereza su talle—: Se llamaba don Sancho. Don Sancho Jiménez de Solís, gobernador de Martos.

Un silencio de asombro acoge sus últimas palabras. Sin comprender la causa, Isabel percibe una ola de respeto a su alrededor. Incómodo, Abén Barrax se agita en su asiento. Los dos emires, en cambio, parecen relajarse. Hasta que el soberano, ablandado, deja caer a los pies de la muchacha un homenaje inesperado:

—Tienes razón, muchacha: tu padre era tan noble de corazón como valeroso con la espada.

—¡Vos os burláis, señor! —protesta Isabel—. Él no lo habría tolerado. Y yo…

—Evita otra insolencia —le espeta Abu al Hasán—. Conocimos a don Sancho. A veces incluso fue de los nuestros. No es que traicionase la causa de los caballeros de Calatrava; no adoptes esa pose de ultrajada. Pero en el tiempo en que reinaba Abén Nasar Saad, mi padre, vi muchas veces a don Sancho combatir en nuestros torneos. No era tan raro, durante las treguas fronterizas, que los caballeros cristianos vinieran a la Sabika a medirse con los nuestros en combates festivos que a veces duraban varias semanas. Don Sancho también vino. Recuerdo bien que se contaba entre los más audaces. Un caballero sin par y un luchador implacable, puedes creerme.

Entonces, el hombre de la mirada de noche conoció a don Sancho. Y lo respetó. Le quiso, tal vez.

Como si adivinara sus pensamientos, Abu al Hasán rememora viejas escenas:

—Yo era el príncipe heredero, en aquel tiempo. En unas circunstancias que mi memoria preferiría olvidar, tuve ocasión de conocer mejor, y de llegar a apreciar a don Sancho. Los caballeros de Calatrava, para nuestro gran pesar, acababan de conquistar Archidona. Mi padre creyó conveniente, entonces, proponer una tregua al rey de Castilla, ese Enrique IV al que incluso vosotros llamáis con sorna el Impotente. Durante muchos hermosos días de la primavera de 1464, los más grandes señores de al Andalus fueron huéspedes de Granada. Se gestaron muchas amistades entre la flor y nata de los caballeros cristianos y moros. Recuerdo a don Sancho, tan orgulloso y sin embargo tan atento, cuya noble cortesía y fina conversación supieron ablandar el corazón de muchos de nosotros, mientras enterrábamos con una triste fiebre los bellos días de la Archidona morisca.

Isabel no sale de su asombro. Le cuesta retener la pregunta que le quema los labios.

—¿Si éramos amigos? —se le adelanta el príncipe—. No lo pretendo. Como tú misma has dicho, allá adonde fuera don Sancho estaba solo. Su destino, quizás. Se decía en aquella época que había tenido la feliz fortuna de conocer, aunque para perderla muy pronto, al alma gemela que todo hombre anhela y que el Altísimo sólo concede a sus favoritos…

Un ángel pasa, que tiene para la huérfana el rostro mil veces reinventado de doña Lucía, su madre.

—No fuimos íntimos —continúa Abu al Hasán—. Pero teníamos el uno por el otro, según creo, una estima que sólo se puede tener entre iguales. De corazón, si no de sangre, tu padre era un príncipe, muchacha, puedes estar segura.

Al tiempo que hablaba, el sultán se ha levantado. Tomando a la adolescente del brazo, la ha llevado fuera de la alcoba. A su paso, las esclavas se apartan y los invitados abren los ojos de par en par. Ella sólo lo ve a él. Él quien, tras meses de larga muerte, resucita a don Sancho, restituyéndole así a un padre desconocido, pero todavía admirable y más querido que nunca. Él, que la ha llevado a un lugar muy apartado, a un patio apacible que le parece reconocer. De la música no llega más que un eco lejano que se mezcla, melancólico, con la modesta canción de una fuente circular. El suelo es de mármol. La fresca galería está atravesada de manchas sombrías que son como cortinas cerradas sobre las habitaciones en las que, esta noche, nadie dormita. El azar los ha llevado al mismo lugar del que, recién recluida, ella cree haberse lanzado y huido. Al resplandor de las antorchas ha seguido el pálido brillo de la luna que, como aquella noche de hace casi dos años, envuelve el largo patio en un velo mágico. En el cielo estrellado, unas listas anaranjadas reflejan los fuegos del Mahragan, tan parecidos a los de San Juan.

En la tranquilidad del lugar, el recaído silencio adquiere el aspecto de una presencia acechante. A la atenta muchacha, la silueta del soberano le parece más robusta aún que hace un instante, cuando, en los salones, destacaba entre la multitud. En el claroscuro que lo rodea, su rostro parece tallado con buril. Isabel distingue los contornos, los relieves firmemente trazados que un halo realza. Mientras permanecen a la sombra, los carrillos hundidos bajo la barba y los ojos al abrigo de sus negras cejas, luces caprichosas modelan su frente amplia, la nariz recta, la boca voluptuosa. De no ser por el ardor de la mirada, parecería un ser vegetal, mezcla de nudos, incisiones y musgo bajo el

matorral de bucles castaños, la ruda corteza de algún árbol centenario junto al que buscar refugio.

—¿Han terminado ya tus impertinencias?

Más cercana, más grave, la voz la sobresalta. Dos dedos se ajustan a su mentón, obligándola a alzar la cabeza.

—Eres bella, Isabel, cuando estás enfadada. Pero te encuentro todavía más bella cuando te veo calmada.

En esos ojos que se aproximan, el fuego se ha convertido en una hoguera. La boca se entreabre sobre una sonrisa depredadora. El abrazo la quema con ese aliento extraño que se cierne sobre ella y la deja temblorosa. Isabel intenta huir. Pero su pie tropieza con la fuente y está a punto de perder el equilibrio. Un brazo la sostiene rápidamente y la estrecha con firmeza por el talle.

—¿Sabes de qué huyes, jovencita? ¿De mí o de ti misma? —murmura la voz cálida de tono socarrón.

Una traicionera languidez se apodera de ella. Dulzura, vértigo. Entorpecimiento maligno que le corta la respiración y la obliga a entreabrir los labios buscando un poco de aire. Pero son otros labios lo que su boca encuentra. Labios de seda, de sed, que le hacen cosquillas y la embriagan. Labios cuya caricia le hace olvidar cualquier cosa que no sea este abrazo. Es suave, salvaje, beneficioso. Inquieta, y maravillada. Por segunda vez esta noche, la adolescente intuye que tiene quince años, mil años, y es inmortal. Una voz débil la aconseja huir. Una fuerza más poderosa la empuja a abandonarse. Todo su ser gime.

—No es necesario, mi señor —alcanza ella a susurrar—. No tenéis derecho…

—¿Derecho?

El sultán deja escapar una carcajada que sacude a la muchacha, arrimada a su costado.

—¿Derecho? —repite en una exhalación—. ¡Es el sultán quién lo hace! ¿No sabes que el preciado Abén Barrax, al que pareces estimar tanto, te me ha ofrecido hace un momento? Eres mía, bonita, toda mía.

Pero su risa se extingue pronto. Isabel se ha puesto tensa a su lado. Furiosa, se libera de los brazos con los que soñaba poco antes de ser su cautiva. Y escupe su indignación a la cara de un Abu al Hasán estupefacto.

—¿Ofrecida? ¡Se ha atrevido a ofrecerme! ¿Pero quién es él para darme, venderme, trocarme a cambio de cualquier vil encargo que vos no dudaréis en cumplir?

Su desprecio restalla como un látigo.

—¿Y quién sois vos —continúa— para disponer de mí? Rey de Granada, ¡gran cosa! Me habríais impuesto respeto si no pudiera veros, bajo vuestros bellos adornos y vuestras dulces palabras, más bárbaro y engañoso que él. Me tomaréis, claro; ¿cómo podría escapar? —Su voz se quiebra por un momento—. Me tomaréis por la fuerza, ya que no conocéis otra ley. ¡Pero no podréis alardear de haberme seducido!

Fuera de sí, la adolescente salta lejos del círculo encantado que delimitan las columnas. Se precipita hacia la galería. Pero se detiene enseguida; el emir de Málaga le corta el paso.

—¿Qué veo, mi vida, todavía corriendo? ¿Es una costumbre, entre las cristianas, no resignarse a su boda más que al término de un largo abatimiento? Gracias a Dios, nuestras mujeres son más generosas.

Isabel se ha ruborizado ante el indigno comentario. La llegada de Abu al Hasán le impide responder.

—Sé bienvenido, mi querido hermano —le saluda el sultán con naturalidad—. Nos sacas de un mal paso. La inconsciente que ves aquí merece una corrección que me costaría ordenar. Aprovecho pues tu presencia para acallar mi justa cólera… Vamos, jovencita, dale las gracias al príncipe —añade inclinándose sobre la cortesana, arrinconada entre los dos hombres.

Por tercera vez, sus miradas se enfrentan. En los ojos endurecidos del príncipe, Isabel puede leer la amenaza.

—Nuestro anfitrión debe impacientarse —retoma Abu al Hasán, glacial—. No le diré nada de tu brillante salida. Pero no te alegres demasiado pronto; entre nosotros, esto es sólo el comienzo…

CAPÍTULO XII

—¡Estás loca, Isabel, completamente loca! Ser elegida por el sultán. Cualquier otra se alegraría. Y tú berreas como una niña mimada.

—¡No escogida, ofrecida! Como una vil mercancía, como una…

—Como una esclava, sí. Como todas nosotras, o casi todas. ¿Qué creías, sino? ¿Qué ibas a conservar siempre tu vana existencia en el harén de un hombre al que tú misma has rechazado? Mira a tu alrededor, ¿quién, después de la infancia, recibe la vida sin dar nada a cambio?… Creo, por mi parte, que la clemencia de Sidi Abén Barrax fue grande. Y su paciencia inesperada.

—Tú le quieres, es diferente. Lo comprendes todo. Lo perdonas todo.

—No, pequeña, es en ti en quien estoy pensando. No en la niña que te obstinas en seguir siendo, sino en la mujer que está pidiendo nacer. Mírate, vamos a ver. Mira ese cuello, esas caderas, esos brazos y esa carne vibrante por una energía que no sabes cómo gastar. Mira tus sueños, también, tus arrebatos, tus impaciencias. ¿No ves que son los de una mujer que anhela el amor? ¿Una virgen asustada? Tal vez por el momento. ¿Pero vestal de hielo? Eso es para otras, amiga mía; no puede durar.

—Para, Malika. ¡Sabes que no me gustan esas palabras!

—Por una vez, no voy a parar. Lo digo por tu bien. Esa vida que corre dentro de ti, esa carne, esa pasión, ¿de qué te sirven si las guardas celosamente? El Todopoderoso no te las ha confiado sólo para tu uso personal, sino para Su mayor gloria. No están en ti más que en depósito, esperando a florecer o marchitarse según las hagas fructificar o las dejes yermas.

—La sumisión es en ti una segunda naturaleza, Malika. Yo necesito conservar la esperanza.

—¿Qué esperanza? ¿Lo sabes al menos?

—La esperanza de modificar mi suerte, de gobernar mi vida, de ser libre, en fin —exclama la adolescente agotando sus últimos argumentos.

—¿Qué es la libertad, *habibti*? —replica pausadamente Malika—. Podrás llamarte libre, de verdad, no cuando actúes a tu manera sino cuando,

espontáneamente, cada uno de tus actos sirva a la voluntad divina. Ya que es en ese servicio, en ese abandono, pequeña, donde se halla la única libertad. Y tú la evitas, pobre infiel, cuando crees que luchas en nombre de tu propia voluntad.

—No insistas, Malika. Nosotras no nos entenderemos nunca. Para mí, esta cárcel es un sufrimiento. No sé de mayor infortunio que tener que someterme, muy pronto, a lo que la moral y mi corazón desaprueban.

—¿Tu corazón, dices? ¿Estás segura? —Isabel, descubierta, vacila. Es la ocasión de Malika para lanzar la última flecha—. Te he escuchado atentamente, hasta ahora. Y creo conocerte lo suficiente como para no equivocarme. Pero a lo mejor eres tú quien no se conoce a sí misma… Apuesto, por ejemplo, a que ese odio, que tú crees prodigar a nuestro sultán, no está lejos de lo que se acostumbra a llamar atracción.

—¿Atraída por ese canalla, ese mentiroso? ¡Tú estás loca! ¡Si hubieras visto su mirada! Y sus manos, que me maltrataban, y su risa, que me insultaba…

—Y el fuego que quemaba tus mejillas —la corta Flor de Sol riendo—, y el corazón que te latía en el pecho, y tu carne, tan a punto de fundirse que se erizaba de pánico… También yo sé lo que es eso. Y no veo ahí nada más que una emoción muy prometedora.

Querida Malika… Esta escena impúdica era ayer, o casi. Era, sobre todo, en otra vida. Después de unos minutos de berrinche, Isabel la perdonó. ¡Les quedaba tan poco tiempo de estar juntas! Durante todo el día siguiente recorrieron patios y jardines, demorándose en sus refugios preferidos. Antes de que se les unieran Zaynab y Jumana, y más tarde las fieles Nur y Salma, subieron por última vez a su querida terraza.

—Ves —murmuró Malika—, esta terraza será siempre nuestra. Cuando te eche demasiado de menos, cuando necesite evocar tu presencia, me bastará con subir hasta aquí. Entonces, contemplando el Palacio Rojo, donde vas a vivir, oiré el eco de tu risa. Será como si estuvieras aquí.

Cogida de la mano de su amiga, Isabel no dijo nada. Tenía un nudo en la garganta. Una lágrima resbalaba por su mejilla. Es tan misterioso, el desierto de los adioses…

Esa misma tarde, cuidadosamente cubierta de velos, la adolescente partía hacia la Alhambra. Había obtenido de Abbas la autorización para ir a pie. Caminaron en silencio. El eunuco la rodeaba con su tosco afecto, pero nada

sosegaba la aprensión de Isabel. Incluso las calles de Granada le parecieron cambiadas. La noche cayó. Ya no había tenderetes olorosos, ni una multitud alborozada. Tan sólo unas siluetas con prisa por volver a sus casas. Por supuesto, en el momento de cruzar el puente de al Qadi, al levantar la vista hacia la masa augusta de la ciudad real, un estremecimiento de excitación la fortaleció. Pero su corazón estaba tan cerrado, y era tan débil su respiración, que necesitó pararse tres veces en el camino. La abrupta pendiente que hacía de la Alhambra una fortaleza impenetrable era su ascensión al calvario.

De la parte alta de la ciudad no vio nada. Tras una impresionante puerta de tres o cuatro hojas, vigilada por la soldadesca, el palacio real quedaba a dos pasos.

Abbas no entró.

En el umbral desde donde los observaba la mirada impaciente de una enorme mujer, el eunuco y la cautiva se separaron. Con un nudo en la garganta, Isabel se echó al cuello del Taciturno. Abbas acogió ruborizado este último beso, que también era el primero. Sin poder esconder su emoción por más tiempo, con una mano sobre la cabeza de la adolescente, le dio su bendición, como al niño que jamás tendría y que enviaba esta noche a su destino.

La vieja mujer no abrió la boca. La puerta del palacio se cerró a sus espaldas. Agarrando a Isabel de la muñeca, la matrona la condujo a través de los pasillos, muy similares a los de Dar al Anuar, hasta un piso donde piaba una sesentena de mujeres y niños que se callaron a su llegada.

—Os presento a Isabel —dijo la vieja, lacónica—. Es cristiana y viene precedida por una reputación de testaruda. Compartirá habitación con Ansam… Ansam, te la confío. Vela por que nada le falte. Vela también por que aprenda lo más rápido posible las reglas de nuestra vida en común: no toleraré ninguna impertinencia. Si las hubiera, te haré responsable de ello.

Con mucha gracia, la joven se acercó. A la helada adolescente le pareció dulce, ligera como un céfiro, lo que le valía sin duda ese nombre de Ansam que tomaba prestado de la brisa. Gentilmente, la chica morena cogió a Isabel de la mano y, sustrayéndola a la curiosidad de las demás concubinas, la llevó a un piso más elevado, hasta una estrecha alcoba en cuyos extremos dos montones de cojines indicaban los lechos.

Meter en uno de los cofres los escasos efectos que había llevado no le tomó a Isabel más que un minuto. Apenas sintió curiosidad de asomarse a la única ventana: más allá de una forma imponente donde se adivinaba la esquina de un edificio, sólo la noche se ofrecía a su mirada. Creyó distinguir

unas formas pálidas, abajo, que parecían tumbas, pero no tuvo fuerzas para interrogar a su compañera. Consumida por las emociones del día, se deslizó entre las sábanas de fino paño que Ansam había sacado para ella. La discreta cortesana desapareció. Isabel estaba sola, al fin, en una soledad que, esa noche, la aterrorizaba.

Instintivamente, se llevó la mano a la garganta, como cada vez que buscaba consuelo en la Madona… Su mano se encontró con el vacío.

De pronto inquieta, enseguida febril, empezó a tantearse. Se levantó, sacudió sus velos, se soltó el pelo. Palpaba su camisa, deslizaba los dedos por su pecho, su vientre, su cintura. En vano: su medallón, si había desaparecido, la había abandonado.

Estupefacta, la muchacha vaciló antes de admitir lo inadmisible. Era demasiado dolor, de golpe. Demasiado en un día, demasiado en una vida… Isabel, esta vez, estalló en sollozos. Sollozos pesados, retenidos durante tres días. Copiosos sollozos de niña que ella ahogaba, por miedo a alertar a la guardiana de las mujeres. Unos llantos que la lavaban, la purificaban, la mecían. Unas lágrimas que vaciaban su memoria y sosegaban su cuerpo. Y, en medio de tanto desconsuelo el sueño se apoderó de ella.

Por la mañana, fue necesaria la insistencia de la cortesana con nombre de viento alado para sacarla del letargo sin sueños bajo el que permanecía enterrada. Un día tímido, a través de la obertura que había sobre ella, dispersaba sus promesas azuladas. Golondrinas, tórtolas y ruiseñores lanzaban al nuevo día sus trinos y sus arrullos. Se despertó con un nudo en la garganta, aturdida y torpe.

Ansam era una compañera espabilada. En un abrir y cerrar de ojos, le trajo a Isabel las jarras de agua fresca. Tendiéndole una aljuba al azar, le aconsejó que se diera prisa. Abajo, todas estaban compartiendo ya la comida de la mañana. Ya tendría tiempo de arreglarse mejor después. ¿Qué más tenía que hacer, por otro lado, a lo largo del día, que engalanarse para su propio placer y envidia de sus compañeras, charlar, cantar lánguidamente y saborear esos refrescos de la sierra que volvían locas a todas las mujeres en esa época del año?

En una mañana, Isabel visitó el escaso territorio que tendría que compartir con la sesentena de mujeres, chiquillas y chiquillos de los que era morada. Con ojos tristes, descubrió que la larga galería vislumbrada la víspera era un balcón guarnecido de ajimeces, desde donde se podía observar uno de los patios del palacio real. En el centro, una pila borboteante sostenida por doce leones de mármol blanco dispersaba hasta el gineceo la frescura de sus aguas

cristalinas. Jazmines, naranjos recortados, laureles resplandecientes, entremezclaban sus fragancias. Enfrente, bajo las columnas, a través de una arcada que proyectaba su sombra sobre el patio florido, se abrían unos aposentos que se adivinaban principescos: los de la *sejidah* Fátima, le explicaron, sultana tan austera que la llamaban al Hurra, la Honesta. La joven cautiva tomaba nota de todo ello con indiferencia. Sólo la gracia etérea de las delicadas columnatas apostadas de parte a parte del patio retuvo su atención. Irrigados cada uno por una fuente de mármol, similares a dos bosques de palmeras cuyas blancas columnas le otorgaban una apariencia de jóvenes troncos gráciles, rivalizaban en elegancia, finura, y una conmovedora fragilidad.

Era necesario, para expandirse en aquellos lugares de frescor y refinamiento, haber sido llamado por el mismo sultán, que escogía según su capricho la compañía digna de divertirle. La vida cotidiana de las mujeres, esperando la mudanza anual a los palacios de verano, se desarrollaba aquí, entre las rejas de la galería y las salas de estar vecinas, una hilera de alcobas y de patios a cielo abierto limitados por muros ciegos contra los que se quebraba toda esperanza de huida. Una nueva jaula se cerraba sobre Isabel. Una jaula en la que la rivalidad, la desconfianza y el aislamiento parecían mucho más violentos que en Dar al Anuar.

Transcurrió un día entero. Y otro. Y otro más. Flor de Sol hizo mandar a su amiga gran número de vestidos. A los de la adolescente añadió sus propios atavíos: los velos más finos, sargas exquisitas, alborgas delicadas. Añadió incluso, cuidadosamente envueltos en paños de lino, los zafiros que llevaba la muchacha la noche de Mahragan y con los que Ansam, maravillada, se hizo enseguida en un arranque de envidia.

Mientras evocaba los recuerdos más recientes, la joven se dejó hacer. Su mano sujetaba, distraída, un pedazo de trapo anudado. Jugaba con la tela, la soltaba, la retomaba… Fue al llamarla la guardiana de las mujeres, al ir a tirarlo todo en los baúles, cuando Isabel contempló, sobrecogida, la bola de trapo que tenía entre sus dedos nerviosos. ¿Por qué le enviaba Malika aquel pedazo de algodón usado? ¿Y por qué lo había anudado con tanta fuerza?

Intrigada al principio, luego nerviosa, se precipitó sobre la tela, cuyos nudos tardaban en deshacerse. El corazón palpitaba, ahora. Olvidaba a Taruq, la guardiana del harén. Acababa de traspasarla una idea.

¡Era ella!

En la palma de su mano temblorosa, Isabel contemplaba los reflejos de un día completamente nuevo sobre el oro de su medallón. Escondida en la tela más pobre, le era rendida la sonrisa de la Madona. Flor de Sol la había encontrado. Y, a escondidas, devolvía a su amiga su tesoro prohibido. Querida, queridísima Malika…

—¡Isabel, Isabel, date prisa! —la interrumpió la voz ansiosa de Ansam desde el rellano de la escalera—. Taruq no tardará en advertir tu ausencia.

La joven, impaciente, inquieta porque Ansam pudiese haber adivinado su emoción, se apresuró a disimular su tesoro. Su corazón palpitaba de alegría y de ansiedad. De nuevo, se sentía protegida. Pero no cometería el error de enarbolar su medallón bajo las miradas hostiles. Lo escondería. Vendría a contemplarlo en secreto. Y encontraría en él, a través de la plegaria, el coraje para afrontar unos días que se anunciaban siniestros.

¿Cuántos despertares abrumadores, en que levantarse exigía un esfuerzo sobrehumano? ¿Cuántos lentos días de embotamiento? ¿Cuántas tardes pasadas en el patio colgante, contemplando las estrellas con el vago deseo de extinguirse aquí para renacer allá arriba, en el cielo infinito, libre junto a ellas? ¿Cuántas mañanas lúgubres, días ciegos, noches hipnotizadas, hasta aquella tarde en que las órdenes de Taruq trastornaban su existencia? ¿Días, semanas, un mes quizás? Isabel no sabría decirlo. Había perdido la noción del tiempo.

—Como quizá sabéis —anunció aquel día la matrona—, nuestro sultán volvió ayer de una fructífera razia en tierras de Jaén. Esta noche, una de vosotras será requerida junto a él.

Un silencio impregnado de expectación acogió la noticia. La excitación, la esperanza, la ansiedad, se leían en los ojos alterados de las mujeres. Se habían acabado, provisionalmente, la indolencia y el chismorreo.

—¡Isabel! —la sobresaltó una voz imperativa—. Nuestro príncipe ha manifestado la voluntad de tenerte a su lado. ¿Dudas? No es un deseo, es una orden. Te quedan algunas horas para prepararte.

Decepción, amargura, desaliento. Una ola fluía alrededor de la cristiana. Un flujo pesado y gris traspasado por la sombra de los celos. Una de las mujeres, sobre todo, lanzaba a Isabel miradas incendiarias, una pelirroja como ella pero robusta y autoritaria. Una denominada Yasmina, cuyos rencores y gestos de mal humor ya había sufrido la muchacha.

—Ansam, Lumé, asistiréis a vuestra compañera —continuó Taruq—. Si sigue siendo tan torpe, me temo que tendréis bastante trabajo.

Isabel tenía mucho que hacer. Una corriente de vida, que rompía los diques levantados por tantos días de angustia, se precipitaba en su interior. Esa noche tendría con quién hablar, con quien batirse, en caso de necesidad. Vivía de nuevo. Una mirada oscura, tan turbadora como detestada, la sacaba de su desierto helado.

Entre inquieta y ansiosa, se sometió a los preparativos que tanto la habían humillado poco tiempo antes. Reencontró con gusto los beneficios de la sauna, se dejó pulir, masajear con aceites olorosos, peinar, vestir, perfumar. La depilación ya no era una vergüenza. La pintura al ligustro de sus manos, de sus senos, de sus pies, nada más que una coquetería ya familiar. Y la elección de su atuendo entre los efectos de Malika un juego en el que participó bajo la mirada invisible de su amiga. No fue hasta la noche, mientras esperaba ser conducida junto al sultán, cuando se preguntó realmente qué le esperaba. Sólo entonces, con el corazón palpitando, empezó a imaginar lo peor.

CAPÍTULO XIII

La escalera, que recorre por primera vez, la ha conducido hasta la cámara real. ¿Una cámara? Más bien un espacio de ensueño, una gruta deslumbrante, una catedral pagana cuyas paredes son abundancia vegetal que el oro de las lámparas puebla de sombras y reflejos caprichosos. Sola en la estancia mágica que flanquean dos alcobas provistas de sofás y mesillas, Isabel permanece anonadada. En los muros, los entrelazos de arabescos parecen alas angelicales emprendiendo el vuelo. En el cielo, los alveolos de una colmena polícroma tiemblan bajo la caricia del sol poniente que atenúan las celosías. Pero es en el suelo, en los reflejos de una alberca rosada, donde el espectáculo es más abrumador. Como dotada de vida propia, la decoración se estremece. Se diría que susurra al agua clara alguna inconfesable confidencia.

La muchacha se ha dejado caer sobre un cojín. Se ha dejado embargar por la visión encantadora, cuando una silueta, en el espejo líquido, la hace volver en sí. Desde el otro lado de la fuente, Abu al Hasán la observa desde hace un instante.

—Entonces, joven salvaje, ¿qué piensas de tu nueva morada?

—Pienso, mi señor, que no es mi morada sino la vuestra —responde ella con aplomo—. Y que si bien vos os rodeáis de belleza, la vida de las mujeres encima de este lugar encantador carece cruelmente, en ella misma, de todo encanto. El oro, las sedas, las golosinas, no pueden hacer nada; es el espacio y la libertad lo que falta en su jaula dorada. Apuesto a que las chicas de las calles, en el barrio más miserable de Granada, son menos desdichadas que las concubinas reales.

—¿Qué sabes tú de las chicas de las calles? ¿Y qué sabes tú de Granada? —responde el emir, irritado—. ¿Ni don Sancho ni Sidi Abén Barrax te han enseñado a no hablar de lo que no conoces?

—Conozco la alegres aguas del Darro, sin embargo, y las callejuelas de la medina que bajan riendo hasta ellas. Conozco los olores de los zocos, y los gritos, y a los picaros poetas —precisa la adolescente—. Conozco también a los creyentes que se postran a la llamada del muecín. Y hasta el clamor de un

pueblo ingenuo cuando, conducidos por su sultán, orgullosos caballeros vuelven de alguna algarada fronteriza.

—Hablas bien; eso te salva. ¿Pero quién te ha contado todo eso?

—Nadie. Yo lo vi, un día que me escapé de Dar al Anuar.

—¿Escapaste? ¿Intentaste huir?… He aquí algo propio de ti —comenta el soberano, divertido—. Quisiera ponerte en guardia, por si acaso soñaras con una nueva huida: los palacios del sultán están vigilados de otro modo que los del querido Abén Barrax. No hay esperanza por este lado. Has de saber, sin embargo, que en unos días nos mudaremos a Dar al Ixares para el final del verano. Jardines, vergeles, e incluso un bosque, si lo deseas. Allí encontrarás el espacio que reclamas. Por ahora, todo lo que puedo ofrecer a su caprichosa señoría es un paseo por el patio de los leones.

Bajo los reflejos del crepúsculo, el jardín hasta entonces vislumbrado a través de los ajimeces dispersa en torno a ellos su delicado esplendor. Frágiles, etéreas, las blancas columnas relucen en la penumbra. Solitarias, de dos en dos o formando un ramillete, evocan una palmera con hojas de estuco. En el centro del jardín, bajo la fuente de mármol, doce leones rugen su flujo revitalizador. «Uno se creería en un oasis soñado», piensa Isabel.

—¿Es hermoso, verdad? —murmura Abu al Hasán, sensible a su fascinación—. Mis ancestros quisieron apresar aquí un reflejo del paraíso de Alá. ¿Crees que lo consiguieron?

—No sé nada de los cielos, mi Señor. Pero este lugar parece, realmente, un fragmento del paraíso en la tierra.

—Estos canales son sus cuatro ríos —le explica el sultán—. Alrededor, los árboles sagrados. Me gusta imaginar que la fuente en su centro es el origen de toda vida. ¿Te das cuenta, no obstante, de la fragilidad que esconde la soberbia? —añade con voz más grave.

El príncipe se ha entristecido.

—Ves —continúa Abu al Hasán—, no es solamente una alusión al paraíso. Es una alegoría del reino de Granada.

—No lo entiendo, señor —se aventura la joven.

—Tú que dices haber recorrido las calles de mi ciudad, ¿has entendido qué susurran las fuentes, y la sombra proyectada por palacios demasiado ricos para las callejuelas estrechas, y el aire mismo de Granada, cargado de aromas? ¿Has descubierto en qué amarga fuente encuentra mi reino su embriaguez? ¿Sabes de qué tinieblas saca los colores tornasolados que te han seducido?

Abu al Hasán ya no habla, murmura. Un murmullo impregnado de tal melancolía que Isabel, emocionada, esboza un gesto hacia él. Querría interrumpirle, sacarle de esa letanía que suena como un lamento. Su compañero, con los ojos clavados en el agua de la fuente, no advierte su impulso.

—Te voy a contar el secreto de este lugar —prosigue con una voz opaca —. Granada es mortal. Lo sabe. Lo ha sabido siempre. He aquí el secreto de mi ciudad nazarí. Desde el día en que nació, mientras florecía sobre los escombros del gran al Andalus, sabía que su muerte estaba anunciada… Han pasado dos siglos y medio. Todavía está aquí. Pero es esta espera de un fin inminente lo que resalta la negrura de sus cielos resplandecientes. Es lo que presta a cada día, a cada fiesta, a cada segundo, su intensidad de penúltimo suspiro. ¿No sientes aquí mismo, rozándonos, las alas de los adioses?… Todavía ayer, nuestras tropas volvían de una algarada fructífera. El pueblo se regocijó. Mis hombres se llenaron de gloria. Pero yo no puedo olvidar, yo que los conduje, que el combate es vano. Cuestión de meses, años, decenios quizá. Hace tiempo que los cristianos están llamando a nuestras puertas. Pronto las derribarán…

—¿Es porque Granada se sabe mortal, señor, que mata hoy a los que ayer acogía como valerosos compañeros? —se aventura Isabel con una voz cuya dulzura atempera las palabras.

—Piensas en tu padre, ¿verdad? Es la ley de la guerra… Granada es una flor deseable, como bien sabes. En otro tiempo, las taifas vecinas eran musulmanas como ella. Los combates tenían la crudeza y brevedad de los enfrentamientos fratricidas. Hoy, esos creyentes que dieron su esplendor a al Andalus son perseguidos en todas partes. Bajo la presión de los castellanos, que huyen de las crudas mesetas del norte, donde mueren de hambre, mis hermanos tienen que dejar sus huertos y sus campos, abandonar las tierras que sus ancestros hicieron fértiles. Vienen a parar aquí, creyendo encontrar refugio. Pero el refugio es irrisorio. Granada los acoge, es cierto. Granada los alimenta. Granada no tiene mañana, pero Granada se obstina en defender el momento presente. Después de más de cuarenta años, por culpa de Muhammad el Zurdo, el padre de Fátima es derrotado en La Higueruela, Granada es vasalla de Castilla, y le paga cada año el tributo de la vergüenza. Esas algaradas, esas razias a veces heroicas, son nuestro orgullo y supervivencia, el único medio de conservar el respeto de un enemigo que, por otro lado, actúa como nosotros… ¿Puedes comprenderlo, joven?

El emir, inclinado sobre la fuente, sumergió su mirada en los ojos de la cristiana:

—Temo que no estoy hecha para comprender la guerra, mi señor —admite la muchacha—. No sé más que lo que el corazón me dicta. Y las palabras que una amiga me dijo hace unos días: que la guerra es una invención de los hombres y, sólo el amor una invención de Dios…

Apenas ha pronunciado estas palabras, desearía poder borrarlas. Acaba de advertir su ambigüedad. Al igual que Abu al Hasán que, tan ágil como abatido parecía un momento antes, enseguida ha cogido al vuelo la invitación.

—Bien dicho, jovencita. Dejemos a un lado estos tristes pensamientos a los que siento haberte arrastrado, y volvamos un poco a la luz, ya que me alegra contemplar tu bonita compostura… Pero te veo tensa —añade cuando, al cruzar el umbral, Isabel empieza a temblar—. ¿Son mis palabras las que te han entristecido?

—¡Oh, no, mi señor! No es eso…

Isabel se interrumpe. ¿Cómo explicar el pánico que se apodera de ella? ¿Y miedo de qué, exactamente? Hasta Malika, imagina, se partiría de risa si pudiera leer sus pensamientos en esos instantes.

—¿Qué es, entonces? —insiste el emir, que ha recuperado su humor socarrón.

—No sabría decirlo —disimula la muchacha—. Todos estos cambios, quizá. El asombro… La emoción…

Mientras más se embrolla, y siente el fuego que le sube a las mejillas, más parece alegrarse el príncipe. La ha llevado hasta la alcoba, donde unos cojines tirados sobre un diván esperan su contento. Sus ojos, que parecen reír, aumentan la confusión de la muchacha.

—¿Qué te parecería probar este vino dorado? —acude en su ayuda—. Sírvenos, pues. Luego puedes cantar algún romance; me gustaría descubrir esa voz de oro que Abén Barrax alababa la otra noche.

La mano de Isabel tiembla un poco mientras vierte en la copa la bebida ambarina. Con los ojos, busca un instrumento con el que acompañarse. En un rincón de la alcoba, un laúd está esperando su mano.

—¿Qué deseáis escuchar, señor?

—Algo alegre, como la dulce velada que se anuncia. Escoge tú misma, de verdad. ¿Por qué no un aire de tu tierra?

—¿Habláis castellano, entonces?

—Lo entiendo un poco. Vestigio de los largos meses pasados como rehén en la corte del rey Juan II, que se estaba muriendo, y luego en la de Enrique

IV, su sucesor… Pero canta, veamos —se impacienta el emir—, canta antes de que vuelva a caer en mis funestos pensamientos.

Isabel se apresta a obedecer. Las cuerdas, bajo sus dedos, están aún frías, y vacilan al dar el tono. Su voz se tambalea, busca su lugar. Poco a poco se templa y, límpida, ondulante, se une al curso del romance que la muchacha ha escogido.

En mayo se abre la rosa
pero mi alma está triste
y sufre de mal de amores…

A medida que el canto fluye en su interior, su cuerpo se relaja. Olvida sus temores. Olvida incluso para quién está cantando. Se abandona al romance, al placer de narrar. Pronto no es más que voz. Voz que vuela y se evade. Voz que se apresta a ir más lejos, más allá de la alcoba sofocante, cuando dos manos ajustadas a su talle le cortan la respiración.

—Canta, sigue cantando para mí —murmura en su cuello el timbre grave del hombre que se ha deslizado detrás de ella.

Los ruiseñores cantan
y suspiran la pasión me debilita
y acrecienta mi dolor…

Salir de su cuerpo, oponer a sus ganas de huir el poder del canto en su pecho. La muchacha casi lo consigue. Pero las manos inoportunas trepan por sus costados. Un aliento cálido cosquillea su nuca.

—Continúa —susurra el emir—. Concéntrate en tu canto, bella música. Préstale toda tu atención.

Concentrarse en su canto; ya le gustaría. No sobresaltarse bajo la mano que le acaricia el cuello; ser indiferente a la otra, que atrapa su cadera, como al calor creciente que desde hace un momento le oprime el vientre…

Turbada por los latidos de su corazón que se precipitan violentamente, su voz, contra toda expectativa, da un brinco. Huyendo de su garganta, como perseguida, trepa, vuela y enloquece. Parece un ser desesperado que cabalga y fustiga a su caballo con una voz cada vez más fogosa.

Ven más rápido, paloma, más rápido ven a mí.
Más rápido, oh tú mi alma, pues me siento morir…

El laúd, animado por una violencia cómplice, lanza al cielo sus plegarias. Isabel tiembla, Isabel vibra, su cuerpo, desgarrado por impulsos contradictorios, permanece tenso, al acecho.

—Eso está bien, mi pequeña salvaje, sigue cantando.

La orden se pierde entre sus cabellos, por detrás de la oreja, donde su carne es más vulnerable. La muchacha se estremece de irritación. Pero la irritación, maliciosa, se muda en una ola de placer cuando una boca juguetona se acerca a su nuca y la mordisquea. Sobre sus caderas, su talle, su espalda, sobre su vientre que a su pesar se tensa, sobre sus senos y sus hombros que vacilan, a todas partes, las manos mágicas llevan el fuego y lo avivan. La muchacha, desbordada, duda si seguir resistiendo. Es su voz la que decide, antes que ella: el canto detiene su galope, desciende a borbotones, gime. Pronto no es más que un susurro lastimero mientras el laúd, abandonado, se balancea al extremo de su brazo caído.

La cantante olvida su romance. Su cuello tiene sed de otro canto, sus labios de otro aliento. Y cuando el emir, seguro de su conquista, se recrea maliciosamente en su cuello, es ella quien, impaciente, se gira y busca a ciegas su boca.

Qué dulces son los labios sonrientes que reencuentra. Dulces y violentos a la vez. Beben, muerden, acarician, revolotean y vuelven, rechazan y exigen. Hablan, en suma. Mejor: cantan. Isabel, estupefacta, aprende de ellos un arte nuevo.

Enseguida, los dos cuerpos entrelazados se balancean sobre el diván. Al principio, Isabel se abandona, arrebatada en el descubrimiento de su gozo. Bajo sus velos, sobre su piel, los dedos del príncipe la recorren y tocan como a un instrumento misterioso. La muchacha no opone resistencia, curiosa por las sensaciones que experimenta.

De repente, sus besos se hielan. Sin comprender el motivo, sus labios sienten frío, su espíritu vuela muy lejos. Atenta al recorrido de las manos que la maltratan, siente que su carne se sobrecoge. Sin saberlo, se ha echado atrás. Ese cuerpo es demasiado pesado, sobre su cuerpo. Esa respiración de lechuza, que va demasiado rápido. Y ese ardor espantoso que, de pronto, ella ya no comparte.

Una bestia se ha despertado en su interior. El recuerdo de una noche de combate de la que salió destrozada. Entonces, las náuseas la vencen. La

pesadilla se repite; el horror, en adelante, la invade. El hombre que está sobre ella ya no oye nada. Sus gemidos de terror, los toma por reclamos. Los golpes que le asiesta, los aparta riendo.

—¡No! —suplica ella—. Os lo ruego…

Pero el príncipe no le hace caso. Navega por un río salvaje, donde sólo Isabel se está ahogando. Sus brazos están asidos por una mano poderosa, sus caderas apresadas por una fuerza ciega que la descuartiza. Ella se debate, gime, solloza. Pero la cara que está sobre ella ya no tiene expresión humana. Y cuando un dolor fulgurante le quema el vientre, y la desgarra, ella no es más que un animal huraño que no piensa siquiera en huir. ¿Cómo podría, de cualquier modo, bajo el peso del hombre que la violenta, insensible a su espanto, la estrecha y la repele alternativamente sin dejar de abrazarla?

Cuando él se derrumba, fulminado, lo que Isabel siente pesar sobre ella es el cadáver de un extraño. Al principio, no se atreve a moverse. ¿Y si al extraño se le ocurriera empezar de nuevo? Al prolongarse la espera, se aventura, con precaución, a apartarlo de sí, queriendo escapar de ese lecho que la horroriza. Pero un brazo, a tientas, la vuelve a atrapar. Una mano la agarra y la retiene.

—¿Adónde vas, mi insumisa? ¿Quién te espera? ¿Qué refugio esperas encontrar?

Con una inesperada dulzura, el emir la obliga a volverse. Con un dedo ensoñado, aparta sus cabellos húmedos y enjuaga una lágrima de sus ojos.

—Pero si has llorado, a fe mía. Perdóname si te he hecho daño; pasa a menudo la primera vez.

Sorprendida por la cortesía que percibe en la voz grave, Isabel siente hundirse sus defensas y estalla bruscamente en sollozos.

—Vamos, mi pequeña, vamos —intenta calmarla Abu al Hasán—. No es fácil convertirse en mujer. Pero verás: es tan hermoso… Llora —añade estrechándola contra él—, llora hasta la saciedad, junto a mí. Yo seré siempre tu refugio. Nadie sabrá esperarte como yo… Aunque esta noche, lo confieso, no he demostrado demasiado mi paciencia —reconoce con una sonrisa—. También es culpa tuya; ¿tienes idea de lo deseable que eres?

Ofendida por su tono socarrón, Isabel se ha levantado. Sus llantos han cesado. Es toda protesta:

—¿Y qué debo hacer, mi señor, para no ser maltratada? ¿Debo desfigurarme?

—Qué idea —ironiza el príncipe—. Sé sólo un poco menos esquiva; el amor te será más dulce. Por lo demás, me gustas tal como eres.

El aire burlón del sultán la hiere.

—¡Qué remedio! Si gustaros es sufrir este… esta…, en fin, si es ser abatida y violentada, prefiero disgustaros.

—No te disgustaban, estos asaltos, cuando hace un momento bebías mis labios —señala Abu al Hasán, irritado.

—Si ser mujer es eso, ser sometida a la fuerza, no veo nada hermoso en ello.

—Ser mujer, preciosa —la interrumpe el emir en un tono cortante—, es ser capaz de amar. Pero a lo mejor no conoces esa palabra.

Dando fin a toda réplica, el soberano se ha levantado. Atraviesa el salón y entra en la alcoba vecina. Desdeñando desde ese momento a la cortesana, se tumba sobre el lecho y le da la espalda.

—Aquí, o allí enfrente; duerme donde quieras, jovencita —suelta con una voz indiferente—. No te echo. Pero, decidas lo que decidas, no quiero oír una palabra más.

Por unos instantes, Isabel, petrificada, contempla la espalda hostil. Debería alegrarse de que la dejaran en paz, y en cambio siente deseos de llorar.

«Es cierto que él es mi único refugio», constata en ella una voz amedrentada.

Un refugio que ya no la espera.

CAPÍTULO XIV

Por la mañana, estaba sola en un lugar desconocido. Sobre un cofre incrustado en nácar, sobre unos cojines esparcidos, sobre una jarra olvidada, los rayos de luz filtrados por invisibles celosías posaban sus dedos plateados. Con la mente aún nublada, se sorprendía de sentir su cuerpo tan pesado, un cuerpo molido por la fatiga. Luego recobró la memoria. El mismo lugar, poblado de sombras y destellos dorados. El sonido del laúd que se desvanece. La lucha de dos cuerpos enemigos. El miedo, el dolor, la cólera. Y esa gran soledad que le heló el corazón, y reencuentra al salir del sueño. Ya no le queda cólera a estas horas. Sólo una inmensa lasitud. E imágenes paradójicas, de violencia y de ternura, que se debaten en su memoria. La máscara ofuscada del hombre que la hería, ¿era el mismo rostro que, enternecido, le había acariciado la mejilla? Y la voz severa que la perseguía, ¿era la que, en su sueño, murmuraba con infinita dulzura: «Yo te espero, mi pequeña salvaje. Encuentra tu camino. Hazlo rápido»…? ¿Dónde terminaba la realidad? ¿Dónde empezaba la vida soñada? En sus recuerdos enmarañados, Isabel ya no discernía nada… Y ahora debía ir con las concubinas, sufrir su silencio hostil o su curiosidad celosa, fingir orgullo y los sentidos rebosantes. Imitar, quién sabe, el aspecto vaporoso que había visto ciertas mañanas a las mujeres de Abén Barrax. Hacer teatro, en suma. Llevar la máscara de la mentira, y esconder, costase lo que costase, la llaga hiriente por la cual se le vaciaba el alma.

Su vuelta, contra toda expectativa, pasó inadvertida. En el harén revuelto sólo sonaba una palabra: partir. Partir al fin, dejar atrás el calor asfixiante, reencontrar la frescura de Dar al Ixares, sus parques, sus vergeles olorosos, y el manar de las fuentes. En un bullicio digno de un gallinero, se preparaban equipajes, alguien aullaba que le habían robado el cinturón dorado, se imaginaban las fiestas que quizás ese verano el sultán pensaba dar, y preveían los vestidos que se pondrían.

Olvidado, en medio de aquel desorden, el breve favor de una noche, Isabel pudo fundirse y dejarse alcanzar por la fiebre de una partida llegada a tiempo

para arrancarla de sus pensamientos.

El cuarto de luna se empezaba apenas a poner cuando el palacio al completo, a pie, a caballo, en litera, salía hacia la residencia de verano. A lo lejos, el séquito de la *sejidah* Fátima abría el cortejo. De la sultana, Isabel había visto tan sólo una silueta robusta cuyas sedosas vestiduras apenas atenuaban su virilidad. La realeza era evidente en aquella figura augusta cuyo aspecto voluntarioso respiraba autoridad. Hija de sultán, esposa de tres sultanes sucesivos, al Hurra, o como la llamaban, la Honesta, no necesitaba de nadie para reafirmar su poder. Sobre todo no de su marido y primo Abu al Hasán, que se había casado con ella para aliarse con las fuerzas que ella aportaba como dote: numerosos jefes de tribu, entre ellos los belicosos Abéncerrajes, cuya sed de poder contribuía desde siempre a erigir y derrocar a los sultanes de Granada.

Caracoleando alrededor de su litera, dos jóvenes de atuendo principesco llamaron la atención de Isabel. ¿Qué edad podían tener? ¿Diez años? ¿Doce años, quizá? Eran, según le explicaron, los dos vástagos reales: Yusuf y Muhammad Abu Abdallah (a quien, para distinguirlo de su tío al Zagal, llamaban Abu Abdil).

—También le llaman al Zogoybi —le confió Ansam—, que significa el Desgraciado, el Desafortunado. Está destinado a reinar porque es el heredero, pero cuentan que cuando nació los astrólogos predijeron que bajo su reinado Granada moriría.

La cortesana, con espanto, acercó a sus labios los amuletos que llevaba colgados del cuello. «Pobre Abu Abdil —pensaba Isabel mirando al chico ejecutar sobre su alazán las orgullosas figuras del arte ecuestre andaluz—. ¿Conoce las predicciones que pesan sobre sus hombros? Y Abu al Hasán, ¿es por haber escuchado a los adivinos, que rumia las ideas funestas que le oí la otra noche?».

Al recordar las confidencias desencantadas del príncipe, la joven sintió cómo su corazón se oprimía: ¿volvería el tiempo tan fugaz de la confianza? Enseguida apartó estos pensamientos para abandonarse al placer de avanzar entre un paisaje deslumbrante.

De Granada, al volverse, sólo veía a lo lejos las cimas de las colinas. Pero la ciudad de la Alhambra, resplandeciente en la brisa de la mañana, desplegaba a sus pies su tapiz ocre, rojo y blanco que recortaban los verdes follajes. El minarete de la mezquita real hacía restallar el oro de su cúpula. A la derecha, flanqueados por torres austeras, adivinaba los palacios de Abu al Hasán, abandonados una hora antes. A lo largo de la calle principal se

dispersaban otros edificios principescos y las moradas de los administradores. Al fondo de todo, al Qasba, la alcazaba reputada hasta entre los cristianos por sus infranqueables murallas, en todo momento salpicadas por el destello de las armas de la guardia. Allí residían los hombres armados de la Alhambra. De allí salían las cabalgatas contra los territorios enemigos. De allí, le habían dicho, surgía la respuesta cada vez que se alumbraban, enfrente, los fuegos de una de aquellas revueltas a las que el Albaicín estaba acostumbrado.

Primero, atravesaron los huertos reales, que exhalaban los perfumes azucarados de los melocotones y las granadas, de los higos, los membrillos y las sandías. En las granjas de los alrededores, jóvenes pavos reales lanzaban al cielo su grito escandalizado. En torno a las vastas villas donde reposaba la nobleza, las tórtolas arrullaban palabras tiernas a sus progenitores. Sobre los collados, un poco más arriba, las viñas mostraban la opulencia de sus uvas prometedoras. Y cuando la muchacha, sedienta de espacio, volvía sus ojos al oeste, Granada desplegaba para ella el resplandor de su vega. Tan lejos como llegaba la mirada, se adivinaban los campos de la llanura, el trigo, la cebada, las moreras y millares de jardines; un poco por todas partes, las huertas, los molinos, las manadas en los prados y los caballos en los cercados; y la mancha plateada de los olivos, las hendiduras de los robles, el reflejo cambiante de los chopos… Una maraña de formas y colores que mostraban el trabajo del hombre, el éxito de su alianza con una naturaleza generosa.

Ante la muchacha, poco a poco, granjas y villas se hacían más raros. El bosque la transportaba sobre la marca de los hombres. Desgarrado de cuando en cuando por el grito de un rapaz, el silencio del camino invadía el espacio. La vida salvaje recobraba sus derechos, afirmando el poder de una naturaleza aún virgen.

Era allí, al pie de Sierra Nevada, cuyas perpetuas nieves llenan de espuma el azul del cielo, donde se alzaba la residencia real de Dar al Ixares.

Isabel quedó prendada al momento. Reino de las aguas y las sombras, de los laureles, los rosales en pérgola, el palacio cubierto de vegetación invitaba al descanso. El soberano no había mentido: aquí respiraría libremente. Hasta el punto de no hacer más caso a sus compañeras, que discutían por una habitación codiciada o algún baúl extraviado.

No tardó en conocer todo lo que se podía saber de la vida secreta del parque. Muy de mañana, se acercaba a los rosales donde se abrevaban algunas abejas embriagadas. A la hora en que el sol despedía sus rayos incendiarios, encontraba refugio bajo un soto donde el agua, en cascada, esparcía su

frescor. Veía pasar la tarde cerca de los estanques en que se miraban las columnatas de un pabellón solitario. Cuando la noche empezaba a caer, subía hasta un patio cuyas arcadas le descubrían la vega abrazada por los fuegos de la puesta de sol. A esta hora entre diurna y nocturna, su pensamiento volvía a Dar al Anuar. En el silencio de su corazón, confiaba a Malika la tristeza que la oprimía. Y las expectativas que hacían pedazos su orgullo.

Decían que el sultán estaba aquí o allí. Le esperaban y nunca le veían venir. Todas las mujeres del harén se lamentaban. E Isabel, aunque en silencio, había empezado también a contar las noches.

Su temor se había desvanecido. En su lugar, la invadía una duda. ¿Y si sólo se le había concedido una noche para obtener la atención del príncipe? ¿Y si esa noche había pasado, y con sus quejas y reproches la había echado a perder? ¿Y si el hombre de la mirada de terciopelo negro la había olvidado ya?… A medida que el tiempo pasaba, que se sabía que el sultán había vuelto, puesto que había hecho llamar a la orgullosa Yasmina, luego a Lumé, luego a la gentil Ansam, Isabel iba sintiéndose presa de una metamorfosis desgarradora.

Todo empezó con un sueño, del cual despertó con el corazón palpitando, que desde entonces la persiguió cada noche. Ella corría a través de los patios, bordeaba los estanques silenciosos en que se miraba, sarcástica, la mueca de una luna descolorida. Se perdía en unos pasillos helados similares a los de Dar al Anuar. Unos hombres que se parecían a Abén Barrax, unas mujeres que eran todas Yasmina, la detenían en su carrera, dedicándole sus sonrisas sarcásticas como maldiciones. Isabel enloquecía. Iba de terraza en terraza, en busca de un bien precioso que recordaba haber perdido… A veces el sueño se interrumpía aquí, en una atmósfera de desamparo que no permitía ninguna esperanza. Otras veces, seguía corriendo y desembocaba en una terraza azotada por el viento. Una silueta negra la miraba. Ella recibía la ola ardiente de una larga mirada de noche. Bebía de la copa de unos labios golosos… Pero alguien la echaba atrás. La tierra daba vueltas. El viento la arrancaba del suelo. Con todas sus fuerzas, se agarraba a las amplias espaldas… Por la mañana, se despertaba extenuada, consciente de haber librado toda la noche un combate que a la luz del día la hacía sonrojar.

Las horas se sucedían una tras otra. El verano pronto se marchitaría. Nunca, durante la visita cotidiana, Taruq se detenía ante Isabel. Para la joven mujer, en adelante, cada crepúsculo era un tormento, cada alba un desgarro. Y en el parque, a lo largo del día, todo se confabulaba para acosarla.

—Es culpa tuya —susurraban las rosas ofreciendo al cielo su corazón de terciopelo.

—Culpa tuya, culpa tuya, culpa tuya… —se reían los pájaros en pleno vuelo.

—Amar, ¿es que ignoras esa palabra? —balbucían las fuentes.

—¿De qué sirven la gracia y la belleza, si nadie viene a beber en ellas? —se lamentaban en el estanque los reflejos del pabellón solitario.

Los lugares, ayer todavía encantadores, prolongaban el eco de sus dudas.

CAPÍTULO XV

Esta mañana ha creído renacer. Por orden de Taruq, debe sumarse a las intérpretes encargadas de amenizar con su música la velada principesca. Isabel se ha pasado el día preparándose. Pero al cabo de más de una hora desde que entró con las demás en el aposento real, Abu al Hasán aún no le ha dirigido una sola mirada. En su consternación, canta. Sus compañeras, intimidadas, bajan el tono para escucharla mejor. Bajo sus dedos doloridos, las cuerdas del laúd sollozan. Su garganta es una hoguera. Sus ojos, dos lagos cuajados por el espectáculo de un hombre languideciendo en brazos de otra.

El emir juguetea con sus mujeres. Alrededor de la alberca tranquila en que se mira una cúpula estrellada, tres cortesanas se deslizan y dan vueltas sobre sí mismas al ritmo de una danza sensual. Medio desnudas bajo sus velos, vestidas sólo con su impudor, con ámbar, jazmín y violeta, se balancean bajo la mirada del soberano.

A los pies del sultán, que bromea y sonríe, Lumé sirve las copas. Bajo el destello oscilante de las velas su piel adquiere reflejos cobrizos, su boca pintada de color tostado la redondez de un fruto colmado de promesas. Pero es el comportamiento afectado de Yasmina lo que Isabel observa indignada. Los ojos malva de la rival, su piel lechosa, sus manos suaves, parecen embriagar al sultán. Hechizado por las palabras que le susurra al oído, Abu al Hasán apoya la cabeza en el vientre de la concubina. Ronroneando sus romances, la pelirroja, odiosa, esboza un baile alrededor del rostro real con sus dedos ágiles. El soberano se abandona al juego turbio que lo embriaga. Una sonrisa de triunfo ensancha los labios de la esclava.

Isabel no lo soporta más. De un salto, se precipita fuera del coro, deja caer su laúd y suelta un grito de rabia. La escena se congela, las mujeres se quedan paradas. Incluso el sultán, abandonando a sus pensamientos, no tiene más remedio que reparar en su presencia. La mirada enfurecida que le dirige no presagia nada bueno.

Antes de que él haya esbozado un gesto, el grito ronco se ha convertido en un lamento. Tres notas de terciopelo le siguen en un eco. Con los párpados

cerrados, las palmas abiertas al final de sus brazos extendidos, Isabel, con un gesto brusco aparta de su rostro su cabellera salvaje, que ha perdido el velo. De su garganta, que tiembla y palpita, arranca una melopea vengativa. De pie junto a la fuente, a la llamada de la música sus caderas se agitan. Por un momento petrificadas, las intérpretes vuelven a coger el tempo. Pronto el laúd, la flauta y el tambor responden a la voz imperiosa. La cristiana se arremolina en el flujo de notas endiabladas. Su voz solloza, su voz maldice, pero sus manos se retuercen y suplican. Su cuello rígido finge desprecio, su pies patalean de cólera, pero su vientre se balancea y gime. Sus ojos lanzan destellos, su boca vacila entre desdén y rencor, pero su pecho implora una caricia. A la infiel, que ya ha tenido bastante, le ofrece el puerto y la tempestad, la quemazón del desierto y la dulzura del oasis.

Estupefactas, las cortesanas se han retirado a la alcoba. Al calor de esta danza de amor feroz sus fingidas tristezas se debilitan. Yasmina está pálida de rabia. Con los puños crispados, los labios envenenados, lanza a su rival los dardos de una mirada asesina. Únicamente Lumé admira, cándida, el arrebato de la joven. Pero Isabel sólo tiene ojos para el príncipe, que se ha enderezado sobre su lecho. Los ojos de noche lucen en la penumbra. Sobre sus labios imperiosos flota una sonrisa burlona.

La muchacha se deja llevar por la danza con todo su corazón. Sus caderas se mecen, pliegan y quiebran bajo los asaltos del dolor. Sus brazos son dos serpientes de mar enardecidas por la flauta, sus manos dos tórtolas desgarradas por la separación. Da vueltas alrededor de la alberca girando sobre sí misma; roza con sus talones impotentes la espesa alfombra de seda anacarada; hace y deshace la desmesura del trance que la embarga. Sus cabellos, sueltos a su alrededor, forman una crin de llamas, de la que surge con voz grave un canto:

¡Ah! ¡No la culpes por huir, por ser feroz!
No merece la desaprobación por ello.
¿Conoces una luna creciente que se acerque,
o a una gacela, también, que no desconfíe…?

Gira y gira, Isabel, recitando los versos de Ibn Hazm. Y lo real se perfila en torno a ella. En el silencio despavorido de su corazón, no quiere ser más que una ofrenda a la vida que la abandona. Ella es el ruiseñor que llora la muerte del día, y el rocío que parpadea en el seno de una nueva aurora. Es el

desierto que lamenta su sed, y la fuente que la calma. Es la vestal de fuegos traicionados, la sacerdotisa de las diosas muertas por la traición de los hombres. Es la gacela perdida que presta su flanco a la muerte. Es, esta mujer rebelde llena de orgullo y pudor, una mendicante insumisa que implora de repente y se entrega, con la misma violencia que usaba para rechazar.

Atónito, Abu al Hasán asiste a la metamorfosis. Al principio, ha creído que era la cólera de una mujer humillada. Con los ojos clavados en los suyos, provocadora y suplicante, la joven baila y baila. Ha despreciado las normas, a las cortesanas que la observan y se burlan; sólo baila con él. A ratos, cuando su espalda se curva y las manos alzadas dan a su silueta un aire de desafío, Isabel deja escapar una sonrisa soberana. Un instante después desfallece. Su cintura se dobla, sus brazos se retuercen en un vuelo de sedas fruncidas, su rostro nimbado de tristeza parece lanzar un adiós al mundo. Vacilante y segura de sí misma, conquistadora y vulnerable, la cristiana desvela sin saberlo uno a uno sus secretos. Y el soberano se conmueve al encontrarlos tan límpidos. Para él, Isabel murmura su sed insaciable y el terror que le provoca; clama el deseo que la atenaza y la vergüenza que lo acompaña; revela lo que de incendio hace falta en el corazón para convertir un cuerpo en hielo… A través de su canto, de su baile, la joven se expresa a sí misma sin una palabra. Y cuando el silencio se hace de nuevo, cuando Isabel, vencida, se deja caer junto al espejo de agua, Abu al Hasán ha leído en su corazón. Las intérpretes pueden volver a su melodía suave, las cortesanas retomar su danza, Lumé presentar a su amo la jarra de oro que él no ve, Yasmina hace un comentario sarcástico que él no escucha: el emir está solo con su cautiva. En silencio. Sonríe. Sabe que ella no se le volverá a escapar.

Cerca de él, inmóvil, la bailarina intenta recobrar el aliento. Con los ojos clavados en el agua serena, espera. No se atreve a enfrentarse a la mirada que ella misma reclamaba hace un instante. La espera, intolerable, se prolonga.

—Acércate —ordena el soberano con una voz neutra.

En la oscuridad de la alcoba, el rostro del sultán permanece impenetrable. La muchacha ha levantado la cabeza. Una parte de ella quisiera huir, ocultar en lo más profundo del harén la vergüenza de haberse abandonado ante este hombre que disfruta humillándola. Otra parte, ascua que no acaba de extinguirse, espera aún el milagro.

Isabel obedece. Sus cabellos caen en cascada. Su pecho palpita bajo la seda que perfila la firme curva de sus senos.

—Lumé, Yasmina, todas vosotras —ordena el emir a las decepcionadas mujeres—: podéis disponer… Dejadnos solos —se impacienta, al ver que

Yasmina tarda en abandonar su lecho.

Isabel, ojos fijos, mirada velada, no se ha inmutado. Apenas ha notado el aliento cargado de odio cuando Yasmina ha pasado frente a ella.

Cuando el chirrido de una puerta que se cierra sucede a la fricción de sedas, cuando el único sonido que le llega es el palpitar de su corazón, Isabel se enfrenta a la mirada del hombre. Desde el lecho, más esplendoroso que un trono, Abu al Hasán la contempla. Su cara es imperturbable, pero sus pupilas la interrogan.

La muda espera se prolonga durante un buen rato. Con una palabra, un gesto que suavizara la tensión, Isabel querría romper el silencio. El miedo a ser rechazada se lo impide. En su garganta, una bola de acero candente amenaza con ahogarla. El azul de sus ojos se hace gris. Su cuerpo vuelve a temblar. Esos ojos que, sin parpadear, la hipnotizan, sumen en ella el filo de su iris sombrío. Tienen la peligrosa fijeza de un águila en busca de su presa. Nunca, bajo ninguna mirada, Isabel se había sentido tan desnuda.

—Gracias —murmura ella en un arrebato.

Eso es todo lo que se le ocurre decir. Y la respiración se ahoga en su garganta.

—Gracias —repite con una voz apenas más firme—. Me sentía herida. Quería herir yo también. No había comprendido nada…

Un silencio aún más tenso acoge su confesión. Asustada, Isabel duda si proseguir. Se ha dejado llevar por su corazón. Una gran carga le oprimía el pecho, y ahora se aligera, al tiempo que una ola de recriminaciones, de vergüenza y de ternura acude a sus labios.

—Veía en vos mi cárcel —se lamenta—. Reclamaba mi libertad y detestaba este sentimiento estúpido que amenazaba con privarme de ella. El amor me llenaba de terror. —Trastornada por su confesión, Isabel no puede permanecer quieta. Deambula por la habitación, sus ojos atreviéndose apenas a cruzarse con los del sultán—. Desde que Sidi Abén Barrax me arrancó a los míos —explica—, no soñé más que con huir. Lo intenté, ya lo sabéis. Me volvieron a capturar, pero esperaba volver a intentarlo… Cuando os vi en Dar al Anuar, mi voluntad vaciló. Mi corazón albergaba argumentos incoherentes: mi libertad erais vos, me decía. ¿Cómo iba a escucharlo? Yo no sabía; no podía. Era demasiado desconcertante. ¿Lo comprendéis?

De pie ante el que con una sola palabra podría consolarla, Isabel no abre la boca. Sus pupilas implorantes en vano intentan horadar el escudo de la mirada.

—Entonces, quise huir de vos —continúa—. Mi cólera, mi frialdad, no eran contra vos. ¡Era contra mi corazón contra lo que luchaba! Contra lo que yo llamaba mi desvarío…

¿Es una sonrisa lo que adivina en los labios de Abu al Hasán? ¿Se reirá de ella, ahora que ella baja la guardia?

Aguijoneada por el temor, Isabel se echa a la batalla de la última oportunidad. Las palabras se atropellan en su mente. Sus manos se enredan y desenredan en un gesto de desesperación, de ruego y de esperanza. Sus ojos, océanos bañados de luz bajo la tormenta, no se apartan del rostro del sultán.

—¡Ya no quiero huir de vos, jamás! He sentido tanto miedo, y lo tengo aún, de perderos… Creí que no volvería a veros. Esta noche, al fin os veo. Me escucháis. Me miráis. Pero ni vuestros labios ni vuestros ojos hablan. —La muchacha encuentra un doloroso placer en pisotear su orgullo—. Me echo a vuestros pies. Os suplico que me concedáis una oportunidad. Y vos, vos permanecéis impasible. ¿Es eso un rechazo? ¿Una prueba? ¡Hablad! ¡Decidme algo! —suplica.

Lívida en la luz parpadeante, Isabel, en efecto, se ha dejado caer de rodillas. Sus labios tiemblan. Sus ojos imploran una respuesta. Su frente, resignada ya, se deja sumergir en la sombra.

—¿Quizás es demasiado tarde? La puerta de vuestro corazón se ha vuelto a cerrar. Cansado de esperarme, habéis tirado lejos la llave… —Con la mirada perdida en el vacío, la muchacha oscila suavemente—. Era una llama joven —murmura para sí—. Frágil, como todos los seres nuevos. Era un pajarillo, un pajarillo hambriento…

Sus palabras resultan infantiles. Sus frases se convierten en un río que la arrastra y sosiega. Su silueta en una sombra frágil que se balancea y se deja mecer. ¿La estaba acariciando con sus alas el ángel de la locura?

Abu al Hasán no puede contenerse más. Tiende una mano tranquilizadora hacia la mejilla asolada por las lágrimas. Pero Isabel no lo ve.

—El pájaro está muerto, ¡por mi culpa! —prosigue, con voz apagada—. No os acuso de nada. Ni de inconstancia, ni de traición…

En ella, alrededor de ella, se abre un abismo, y se hunde en él. Atrapada por el dolor, ya no se da cuenta de nada, ni siquiera de esa mano que se posa en su mejilla, ni de la respiración atenta que vibra en sus cabellos. Como un puente lanzado mucho más allá de la locura, dos dedos en su mentón la obligan a levantar la cabeza.

—No digas nada más, Isabel. No hay nada que perdonar.

Esta voz, este murmullo, ¿son los de un ser vivo, o la acogen, ya, en el reino de los muertos?

—¿Me oyes, Isabel?

—Nada que perdonar… Entonces, realmente es demasiado tarde —se lamenta, obstinada.

—Pero no, idiota. ¡Te estaba esperando! —responde una voz divertida.

Entonces la pone en pie. La coge de los hombros, la levanta. El estrecho túnel que la engullía ha aflojado su presión. Inclinado sobre ella, el hombre cuyos ojos de noche le parecen sembrados de estrellas la sacude con fuerza.

—¡Despierta, Isabel! La pesadilla ha terminado. Estás viva, mi insumisa. Loca, insoportable, pero viva.

Como salida del corazón de la tierra, una risa gigantesca transporta a la joven. Una risa que convulsiona el cielo, que reúne a la luna y el sol. Una risa que reconcilia para la eternidad la alegría y el sufrimiento; la absurda alegría, el luminoso sufrimiento de ser dos…

Recuperada su esperanza, Isabel no ha advertido que el brazo que la sostenía vuelve a estrecharla con fuerza. La alegría feroz de la muchacha enfebrece a Abu al Hasán. Cómo le turban el estallido salvaje de su boca, los destellos de sus ojos, el rubor de sus mejillas en llamas. Bajo la afluencia dolorosa del deseo, la mirada que posa sobre Isabel se ha reducido a una punta afilada.

Alertada por el brillo peligroso que ha aprendido a reconocer, la muchacha tiene un escalofrío de sorpresa. En su garganta, la risa estalla. Una inquietud confusa se apodera de ella.

—¿Sabes que es insultante reír ante el sultán? —la distrae Abu al Hasán.

—¡Oh, mi señor, perdonadme! —se asusta enseguida Isabel—. No quería faltaros al respeto. Es sólo que estoy tan… tengo tanto…

Se enreda, se pierde, vencida por el pánico.

—Acepto por ahora tus excusas —la interrumpe la voz severa, a la que le cuesta esconder su regocijo—. Pero en el futuro tendrás que mostrarte más atenta.

Al tiempo que habla, el príncipe la atrae hacia sí. Sus brazos la rodean, la estrechan. Su cara se acerca, al acecho de su reacción. Isabel no se atreve a moverse. Si intentara escaparse, además, las manos abrasadoras que la sostienen sabrían disuadirla rápidamente. Una dulzura alarmante se apodera de ella. En su talle, sobre sus costados, las manos presionan con más fuerza, despertando a su paso una fiebre que ella reconoce. Asustada, se pone tensa.

Pero los brazos no moderan su presión. Alentada, al contrario, por su inmovilidad, una mano se enrosca a su cuello, atrayendo el rostro aturdido.

—No temas, mi Isabel —murmura la cálida voz que pulsa sus nervios tensos como dedos expertos las cuerdas del laúd—. Sabes que no te quiero ningún mal.

Hechizada por estas entonaciones que la cautivan, Isabel se relaja.

—Eres mi pequeña salvaje, mi fiera, mi insumisa —susurra la voz en sus cabellos—. Eres Zoraya, mi estrella. Eres mía por entero. Tu baile, hace un momento, me lo ha dicho. Tus ojos me lo han gritado. Tus brazos me lo han confirmado. ¿Para qué resistir más?

A las palabras que la hipnotizan se suman suaves besos. Cuidadosos para no alarmarla, son roces furtivos que cosquillean su sien, vacilan alrededor de su oreja y se extinguen en el hueco de su cuello. El aliento húmedo, sobre su piel, deja una señal abrasadora. Las palabras se pierden entre los latidos desordenados de su corazón. La tranquilizan y la ofuscan, la sosiegan y la torturan. Adormecen su desconfianza y disuelven su cuerpo transido.

El sultán se enardece. Con una mano, desata el lazo que sujeta la fina blusa, y se apodera de los senos temblorosos. Bajo este asalto, los pezones se endurecen. La joven, turbada, nota que le falta el aire. En su cuello, la boca del hombre se vuelve ardiente, y cada contacto se imprime sobre su piel como hierro candente. La boca mordisquea, ahora. Fustiga, exige. Y remonta hasta el rostro que, enfebrecido, intenta esquivarla. Con mano imperiosa, Abu al Hasán aprisiona la nuca de Isabel. Sus labios se clavan sobre los labios cerrados. Chocan, muerden y sumergen a Isabel en las sensaciones más enloquecidas. Por un instante, abandonan su presa, irritan el lóbulo de la oreja, vuelven luego al fruto codiciado. Y cuando la muchacha, sofocada, intenta recobrar el aliento, fuerzan la muralla de los dientes y conquistan al fin la plaza.

Turbada, abrasada de vergüenza e impaciencia, Isabel siente que toda conciencia la abandona. Un gemido ávido se le escapa, y es acogido por un suspiro victorioso. Arrastrada en un torbellino, apenas advierte que entre dos caricias embriagadoras unas manos hábiles van apartando los velos. Como animadas con vida propia, sus caderas empiezan a mecerse al posarse en ellas los dedos impacientes. La seda se desliza a lo largo de los muslos…

Cuando, multiplicando las caricias que la dejan desarmada, el emir la lleva suavemente hacia el diván, Isabel está desnuda. Y no piensa en ofuscarse. Su alma ya no le pertenece, poseída por una fuerza delectable que la arrastra cada vez más lejos. A su ser vibrante de sed sólo le importan ya

esas manos que lo llenan, esos labios que hacen gemir a su boca, ese cuerpo firme y posesivo que da luz al suyo. Cuando se tambalea en el lecho, todo en ella se ha tambaleado.

Inclinado sobre el cuerpo ofrecido, el soberano saborea su victoria. Se deleita en la contemplación de los bucles salvajes tendidos hasta el suelo, la punta dorada de los senos excitados por la espera y, más allá del tierno vientre, los labios imberbes repletos de savia. Pero lo que más lo enfebrece es el rostro contraído, la boca turgente de deseo y, velado por una bruma salada, el océano de dos grandes ojos abiertos que ora en silencio.

Temiendo que Isabel recobre la razón, su fría razón de niña pudorosa, se echa enseguida a su lado. Lo acoge una risa ahogada, mientras una voz grave suspira:

—Vos os hacéis desear, mi señor. ¿Os habré ofendido una vez más?

—Espera un poco mi tórtola —murmura Abu al Hasán—. No es el de la ofensa, sino el de el ultraje, el sabor que vas a conocer.

Su deseo, mucho tiempo dominado, le arranca un gruñido de sufrimiento. Ya su rodilla se aloja entre las piernas de la muchacha. Su mano se desliza entre los muslos, roza, acaricia, sigue subiendo. Con todo su peso, se deja caer sobre el cuerpo al fin abandonado, y avanza, y retrocede.

Con la mirada extraviada, la respiración entrecortada, Isabel permanece ausente, al acecho de ese dolor que en ella se hace calor, ola abrasadora que la azota, la mece y la embarca hacia unos horizontes de fuego. Su cabeza rueda, frenética, sobre los cojines desperdigados. Su vientre golpea. Su pecho se estremece. Se siente carne, se siente barro, tierra de surco generoso que aspira al vigor del hombre. Con su aliento enloquecido, su garganta en llamas, agarra como en un sueño las caderas que bailan encima de ella.

—Ven, preciosa, ven conmigo —gruñe Abu al Hasán mientras se hunde vigorosamente, tan profundamente que ella solloza de felicidad.

¿Dónde empieza la carne de la mujer? ¿Dónde acaba el deseo del hombre? En esta noche milagrosa, dos seres no son más que uno. Dos gigantes tocados por la gracia, se diluyen el uno en el otro, se amalgaman y se funden. Y cuando, desde el cuerpo del sultán, un tornado retumba y explota, en el vientre de Isabel, en su garganta, en su frente explota también, en un destello ensordecedor. Fulminados en ese mismo instante, los dos cuerpos enlazados se dejan caer, ligeros de repente, iluminados, tiernamente abrazados.

Cuando Isabel recobra la conciencia, el sultán la observa con descuido tumbado a su lado. Ella busca su calor con la mano y abre para él sus párpados pesados. Una sonrisa burlona la acoge.

—Entonces, bella insumisa, ¿qué piensas del ultraje? —susurra una voz burlona.

Isabel intenta esconder su rostro humedecido en el hombro del sultán. En la mirada clavada en ella, le ha dado tiempo a sorprender un alegre destello de triunfo.

—Vos teníais razón, mi señor —concede ella, intimidada—. Ha sido una danza muy bella.

—Entonces, ¿a qué vienen esas lágrimas, estrella mía? —replica el emir enternecido, recogiendo en un rincón del párpado una gota de agua salada.

—¿Puede ser un exceso de felicidad? O demasiada sorpresa, también —confiesa—. Jamás habría imaginado…

—¿Qué podían ser tan dulces unos asaltos tan bárbaros? —la ayuda Abu al Hasán.

—¿No es pecado —se preocupa— hallar tanto placer en…? —Isabel, sonrojada, se detiene. ¿Cómo traducir a su amante las palabras enredadas del hombre de negro? ¿Cómo hacerle compartir los terrores adolescentes que se apoderaban de ella cuando, al dejar a su confesor, intentaba imaginar ese peligroso pecado de la carne?

—Mi niña, ¿también es eso lo que te asustaba, entonces? —adivina el sultán, intrigado—. Todas esas palabras enlutadas que multiplica la gente de tu Iglesia para tener al pueblo aterrorizado en sus manos. Yo los oí, alguna vez, en el tiempo en que en la corte de Segovia me obligaban a escuchar sus sermones. Confieso no haber entendido nunca cómo se atrevían desnaturalizar hasta ese extremo las palabras de Isa ben Meryem. ¡Cuánto odio, en ese rechazo del amor! Qué desprecio por el cuerpo que el Creador esculpió con su aliento, dándoselo al hombre para que lo disfrute, como todas las cosas, en el amor del otro y de El… ¿No sabes, corazón, que tu cuerpo es la morada de tu alma, el laúd del que escapan las melodías que agradan al Altísimo? Te corresponde a ti sacar de él música celeste o sonidos confusos.

Sosegada por estas palabras tan acordes con las de Malika, Isabel, en secreto, otorga su reconocimiento a su iniciadora.

—¿Sabéis que una mujer, antes que vos, me dijo cosas parecidas? —evoca, ensoñada—. Pero yo no acababa de creerla.

—Eso es porque ella era sabia, y tú no —murmura el príncipe rozando con dedos ligeros el costado cubierto de sudor—. Pero ahora estas de acuerdo,

espero. ¿O no he puesto suficiente pasión en convencerte? —pregunta él, con un gesto de fingida inquietud.

—Todavía no lo sé, mi señor. Quizá debería reclamaros algunos argumentos complementarios…

—¡Gracias a Dios! —exclama Abu al Hasán en un estallido de risa—. Al fin te revelas tal como te imaginaba. El amor es cosa grave, mi bella estrella, mi Zoraya. Pero también puede ser gracioso, jovial, glotón, despreocupado; veo que lo has comprendido. ¿Apreciarás, al final, el placer de ser mujer?

Pero los ojos de Isabel se han teñido de noche. Alertado por la expresión dolorosa que lee de repente en sus labios, el soberano pregunta:

—¿Qué hay, mi pequeña salvaje? ¿Te habré herido una vez más?

—No, mi señor —murmura la voz tensa de la mujer—. Es sólo un pensamiento que me inquieta…

¿Un pensamiento? Más bien unas imágenes que, fulgurantes, acaban de traspasarla. Esas esclavas con las que deberá reunirse por la mañana, todas esas mujeres que su amante ha tenido entre los brazos, que hace un momento besaba sin preocuparse por su presencia, todos esos impulsos, esos abrazos, esas promesas quizás, escritos en su rostro por la mañana… ¿Son ellas capaces de amar como ella ama a este hombre infiel al que todas pertenecen? Y él, ¿les ofrece a todas su rostro turbado de ternura, y esos ojos que piden una explicación, y esos labios que vacilan entre la inquietud o la sonrisa?

—No vas a salvarte todavía —protesta la voz refunfuñando—. Te tengo, y no voy a soltarte. Ni por las calles, ni en tu cabeza, no dejaré que vuelvas a escapar jamás.

—Es que tengo miedo, mi señor —susurra Isabel, desarmada. Y, en un susurro imperceptible—: Creo que os quiero…

Ella se estremece de verdad, la inocente. Pero cuando Abu al Hasán toma su cabeza entre sus dos manos dulcemente, cuando clava en ella el dardo de su mirada emocionada, cuando los ojos negros estriados de estrellas vierten en ella su flujo acariciante, Isabel admite que ha encontrado su refugio, tal vez.

Burgos, noviembre de 1502

Esa noche que la había hecho mujer marcó para mi joven amiga la entrada en un templo misterioso del que iba a tener que franquear los siete velos. Con emboscadas y trampas, entre impaciencias y adversidades, tardaría algunos

años en ganarse su corazón, me explicaría mucho más tarde. Corazón abrasador, corazón purificador de un amor que la había consumido, despojándola de todo lo que no era él, revistiéndola de esa belleza radiante que a su llegada a nuestro convento advertiríamos todas: la belleza de la carne que el alma anima e ilumina.

Cuán bella nos pareció, en efecto, la noble doña Isabel cuando, pasada la cuarentena, vino a llamar a nuestras rejas. Con su pesado moño rojizo que subrayaba la fragilidad de su nuca, con sus pupilas oceánicas bañadas por demasiadas brumas, con su frente pensativa, su boca redonda y grave donde casi nada bastaba para hacerla reír, parecía que, por la gracia de esta extraña mujer retirada, el brillo prometedor del alba penetraba en nuestro monasterio. Muchas veces, mientras desgranaba para mí sus recuerdos, inclinada sobre su libro, me la imaginaba tal como debió haber sido en sus años de al Andalus. La veía calurosa, animada por una vida sobrecogedora que se leía aún en su mirada. Adivinaba su pasión voraz que debía endulzar ya esa tierna gravidez, ese principio de melancolía que más tarde constituiría la gema de su alegría. Yo comprendía sin dificultad cómo la muy joven mujer que ella era entonces pudo conquistar el corazón del sultán, el de la corte y el del pueblo de Granada, tan voluble, inclinado por naturaleza a no amar la luz más que atrapada en la noche, ni la belleza ardiente más que velada de tristeza.

Pero mejor los dejamos resucitar, esos años que vieron a Isabel la salvaje eclipsarse ante Zoraya, Estrella de la mañana, Luz de la aurora en los ojos deslumbrados del sultán Muley Hacén…

CAPÍTULO XVI

Granada, otoño de 1473

¿Quién puede decir qué había cambiado en los jardines de Dar al Ixares? Los patios, los sotos, los largos paseos, incluso el tierno pabellón que Abu al Hasán había hecho abrir para acoger sus encuentros, todo estaba en su lugar. Y sin embargo, todo era diferente. El aire parecía más ligero, la luz más resplandeciente, las sombras más misteriosas. Isabel tenía un secreto que irradiaba a todas las cosas. Isabel estaba enamorada. ¿Podía ser que Dios mirase el mundo a través de aquel que ama?

Dulces fueron desde entonces las largas horas del día, puesto que eran en espera del príncipe. Ricos los momentos de soledad en que Isabel revivía cada impulso, cada palabra, cada caricia de la noche pasada, intentando descifrar un poco de aquel ser impenetrable que el cielo le había dado por amante. Incluso los cuidados del tocador cobraban importancia, pues de la sombra de un velo en su rostro, del reflejo de una joya en su cuello dependía el brillo de la mirada que Abu al Hasán posaría sobre ella. Cada aleteo de su pensamiento, cada respiración, cada uno de sus gestos eran un impulso hacia el ausente. Hasta el estudio, la música, la poesía, sus queridas compañeras de días solitarios, tenían nuevo sabor; en todo descubría un eco de su felicidad.

—Ni los favores del poder —murmuraba Ibn Hazm al oído de Isabel—, ni el retorno después de la ausencia, ni el saludo después del miedo y el exilio lejos del pozo del clan: nada iguala en el alma a la unión amorosa.

Estas palabras que, cinco siglos antes, le habían sido destinadas, conquistaban su corazón.

—Un prado que se ilumina después de la lluvia —insistía el poeta—, la aurora de una flor cuando las nubes levantan su campamento nocturno… No, nada supera la unión con el amado.

La joven, transportada, se embriagaba con esos versos escritos sólo para ella. «Tenías razón, Malika —pensaba a la luz de su nuevo saber—: dar y

recibir placer es una necesidad y un éxtasis para los que tienen la feliz fortuna de ser acogidos en el reino del amor».

De los sentimientos de Abu al Hasán, en el curso de ese verano, se hizo difícil dudar. No pasaba una tarde sin que, a la vuelta de la caza o de una razia, la reclamara a su lado. Ni una noche, incluso al término de una de esas fiestas en que la joven temblaba al ver a alguna cortesana robarle la atención del príncipe, que no acabara entre sus brazos. Los locos temores de Isabel le hacían ver en cada concubina a una enemiga de su felicidad.

Enemigas, las mujeres del harén, lo eran. Estaban aliadas en silencio contra Mutkebbera, la Orgullosa, como ellas llamaban a la cristiana, desde que comprendieron que reinaba sobre los sentidos del amo. Mujeres celosas, pero desarmadas: el sultán sólo tenía sed de aquélla a la que había bautizado como Zoraya, Estrella de la mañana, Astro inextinguible de sus largas noches de placer.

Una tarde, sin embargo, Isabel creyó destruido el sueño que vivía despierta. Fue en lo más intenso de su abrazo.

—Te quiero, oh, mi Layla —dejó escapar el príncipe cuando los dos, dominando su ardor, retenían juntos el momento de dejarse arrebatar.

¡Layla!

Un rayo cayó a los pies de Isabel. Su vientre se tensó. En su cuerpo, del que la sangre parecía haberse retirado, sólo su corazón seguía latiendo, a golpes arrítmicos, desordenados.

—¿Dónde estás, querida mía? —no tardó en inquietarse el sultán—. ¿Hacia qué tierra has huido?

Incapaz de proferir un sonido, la joven miraba con ojos esquivos a este extraño inclinado sobre ella. «Layla —recitaba en ella la voz de la angustia—. ¿Quién es esta desconocida qué ocupa los pensamientos de mi amante?».

—Vamos, mi pequeña salvaje, mi soberbia remisa —insistía Abu al Hasán—: ¿Vas a decirme qué nueva tormenta viene a arrancarte a mí cuando partíamos juntos?

Apoyado en un codo, escrutaba el rostro indescifrable. En su mirada se adivinaba un tierno reproche.

—¿Juntos, mi señor? —respondió Isabel con voz clara—. ¿Estáis seguro? —Su amante seguía contemplándola, con un velo de sorpresa en los ojos—. ¿Era realmente conmigo con quién partíais? —repitió con esfuerzo la joven —. ¿No era más bien con otra, esa Layla con la que vuestro pensamiento me confunde?

Sus mejillas palidecieron, pero Abu al Hasán ya no la veía. Había desviado su mirada. Súbitamente odioso, de pronto, se echó a reír. Isabel se sentía torturada.

—Layla: ¡era eso! Pero… todo el mundo conoce a Layla —decía el emir.

Herida por aquellas risas, la joven se puso rígida de cólera. Abu al Hasán la había rodeado con sus brazos. La mecía a la fuerza, la mimaba, la sofocaba con caricias y promesas sibilinas.

—Pobre pequeña cristiana —susurraba entre dos besos—; no lo sabes. No sabes nada. Y te haces daño tú sola.

Sus dedos seguían, ensoñados, la línea obstinada se su frente lívida.

—Yo te voy a enseñar —prosiguió—. Te lo voy a enseñar todo. La bella historia de Qays y Layla, su amor loco, su ternura inmortal. —Sus labios se perdían en las sienes de su compañera—. Debo enseñarte confianza, también, mi recelosa, la divina confianza de los hijos de Dios, y paciencia, y la complicidad que se deben el uno al otro los amantes. ¡Tú estás siempre tan llena de dudas!

Bajo esas palabras, y esos besos en que la risa daba paso al fervor, Isabel sentía que recuperaba la calma. Fino hililllo de sangre nueva, la esperanza, tímida aún, devolvía el color a sus mejillas.

—Explicadme, mi señor.

—Es la más bella historia del mundo, la más loca, la más triste también, la historia de Qays y Layla.

—Contad —susurró Isabel, suspendida en las negras pupilas que vertían en ella su agua pacificadora.

—Él era apuesto. Ella era hermosa. Eran primos, prometidos el uno al otro. Y se amaban apasionadamente —comenzó Abu al Hasán con esa voz baja que usaba para hechizarla—. Sucedió en Arabia, hace mucho tiempo, en algún lugar en el desierto…

Distraído por el reflejo de un rayo de luna en el cuello de la favorita, el príncipe seguía su trayecto revoltoso con dedos golosos.

—Proseguid, señor, os lo ruego —insistió la joven llevando a sus labios la mano vagabunda.

—Qays, para su desgracia, era también poeta. En sus versos inflamados cantó las lágrimas de su amada, violando con ello su pudor y mancillando el honor del clan. Pues ya sabes que es obligado callar el nombre de la amada (divulgarlo sería querer tomar con malas artes la paloma del amor…). Enfurecido, el padre de Layla se opuso entonces al matrimonio de los dos jóvenes, y dio su hija a otro. Desesperada, Layla se dejó morir poco a poco.

Qays se hundió en la locura. Majnun Layla, el loco de Layla… Durante varios años vagó por el desierto, no soportando por compañeras más que a las bestias salvajes, y componiendo estos versos que cautivan, desde entonces, todos los corazones que se aman bajo el cielo de Alá:

Te amo, oh mi Layla, como sólo puede amar
un corazón cautivado que sólo encuentra obstáculos.

—Era eso, pues —murmura Isabel.

—¡Cómo sufro: ella está tan lejos! —proseguía Abu al Hasán con voz grave—. ¡Oh! ¿Quién me salvará? / ¡Layla, oh, mi deseo, oh, tú cuya mirada / hizo surgir en mi corazón estas brasas llameantes!…

Hipnotizada por la mirada del príncipe, por su voz entusiasta, la joven se serenó del todo. La sangre volvió a fluir en su rostro. Su respiración se sosegó. Gozaba como un milagro este consuelo que alejaba sus temores. Confundida por la felicidad, ya no distinguía las palabras de Qays de las de Abu al Hasán. ¿Cita fiel? ¿Confesión disimulada? ¿Qué entendía en ellas? A la gravedad de su amante, a sus ojos cargados de reflejos dolorosos, a la quemazón de sus manos posadas sobre ella, Isabel se aferraba hasta creer que el instante presente barría todo recuerdo; y el amor del sultán de Granada, el del loco de Layla.

—¿Entonces me queréis un poco, mi señor? —murmuró ella.

—¡Qué tonta eres! ¿Cuántas palabras de amor, cuántos juramentos, cuántas pruebas tengo que poner a tus pies para mitigar tus dudas? Eres mi mujer, Zoraya. Eres la única, modelada por Dios para mí, en todos los tiempos y para la eternidad. ¿No lo comprendes?

—No vuestra mujer, señor, sino vuestra concubina —le corrigió la joven —. Una entre todas las otras. Y quien quizás debe vuestra presencia, y estos favores con que la rodeáis, tan sólo a un deseo fugaz.

—Sé paciente, mi amor. Confía un poco en mí. Dame tiempo para probarte que tus temores son infundados. ¡Déjate llevar! Y mira cómo, de forma natural, estas horas que compartimos nos hacen mutuamente fuertes…

Con qué paciencia, con qué ternura burlona y atenta su amante la calmó esa noche. Ella no dejaba después de maravillarse. De lo que los labios de Abu al Hasán no alcanzaban a decir, la convencían sus miradas, sus manos, su piel. Esa noche, con la complicidad de la luna, Isabel, ahora Zoraya, fue al encuentro de un Abu al Hasán inesperado. Ya no era el sultán que la tomaba

como amo y se reía de sus temores, sino un hombre desconcertado, como ella, y estremecido por el amor. Un amante atento y grave que orquestaba sus impulsos, exaltaba sus deseos, y calmaba su angustia de niña salvaje. Un caballero apasionado por su dama, vulnerable ante ella, por ella dispuesto a batirse con fantasmas, obstáculos reales o imaginarios que se alzaran entre ellos.

—¿Qué sabes tú del amor? —le preguntó, entre tantos otros murmullos, este hombre que la forzaba a descubrirse—. ¿Qué sé yo mismo? El amor es la unión de dos almas prometidas desde siempre la una a la otra. La religión no lo prohíbe, la Ley no previene contra él, pues los corazones están en manos de Dios…

Estas palabras, Zoraya las reencontraría más tarde bajo la pluma de Ibn Hazm.

—¡Cómo debe querernos el Altísimo, para habernos dado el uno al otro! —prosiguió el emir—. Es cosa nuestra hacer buen uso de este regalo divino. Tuya, y mía, construirlo a nuestra medida. Depende tan sólo de nosotros, juntos, que nuestro amor sea inmenso o minúsculo, fugaz o eterno…

En las veredas de Dar al Ixares que, ensoñada, recorría bajo el sol de verano, estas palabras resonaban como una promesa. Promesa recibida, promesa dada. Doble desafío lanzado a la duda, al tiempo que corroe todas las cosas, y a sí misma por encima de todo. Desafío de orgullo y exigencia que abría a los dos amantes las puertas de una búsqueda infinitamente grave en la que Zoraya, noche tras noche, aspiraba a aventurarse más.

Reconocía haber sido hasta entonces una fortaleza helada, atrapada por el miedo al abandono. A medida que pasaban las semanas, se iba convirtiendo en una mujer, misteriosamente completada bajo la mirada de Abu al Hasán. Junto al príncipe, por él, para él, descubría no el sentimiento amoroso sino la abundancia de los sentimientos. Y la intensidad de estar viva… «¿Era eso, amar? —pensaba—. ¿Osar aventurarse en un más allá de sí misma en que nada, en adelante, me resultará conocido?».

Así de lejos de las infames intrigas del harén que urdían, a veces brutalmente, la hostilidad de sus compañeras navegaban sus pensamientos. También se cuidaba ella de rehuirlas, tanto como lo permitiera la vigilancia de Taruq y los meandros del parque. Cuando la retenían, se mezclaba con las cortesanas con esa sonrisa distante que le valía el sobrenombre de Orgullosa.

En el umbral de su vida de mujer, la nueva favorita guardaba su secreto. Para ella, como para los nómadas del tiempo de Qays y Layla, la discreción

era una prueba, una prueba del fervor del amor. También guardaba silencio, y sus sentimientos permanecían para todas indescifrables. No se lo perdonaban.

El verano seguía su curso. De Granada a Málaga, de Almería a Ronda florecían los romances que, por todas partes, cantaban el amor del sultán por una deslumbrante cristiana.

El sable se ha convertido en el esclavo del junco.
El noble hijo de Granada es cautivo de una cristiana.
Su piel tiene la blancura del jazmín,
sus ojos el azul profundo de las noches estrelladas.
Bajo su frente dibujada por una diadema
sus pestañas son como el aleteo de las golondrinas.
Es Zoraya, bella entre las bellas,
quien ha domesticado el corazón del príncipe.
Y en otro rincón se oía:
Sus largas trenzas son dos regueros de fuego,
sus orejas dos conchas perfumadas,
su nariz es fina y recta como la letra Alef.
Y su boca rivaliza en esplendor con la rosa granadina.
Es ella, Zoraya, princesa de dulce sonrisa,
que hechiza el alma del príncipe.
Su talle es fino y dócil como rosal silvestre.
Por todo el reino se oían versos como éstos:
Sus brazos nobles y graciosos como cuellos de cisne.
Cuentan que el cristal se rompe cuando se pone a cantar,
que los pájaros lanzan al cielo mil reclamos extáticos.
Es ella, Zoraya, una gacela encerrada
que por la mirada del príncipe
se revela una leona.

¿Quién había informado a los poetas? ¿Tal vez el ruiseñor, portador de los secretos de amor? ¿O la alondra voluble, mensajera de la mañana? ¿O quizás el viento de la tarde que desde la sierra transporta entre sus dedos frescos las últimas noticias del día?… Era un rumor alegre, que hablaba de la vuelta de las fiestas a la colina de Dar al Ixares, y de todos los rincones del reino hacía acudir a los cómicos, que se decían bienvenidos a la corte.

Invitada día tras día, la flor y nata de la nobleza granadina se divertía también en el parque. Por todas partes, bajo las parras rebosantes, en los patios iluminados por las risas, se improvisaban conciertos, espectáculos espontáneos en los que las huríes desplegaban sus encantos. Por la noche, a la luz de las antorchas, los invitados se reagrupaban alrededor de los estanques tapizados de pétalos de rosas. Entonces corrían a chorros el vino, la hidromiel, los suaves licores. Mientras circulaban los platos, cantantes y músicos, bailarinas, poetas y trovadores regocijaban hasta la embriaguez a una asistencia languidecida que sólo se dispersaba con llegada de la aurora.

Reían, charlaban, se divertían a placer en el palacio de Abu al Hasán. Nacían incluso algunos romances, al abrigo de las veredas cómplices. Y sobre todo, observaban. Calculaban, se interrogaban. ¿Quién era esa Zoraya, Isabel de verdadero nombre, que metamorfoseaba al hombre austero más apasionado por las justas guerreras que por las veladas poéticas, en aquel anfitrión benevolente que ya no desdeñaba los placeres? ¿Era una intrigante, una de esas ambiciosas como había habido tantas en la historia del trono de Granada? ¿Era una estrella fugaz, la loca pasión temporal que se marchitaría con el verano?

Las lenguas no paraban. Bajo sus sonrisas corteses, tras las palabras anodinas que a cada paso le decían, Zoraya se sabía observada. El orgullo de su mirada desafiaba todas las costumbres. Más de un hombre se vio obligado a bajar los ojos ante ella. Algunos no se lo perdonaban. Y la acusaban, con palabras encubiertas, de ser una desvergonzada, una de esas perdidas que atentan al pudor de su sexo. Otros se dejaban encandilar por sus palabras, por ese candor avispado que no la abandonaba. Alternativamente respetuosas e impertinentes, poéticas y filosóficas, sus respuestas los sorprendían. Irritaban a unos; desarmaban a otros. Estos últimos, pronto conquistados, ya no juraban más que por la perturbadora criatura que traía vida y alegría a la corte del soberano.

La joven estaba rodeada. Por cálculo o por atracción, todos se congregaban alrededor de la extraña estrella que el emir acunaba con ojos apasionados. Zoraya se divertía con tantos homenajes. Se mantenía al margen, protegida de la vanidad por una distancia sonriente. Cuando se sentía cansada, una mirada al sultán bastaba para que ambos desaparecieran, dejando a los invitados con sus pasatiempos y a los curiosos con sus preguntas.

—¿No erais vos, señor, quien no hace mucho me contaba la historia de Qays y Layla, y el peligro que se corre al hacer públicos los sentimientos? —

reprochaba ella tiernamente al emir, cuando alcanzaban de nuevo la intimidad de sus aposentos.

—No dudes que me verás pronto, celoso, arrebatarte a las miradas y encerrarte en algún lugar sólo conocido por ti y por mí —le respondía el príncipe—. Pero tú eres cristiana, mi amor. Tienes otros hábitos, y no quiero asustarte…

Se hablaba tanto y tanto, por todo el reino, de esa favorita a la que, en vez de esconder celosamente, el soberano colmaba de atenciones bajo la mirada de sus huéspedes, que un día el emir de Málaga llegó para formarse su propia opinión. Llegó animado, como era su costumbre. Recibido por el gran chambelán, se dirigió hasta el pabellón, donde una veintena de invitados desperdigados sobre los cojines seguían con oídos atentos la justa de dos trovadores. Cuando un silencio respetuoso anunció a Abu al Hasán, al Zagal acogió a su hermano mayor con una sonrisa en los labios.

—¡Ah! ¿Qué, hermano, me vas a decir qué es lo que pasa aquí? —preguntó enseguida, rodeándole en un abrazo—. El reino no habla más que del recobrado esplendor de las fiestas de su sultán. De Granada a Málaga, no hay poeta que no afile sus versos sobre los amores de Abu al Hasán con no sé qué Astro de la mañana. Y cuando mis hombres y yo venimos finalmente, la corte de mi hermano ya no se parece en nada a como era: la gente se divierte, charla, se entrega a la poesía…

—¡Despacito, querido Muhammad! —le replicó el sultán—. ¿No eres tú el que en el pasado se burlaba de mi gravedad? He aquí que sigo tus consejos, reencuentro la alegría de la vida, ¿y tú me lo reprochas?

—Nada más lejos de mi idea, *habibti*. Eres feliz, al fin, y me alegro. Lo expones a los ojos de todos y haces que todos saquen provecho: tanto mejor. Pero me muero de curiosidad. ¿Es una mujer, como dicen los rumores, la que te ha cambiado? ¿Es esa Zoraya de la que me han hablado nuestros amigos Venegas y mi cuñado el *sejid* Hiaja? ¿Quién es, pues, esa hechicera?

—¿Eres tú quién lo pregunta?

—¿Debería saberlo ya?

—Podría ser, en efecto…

—Déjame ver… —reflexiona el emir—. Si es la que pienso, aquella criatura de fuego que tu derecho como primogénito me robó una noche, no se llamaba Zoraya.

—Mejor consulta tu memoria: ¿no es adecuado ese nombre?

—La doncella de la que Sidi Abén Barrax estaba tan orgulloso, la hija de don Sancho de Solís… A fe que ahora entiendo mejor tu felicidad. ¿Pero no es ella la que viene hacia nosotros?

Cuando Zoraya se unió a los dos hombres, él prosiguió galantemente:

—Encantado de volver a veros, *sejidah*. Temía que mi celoso hermano os tuviera encerrada lejos de las miradas. Me alegro de ver que no es así y que vuestros crecientes encantos pueden continuar rompiendo los corazones de vuestros infelices pretendientes.

—¿Pretendientes? No hablaréis por vos, espero —sonríe la favorita—. Recuerdo reflexiones bastante acerbas para quien pretende halagar a una mujer.

—Estabais radiante ya entonces, pero no demasiado serena, si mi propia memoria no me engaña. Espero que mis palabras de aquellos tiempos no tuvieran la desgracia de disgustaros… ¿Estaban tan fuera de lugar, por otro lado? —añadió con tono burlón.

—¿De qué habláis vosotros dos? —intervino Abu al Hasán.

—De la noche que presidió nuestro encuentro, mi señor. ¿Recordáis cómo intenté huir de vos, en aquel patio aislado al que me habíais llevado?

—¡Sí que me acuerdo! Eras tan arrebatadora como insoportable…

—Eso es lo que en palabras más rudas me dijo entonces el emir de Málaga, que me cortó el camino. Al verme tan enojada, me aconsejó menos rebelión y más… generosidad. ¿Soy fiel a sus palabras?

—Eso me parece, sí —sonríe al Zagal, sorprendido por la espontaneidad de la favorita.

—En aquella época lo maldije por esa vejación. Hoy no estoy lejos de darle la razón. Vuestro hermano es buen consejero, al fin y al cabo. Estoy segura, mi señor, de que sus opiniones deben seros preciosas —concluye Zoraya con una nueva sonrisa, reuniendo en una mirada zalamera al sultán y a su hermano menor.

La favorita parecía tan cordial, y sin embargo tan maliciosa, que los dos príncipes estallaron en risas. «Es muy propio de ella, mi *albiya*, mi leona —pensaba uno—, ganarse con tres réplicas al más mordaz señor del reino». «Es la misma mujer salvaje de hace tres meses —remarcaba el otro—, aunque liberada de su rebeldía».

Los tres se instalaron a la sombra de la galería. Mientras en torno a ellos se apresuraban las esclavas y continuaba el intercambio entre los trovadores, al Zagal escrutaba a sus dos compañeros. Sus ojos divertidos pasaban de la favorita al sultán. En la una, creía percibir un ardor que ya nada refrenaba y,

al fin libre de florecer, dispensaba una armonía juguetona. Del otro, lo alegraban la despreocupación de una sonrisa que jamás le había visto, y la irradiación de un poder nuevo y fresco.

—¿Puedo permitirme daros a los dos mi felicitación? —comentó al término de una contemplación que los dos amantes habían fingido no ver—. No es que quiera ser indiscreto. Menos aún que quiera halagar a uno o a otro. Pero os veo misteriosamente cambiados. ¿Me aclararás ese misterio, hermano?

Una misma sonrisa unió a Abu al Hasán y Zoraya. Por un instante, sus miradas se cruzaron, teñidas de complicidad. Ninguno rompió el silencio.

—Está bien, lo he comprendido —suspiró al Zagal—. No hablarás. Pero vuestro silencio lo dice todo: el amor, tengo que creer, no es un anzuelo con el que sueñan los corazones solitarios. Los poetas lo han cantado siempre. Y vosotros, vosotros lo habéis encontrado.

Por estas palabras inesperadas en la boca de un príncipe, por la mirada de afecto sincero que posaba sobre su hermano mayor, Zoraya apreció enseguida a al Zagal.

Mientras hablaban así los tres a la sombra de la galería, un hombre de gran estatura se acercó.

—Abu al Qasim, sé bienvenido —lo acogió enseguida el soberano.

—Que Alá sea contigo, primo —continuó al Zagal levantándose para tomarlo entre sus brazos.

Isabel, que seguía sus gestos con los ojos, reconoció a al Qasim Venegas, el enemigo jurado, recordó, del visir Ibn Kumasa. Le parecía más bien simpático, ese hombre al que el emir de Málaga llamaba primo.

—El gobernador de Almería me ha encargado que os transmita su saludo —dijo al Zagal al instante.

—Sidi Hiaja, mi yerno, ¿cómo le va? ¿Y cómo se porta la *sejidah* Nawal, mi hija?…

Ágil, distendida, la conversación se alejaba lo suficiente de los asuntos del reino como para que Zoraya se atreviera a deslizar la pregunta que le quemaba en los labios:

—¿Sois pariente de los Venegas de Córdoba, señor? Mi padre recibía en otro tiempo a un don Alonso de Venegas, de la casa de Luque…

—¿Don Alonso de Venegas, ese joven caballero? Por supuesto; somos primos. Mi padre, don Pedro de Venegas, era también descendiente de la casa de Luque. Y yo debo sólo al loco amor que concibió por la princesa Meryem,

mi madre, el haber nacido en la Granada musulmana antes que en la Córdoba cristiana.

—Pero vos mismo —se asombró Zoraya, a quien el aspecto refinado del señor granadino y la barba que oscurecía su rostro le parecían ajenos a los usos castellanos—. ¿Sois… cristiano?

—No, mi estrella preciosa —intervino Abu al Hasán—. Don Pedro, que fue amigo de mi padre, abrazó, con Setti Meryem, la religión del islam. Al Qasim, nuestro amigo, alguacil de Granada y uno de los más fieles servidores del reino, es también musulmán.

Isabel no se aventuró a hacer comentarios, pero estos hombres sin remordimientos la sorprendían. Aljuraban de su fe y, lejos de ser despreciados, accedían a los más altos cargos en el seno de la corte de Granada. Aunque le costaba entenderlo, a ella, a quien doña Elvira había criado en el terror del blasfemo y el desprecio del apóstata, la historia de ese don Pedro convertido por amor la dejaba maravillada…

Durante un buen rato, mientras el sol declinaba y las finas arcadas alrededor del estanque tendían sus sombras, los cuatro siguieron charlando. A medida que el tiempo pasaba, Zoraya tomaba más placer en escuchar a al Qasim.

A pesar de su aspecto oriental, a pesar de sus maneras delicadas que en Martos se considerarían afeminadas, encontraba en él una franqueza y una forma directa de expresarse que la transportaba a otros tiempos, a las felices veladas pasadas discutiendo con don Sancho. Junto a aquel hombre surgido de dos mundos, y que daba a cada uno un poco de su personalidad, la invadía un agradable sentimiento de familiaridad.

Aquella noche, cuando volvía con Abu al Hasán al refugio de la cámara real, evocó a los dos hombres en términos amistosos.

—Tu intuición es buena, princesa —confirmó el sultán—. Al Zagal es tan fiel como valeroso. Me lo ha probado muchas veces. Hace tres años, cuando los Abéncerrajes empujaban a mi pueblo a sublevarse contra mí y le reclamaban como sultán, fue él quien hizo fracasar su conspiración al venir a renovar su alianza conmigo. Desde entonces, tengo la certidumbre de poder contar siempre con él… En cuanto a Venegas, sus opiniones son tan juiciosas que desde hace algún tiempo medito la posibilidad de llamarlo a la engorrosa función de visir. Ibn Kumasa acopia demasiado poder. Los hombres de su clan abusan tanto de su liberalidad que el pueblo empieza a murmurar. Pero Venegas tiene contra él a los Abéncerrajes, siempre iguales. Tengo razones para desconfiar de esos canallas. Estoy obligado a manejarlos con

precaución… No sé qué hacer, amor mío, no sé qué hacer. ¿Se puede manejar al mismo tiempo a Ibn Kumasa y a Venegas, ambos hombres de valor y que sin embargo se odian?…

—¿No perjudica a Abu al Qasim el ser hijo de renegado? —inquirió Zoraya sobre la cuestión que aún la intrigaba.

—¿Por qué? —se asombró el príncipe—. Granada ya no es esclava de esos malequitas que, como los inquisidores de Castilla de hoy, durante mucho tiempo esparcieron por al Andalus su terror religioso. Qué importa su origen, mientras sean fieles al sultán. Diría incluso, al contrario…

—¿Al contrario?

—Son numerosas, en Granada, las tribus que se disputan el poder y, en nombre de su sangre árabe, bereber, o qué sé yo, recelan las unas de las otras e intentan por todos los medios acercarse al trono. Te hablaba hace un momento de las conspiraciones de los Abéncerrajes. ¿Y qué decir de mi propia esposa, Fátima —refunfuñó Abu al Hasán, irritado—, que se dice descendiente del Profeta y cree mancillar al sultán con su estúpido orgullo?… Los renegados son más seguros. Saben debérselo todo al príncipe… Volviendo a al Qasim: a través de su parentela cristiana recibe noticias muy útiles. Así me ha informado esta mañana de un cambio de alianzas en Castilla. Esto no te dirá nada, pero la poderosa familia Mendoza, notablemente poderosa en al Andalus, donde cuenta con numerosos señores amigos…

—Creo recordar que mi padre lo era —interrumpió a su pesar la joven, a quién el nombre de Mendoza despertaba viejos recuerdos.

—Los Mendoza, pues, apoyarían en adelante a la infanta Isabel y a su esposo Don Fernando contra el propio rey de Castilla.

—¿Es grave?

—Nadie puede decirlo todavía. Todo lo que divida al enemigo es bueno, por supuesto, para Granada. Pero desde su boda con el infante de Aragón, de esta doña Isabel no espero nada bueno. —El príncipe parecía preocupado—. No oculta su ambición, y pone a su servicio una gran destreza, a fe —prosiguió—. Esta nueva alianza sólo puede favorecerla. ¡Daría lo que fuera por no verla nunca subir al trono de Castilla!…

En fin —suspiró Abu al Hasán—: ¿de qué sirve intentar desvelar el futuro? Será según la voluntad de Alá.

Con una sonrisa incierta, el emir se volvió hacia la favorita. Apenas le abrió los brazos, Zoraya, con labios dulces y mirada decidida, se empleó en arrancarlo de sus sombríos pensamientos. Y es que la joven asustada de los primeros días adquiría seguridad. Cada noche, aunque aún sonrojándose,

descubría nuevos impulsos en su interior, inventaba juegos nuevos que conducían a los sentidos de su amante hasta la incandescencia.

Al principio, se había mostrado tímida y atenta, aprendiendo de Abu al Hasán los desconocidos gestos del amor. Luego se enardeció. Acariciaba el cuerpo masculino como un instrumento musical, y se asombraba de sacarle unos acordes que enloquecían a ambos. El cuerpo amado se convertía en un paisaje sorprendente, agua infinita, que ella no dejaba de explorar. En cada recodo de sombra, cada palmo, cada rincón de piel temblorosa, adoraba alojar el calor de su deseo, y la savia, y el fuego. Unas emociones salvajes tomaban posesión de su piel, del resplandor de sus pupilas, de los sabores ignotos de sus labios. Ora descarada, ora cándida, provocadora y reservada, descubría la extensión de sus poderes y gozaba del placer que aprendía a proporcionar. En sus batallas nocturnas ella era reina, era mujer, y se abandonaba al gozo de satisfacer el alma del sultán.

Aquella noche, en Dar al Ixares, olvidados los asuntos del reino, Abu al Hasán y Zoraya se embriagaron el uno del otro. Se abrevaban en el oro de sus caricias. Se maravillaban del milagro renovado de darse el uno al otro. Enlazaban el cielo con el cuerpo amado. Y sin embargo, su amor apenas parecía aflorar.

CAPÍTULO XVII

Fue necesario, sin embargo, pensar en abandonar Dar al Ixares. El aire refrescaba. Los árboles se teñían de oro y pardo. Se podían saborear los primeros membrillos. Redondas, tersas, las granadas libraban esplendorosas su corazón saturado de jugo purpúreo. En los collados inclinados había empezado la vendimia, que culminaría con las fiestas. La estación cálida se deshojaba sin que dejase de brillar la estrella de la favorita… La Alhambra esperaba el retorno de la corte.

Alguien la había precedido. Tras una disputa conyugal, cuyos ecos aún conservaba la cámara real, la *sejidah* Fátima anunció a su esposo que abandonaba la residencia de montaña. ¡Ni una hora más estaba dispuesta a sufrir la humillación que él le imponía al mostrarse con aquella esclava cristiana!

Durante ocho horas, el harén comentó la reacción de la sultana. Unas tomaban partido por ella —aquéllas a las que indisponía el favor de Zoraya—. La mayoría, al contrario, se alegraban de la afrenta sufrida por la arisca al Hurra. Las habladurías, sin embargo, a falta de fundamento, muy pronto cesaron. Habían olvidado a la princesa celosa.

Algunas semanas más tarde, la corte partía a su vez hacia la ciudad real. El sultán se había adelantado; una audiencia pública le reclamaba junto a sus súbditos. Zoraya, pues, volvía sola, con el corazón oprimido por una vaga tristeza ante la idea de reencontrar un harén de lúgubre recuerdo.

A la entrada de la ciudad, su equipaje abandonó el cortejo. Bordeó las rojas murallas que quedaban frente a Dar al Arife, el Palacio del Arquitecto. Desde su litera, Zoraya podía admirar un rico vergel de enredaderas más allá del camino de guardia y, más arriba, unos bosquecillos verdes y dorados entre los que destacaba la elegante blancura de esta otra residencia real.

Cuando el eunuco encargado de su cuidado le rogó que descendiese, la muchacha se vio abrumada por las dimensiones de una torre cuadrada. Con un estremecimiento de angustia, se acercó lentamente a la austera construcción. ¿Iban a encerrarla en semejante prisión? ¿Quién tenía ese poder? ¿La sultana

celosa? ¿O su amante, repentinamente cansado de ella?… Con las sienes atenazadas por la ansiedad, la favorita cruzó el umbral. Atravesó rápidamente el estrecho pasillo de compuertas. Se quedó anonadada, estupefacta.

Estaba envuelta en lo que parecía una nube de mariposas multicolores. Decenas de luces caprichosas se desperdigaban en haces a su alrededor, salpicando a lo lejos las paredes con un reguero de luz… Su prisión se le aparecía ahora como una joya. Su espanto se tornó alborozo. En el corazón de la deslumbrante solana, la favorita, alzando la vista, comprendió el origen de aquella magia: un techo de cristales coloreados, tres o cuatro varas más arriba, filtraba, teñía y dirigía en todas las direcciones los rayos del sol en su cenit.

—Oh, confianza mía, o esperanza mía —decían a lo largo de la alcoba que se abría ante ella los arabescos de estuco—, tú eres mi esperanza, mi tutor.

—Oh, Profeta y enviado mío —respondía detrás de ella la guirnalda gemela—, sella con el emblema del Bien todas mis obras.

Sólo entonces, cuando se disponía a penetrar en la sala vecina, la joven deslumbrada distinguió una silueta familiar.

—Bienvenida a tu casa, Isabel —la acogió una voz amada—. Espero que todo aquí te satisfaga; nuestro sultán me ha pedido que vele por que así sea.

—¡Malika!

Era la rubia morisca, que se precipitaba en sus brazos, la besaba, la arrullaba, y renovaba el hilo de la ternura.

—Abu al Hasán te ha mandado a buscar —balbuceaba la favorita—. ¡Qué alegría! Le he hablado tanto de ti… ¿Pero cómo ha podido dejarte marchar Abén Barrax?

—No marchar, Isabel, sólo salir. Las visitas están permitidas entre mujeres de la misma familia. ¿Y no has llegado tú a ser mi hermana? Piensa, además, en el honor que por mí recibe, el honor de que una de sus mujeres sea libremente recibida en el harén del sultán…

—¿Entonces le has visto? —insistió la más joven.

—¿A quién? ¿Al hombre que pretendías no amar jamás? —sonrió picara Flor de Sol—. Sí, tuve ese privilegio hace una o dos lunas. Me encargó la misión de disponer con sus decoradores este nido de amor. ¿Qué te parece? ¿Es de tu gusto?

Ante la impaciencia de su amiga, la joven miró al fin en torno suyo.

Iluminada por tres balconcillos, la sala de estar era toda gracia. Los gráciles arcos en las ventanas, la exquisita cúpula surtida de destellos geométricos, los mocárabes que resplandecían en vivos colores sobre la

cornisa, arabescos preciosos que por todas partes ofrecían al Todopoderoso sus alabanzas: allá adonde dirigiera su mirada Zoraya no veía más que invitaciones al reposo, a la voluptuosidad, a la gloria del alma y los sentidos.

Atraída por los sonidos de la naturaleza, escándalo de pájaros y tintineo de una agua que fluía, la joven avanzó hacia los tres miradores que salpicaban de luz la habitación. A la derecha, a lo largo del sendero que bordeaba las murallas, la vista se perdía hacia Sierra Nevada. Enfrente, se sumergía en los vergeles de Dar al Arife, desde donde llegaba el canto del agua en las zanjas. A la izquierda, abrazaba el Albaicín, cuyos laberintos de casas blancas y verdes jardines se hundían bajo el sol de mediodía… Uno se creería fuera de los muros de la Alhambra. Allí, presentía la favorita, nunca más se sentiría cautiva.

—¿Estas satisfecha, mi salvaje hermana? —la interrogó Malika al instante —. ¿Te ha comprendido lo suficiente, ese hombre orgulloso y brutal? ¿Ha intuido lo suficiente que no capturaría tu corazón más que liberando tu cuerpo y tu alma?

—¡Malika, si tú supieras! A cada uno de mis deseos, él se adelanta. Cada una de mis inquietudes, la adivina y la calma. Conoces mis temores, mis enfados, esos bruscos accesos de melancolía de los que se reían Nur y Salma… Es como si mi amante leyera en mi alma. Apenas una sombra me invade, él me interroga y me fuerza a apartarla. O bien, al contrario, se ríe y enseguida me río con él… No sé de dónde le viene ese poder —observaba la favorita, pensativa—. El *sejid* Abu al Hasán disipa todos mis miedos. Los ahuyenta. Y me da seguridad. A través de él me descubro otra, más alegre, más tierna, más poderosa también.

Absorta en sus confidencias, Zoraya no advertía la sonrisa maliciosa de su amiga.

—Como si yo no hubiera sido yo hasta ahora —proseguía—. Como si mi amante me diera acceso a lo mejor de mí misma.

—Quizá te estés convirtiendo en una mujer —sugirió suavemente Flor de Sol.

—Entonces… ¿Ser mujer es eso?

Zoraya se calló de repente.

—Quién sabe si por haber sabido sólo entregarse, y no someterse, tu amor es más sincero —continuó Malika con voz tierna—. Y más poderoso. Nuestro emir debe haberlo notado: por lo mismo que tiene que conquistarte cada día, te ama aún más.

Tomó en la suya la mano de su joven amiga y la sacudió suavemente, arrancándola a sus ensoñaciones.

—Pero ven, que esto no ha terminado… Jamila, Hanuna, acercaos.

Dos siluetas femeninas se precipitaron. Una tenía apenas quince años, y rebosaba alegría vital. El rostro de la otra, que pasaba de la treintena, mostraba una expresión apacible que sedujo a su joven señora. Flor de Sol había escogido con cuidado a las futuras compañeras de su amiga.

Volvieron las cuatro sobre sus pasos hasta la escalera de caracol que iluminaban las arpilleras. En ese piso se abría una primera estancia. Más arriba quedaban cuatro habitaciones dispuestas alrededor del chorro de luz. Por todas partes se veían hondos divanes, tapices, cofres de madera preciosos; en los muros, arabescos vegetales y cortinas de seda; y los candelabros de oro, y las lámparas de aceite en sus hornacinas, y los incensarios que propagaban de habitación en habitación sus aromas sosegantes… Malika era una mujer eficiente; había transformado una torre de defensa en un templo de dulzura y refinamiento donde, muy pronto, Zoraya se sentiría en casa.

Pero era todavía más arriba, después de dos o tres recodos coronados por cúpulas iluminadas, donde la esperaba la mayor alegría: una terraza. Un jardín colgante más bien, rincón de verdor a la sombra de una parra, desde donde los ojos abrazaban sin obstáculos los cuatro extremos del horizonte. La joven se quedó muda.

—¿Ves, allá arriba, la villa rosa? —Malika la arrancó a su estupor—. Justo detrás, a la derecha, en el eje del minarete que destaca un poco más abajo; me parece que es Dar al Anuar.

—¿Crees que nos veríamos, si subiéramos cada una a nuestra terraza a una hora convenida? —se preguntó Zoraya, conmovida por la idea.

—Nuestros ojos, sin duda, no podrían. ¿Pero quién impedirá a nuestros pensamientos que se reúnan? —respondió dulcemente Malika.

—¿Pero qué tienes, *habibti*? Estás muy pálida.

Como si el exceso de emociones hubiera acabado por aturdiría, la joven se tambaleaba.

—Hanuna, rápido, ¡agua de naranjo! —llamó Malika instalando a su amiga bajo la parra.

—No es nada —aseguró enseguida la favorita real—. Sólo un malestar que desde hace media luna me embarga de vez en cuando.

—¿Será que esperas un feliz acontecimiento?

—Es muy posible, en efecto.

—¡Y no me dices nada! ¿Lo sabe el príncipe?

—Aún no. Quería estar segura. No sabía con quién hablar y mira quién aparece, mi *djeniya*, mi hada, justo en el momento en que más falta me hacen tus consejos.

—¡Pero es una noticia fantástica, querida! ¡Alá es grande! Que Él te bendiga, a ti y al niño que llevas dentro.

Zoraya parecía vacilar, dividida entre una tímida alegría y la duda de que fuera tan buena noticia. Pero guardó para ella sus temores; no iba a estropear la alegría de sus reencontradas amigas. Tenía tantas cosas que contar a su compañera, y tantas emociones, y alborozos, y confidencias de mujer que desde hacía tres meses le dolía guardar en su interior. Las dos amigas no tendrían bastante con toda la tarde para intercambiar sus mil secretos…



Al principio, ha intentado dormir, dando vueltas y vueltas en una cama desconocida que protegen los arabescos coránicos de las paredes. El regocijo del paisaje desde la terraza de su torre, el rostro sonriente de Malika, la ausente presencia de Abu al Hasán, de lo que todo allí da testimonio, y esta espera en su vientre de la que todavía no se atreve a alegrarse. Las imágenes se agolpan bajo unos párpados de los que huye el sueño.

En la preciosa torre todo está en silencio. Las sirvientas duermen en la habitación vecina. Sólo Zoraya está en vela y, cansada de debatirse, se ha levantado. A tientas, encuentra la lámpara de aceite, y despierta un vaivén de sombras que le divierte seguir un rato con la mirada. Recorre la habitación con pasos inciertos. A través del doble arco de la ventana, abierta sobre el patio cubierto, se cuelan los reflejos plateados de la luna… Una idea la asalta de repente, y esboza un movimiento febril. La favorita se precipita hacia un cofre, lo abre, revuelve con sus ávidas manos los vestidos amontonados y se levanta de nuevo, desamparada. Con ojos nerviosos, recorre la habitación, escudriña las formas oscuras en las hornacinas, va a buscar más lejos, allí, tras la cortina de seda…

La ansiedad se apodera de ella poco a poco. Intenta reflexionar. Luego piensa en despertar a las sirvientas. ¡No! Más vale no alertar a nadie, y encontrar ella misma ese tesoro que sabe que hasta el momento ha escapado de la curiosidad de las mujeres.

Zoraya se obliga a calmarse: el objeto no ha podido perderse. Esa misma mañana, lo ha deslizado en uno de sus baúles, entre un velo y un cinturón. Y aún menos lo han robado; ¿a quién interesaría una caja de pobre madera?…

La torre cuenta con otras habitaciones. En una u otra, seguramente, no tardará en descubrirlo enseguida.

En la habitación vecina, que llama ya biblioteca, al lado de las obras reunidas para ella por Malika y al Fargani, su antiguo maestro, Hanuna y Jamila han depositado algunos libros de poesía traídos de Dar al Ixares. El laúd que le regaló el sultán también descansa allí: desveladas por los reflejos de la lámpara, sus palomas sólo esperan a una señal de la joven para volar a toda prisa. Frente a ella, sobre una mesilla, se extienden unas tablillas vírgenes, algunos cálamos bien tallados, un frasco grabado para la tinta y, a su sombra, apenas visible, una forma de madera clara cuya visión arranca a la favorita un suspiro de alivio.

Comprueba enseguida que la bola de telas anudadas esté dentro. Y sólo al llegar a su cama relaja los dedos que tiene desde entonces apretados sobre la cajita.

Zoraya se arrodilla. Con la cabeza inclinada sobre su libro, dulcemente, amorosamente, destapa su tesoro. Deshace un primer nudo. Un segundo. Luego un tercero. Refulgente, en la palma de su mano abierta, aparece el medallón de oro.

—Me habías asustado, oh María —susurra la joven. En parte es culpa suya. Con toda la excitación, no se ha cuidado ella misma de hacer el equipaje—. Mirad —añade, contrita—: mirad lo bien que estaremos aquí. Nos buscaremos un buen escondite, y nunca más os olvidaré.

Zoraya mira a su alrededor, en busca de un lugar seguro. En su mano sonríe un rostro femenino. Tiene el hieratismo de esas imágenes bizantinas cuya expresión no es de este mundo. Sus labios son pequeños y redondeados. Sus ojos inmensos. Su frente, adornada con una diadema, irradia dulzura. En el corazón agradecido de la joven, el rostro de la madre de Dios desprende ternura y gravedad.

—Oh Virgen Santa, madre mía —continúa Zoraya—: vos que me habéis socorrido siempre, vos que siempre me sostenéis cuando parezco desfallecer… ¡Si vos supierais cuan feliz es hoy vuestra hija!

Suavemente, como el niño al oído de una madre amorosa, enumera sus tesoros, todos los rostros de su alegría. Su fe es la de una niña, pero sus palabras, las de una mujer enamorada.

—Le quiero, oh, Madre —confía ella a la Virgen Santa—. Le quiero por su fuerza, y le quiero por sus heridas, por esta fragilidad que adivino bajo la máscara de poder, por esa parte de noche inconsolable que siento a flor de su corazón. Le quiero y tengo miedo, Madre mía, porque el amor nunca sacia,

provoca ansiedad —observa—. Cuando creo que encuentro un consuelo en el abrazo, el misterio retrocede; misterio de Abu al Hasán, misterio del amor mismo, que permanecen alejados…

Calla durante un buen rato, dejando vagar por su mente unas imágenes que la sonrojan.

—Es cierto —suspira—; vos no habéis conocido eso. Doña Lucía me habría comprendido, ella que hizo feliz a mi padre… ¿Pero el amor, el amor, sea de un hombre o de Dios, no es una esencia única?

Sólo el silencio le responde, y ella lo interpreta a su gusto.

—Estoy segura de que me comprenderéis mejor si os digo que, a pesar de la intimidad de las caricias, a pesar de la certidumbre de los «te quiero», siempre me acerco a mi amor con un gran estremecimiento del alma. —Zoraya se deja llevar otra vez por los sueños—. La otra noche, me desperté. Tenía la cabeza sobre su pecho. Me sentía subir y bajar al ritmo de su respiración. Él y yo formábamos uno solo… Entonces me entró el deseo de contemplar a mi amante. Suavemente, me aparté de él. Veía el perfil de su nariz en la prolongación de su frente tan bella. Y sus mejillas ocultas por la barba. Y los bucles negros en su nuca, por donde tanto me gusta deslizar mis dedos. Me detuve en los labios, que sé tan dulces, tan duros, a veces, al besarnos… Fue entonces, de repente, cuando me dolió. Los labios de Abu al Hasán estaban cerrados sobre un sueño del que me adivinaba excluida. Acosado por la soledad, mi amado atravesaba una tierra que yo no conocería jamás…

Eso fue una puñalada para ella. Se sentía al borde del secreto sobre el que se cimentaba la vida de Abu al Hasán, y que sabía que ella nunca alcanzaría. Comprendió que jamás, por mucho amor que le ofrendara, cruzaría la frontera que la separaba de su amante, ni conquistaría del todo al hombre que reposaba a su lado.

—Mi corazón descubría una nueva tristeza, una dulzura, un dolor que extrañamente me regocijaban —concluyó la joven en atención a su confidente celestial—. Estoy segura de que esto, en la intimidad del Señor, vos también lo conocisteis.

A medida que da vida a sus recuerdos, resucitando cada día, cada hora de esas últimas semanas, Zoraya siente crecer en ella el ardor de la exaltación. Su corazón late demasiado deprisa. Sus pupilas se llenan de lágrimas. Sus pensamientos se atrepellan en silencio. Demasiada felicidad de repente, demasiada esperanza inefable hacen insuficientes las palabras humanas.

Sobre sus labios la joven cristiana acaba de pronunciar la acción de gracias que en otro tiempo entonó la Virgen:

—¡*Magníficat anima mea Dominum! Et exsultavit spiritus meus*… Mi alma exalta al Señor. Y mi espíritu está lleno de gloria en Dios mi salvador…

Estas palabras que, de niña, había repetido tantas veces sin sospechar su sabor, brotan ahora por sí mismas, libre canto de una alegría y gratitud infinitas que no sabrían expresarse mejor.

Cuando su alegría se dispersa, salpicando con una risa muda las paredes de la habitación; cuando, con una sonrisa húmeda, vuelve a su corazón, Zoraya sumerge de nuevo la mirada en los grandes ojos con destellos de oro. Repentinamente grave, permanece en silencio. El silencio de la noche la llena poco a poco. Empieza a escucharlo.

¿Cuántos minutos, cuántas horas ha podido permanecer arrodillada, abrazando en su recogimiento unos secretos que no requieren palabras? Sería incapaz de decirlo. Pero cuando al fin se levanta, en su ventana las luces azuladas del alba han sucedido a los reflejos lunares.

Silueta habitada de silencio, con una sonrisa flotando sobre sus labios, Zoraya se desliza entre las sábanas frescas. Le parece que ya no está sola. Maternal, una presencia vela con ella. Posada sobre el pecho la mano que estrecha el santo medallón, la joven no tarda en dormirse.

* * *

—¿Cómo habéis adivinado, mi señor, que no temía nada tanto como volver a los muros ciegos de vuestro palacio?

—Tengo aún vivo el recuerdo de una joven tigresa que daba rabiosamente vueltas y vueltas por mi salón como si estuviera en una jaula, jurando que era preferible ser hija de las calles de Granada antes que concubina del sultán…

—¿Realmente dije eso? —se inquieta la joven dejando escapar una carcajada—. De verdad, señor, que me sorprendo de vuestra paciencia.

—Es que tenías otros argumentos, sin duda, para calmar mi irritación —murmura el emir burlonamente, dejando a sus dedos jugar por el cuello redondeado que se estremece a su contacto.

Ambos están tumbados sobre cojines. Un viento suave lleva hasta ellos el ruido de las hojas en los árboles frutales; los mil lamentos irreales que forman el lenguaje de la noche. A la luz de los candelabros, algunos objetos salen de la sombra, otros vuelven a ella, como si todo en torno a ellos vibrara con una vida misteriosa.

—Me parece que estoy soñando —suspira Zoraya, mientras con mano perezosa acaricia el torso de su amante.

—Sueña cuánto quieras, estrella mía —responde una voz voluptuosa—, mientras yo comparta tus sueños.

Cuando el emir hace el gesto de estrechar su abrazo, la cortesana escapa de un salto.

—No tan deprisa, mi señor. Tengo algo que deciros. Erguida a cuatro pies de su amante, la favorita le mira fijamente. El reflejo caprichoso de las llamas se divierte redibujándola. El incendio de sus cabellos sueltos da a su piel un resplandor dorado, acaricia el arco de su cuello y a través de los velos subraya las curvas de su cuerpo distendido.

—¿Qué hay? —se inquieta el príncipe, con las pupilas ahogadas por el deseo—. ¿Un nuevo secreto de mujer?

—Sí, mi señor; un secreto que llevo desde hace algunas semanas, pero que pronto ya no podré ocultar.

Mientras hablaba, sin darse cuenta, Zoraya ha bajado el tono. Su frente se cubre de afectación. Su mano, como si lo protegiera, se posa sobre su vientre plano. Qué deseable es, así, tan dulce y vulnerable, con un destello de ansiedad en sus ojos azules como el mar.

Abu al Hasán prolonga su contemplación, con ojo experto. Se regala con ese cuerpo perfecto, esas formas esculpidas por el amor que, misteriosamente, se preparan a dar vida.

—Ven aquí, mi amor, mi amiga —dice al fin, tendiendo la mano—. Ven a confiarme al oído este secreto que creo adivinar.

Cuando la favorita esboza un paso, él la atrae a su lado.

—Es mi hijo lo que llevas, ¿verdad? —Sus manos, sobre el vientre tierno, apartan suavemente los velos—. Es la bendición del Altísimo para nosotros. —Sus labios acarician la carne de su amante—. No podías hacerme un regalo más precioso, amada mía.

Sus caricias se vuelven insidiosas, y arrancan un gemido a la joven. ¿Llegará el día en que ella se canse de esas manos, de esos labios, de esa voz áspera que el deseo hace rugir? Un momento antes se sentía madre, preparada para enfrentase con cualquier cosa que amenazara al niño por nacer. Pero ahí está ella, indefensa. A este hombre que la cautiva, le basta una mirada, una sonrisa, un gesto preocupado, para que ella se sienta desfallecer.

—Tú eres mi mujer, mi amante —murmura en su oído una voz cuyas inflexiones graves la hacen temblar de impaciencia. A través de este hijo, nuestro hijo, estás ligada a mí para siempre.

El cuerpo del hombre se le hace irresistible. Dos manos aprisionan su cabeza. Dos ojos negros exploran los suyos. Mientras su amante empieza a tomarla, mientras sus vientres amalgamados inician la danza de la vida, dos miradas juegan a llamarse, leerse, desearse. Igualmente entregados el uno al otro, igualmente alterados por una sed que sabe esperar, juntos se tensan, se ofrecen, se hunden más aún. Sus pupilas se ensanchan de la felicidad que se apodera de ellas. Sus pieles se sorprenden de ser dos y no formar más que uno. Son la primera pareja y la última, que transporta la ola del deseo. Son Abu al Hasán y Zoraya, para siempre amantes legendarios de la legendaria Granada.

CAPÍTULO XVIII

Había nevado, esa noche.

Desvelada por las exclamaciones de Jámila, la favorita se reunió con las sirvientas y corrió con la más joven desde una ventana a un mirador para contemplar Granada bajo la nieve.

En sus hábitos de seda blanca, la ciudad se había metamorfoseado. Desde la sierra resplandeciente, un polvo de luz y de escarcha había recubierto las colinas. Sobre la Alhambra, sobre el Albaicín, sobre los collados de Dar al Arife, el blanco manto de silencio daba a aquel instante una fragilidad cristalina.

Aquella blancura, aquella luz, en su vientre el hijo del amor y en su corazón la espera del amado, eran para Zoraya demasiada felicidad. Transportada por aquel instante de gracia, su ser parecía extenderse a las dimensiones del universo para abrazarlo todo entero…

Las horas siguientes pasaron impregnadas de un fervor irreal. Todo el día, Zoraya se preparó, no sabía muy bien para qué. Esa noche, Abu al Hasán se reuniría con ella. Agotado por sus ministros, sus secretarios, sus generales, seguramente no habría tenido tiempo para vislumbrar la armonía de las horas. Le correspondía a ella transmitirle un poco de su deslumbramiento. Toda noche que le traía a su amante le parecía ya a Zoraya la celebración de un misterio. Esa noche, por la gracia cómplice de la naturaleza, ella haría de su reencuentro una ceremonia aún más solemne.

Ligera sobre las alfombras de espesa seda, inspeccionó, soñando, la situación de su reino. Comprobó el aprovisionamiento de un brasero, sacudió aquí y allá un cojín, supervisó la claridad del agua en las jarras de plata, la mezcla de esencias en el incensario… Contagiadas de su feliz recogimiento, Jamila y Hanuna prolongaban su gestos. Al declinar el día, cuando las sombras empezaron a extenderse por las blancas terrazas de Dar al Arife, Zoraya se confió a su vez a los cuidados de sus sirvientas. Durante largo rato, Hanuna cepilló la larga cabellera hasta hacer resplandecer su seda. Adornó sus ojos con antimonio, pintó con ligustro su frente, sus manos, sus senos.

Jamila la ayudó a escoger la sarga inmaculada, la aljuba de reflejos celestes y los mantillos leonados que le acariciaban los hombros, uniéndose voluptuosamente a la redondez de su pecho.

Lista al fin, con una sonrisa en los labios, Zoraya volvió al salón. En la mano sostenía el laúd que le regaló el soberano. Y empezó a cantar, para ella misma y para sus compañeras.

Cantó sobre el día que se acababa y las promesas de la noche. Cantó sobre las estrellas y el rocío, la punzante alegría de vivir y el dulce sufrimiento de amar. Cantó sobre la felicidad de esperar y la voluptuosidad de confiar.

El amor es una carga dolorosa.
Pero lleva en él su remedio,
A la medida de sus heridas.
Es una plaga delectable,
Una enfermedad deseable…
Quién se libra a él sin mesura
No desea la liberación…

Suspendidos en la voz musical, los minutos se desgranaban. Zoraya olvidaba a sus sirvientas. Para ella sola, sonrojándose, tarareó el sabor de los labios amados, de la piel deseada, y la embriaguez de esos abrazos por los cuales se sentía viva… Pero los minutos que se iban acumulando se convirtieron en horas. Hubo que alumbrar las lámparas y candelabros. Muy pronto, los braseros no bastaban para calentar a la joven que, desolada, se estremecía en el salón. El sultán no aparecía.

Ha pasado ampliamente la hora que, todas las noches, traía al emir de vuelta hasta su favorita. La luna lanza un rayo casi opaco a través de uno de los tres miradores. Las manos heladas de Zoraya abandonan el laúd. En el salón, dos sirvientas muestran su compasión en silencio.

La joven ya no aguanta más. Envolviéndose otra vez con los mantillos, sube corriendo los escalones que conducen a la única ventana abierta sobre la Alhambra. Desafía la oscuridad del callejón y se obliga a seguir esperando. El sultán está retenido por algún asunto urgente. Ya no tardará en oír el trote familiar. Está segura. ¡Debe estarlo!

Pero ahí está la cámara real, junto al patio de los leones. Su calidez, su coquetería. ¿Y si Abu al Hasán se encontrara allí? ¿Y si Taruq la astuta le

había enviado a una de sus cortesanas? ¿Y si Yasmina, la pelirroja venenosa, se había impuesto entre todas?

La favorita cree enloquecer. Un nudo le oprime la garganta. Se lleva las manos al cuello: sus dedos se crispan sobre el vacío. Su respiración se precipita. Magnificadas por su imaginación, las dudas quiebran el dique frágil de los juramentos de su amante. Los juramentos son ilusorios, el amante igual a todos los hombres: mentiroso, inconstante, engañoso…

Zoraya se deja caer al suelo. Acurrucada sobre las frías baldosas, aprieta las rodillas contra su vientre. El pequeño que allí se encuentra no debe saber nada de todo esto. Su madre ya no es Zoraya, la orgullosa favorita del sultán Abu al Hasán. No es más que una niña desvalida, Isabel la huérfana, devastada por la duda y el miedo.

—¿Puedo hacer algo por vos, Setti Zoraya? —preguntó desde abajo una voz inquieta.

—Todo va bien, Jamila. Te lo agradezco. No veremos al príncipe esta noche —prosigue con voz clara mientras se levanta—. Confieso que me pesa. Aprovechad para subir a descansar. Yo creo que seguiré despierta un rato.

Como sonámbula, abandona la sombra, con una sonrisa pálida en el rostro que ciegan los resplandores del salón.

—¡Vamos, retiraos! —se impacienta la joven—. No os voy a necesitar más… Ya sabré desvestirme sola —bromea en un murmullo.

Escucha los pasos en la escalera. Luego los crujidos y las voces en la habitación debajo de ella. Luego el silencio, al fin, que la deja sola. Irremediablemente sola, como en otros tiempos.

Entonces una furia helada se adueña de ella. Sed de arruinar, deseos de destruir. Como si fueran garras, sus manos atrapan y rasgan los velos. Joyas, camisa, cinturón, sarga, uno a uno arranca los vestigios de una apariencia ahora vana. En el salón de amor que la mortifica con recuerdos, abandonada, rompe las cadenas de oro, rasga las telas, pisotea los mantillos. Maldice estos adornos que no la han protegido.

Insulta su carne, araña sus mejillas, golpea sus muslos con rabia, como si su cuerpo fuera culpable de la deslealtad de su amante.

Ahora, Zoraya llora. Llora en agudos sollozos de criatura, y se ahoga en sus lágrimas. Alrededor del salón devastado ella carga con su penitencia. Una locura desesperada se apodera de ella. De parte a parte la atraviesan burlas alucinadas. Habla sola, en voz alta. Solloza. Gime. De vez en cuando, contempla su vientre apenas redondeado. También el niño ha sido

traicionado. El niño que ella había creído fruto del amor. ¡Bastardo, sí! Y huérfano.

Sus cabellos enmarañados, las mejillas manchadas de *kohl* y los jirones de tela en su talle confieren un aire espantoso. ¿A quién le importa? ¿Quién la ve? En adelante estará sola. Sola como el primero y el último día. Excluida del mundo de los vivos, pues su amante la rechaza. ¡Y va a dar vida! ¿Ella, responsable de una existencia? ¡Pobre pequeño! ¿Qué hará con esta madre indigna, culpable de no haber sabido proteger el amor paterno que se le había confiado?…

A fuerza de dar vueltas y debatirse, de llorar y flagelarse, Zoraya se ha desplomado. Tiene calor. Tiene frío. Mira fijamente, con los ojos nublados, los reflejos de la luna sobre una columna de alabastro. Tiembla de agotamiento, de miedo y de dolor.

—¡Qué dolor, Dios mío! —se lamenta con voz rasgada—. ¡Cuánto dolor! Si pudierais acabar con esto…

Es un cuchillo clavado en su costado. Un cuchillo de acero abrasador que le lacera las entrañas. Es la mirada engañosa de Abu al Hasán, murmurándole los «te quiero» que ella ha tenido la insensatez de creer. Y su voz de terciopelo oscuro, esas palabras destinadas sólo a ella y que esta noche recibe otra. Son unas manos toscas en el combate, dulces en las caricias, unas caderas sólidas de caballero proveedoras de todas las delicias, unos muslos firmes, unos labios golosos, un cuerpo sugerente del que se creyó dueña y que esta noche se entrega a otra… ¿En los labios de esta otra, encuentra el sultán una ternura comparable a la que Zoraya le daba a beber? ¿En el vientre de esa extraña, se hunde él como aún ayer se sumergía en ella, aferrado a sus cabellos como a las crines estrelladas de algún corcel celeste…?

Preguntas sin respuesta. Vana tortura. Con los ojos abiertos de par en par por el horror, Zoraya proyecta en el vacío las escenas de su pesadilla.

* * *

El sol estaba alto en el cielo cuando Hanuna se aventuró en la cámara de la favorita.

Había terminado de esconder los jirones de tela de la habitación devastada. Jamila había vuelto del palacio real portando para su ama noticias que ambas temían. Sí, el emir había permanecido hasta tarde con sus ministros, y en el salón le esperaba un fino manjar; sí, Taruq le había suministrado las más encantadoras de sus muchachas, y Yasmina era una de

ellas. La intrigante se demoró junto al sultán tras la partida de sus compañeras. Y si en mitad de la noche Abu al Hasán así lo quiso, sería entre sus brazos en los que se habría abandonado, en su vientre donde habría encontrado el placer.

Allí no había nada, en el fondo, que no fuera de lo más natural, observó Hanuna. ¿No actuaba así el hombre con las mujeres desde la noche de los tiempos? Éstas, en su sabiduría, se habían satisfecho siempre. Sabían gozar con los favores de su esposo y acoger como un merecido descanso el tiempo que dedicaba a otras. Si la ambición o, a veces, la loca pasión, no se mezclaban, ¿qué había que censurar de un orden de cosas mil veces corroborado?

—Pero la pasión, precisamente, quema el corazón de Setti Zoraya —abogó Jamila, cuya juventud se avenía a los extravíos de su señora—. Todos en el harén la toman por una ambiciosa. Nosotras sabemos bien, tú y yo, la naturaleza de su ambición…

—Amar, sí —refunfuñó Hanuna con una ternura seca—. Amar y ser amada, quemar su corazón y quemar su vida en la llama de un amor que no toleraría ninguna flaqueza. Es una majnuna, esta cristiana. Está loca. Y en sus sueños olvida que el *sejid* Abu al Hasán —que el Todopoderoso nos lo guarde— no es más que un hombre. El amor que pretende alcanzar sólo existe en las leyendas. Ha leído demasiado, esta niña. Y soñado demasiado, y cantado demasiado, también. Todos esos poetas le habrán llenado la cabeza de pájaros…

Es así como, con aire decidido, invadió la habitación de la favorita.

—¡En pie, hija mía! —exclama desde el umbral—. El día está resplandeciente. Es un desperdicio seguir durmiendo a estas horas.

—Déjame, Hanuna. Ya ves que no duermo —replica una voz triste—. No quiero verlo, tu día helado. Con el de ayer tuve suficiente.

—Vamos, señora, ¿a qué viene tanto remilgo? —gruñe la sirvienta ofreciendo a la joven una jarra de agua fresca—. La vida está ahí, esperándote. No está en tus manos rechazarla. Además, para ti se presenta muy buena, te lo aseguro. Entre las sábanas arrugadas, Zoraya se incorpora. Mira con ojos extraviados los arabescos protectores que desgranan el nombre de Alá por encima de su lecho. Hanuna, con el corazón oprimido, descubre un rostro lívido, unos párpados hinchados por una noche de lágrimas, una boca amarga, reseca.

Con mano maternal, enjuaga la cara ausente, limpia las mejillas ennegrecidas, desenmaraña dulcemente los cabellos salvajes.

Zoraya se deja hacer. La sirvienta, con su presencia, mantiene a distancia un sufrimiento que no espera más que a la soledad para clavar de nuevo los dientes en su pecho.

—¿Por qué tantas lágrimas, hija mía? —pregunta ahora Hanuna—. Nuestro señor no estaba aquí ayer: ¡vaya cosa! Lo estará esta noche. O mañana. ¿A qué viene hundirse así por un hombre que volverá a ti? Deberías preocuparte más por ponerte guapa.

—¿Qué me importa estar bella si no lo soy a sus ojos? —responde Zoraya encogiendo los hombros.

—Lo eres, señora, no lo dudes. Nuestro sultán te lo repite desde hace meses. Y seguirá diciéndotelo.

—¿Ayer noche, a quién se lo decía?

—A nadie, me atrevería a asegurar —replica la sirvienta—. Un hombre no tiene, para la que ama y para las que le entretienen, los mismos ojos, ni las mismas palabras. Créeme. He vivido lo suficiente como para decirte que es un placer como el comer o el beber: un hombre va dónde la necesidad lo lleva. El amor no tiene nada que ver.

—¿Qué es lo que oigo? —las interrumpe una voz alegre—. ¿Alguien murmura sobre nuestros pobres hombres y no cuenta conmigo?

Con las mejillas rosadas por el aire helado, Flor de Sol hace su entrada. Su insolente alegría de vivir invade la habitación y, para alivio de la sirvienta, se precipita sobre su amiga.

—Veo que llego en un momento delicado —observa Malika burlona. Pero sus brazos estrechan a Zoraya tiernamente—. Puedes dejarnos, Hanuna. Yo me ocupo de tu señora. Conozco sus accesos de melancolía y me comprometo a sacarla de éste… Vamos a ver, *habibti*, ¿qué te pasa? —la interroga en cuanto se va la sirvienta.

—Ya no me quiere —murmura Zoraya demasiado turbada para sorprenderse de la intrusión de su amiga—. No me ha querido nunca. Sus palabras se las ha llevado el viento… ¡Abu al Hasán me ha abandonado!

—Pequeña, ¿qué dices? ¿De dónde te vienen estas nuevas pesadillas? Venga, corazón, cuéntamelo todo.

Con la cabeza hundida en el cuello de su compañera, Zoraya relata su lamentable historia con frases entrecortadas. A medida que la va contando, dosificando la espera y el dolor, el terror y la rabia descontrolada, los llantos vuelven a adueñarse de ella. Procurando no perturbarla más, Flor de Sol acoge al principio en silencio el relato lleno de tristeza.

—¡Mentira, Malika! —repite febrilmente la joven desconsolada—. No fueron más que un montón de mentiras. Y yo le creí, ¿entiendes? Creí sus palabras y sus promesas. Creí a sus manos, sus ojos, esa mirada de ternura que estaba segura que brillaba sólo por mí. Creí en su cuerpo exhausto sobre el mío, en su placer, en su dolor, en sus rendiciones de niño desarmado cuando nos perdíamos el uno en el otro y no éramos más que uno…

—Tenías razón al creerlo. Nuestro sultán te quiere, Zoraya, no lo dudes.

No, no la quiere. A pesar de sus palabras y caricias, a pesar de sus miradas y sus regalos, a pesar de esta torre preciosa de la que es envidiada cautiva, no la quiere. No puede quererla, si va a tender su piel contra la piel de otra mujer.

—Pero eso no tiene nada que ver. Lo confundes todo, *habibti*, el deseo y la necesidad, el amor y el apetito, la llamada del alma y la del cuerpo… Abu al Hasán sólo te quiere a ti, Isabel. Sólo tú existes a sus ojos.

—Hasta que esté junto a otra. Para mí sí, sólo existe él. A cada hora, a cada minuto, él es todo lo que tengo en el mundo. Ausente, le sueño, le llamo. Presente, le espero aún, como si nunca le sintiera lo suficientemente cerca. Se aleje o vuelva, yo no vivo más que por él, por la felicidad, por el sufrimiento de ser suya por entero. Pero mi amante, tú misma lo has dicho, puede existir junto a otra. La besa, la acaricia, se duerme abrazado a su cuerpo como se duerme abrazado al mío…

—No me escuchas, Isabel. Vi a nuestro sultán este verano, y lo comprendí: tú eres la mujer que ama, y las otras sólo son entretenimientos pasajeros.

Zoraya no parece entenderla.

—Olvídate de ti por unos minutos —se irrita Flor de Sol—, y mira un poco mi vida. ¿Crees que yo no he sufrido por las traiciones de Abén Barrax? ¿Crees que, si sufriera aún, estaría tal como me ves: alegre, confiada, perfectamente serena? Es porque un buen día comprendí…

La joven encoge los hombros.

—¡No comprendiste nada de nada! —grita su amiga—. Te resignaste, eso es todo. Yo no podré hacerlo nunca.

—Te equivocas, Isabel. No me resigné. Y tú tampoco tendrás que hacerlo. ¡Escúchame de una vez! Que al menos mi experiencia te sirva de algo, y ganes tiempo. —Malika, con las dos manos, estrecha la cara de su amiga, y se esfuerza por retener su mirada—. ¿Sabes por qué ya no me duele? Porque Abén Barrax siempre vuelve a mí…

Zoraya intenta desprenderse.

—¿Y sabes por qué lo hace? —insiste Flor de Sol, estrechando su abrazo —. Porque su corazón es mío. Porque las otras concubinas, esos rostros frescos, esas carnes nuevas junto a las cuales obtiene placer, no distraen su cuerpo más que un instante. Su corazón, su alma son sólo mías, ¿comprendes? Como son tuyos el corazón y el alma de nuestro emir. Puedo decirte aún más: incluso cuando gime entre los brazos de otra, a veces ve mi rostro. Es mi cuerpo el que de repente le gustaría abrazar, frustrado como está de no encontrar en el cuerpo de una extraña el éxtasis que sólo conoce conmigo. Entonces vuelve a mí más rápido, más enardecido que nunca… ¿Sabes qué son esas mujeres para mí? ¿Sabes qué deben parecerte tus pretendidas rivales? El medio más seguro para conseguir que te desee a ti, y sólo a ti.

Isabel, aturdida, esta vez escucha. Nunca antes su amiga le había abierto su corazón de esa manera. En vano, la joven busca en su rostro la expresión de un sufrimiento hermano del suyo. Flor de Sol, al contrario, irradia un orgullo, un sentimiento de poder que nunca le había visto.

—Sí, los hombres son extraños —continúa tras un breve silencio Malika, ensoñada—. Temen al amor tanto como lo desean. Lo buscan desesperadamente, pero apenas se acercan intentan huir, presintiendo que la pasión amorosa requiere entrega, abandono de uno mismo, ascender a cimas que los aterrorizan.

—Pero nosotras también sentimos miedo —protesta Zoraya—. ¿No intenté huir, al principio? Cuando mis ojos se abrieron, cuando comprendí que Abu al Hasán era el hombre que esperaba, entonces bajé las defensas. Día tras día, he aprendido a abrirme, a darme, a abandonarme. ¿Acaso crees que no tenía miedo? Y sin embargo, lo habría arriesgado todo por él. Le he dado mi aliento, y mis pensamientos, y mi vida. Y nunca he recuperado nada. Nunca lo he compartido. ¿Por qué tiene que cambiar? ¿Por qué habría de aceptar compartirlo?

Carcomida por los celos, Zoraya vuelve al punto de partida. Su espíritu puede seguir los argumentos de Malika, pero su carne se resiste, al evocar a su amante en brazos de otra.

—Porque lo quieres, Isabel, y querer no es poseer. Recházalo y lo perderás. Acógelo, acéptalo como es, y lo conservarás para siempre. A su manera, que no es la nuestra, el *sejid* Abu al Hasán te quiere, *habibti*, créeme. No lo estropees todo con tus lamentos de niña celosa. —Un silencio cargado de rechazo amenaza con arraigar. Malika, pacientemente, continúa—: Además, no eres del todo honesta cuando crees dar a tu amante hasta el más

mínimo de tus pensamientos. ¿Estás segura de que tú no te das también a otros?

—¿De qué estás hablando? —se indigna la joven.

—¿Qué estás haciendo, en este mismo instante? Instante de mujer, instante de risa, de confidencias y de lágrimas, ¿lo compartes con él? Mejor: ¿estarías dispuesta a renunciar a ello por él?

—Pero… yo no le escondo nada.

—¿Y tú qué sabes? Escondes con tu misterio, con tus secretos, con tus complicidades con otra. ¿No es también esto entregarse?… Piensa en las horas que pasas en compañía de tu laúd. Ya te he visto cantar. He visto tu rostro inflamado, y tus ojos zozobrar mientras vuelas lejos de nosotros, pobres mortales. ¿Estás dispuesta a jurarme que en esos instantes tus pensamientos se dirigen a tu amante? Y esa manera que tienes, en el *hammam*, de abandonarte a las caricias del agua. ¿Piensas en él en esos momentos? Confiesa que estás ocupada tan sólo en el instante, en un placer del que él está excluido: el simple placer de ser tú, unida a la vida con la misma pasión que pones al unirte a él.

Una sonrisa ensoñada empieza a relajar el rostro crispado.

—Si los hombres conocieran la intensidad de nuestros placeres sin ellos, si supieran el infinito deseo que alimentamos hacia todas las cosas, y la ternura con la que prolongamos el más anodino de nuestros gestos, se sentirían celosos, puedes estar segura. Y tendrían razón. Sospechan, por otro lado, pero no saben de qué. He aquí por qué nos vigilan, y nos encierran y, en el fondo, nos temen. He aquí por qué quieren someternos… Precisamente porque adivinan que en nosotras todo es, por naturaleza, insumiso. —Zoraya esta vez sonríe francamente—. ¿Lo ves?, estás de acuerdo… Un amante puede satisfacer tanto nuestros corazones como nuestros sentidos. Pero en cuanto a colmarlos, Isabel, nos hace falta algo más que un hombre. Nos hacen falta el aire y el viento…

—Y el sol, y la danza —continúa la joven con una voz aliviada—. Nos hacen falta la música y los libros. Y tú, Malika, me haces falta, mi hada, mi *djeniya* —exclama en un acceso de gratitud. Las dos estallan en una risa cómplice.

—Y el agua que canta en las fuentes… Y la que corre por nuestro cuerpo… Y la boca del niño en nuestro pecho; muy pronto lo sabrás…

—Y el canto de los poetas en nuestros labios. Y la plegaria… ¡Nos hace falta Dios, Malika! ¿Es eso, no?…

—Sí, y toda la creación que nos ha regalado para que la disfrutemos y que la mayoría de los hombres, demasiado ocupados con sus trabajos, sus guerras y sus ambiciones, olvidan a menudo saborear.

Zoraya ha recuperado los colores. Sus pupilas brillan risueñas. En sus labios flota un destello goloso.

—¡*El hamdú Lilah*, Dios sea loado! Has vuelto —suspira Flor de Sol—. Ya era hora. No olvides nunca lo que acabo de decirte. Tu ardor, tu sed, tu deseo, ¿crees que un hombre por sí sólo podría colmarlos?

—No —admite Zoraya con voz dubitativa.

—Entonces, ahí está; deja a nuestro sultán su parte. Es bella. Eso basta. Pero no le dejes herirte. Hay tantos otros bienes que sólo esperan tu atención para dejarse tomar.

—Tienes razón, Malika —admite la joven con un suspiro—. Pero eso no es tan fácil.

Como tras un combate mortal, Zoraya se siente destrozada. Flor de Sol la ha hecho sonreír, Flor de Sol la ha consolado, Flor de Sol la ha sosegado. Pero la tristeza vuelve. Un perfume de luto que se esfuerza por aceptar. Sobrevivir a sus ilusiones: ¿es ése el precio que hay que pagar al hacerse mayor?… Lo comprende. Lo acepta. Pero la lección tiene un sabor amargo.



Esa noche mostraba una belleza de ensueño, Zoraya, cuando tras irse Malika el sultán hizo su entrada. La gravedad daba a su rostro una palidez de lis. Una especie de recogimiento teñía de soledad sus gestos. El velo de tristeza en su frente añadía a sus pupilas una nota de misterio.

—Qué bella eres, estrella mía —murmuró el emir con esa expresión de sorpresa que adoptaba su rostro cada vez que se reencontraba con su amante —. Un sólo día lejos de ti, y ya te echo de menos.

—¿De quién es la culpa, mi señor? —contestó la joven con una voz que esperaba ligera.

—De mis ministros, de Venegas, y de las noticias aciagas que me trajo ayer.

Un aire de lasitud invadió al sultán mientras se dejaba caer sobre el diván.

—¿Malas noticias, señor?

—Nada muy seguro, por ahora. Pero una amenaza, quizá. ¡Esa Doña Isabel está más irritante que nunca! ¡Menuda idea tienen, también, estos cristianos, de dejar el poder en manos de sus mujeres!

—¿Doña Isabel de Castilla?

—La infanta, sí, esa ambiciosa que contra la voluntad de su hermano Enrique IV se casó, hace cinco años, con el heredero del reino de Aragón. En tanto que así se enemistaba con su hermano mayor, se podía esperar que fuera apartada del trono, y apartar al mismo tiempo la amenaza de ver un día reunidos a Castilla y Aragón. No es la princesa Juana, esa chiquilla de doce años designada para suceder a su padre, la que pone a Granada en peligro. Pero no diría lo mismo de Doña Isabel… Pues resulta que esa diablesa le pone ojos tiernos al rey, su hermano. Y que toda la población de Segovia, según me dijo al Qasim ayer, aplaudió la reconciliación de los dos hermanos enemigos.

—¿Qué podéis hacer vos, señor? —preguntó Zoraya con voz tranquilizadora—. ¿No es un poco lejos, un poco pronto, un poco aventurado también, para inquietarse?

—Tienes razón, princesa de dulce sonrisa, no sirve de nada —suspiró el príncipe—. ¿Pero cómo impedirlo? Las nubes se congregan en el cielo de Granada, y su sultán, por ahora, no puede hacer nada. La calma o la tempestad están en manos del Todopoderoso… Ven junto a mí, luz de mis días —concluyó, atrayendo hacia sí el rostro de la joven—. Y dime cuánto me quieres.

Mientras deja que sus manos se pierdan en la cabellera leonada que casi los cubre a ambos, Abu al Hasán, con los párpados cerrados, busca sosiego en las caricias de su amante. Es una lluvia dulce de besos ligeros en su rostro y en su cuello. Luego el calor de dos manos volubles que llevan a su frente, a su pecho, la ternura y el fuego. Saborea el aliento perfumado de rosa y regaliz, ronronea al contacto de una piel cuya sedosidad lo arrebata. Su cuerpo cansado recobra poco a poco ardor y vida.

Bajo los párpados caídos, Abu al Hasán entreabre los ojos. Quiere verlo todo, probarlo todo, abrazarlo todo de esta hada revoltosa cuyas caricias lo resucitan. Con los labios redondeados, el rostro tenso, Zoraya, por encima de él, se extasía en su contemplación. Sin ser consciente de ello, deja que su mirada se llene del espectáculo de su amante, como para grabar la imagen en su retina por última vez. Sus manos prosiguen el deambular cuya despreocupación desmienten las pupilas afiladas. ¿De dónde le viene esta melancolía que sorprende a Abu al Hasán? ¿Y por qué esa perla húmeda que descubre en sus pestañas?

—Pero estás llorando, estrella mía —se inquieta el emir.

—Qué idea más tonta, mi señor. No es más que alegría después de dos días sin veros —se sobresalta la favorita.

Aprisionando entre sus manos el pálido rostro que esboza una sonrisa, Abu al Hasán la observa. Sus ojos negros son una interrogación. Zoraya intenta eludirlos. Demasiada dulzura en la mirada, demasiados recuerdos también, amenazan con hacerla romper el silencio que se ha prometido.

—Eso no es verdad, princesa. Me ocultas algo —refunfuña Abu al Hasán, con voz tierna—. Vamos, mi amor, eres tan frágil… Dime cuál es ese tormento que en vano intentas disimular.

Conmovida por la voz amada, Zoraya resiste todavía. Las advertencias de Malika la contienen.

—¿Hablarás, testaruda? ¿O crees poder mentirme?

—¡Mentir! ¡Pero… si eres tú el mentiroso! —replica Zoraya.

—¿Qué quieres decir?

Ella se muerde los labios, pero es demasiado tarde para echarse atrás.

—Eres tú quien miente, tú quien me engaña, tú quien multiplica los «te quiero» y me traiciona un instante después —se rebela la joven.

Abu al Hasán, desconcertado, reencuentra en la favorita las emociones de los primeros días. Adoptando una pose altiva, Zoraya se suelta y lo mira con ojos tempestuosos.

—¿Qué me cuentas, princesa? ¿Qué engaño? ¿Qué traición?

Su sorpresa parece sincera. La joven cree estar soñando. Así pues, Malika y Hanuna tenían razón: para Abu al Hasán la noche de la víspera no cuenta.

—¿Dónde estabais anoche, señor? —interroga ella con voz cansada.

De pura estupefacción, la cólera lo ha abandonado.

—Estaba… Oh, Zoraya, ¿es eso, pues? —Abu al Hasán esboza una sonrisa aliviada—. ¡Estás celosa, estrella mía! He aquí la causa de tus lágrimas… Qué tonta eres. ¡Y cómo te quiero!

El emir toma la mano de la joven y, con la mirada de noche en sus pupilas, deposita en la palma de su mano un beso lleno de dulzura. Sus ojos vibran de risa, y desarman a la favorita.

—Vos me amáis, señor, pero me traicionáis —se obstina la favorita con voz vacilante.

—¿Quién te habla de traicionar? ¿De dónde sacas esa idea absurda? ¿Y desde cuando el sultán, al honrar a una de esas infelices que le esperan en su harén, traiciona a su amada?

¡Las mismas palabras de Malika!

—Otra mujer —continúa—, otros brazos, otros besos en vuestra boca… ¡Y vos encontráis mi tristeza risible!

—No risible, mi princesa. Desconcertante. Tu pena me conmueve, te asemeja a… —Abu al Hasán adquiere un aire soñador. Su voz filtrada por la ternura modula unas notas tranquilizadoras—. ¿Qué sabes de los hombres, mi pequeña salvaje? Gracias a Dios, no están hechos a tu imagen. No tienen tu entereza de carácter, ni tu fogosidad, ni tu intransigencia. ¿Qué sería de esas mujeres que tienen a su cargo, si todos fueran tan exclusivos como tú?

—Entre los míos, toda mujer tiene un solo hombre y todo hombre una sola mujer —protesta débilmente Zoraya.

—En principio, sí —reconoce el sultán—. ¿Cuántas existencias solitarias que ningún esposo protegerá jamás provoca eso? ¿Cuántas mujeres prisioneras para siempre del celibato o la viudedad sobre una tierra en la que los hombres mueren en combate? Es cierto que los cristianos han inventado también los conventos, donde se desembarazan de aquellas que han tenido la desgracia de no agradar. —Ante tanta mala fe, la joven permanece en silencio.

—¿Por qué crees que el propio Profeta quiso varias esposas para cada hombre, si no es para proteger a nuestras mujeres? —prosigue Abu al Hasán —. Y, puesto que me pones el ejemplo de los cristianos, ¿puedes jurarme que son fieles, esos hombres de tu religión? Y cuando toman una amante, cosa que está en la naturaleza del hombre, ¿no son más hipócritas, más irresponsables que los hijos del islam, cuyas esposas, al menos, son legítimas?

—¡Pero no todos son así! —se rebela Zoraya.

—No todos, sin duda. Pero muchos de ellos… Tú sueñas la vida, estrella mía —continúa Abu al Hasán con voz tierna—. Y también por eso te quiero. Por esa obstinación de querer más, de querer algo mejor de lo que nuestra condición humana nos brinda. Otros lo llamarían ceguera. Yo creo que tienes razón. No renuncies nunca, princesa; una parte de tu sueño acabará haciéndose realidad. Pero te lo ruego, un poco de flexibilidad —añade con una sonrisa—. Y de compasión, también. No condenes la vida. Y no me condenes a mí, si difiero a veces, a menudo, de tu noble ideal.

Zoraya no puede evitar sonreír a su vez. ¡Es verdad que es insoportable, a veces, con sus exigencias!

—Te quiero, Zoraya —murmura ahora Abu al Hasán atrayendo hacia sí el rostro suavizado de su amante—. Con todo mi corazón, con toda mi alma. Eres mi primer, mi único amor. Y doy gracias a Dios cada día por haber

decidido nuestro encuentro… Pero soy un hombre, corazón. Y esas mujeres son mis esposas. Lo quiera o no, es así. Mektub, luz de mis días, está escrito.

—Lo sé, mi señor, lo entiendo. Y prometo intentar adaptarme. Pero hace tanto daño —confiesa Zoraya en un suspiro.

Sus ojos, a pesar de la sonrisa, se llenan otra vez de brumas.

—Vamos, mi pequeña salvaje, amada mía, ven. Ven junto a mí. Soy tan infeliz de tener que herirte.

Una vez más, Abu al Hasán lo ha adivinado. Zoraya, liberada, puede abandonarse a su confusión. Llora, sí, pero una sonrisa ambigua tiembla en sus labios. Poco a poco, soltando las amarras, deja que llegue la tempestad y la invada el flujo de emociones contenidas. Sus mejillas se inflaman, sus cabellos azotan su rostro que se sonroja con la irrupción del deseo. En sus ojos arde un brillo desesperadamente tierno.

—Os detesto, mi señor —gimotea.

Sus manos golpean, febriles, el pecho del infiel, pero los golpes se convierten en un abrazo. Su boca muerde el cuello del emir, pero el mordisco se transforma en beso.

La violencia los incendia a los dos. Con cólera, con tristeza y alegría a un tiempo, sus cuerpos se miden. Y se buscan. Se enfrentan, se unen, se rechazan. Zoraya somete a su enemigo. Utiliza sus manos, su piel, su vientre para devorar a este adversario, odiado por ser demasiado amado. Y cuando al fin, quebrantada, saciada, lanza al cielo un largo grito, de victoria o de rendición, no advierte la mirada negra de ternura que en la cima del placer Abu al Hasán mantiene clavada en ella.

CAPÍTULO XIX

Granada, junio de 1474

El niño nació la noche de Mahragan, en el palacio de Dar al Arife.

El verano, ese año, cayó sobre Granada antes de tiempo. Al poco tiempo del equinoccio, el calor se hizo opresivo. Incluso en su torre, aunque refrescada por los vergeles de Dar al Arife, Zoraya se sentía desfallecer. Muy pronto ya no abandonó el salón abierto a las raras corrientes de aire. Su vientre estaba demasiado pesado para sus debilitadas piernas. Sus pómulos profundos teñían de transparencias su rostro afilado. Cada respiración le quemaba la garganta.

—Alégrate, ama —afirmaba Hanuna aplicándole día tras día ungüentos de arcilla, limón y jabón blando que le relajaban la cara—. Seguro que es un hijo lo que le vas a dar al sultán. Todo el mundo sabe que un chico agota y desfigura a su madre, y una niña, al contrario, le da el tinte fresco de la rosa.

Menos preocupado por los presagios que por la máscara gris de la favorita, Abu al Hasán exigió que se mudara. Había hecho abrir especialmente para ella el palacio de Dar al Arife. Allí arriba, Zoraya respiraría un aire más clemente, permaneciendo en las proximidades de la Alhambra. Así se había hecho. Y Zoraya, pasadas dos lunas, recobraba un poco las fuerzas en la frescura de Dar al Arife.

La noche de Mahragan, mientras el soberano preside las fiestas de verano, Zoraya se pone de parto. Junto a ella, además de sus sirvientas, están Malika y Rebeca, la más solicitada de las parteras de Garnatha al Yahud, el barrio judío al pie de la Alhambra. En la habitación donde quema el incienso purificador, Hanuna y Rebeca han colgado los amuletos destinados a distraer a los *djinns* del nacimiento en curso. En el cuello de la joven madre, disponen talismanes que alejan el mal, y luego la instalan en la silla de partos.

—Mira —murmura Malika para distraerla del dolor—: el cielo de Granada se ilumina. Todos los fuegos del reino celebran el feliz presagio de la llegada de un pequeño príncipe la primera noche del verano.

Tiernamente, enjuaga de la frente de su amiga el sudor que la ciega.

Encogida por encima de la silla, sostenida a cada lado por Hanuna y Jamila, a Zoraya la embargan largos estremecimientos en los que su corazón parece huir. Nunca había sufrido tanto. Para ayudarla a expulsar el niño, Rebeca se apoya en el vientre con todo su peso. Con el cuerpo tan tenso que amenaza con romperse, la favorita real no es más que un inmenso desgarro.

Cuando al fin el niño aparece, cuando un largo grito anuncia su protesta al ser arrancado del seno de su madre, ella apenas lo comprende, tan atontada está por el sufrimiento, y Malika le susurra:

—Desde luego es tu hijo, está claro; apenas llegado ya empieza a dar guerra.

¿Es entonces un niño, ese pedazo de carne sanguinolenta y sollozante en torno al cual se agitan las mujeres? Una lo sumerge tres veces en una vasija de agua clara, la otra lo envuelve, la tercera le pasa por el cuello los amuletos que lo harán invisible al malvado pueblo de los *djinns*.

La joven madre, agotada, sigue ese trajín con ojos vagos. Lucha contra el sueño, y tiende débilmente un brazo hacia su hijo.

Tiene que esperar aún que echen aceite azucarado en la boca del pequeño príncipe para sacarle un hablar amable y sabio; que hayan rodeado sus ojos de pintura para asegurarle una mirada perspicaz y profunda; que le hayan rozado la frente, por último, con el santo Corán al tiempo que salmodian la Fat’hah:

Gloria a Dios, Señor de los mundos,
El Misericordioso, el Compasivo…
Que conduzca a este niño por el camino…

Sólo entonces le entregan el niño.

Se llamará Saad, Feliz Augurio, como su abuelo.

Embargado de ternura y de orgullo, Abu al Hasán ha decidido que la fecha de las diversiones públicas para festejar el nacimiento de su hijo se hagan en otoño, contra toda costumbre. En el harén no se habla de otra cosa. Todos comprenden que estos actos son un pretexto para presentar oficialmente al pueblo tanto al pequeño príncipe como a su madre. Se murmura mucho en la corte sobre el excesivo honor que se le hace a la cristiana que, aun liberada por el nacimiento de un hijo, no deja de ser una

simple concubina. Las malas lenguas se encargan de contar a Zoraya la escena que, por ese motivo, ha enfrentado al sultán y a su gran visir:

—Emir bien amado, sol de al Maghreb y de al Mashreq, del poniente y del levante, ¿puedo advertir a su majestad sublime que la *sejidah* Fátima podría reaccionar mal? —atacó Yusuf Ibn Kumasa—. Y con ella los Abéncerrajes, que se han erigido en defensores de su prestigio e intereses.

—¿Qué pueden Fátima y todos los Abéncerrajes contra un príncipe real? —replicó Abu al Hasán—. Pues es la llegada de mi hijo Saad lo que celebraremos ese día.

—La costumbre prevé invitar al pueblo a celebrar la circuncisión de sus príncipes, que señala su entrada en la edad del hombre, pero no es costumbre, en cambio, celebrar un nacimiento de otro modo que no sea en la intimidad, oh, astro de los astros que iluminan el reino —insistió el visir.

—¡Qué me importan las costumbres! —exclamó el emir—. Exijo respeto sin condición hacia la *sejidah* Zoraya. Esta fiesta se lo hará saber a todos. Cualquiera que se oponga a ello se opone a mi voluntad, tenlo en cuenta.

Dando la espalda a su ministro, Abu al Hasán se inclinó hacia Venegas.

—¿Y tú, Abu al Qasim, qué dices? ¿El pueblo se indignará por esto que hace temblar a nuestros melifluos cortesanos?

—Pienso, señor, que el pueblo ama y respeta al sultán. Que se alegra con él de lo que le alegra. Que desde hace ya un año oye cantar a sus poetas la gracia y la belleza de Setti Zoraya. Está esperando verla para adorarla también.

—He aquí un discurso hecho para satisfacerme, amigo. Sin embargo, la advertencia de mi visir no hay que tomarla a la ligera. ¿Crees que los Abéncerrajes están dispuestos para uno de esos accesos de humor sangriento a los que acostumbran?

—A estas horas, y según mis informadores, lo dudo, majestad. El pueblo es próspero. Los cristianos no amenazan nuestras fronteras; demasiado ocupados están en pulir sus armas para la guerra de sucesión en Castilla. Y las últimas algaradas lanzadas sobre sus tierras por orden de su majestad han resultado fructíferas. En estas condiciones no creo que haya que temer ningún desorden. ¿Y qué pueden los Abéncerrajes, o cualquier otro clan ambicioso, cuando Granada celebra a su soberano?

—Puedo constatar que tus palabras no están dictadas sólo por la voluntad de complacerme —comentó el sultán—. Tu análisis es clarividente. Roguemos al Altísimo que nos conceda por mucho tiempo esta estabilidad

que acertadamente constatas. Te sé satisfecho, Abu al Qasim, de tu lucidez. Y no olvidaré, en su momento, hallar empleo a su medida.

La proximidad de las fiestas comunitarias, la desgracia de Ibn al Kumasa, el favor creciente de Venegas —que creen cercano a la favorita—, la previsible furia de la sultana… No hace falta más para alimentar los chismes de la corte. Y para avivar la ansiedad de Zoraya, que ve con inquietud cómo se acerca la hora de las ceremonias. Ese día, dejando el abrigo de Dar al Arife, su hijo y ella volverán al harén. ¿Tendrá que enfrentarse a la *sejidah* Fátima?… La joven madre tiene mucho que hacer, y un temor la carcome. ¿Cómo defenderse, y defender al pequeño Saad, si Setti Fátima ha decidido hacerles daño?

Incluso cuando la favorita se deleita, como este mediodía, en el maravilloso mirador que domina una Alhambra radiante, estas preguntas la asedian una y otra vez. ¿Ilusiones o premoniciones? Vanas ideas que se emplea en apartar de sí. En ese momento, Jamila entra en el patio a toda prisa.

—¡Señora, señora, ven rápido! ¡El pequeño príncipe tiene una visita!

Zoraya contiene un escalofrío.

—¿Una visita? ¿No he dado orden de que nadie, aparte de vosotras, se le acerque? ¿Quién es?

—Justamente, señora Zoraya, no hemos podido prohibirle la entrada. ¡Es la *sejidah* Fátima!

Al pronunciar el nombre denostado, la adolescente ha bajado la voz.

—¡Señor! ¿Quién está con Saad? —interroga la joven madre, que vuelve a echar sobre sus hombros el manto que se le había caído al suelo.

—Hanuna, señora, y por supuesto Latifa, el aya. No te preocupes; ambas darían su vida por el pequeño príncipe.

Unidas por la misma ansiedad, las dos mujeres se apresuran. Cuando llegan a la habitación del niño, la sultana, imponente en su aljuba de seda carmesí, domina el espacio. Su mirada escruta el rostro del lactante dormido sobre el seno de Latifa. Sus labios están apretados en un gesto amargo.

—¡Qué honor nos hace su alteza! —lanza desde el umbral la voz tensa de Zoraya.

Interponiéndose entre la sultana y el niño, la favorita se ha deslizado junto al aya.

—Este honor no está dirigido a ti —replica al Hurra, altiva—. Venimos a obtener noticias del *sejid* Saad, el hijo de nuestro esposo.

—Que también es el mío —responde Zoraya, lanzando a su rival una mirada que espera confiada.

—Me han dicho que eras cristiana —dice la otra con enojo—; quiero tener por excusable tu ignorancia. Has de saber que entre nosotros, aunque liberada por el nacimiento de un hijo, la madre ilegítima es como si no existiera. Las perdidas pasan —se burla—. Mi esposo, por un tiempo, se divierte con ellas. Sólo queda la sultana, la esposa legítima que vela por los destinos de todos los niños reales.

—Nuestro soberano tiene mucha suerte de encontrar en vos, alteza, a una esposa tan comprensiva —ironiza Zoraya a pesar de que su corazón se desboca—. El emir Abu al Hasán ha expresado la intención de velar él mismo por la educación de su hijo más reciente.

Miente con aplomo. Nunca se ha hablado de criar al pequeño Saad de otro modo que a los demás: con su aya entre las mujeres hasta los siete años, luego confiado a sus preceptores, sus maestros de armas y otros profesores de la madraza, desde la ceremonia de la circuncisión que le abrirá las puertas del *adab*[6], la educación coránica. Pero la sultana no puede saber nada.

—Puedo constatar que imaginas un futuro bien particular para este niño, pobre inocente —refunfuña Fátima, que sin embargo se bate en retirada—. ¡Como si fuera el primer príncipe real! No olvides que el sultán envejece, y que Abu Abdil, su heredero, mi hijo, tendrá muy pronto edad de gobernar… ¿Pero tal vez esperas apartarlo del poder, alejando de él el corazón voluble de su padre?

La joven no responde. Desconcertada, asiste a un ataque de cólera que desvela los cálculos de la sultana, los mismos que al Hurra atribuye a la favorita.

—Has de saber que tu poder es efímero —prosigue la implacable mujer—, porque depende de una belleza que no tardará en marchitarse. El mío está asentado sobre la fidelidad de un pueblo que respeta a su soberana. Nadie me lo quitará. Eres una perdida, y siempre serás una perdida. Y tu hijo, aunque príncipe, no se cruzará nunca en el camino de mi Abu Adil; yo estaré ahí para evitarlo.

El orgullo y una furia contenida con dificultad resplandecen en las pupilas grises. Sólo la presencia de las esclavas impone a Fátima el control de una indignación que de otro modo estallaría con violencia. Los labios de la sultana tiemblan. Sus pequeños ojos lanzan destellos helados. Su rostro de mentón voluntarioso respira la rabia interior del que no puede romper el obstáculo al

instante. Sólo su talante, rígido, recuerda aún su rango y la conciencia que de él tiene.

—Está lejos de mí la idea de empujar a dos hermanos a matarse entre sí —observa la favorita, cuya calma se acentúa en proporción a la ira principesca—. Confieso incluso que por nada del mundo deseo a mi hijo que acceda un día al trono.

La *sejidah* Fátima parece vacilar. ¿Será la favorita tan ingenua como intenta aparentar?

—Mejor para ti, si dices la verdad —la advierte al término de un silencio escrutador—. Pero te aviso que no me engañes, o el pequeño príncipe me encontrará en su camino…

CAPÍTULO XX

El largo día había sido radiante. Desde el alba, el rumor agitado de la multitud que subía hacia la Sabika llamaba a las puertas de la Alhambra. Para conseguir los mejores sitios, para poder saludar a sus príncipes y aplaudir las proezas de los caballeros, el pequeño pueblo de Granada tomaba al asalto la colina. Era todo un tumulto de espectadores y mercaderes, de mendigos, de equilibristas y celestinas, de chalanes, de domadores de osos y de narradores de cuentos.

Hora tras hora, la ciudad y sus zocos se iban vaciando de sus habitantes que, todos juntos, acometían en un asedio candoroso el centro de las fiestas. Cuando, al final de la mañana, Abu al Hasán, su hermano al Zagal y el joven Abu Abdil aparecieron en el pabellón erigido para la ocasión cerca de Bib al Godor, la puerta del Pozo, los acogió una ovación. Se expandió hasta el Darro, hasta las torres bermejas y Garnatha al Yahud, hasta Rabad al Qadi y Rabad al Manzora, donde lanzaban vítores aquellos que no veían el espectáculo, pero contaban con reunirse algunas horas más tarde para los juegos de tabla de Bib al Ramla.

A su vez, la sultana Fátima tomó asiento bajo el dosel. Su silueta maciza, su rostro más altivo que nunca, enfriaron a la asistencia. Se hizo un gran silencio alrededor del estrado real. Todos esperaban al pequeño príncipe en honor del cual se celebraban las fiestas.

Abu al Hasán, por fin, se hundió en la sombra. Sus súbditos contenían la respiración. Cuando volvió a aparecer, sosteniendo la mano de una mujer muy joven de radiante hermosura, cuya nobleza no tenía más igual que su simplicidad, el pueblo al principio vaciló. En la luz otoñal que ornaba de oro todas las cosas, la favorita vestida de azul era como una aparición. Bajo el velo translúcido que dejaba adivinar una cabellera de fuego, acercaba al niño adormecido en sus brazos un rostro que se diría esculpido por los ángeles; la gracia rivalizaba en él con una tierna gravedad que enseguida le valió la muda aprobación de la multitud. Y cuando, majestuosa, la joven madre tendió los brazos, cuando con una sonrisa confiada presentó, como en ofrenda, al

pequeño príncipe a su pueblo, todos los pechos se agitaron, liberando en un fragor de aclamaciones la emoción hasta entonces contenida. El coro de elogios, de promesas, de llamadas a la bendición divina sobre el infante y su hermosa madre se prolongó un buen rato.

—¡Viva el príncipe Saad! ¡Viva la *sejidah* Zoraya! ¡Viva nuestro sultán! —voceaba la multitud arrebatada.

Parecía tan frágil y tan fuerte, aquella criatura aparecida sin afeites al lado del emir, que todos la contemplaban sonriendo. Tenía tanta frescura, tanta naturalidad que, por contraste, la soberana legítima parecía aún más arisca. Con un solo corazón, el pueblo granadino aplaudía la elección de su señor, y bendecía sus inusitados esponsales a los cuales se adivinaba convidado.

—Has ganado, mi princesa —murmuró Abu al Hasán al oído de Zoraya, a quien la acogida hacía desfallecer—. Has conquistado a mi pueblo. De ahora en adelante, tú eres su reina.

La favorita se contentó con sonreír, demasiado emocionada para hacer ningún comentario. Mientras las lágrimas subían a sus ojos, creando un velo húmedo entre ella y el pueblo que la adoptaba, Zoraya tuvo hacia la multitud un impulso de reconocimiento. Como habían adivinado que por amor a su soberano la cristiana, renunciando incluso a su pasado, se había unido a la causa del reino, los granadinos le rendían un homenaje multiplicado por cien. Ella estaba aturdida de alegría.

A lo largo del día, esa alegría la transportó. Como la transportaba el orgullo de Abu al Hasán a su lado. Fue ella quien le dedicó a él una sonrisa cuando, como reina de las carreras y los torneos, entregaba su recompensa a los caballeros vencedores bajo los hurras renovados de la asistencia. Ella quien disipó su inquietud cuando, apenas iniciados los juegos de mesa, la favorita constató la desaparición de la *sejidah* Fátima. Ella quien le hacía olvidar su fatiga a medida que pasaban las horas, que las justas se sucedían, sin que el regocijo popular pareciera querer extinguirse. Ella al fin quien, llegada la noche, cuando no deseaba nada más que regresar con el pequeño Saad a la tranquilidad de su torre preciada, iba a darle el coraje para abordar la última prueba.

En el extremo del estanque, en la torre real de Comares, Zoraya descubre por primera vez llenos de movimiento y de rumores los salones que ha conocido vacíos. Recuerda, ante el estrecho mihrab donde su amante se recoge a veces, una larga antecámara sumida en el silencio y la penumbra; ahora la encuentra agitada y luminosa. Charlando, atareados, los huéspedes

van y vienen. Se buscan, se interpelan, se dejan caer por un momento junto a las mesillas que se hunden bajo los manjares olorosos, luego vuelven a mezclarse con otro grupo, con otros conciliábulos cuchicheantes y apasionados que la música y las bebidas servidas por las esclavas hacen más apasionados todavía.

Reviven los acontecimientos del día, se felicitan unos a otros por sus hazañas o las de los caballeros de su clan, comentan al mismo tiempo el éxito de una jornada de la que la cristiana sale más poderosa que nunca, y la afrenta hecha a la sultana, cuya brusca partida cuando los juegos de mesa no hacían más que empezar ha dado pie a todo tipo de habladurías.

En la sala del trono, la bóveda de los siete cielos y miríadas de estrellas visibles e invisibles salidas del ojo del Creador que hay en su centro parecen multiplicar en ecos misteriosos las palabras apagadas que intercambian los señores de alto rango. Están allí al Zagal e Ibrahim Alí al Attar, Ahmed al Zegri y Sidi Hiaja, Redwan Venegas y muchos otros. Junto al soberano y su hermano, están los ministros rivales, Yusuf Ibn Kumasa y Abu al Qasim Venegas. Por primera vez, participan en la corte los jóvenes príncipes reales, Abu Abdil y Yusuf, de trece y doce años. Debería estar también su madre, la *sejidah* Fátima a la que está esperando un asiento. Su ausencia prolongada hace redoblar los comentarios. Presionada por la muestra de favor que le impone el príncipe, Zoraya se ha resignado a ocupar el espacio vacante.

Con el corazón oprimido por una ansiedad creciente, la favorita finge interesarse por las conversaciones de su alrededor. Sonríe, aparentemente serena. Responde con cortesía a las palabras de los cortesanos, acogiendo con grave sencillez los homenajes que muchos creen conveniente dirigirle. Ella sigue con mirada vaga las evoluciones de las bailarinas. A veces sin embargo se olvida. Con los ojos cautivados por la bóveda de cedro, se abisma en la contemplación de la que, por dos veces, al Zagal viene a sacarla.

Junto al soberano y al Qasim Venegas, el príncipe de Málaga es el único, entre esta deslumbrante asistencia, al que la joven se siente próxima. También lo acoge con placer, confundida por haberse dejado sorprender en los jardines secretos de sus ensoñaciones.

—Estáis muy pensativa, *sejidah* —le reprocha entre risas el emir—. Vuestro hermoso rostro expresa una melancolía que nada en este día del que vos sois la reina parece justificar.

—Es cierto que nuestro sultán y su pueblo, benditos sean, me han dado hoy prueba de grandes favores. Sería una ingrata si me quejara. Y sin embargo…

—Sin embargo demasiado honor da miedo, ¿no es eso?

—Precisamente —suspira la favorita—. Mientras vivía en la sombra, me parecía estar al abrigo de las asperezas de un mundo que no alcanzo a comprender. Tanta luz de repente me sorprende. Sé que muchos me envidian, pero yo no consigo alegrarme.

—Eso es algo que denota una rara sabiduría, joven. Muchos antes que vos han tardado en aprenderlo: sean ministros o favoritos, los cercanos al soberano atraen celos y tramas. Mirad a nuestro apreciado al Qasim: desconfía hasta de su sombra… ¿Pero no es obligación de quién desea servir tanto a su sultán como a su reino arriesgarse de este modo?

—El reino, *haq sidi*, mi señor… ¡Pero si yo no sé nada del reino! No conozco más que a ese pueblo caluroso que me acaba de acoger y que amo, sí, pero al que no puedo servir en nada. Y esta corte cambiante donde descubro el destello de una daga detrás de cada sonrisa.

—Si percibís eso, princesa, entonces lo sabéis todo. Sólo os falta aprender quién es quién, de qué familia, de qué clan, y con qué alianzas; quién manipula y con qué beneficio. Y sabréis al instante si la daga se apresta a saltar contra vos, o en vuestro favor, o incluso si permanecerá prudentemente dormida en su funda.

—¿Debo realmente aprender todo eso? —suspira de nuevo Zoraya—. ¿No puedo seguir viviendo retirada junto al hombre que me ha dado un hijo?

—Me temo que eso es imposible. Mi hermano es rey, bella dama. Son pocos los grandes de este mundo que puedan decirse amados por lo que son. El pueblo los venera por la seguridad y prosperidad que les procuran. Los odia en cuanto la situación empeora. Del mismo modo los cortesanos, siempre mendigando favores pero dispuestos a fomentar una conjura a la que cambia el viento. En cuanto a las esposas y concubinas, educadas como están en el único arte de seducir, todo impulso espontáneo huyó de ellas en su infancia… —Pocas veces la joven ha visto con una expresión tan seria al emir de Málaga —. Mi hermano sufre desde hace tiempo por su aislamiento. Por suerte para él, Alá os ha puesto en su camino. Vos le queréis. Él os quiere… Os necesita.

—Pero yo no sé nada, os decía, de los asuntos del reino. El soberano no se confía demasiado, y yo no me atrevo a preguntarle. ¿Me he equivocado, tal vez? —se reprocha de repente la favorita.

—Actuad según vuestro corazón, princesa, y no os equivocaréis nunca. Vuestro corazón me parece un consejero seguro —sonríe al Zagal, de nuevo relajado—. Debéis saber, solamente, que un día, sin duda, será necesario que

aprendáis estas mismas cosas que os repugnan. Repito: mi hermano es rey, bella dama. Y vos sois su reina.

Zoraya se dispone a replicar que no lo es ni desea llegar a serlo, cuando la alerta un silencio brutal.

Sin una mirada para su esposo y primo, la *sejidah* Fátima acaba de hacer su entrada. Camina derecha hacia la favorita. Atentos para no perderse nada del enfrentamiento, los cortesanos siguen con la mirada el avance de la figura desdeñosa cuyas vestiduras de un rojo oscuro subrayan su expresión viril. Con rostro lívido y labios apretados, la sultana fija en su rival una mirada helada… Zoraya, casi aliviada, comprende que le llega al fin la prueba que no ha cesado de esperar desde esa mañana. La asistencia, que contiene la respiración, la espera ahora con ella.

Para hacerle frente, instintivamente, lajoven se ha levantado.

—Haces bien, maldita puta, de levantarte en mi presencia —gruñe Fátima mirándola de arriba abajo.

Ella no dice nada. Nadie excepto Zoraya y al Zagal ha oído el insulto. La cristiana palidece.

—¿De quién es la culpa si una ley indigna reduce a las mujeres a la esclavitud? —replica ella—. Si vos llamáis putas a las infelices, de todas ellas la más obscena es sin ninguna duda la que les es propuesta como modelo: la sultana misma.

Fátima se sobresalta ante la afrenta. Pero la joven, para los invitados, se inclina en una reverencia respetuosa en la que sólo su rival percibe la burla.

—¡Ten cuidado, desvergonzada! No sabes lo que te puede costar provocar a la *sejidah* Fátima —grita al Hurra—. Por ahora, te ordeno que abandones este asiento, que es el de la sultana.

Al ver que la favorita resopla por ser denostada públicamente, el emir de Málaga acude en su socorro.

—Bienvenida entre nosotros, alteza —dice en voz alta y segura—. Lamentábamos vuestra ausencia. Setti Zoraya, precisamente, se inquietaba por ello hace un momento. Mirad —añade cuando la *sejidah* da un paso hacia la joven— un asiento os espera junto a vuestro esposo, que se entristecía al verlo vacío.

Con la mano, el emir señala el lugar que ha abandonado para conversar con la favorita. La sultana quiere resistir, pero la mirada cortante de al Zagal la hace vacilar. Y cuando Abu al Hasán se levanta a su vez, cuando se dirige hacia ella ofreciéndole los brazos con ostentación, la *sejidah* Fátima se ve forzada a doblegarse.

—Os habéis hecho desear, mi señora —exclama el soberano—. Venid junto a mí, y hagamos honor a nuestros huéspedes. Ya habrá tiempo para que justifiquéis una ausencia llamativa, en esta jornada en que festejábamos el nacimiento de mi hijo.

Zoraya, más que sentarse, ha caído de nuevo sobre su asiento. Sus labios, con retraso, tiemblan de rabia. Al tratarla de perdida una vez más, la sultana ha tocado un punto sensible. La hija de don Sancho sufre por su condición de concubina. Pasada la tensión del enfrentamiento, sus pupilas se empiezan a humedecer, cuando una voz ordena a su oído:

—¡Ahora no, por Dios! Y no aquí.

El tono de al Zagal es tranquilo.

—Cuando estéis en vuestros aposentos, al abrigo de las miradas, llorad o rabiad a vuestro antojo —susurra el emir—. Pero no en público. No delante de estos carroñeros que sólo esperan una muestra de flaqueza por vuestra parte para lanzarse sobre vos.

Tiene razón, una vez más. Y la joven le dedica una mirada llena de gratitud.

—Vos y yo somos los únicos que lo hemos oído —prosigue el príncipe, que adivina la herida de la susceptible cristiana—. Y hago juramento de no repetir nada de eso jamás, a nadie. Será nuestro secreto, si queréis. Un secreto que podéis olvidar enseguida; pensad que a ojos de todos, vuestro honor está a salvo, mi señora. Toda la corte lo ha comprendido.

—Gracias a vos, hermano mío —recuerda la favorita—. ¿Cómo agradecéroslo?

—No me habéis creído nunca, princesa —bromea dulcemente al Zagal—, pero soy vuestro servidor. Y seguiré siéndolo mientras me necesitéis.

—Gracias, señor. Acepto vuestra ayuda. No medía hace un momento el acierto de vuestras palabras. Este gesto acaba de convencerme. ¿Aceptaríais iniciar a una mujer en los misterios y artimañas de la corte? —añade con voz maliciosa.

—Con mucho gusto, *sejidah*. Y si vos queréis creerme, hay otro consejero, hábil y fiel como nadie, al que os quiero recomendar…

—¿Quién?

—Abu al Qasim Venegas, por supuesto —susurra el emir señalando al ministro con la mirada—. Si vos me autorizáis, le haré partícipe de nuestra inofensiva conjura. Cuando yo vuelva a Málaga, cosa que no tardaré en hacer, él será para vos el mejor de los consejeros.

Burgos, noviembre de 1502

Pasaron tres años y medio, en el curso de los cuales mi Isabel dio al sultán de Granada un segundo hijo, el príncipe Nasar, y una pequeña, Meryem, cuyos bucles rojizos y ojos impertinentes eran la gloria del soberano.

—En el curso de esos años —me contó mi hermana Isabel—, la estrella de mi amigo al Qasim Venegas no cesó de escalar en el firmamento de la Alhambra. Reemplazó a Ibn Kumasa en el cargo de visir y se inquietaba, con el príncipe, por las noticias que llegaban de Castilla. Por su lado, el ministro caído multiplicaba las intrigas, al igual que la sultana Fátima, esposa humillada, princesa apartada del poder que el emir había relegado al palacio de los Leones. Nosotros repartíamos nuestro tiempo entre el palacio de Comares, la torre preciada y, muy pronto, el palacio de Mondújar, que el *sejid* Abu al Hasán iba a regalarme poco después del nacimiento de Nasar.

Doña Isabel me habló muchas veces de esta joya salvaje encaramada en la sierra por encima del valle de la Alegría —que nosotros llamamos valle de Lecrín—, de los jardines suspendidos sobre el abismo y de las terrazas y las fuentes. Me habló también de la cruda soledad, de los agradecidos silencios lejos de la Alhambra, de sus fracasos, de sus intrigas. Evocó con pudor los tiernos reencuentros cuando, abandonando por algunos días los asuntos del reino, el soberano se reunía allí con ella. Fue en el nido de águila de Mondújar, según me dio a entender, donde su amor, mejor que nunca, más alto, más lejos todavía, desplegó sus alas. Es en ese retiro de felices recuerdos donde la esposa de Muley Hacen iba más tarde a enterrar su dolor de viuda… A fuerza de verlo aparecer y reaparecer en la vida de mi joven amiga, el palacio de Mondújar llegó a serme familiar. Sospechaba que a ese refugio ofrecido por su amado, debía Isabel el gusto creciente por la soledad, el silencio y el recogimiento que manifestaría más tarde al escoger la paz de nuestro monasterio para llevar el luto de su reino perdido.

—Pero —señalaba mi joven compañera cuando evocaba para mí la época en que Granada aún vivía—, era a unos cientos de leguas de la Alhambra, y más aún de Mondújar, donde se escribía la Historia. Era entre Segovia y Toledo, entre Burgos y Sevilla, en todos los lugares en que la reina de Castilla instalaba una corte cuya legitimidad no reconocían aún todos, donde se tramaba la verdadera conjura. Entonces yo, que a pesar de las lecciones de al Zagal continuaba obstinadamente ajena a los asuntos políticos, no me daba cuenta: las primeras nubes se fraguaban al oeste, y muy pronto desencadenarían un huracán sobre mi querida tierra granadina…

También yo me acordaba de aquella época, de los tiempos de agitación y de miedo que siguieron a la muerte del rey Enrique IV. En Segovia habían entronizado a la infanta Isabel, que Dios la tenga en Su Santa Guarda. Pero, apoyados por Alfonso V de Portugal, los partidarios de la princesa Juana, hija del rey difunto, tomaron las armas. La guerra de sucesión comenzaba, agravada por la invasión de las tropas portuguesas.

—Para Granada —me explicaba mi joven compañera—, era una excelente noticia. Mientras estaban movilizados en el oeste, y tanto mejor si se mataban entre ellos, los castellanos se desinteresarían de nosotros.

Con qué ardor se expresaba entonces mi Isabel, inconsciente de haber dicho «nosotros» al hablar de los moriscos, tanto como de haber tratado de enemigos a esos castellanos cuya sangre corría por sus venas. El partido que había tomado un día por fidelidad a su amante se convirtió, al hilo de una vida, en el único partido de su corazón.

—Aquello parecía una tregua —prosiguió Isabel con los ojos anclados en el pasado—. ¿Qué sería de nosotros si, una victoriosa reina Isabel y su esposo, muy pronto rey de Aragón, pacificaban juntos a los señores rebeldes y volvían sus miradas hacia el este, hacia esa daga musulmana alojada en su tan cristiano costado?

El «tan cristiano» estaba teñido de una poco caritativa ironía.

—Notaba que el sultán estaba preocupado —proseguía la viuda de Granada a la que yo no tenía el coraje de reprender—. Ni siquiera la primera embajada enviada por doña Isabel lo reconfortó. La reina había tomado cuidado, sin embargo, de escoger como emisario a uno de nuestros viejos aliados, don Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, el cual se mostró muy conciliador, pues apenas mencionó el tributo anual que desde hacía medio siglo Granada pagaba a Castilla y que Abu al Hasán ya no entregaba… ¿Sentido político? ¿Intuición? En lugar de alegrarse, mi amado se volvió más precavido. Dio orden de que fuera puesto de nuevo en alerta hasta el más mínimo puesto de guardia a lo largo de la frontera, que fueran reforzados en cada ciudadela los sistemas de defensa, y fabricados en cantidad lanzas cortas y puñales, ballestas y cimitarras, escudos y armaduras de los que temía que nuestra armada habría de hacer uso al cabo de poco tiempo.

En los dulces labios de la mujer que estaba frente a mí, este vocabulario de guerra tomaba unas resonancias extrañas, mezcla de madurez e ingenuidad que subrayaban el horror. Isabel parecía no darse cuenta y proseguía, absorta en sus recuerdos:

—«¡Inch'Alá[7]! Quizá me equivoco» me decía a veces aquél al que vosotros, castellanos, llamáis Muley Hacen. Tal vez el Piadoso no quiera que esos dos obtengan la victoria contra el portugués, tal vez pierdan el trono de Castilla: como rey y reina de Aragón ya no serían una amenaza para Granada… Pero tengo oscuros presentimientos.

«Esos dos», que Dios perdone a mi joven hermana, eran doña Isabel de Castilla y don Fernando de Aragón.

—Yo no quería entenderlo —concluyó mi Isabel—. Granada era demasiado bella, me parecía demasiado eterna, para tener que morir un día. ¿Piensa alguien que la felicidad tiene un final, en el momento en que la saborea? Mi amante tenía razón. El futuro nos lo probaría muy pronto. ¿Pero cómo podía entenderlo, entonces?

CAPÍTULO XXI

El año 1478 acaba de empezar. Una fría mañana de enero, don Juan de Vera y Mendoza, comendador de la orden de Santiago, se ha hecho anunciar en la Alhambra. Pertenece a una poderosa familia que fue de las primeras en aliarse con la que aún era la infanta Isabel. La reina de Castilla lo ha hecho embajador ante el sultán de Granada.

La escolta que cruza la Puerta de Ilbira es sobria. Apenas cinco o seis hombres, todos caballeros cristianos de al Andalus, por cuyo aspecto se adivina su nobleza y sangre guerrera. Hieráticos en sus pesadas armaduras, con el rostro medio oculto por el yelmo, irrumpen con insolencia bajo el cielo de invierno. Para el pequeño pueblo que los ve pasar y los compara con las tropas granadinas, más ligeras y con armas más cortas, esos caballeros parecen extraños, tan rígidos sobre sus pesados caballos engualdrapados.

Conducen a don Juan y a su séquito a través del Sahan Arrayahin. En la sala de la Bendición, le presentan fuentes de agua perfumada en señal de hospitalidad. Apenas franqueada la losa de mármol blanco que marca el umbral y obliga al visitante a agachar la cabeza frente al sultán, se sumergen en la semipenumbra de la sala del Trono, que iluminan suavemente las vidrieras coloreadas de las celosías. Mientras se acostumbran a la oscuridad, por un momento aparecen indefensos.

Apostada en la tarima, Zoraya los observa. Imberbes, de piel clara, esos caballeros con tiesos ropajes la transportan a años atrás. Aunque semejantes a don Sancho en su rigor, ella los ve como extranjeros. En este momento, su corazón sólo piensa en el príncipe nazarí, en el rostro real cuya aljuba inmaculada subraya su nobleza y gravedad.

Majestuoso, en su marlota de púrpura y plata bordada, Abu al Hasán permanece inmóvil sobre su trono. Detrás de él, lajoven reconoce la delgada figura de Abu Abdil. El príncipe heredero parece incómodo, tomando su primera lección de grandeza real. ¿Tendría razón el sultán, cuando decía que a su primogénito le faltaban el orgullo y la autoridad viril esenciales para el ejercicio del poder? La pregunta pasa fugazmente por la mente de la joven;

sus ojos se pasean por las cofias y brocados de los ministros, que brillan a la luz tamizada de las alcobas.

Apenas los embajadores han esbozado sus reverencias cuando, con un gesto, el sultán los conmina a que se levanten. Para Zoraya, que no aparta los ojos de su amante, en estos momentos encarna la majestad. Atento pero impenetrable, su bello rostro sombrío irradia soberbia.

Durante largos segundos, todos permanecen atentos a la silueta inmóvil del soberano. Finalmente, con una inclinación de cabeza, el sultán da la palabra al castellano. Muy pronto llega desde las alcobas vecinas el murmullo apagado de los cortesanos entregados a sus comentarios. Fuerte y grave, la voz del comendador de Santiago los interrumpe.

A Zoraya no le sorprende lo que oye. La altanería del embajador, sin embargo, hace que se estremezca. Apenas veladas por las fórmulas corteses, sus palabras son una afrenta: la reina Isabel de Castilla recuerda al sultán de Granada su condición de vasallo. Lejos de querer firmar un acuerdo de soberano a soberano, como Abu al Hasán ha manifestado que desea, exige el respeto a los compromisos pasados y reclama el pago de los tributos que el emir ya no cumple. El tratado de paz sólo será firmado en esas condiciones.

Con los ojos clavados en su amante, la favorita busca una reacción. Mientras el intérprete se esfuerza por trenzar en un lenguaje florido la arrogancia del discurso cristiano, el rostro real permanece imperturbable. Cuando el intérprete acaba su discurso, un silencio de mal agüero pesa sobre la sala del trono. Durante un momento, no se procuce un solo murmullo.

—Transmitid mis palabras a los que os envían —enuncia al fin Abu al Hasán con voz glacial…—. Decidles que los reyes de Granada que tenían costumbre de pagar el tributo están muertos, al igual que los reyes de Castilla que los percibían. Los cortesanos contienen la respiración. Conocían las intenciones del soberano. Muchos, de entre los más orgullosos, se alegran de ver puestos de nuevo en su lugar a los presuntuosos castellanos. A todos les parece propicio el momento: los reyes cristianos, en efecto, tienen demasiado que hacer en el frente de poniente, donde se enfrenta a ellos su primo de Portugal, para venir a atacar Granada… No es, pues, el contenido, sino la majestuosa desnudez del discurso, lo que sorprende a los ministros. Al ver que los españoles lanzan al intérprete miradas desconfiadas, el soberano continúa:

—Decid también esto a vuestros soberanos de nuestra parte. Decidle que hoy la Casa de la Moneda de Granada ya no alberga dinares de oro ni de

plata, sino cuchillas de cimitarra y hierros de lanza para no tener que volver a pagar el infame tributo.

La respuesta del sultán es inapelable. Zoraya, aterrada, la ha oído restallar como un látigo. Don Juan de Vera parece tomarla del mismo modo. Al enunciado de su traductor, contiene un estremecimiento, pero enmascara su rabia con un saludo. No será desvelado hasta dentro de tres días, al término de las recepciones principescas organizadas en su honor, que el sultán le hará entrega de una suntuosa cimitarra. La hoja es del más puro acero de Damasco, y la empuñadura de ágata y oro.

—Su majestad me ha regalado una arma afilada —dirá entonces el embajador con una mirada de desafío—. No dudo que tendré ocasión de demostrarle con prontitud cómo espero hacer uso de su real presente.

La anécdota no tarda en divulgarse por toda la Alhambra. Para todos, empezando por Zoraya, presagia tiempos de guerra.

—Tienes razón, amada mía —confirma el príncipe al reunirse con ella en sus apartamentos de Comares—. Granada se prepara para la guerra.

—Pero ¿por qué, señor? ¿Por qué esta provocación?

—De cualquier modo, tendremos guerra, la queramos o no. Mejor entrar a bombo y platillo —sonríe Abu al Hasán con aire ausente.

Zoraya no lo entiende.

—Hoy —explica el emir volviendo a ella—, como en los dos siglos y medio en que ha reinado la familia nazarí, Granada sólo combate en las fronteras con señores aislados. Se han convertido incluso en un juego, estas escaramuzas que tanto deploras y donde todo joven andaluz, sea moro o cristiano, se ejercita en las artes de la guerra desde antes de ser armado caballero. Cruzan la frontera, penetran en tierra enemiga; allí, sin tambor ni trompeta, sin estandarte ni campamento guerrero, en menos de tres días se hacen con todo el ganado que pueden, arrasan las cosechas a su paso, incendian los graneros aquí y allá, y toman la mayor cantidad de prisioneros posible… De padres a hijos, a través de generaciones, eso es lo que se transmiten las familias guerreras de la frontera. Ya sabes todo eso, princesa de dulce sonrisa; en este juego a veces peligroso a tu padre no le faltaba ni destreza ni heroísmo.

—Ya sé todo eso —admite ella—. Y me desagrada bastante…

—Sin embargo, no son más que cargas pasajeras, más gloriosas que mortíferas. Aunque son indispensables, porque mantienen el respeto del adversario, no modifican en nada el equilibrio de fuerzas entre cristianos y musulmanes.

—Precisamente, señor, ¿por qué romper ese equilibrio? —pregunta la joven.

—Porque esos tiempos de los que te hablo, que fueron los de mi padre, y de su padre antes que de él, se están acabando —declara Abu al Hasán con voz ahogada—. Lo creo, lo siento. Las noticias que llegan de los parientes de Abu al Qasim me lo confirman… Es necesario pues, si no es ya demasiado tarde, llevar cuanto antes nuestro hierro al flanco castellano.

—¿Estáis seguro de no estar provocando eso mismo que teméis, mi príncipe?

Zoraya habla con voz dulce. Un exceso de tristeza, en el ceño de su amante la hace casi arrepentirse de su insistencia.

—Escucha, estrella mía, vida mía. Por un lado, cualquier día el infante don Fernando tiene que heredar el reino de Aragón; Granada se enfrentará entonces a dos potencias enemigas en vez de a una. Por otro lado, según me han dicho nuestros espías en las ciudades de al Andalus, mientras su esposo se enfrenta a los portugueses, doña Isabel se dedica a reconciliar los feudos andaluces, divididos por querellas ancestrales. La tranquilidad del reino descansa en parte sobre esas querellas que hemos estado atizando por necesidad. Además, muchos de nuestros vecinos han prestado ya juramento a esta reina guerrera a la que, por lo visto, no están lejos de tener por una santa. Así es con don Guzmán, duque de Medina Sidonia, que fue un tiempo nuestro aliado contra el marqués de Cádiz. Y con otros que no conoces de nada… ¿Qué crees tú que pasará, si los cristianos de al Andalus cesan efectivamente en sus disputas y se unen? ¿Si un día, como un solo hombre, vuelven todos sus miradas hacia Granada y deciden echar a los musulmanes de la península…?

—Eso no pasará nunca —intenta tranquilizarlo la joven—. Después de tantos siglos viviendo unos al lado de otros… ¿Quién querría asesinar Granada?

Apenas Zoraya ha pronunciado estas palabras, se da cuenta de su ingenuidad.

—¿Asesinar? Nadie —replica el emir—. Pero capturar, ¿cuántos sueñan con ello? Granada es hermosa, Granada es rica, Granada es una joya…

—Y Granada es mortal, sí, señor —concluye Zoraya con una voz más dulce que nunca—. Como todos nosotros.

Abu al Hasán se sobresalta. Conoce esas palabras: son las suyas. ¿Se estará burlando la favorita? Por un momento, su mirada vacila entre la cólera

y el reproche. La tierna sonrisa de la joven le inclina a la calma. Pero la reprende con voz irritada:

—Ver las nubes que despuntan en el horizonte y no tener el poder de cambiar la dirección del viento; saberse lúcido, pero impotente. Si tú supieras, corazón, lo agotador que es eso a veces. Cansado de sufrir, cansado de esperar lo peor, el sultán ha decidido adelantarse y, quién sabe, si frustrarlo. ¿Me he equivocado? ¿O he hecho bien? Quién sabe. Si hay que confesarse vencido un día, si hay que morir quizás, y ver morir todo lo que a uno le importa, al menos será con la cabeza alta y el arma en la mano.

Unos días más tarde, el soberano reunía a sus ministros. Se hacía urgente recontar las tropas del reino.

—Organizaremos una revista militar tan grandiosa —declaró— que la memoria del granadino no pueda citar nada semejante.

Así, con una mano calmaría el descontento que suscitaba con la otra, explicó a la joven, que seguía los preparativos con resignación. Su pueblo, dividido entre el orgullo de haberse librado de la tutela castellana y el temor de que eso fuera el anuncio de grandes calamidades, amenazaba con rechazar el pago del nuevo impuesto requerido para el esfuerzo bélico. Del éxito del desfile dependía que la multitud, voluble y caprichosa, decidiera bendecir o maldecir a su señor.

—La revista empezará con el nuevo año 883 —determinó el soberano—. Durará varias semanas, en el curso de las cuales el reino entero estará de fiesta. Los albergues y las mezquitas de la capital se engalanarán para acoger a los habitantes de los pueblos de los alrededores. En los demás lugares, los gobernadores organizarán el mismo tipo de celebraciones. En cuanto a nuestros guerreros más valientes, acudirán aquí mismo para desfilar ante su rey. Así nadie podrá dudar del poder de su soberano.

El sultán parecía disfrutar con todos estos preparativos. El tono entusiasta que empleaba para describirlos desmentía la arrogancia de sus palabras.

—Ya verás, princesa, será una bonita fiesta. Todos la necesitamos, después de esa embajada ofensiva. Y mi pueblo también se la merece.

A pesar de su inquietud, Zoraya sonrió. Abu al Hasán se preparaba para la guerra. Lo sabía. Y se entregaba a ello con una intensidad que la dejaba desarmada.

El día señalado, la población de Granada parecía agolpada sobre la roja pendiente de la Sabika. Cerca de la Puerta del Pozo habían sido instaladas unas gradas. Abu al Hasán apareció en compañía de Zoraya y de su corte. Allí

recibía a sus servidores, saludaba a los generales que encabezaban sus tropas y trataba los asuntos de Estado más urgentes. Durante unas horas, día tras día, desfilaron destacamentos de soldados venidos de todos los rincones del reino, que saludaban orgullosamente a su sultán, deseándole salud y larga vida.

Al lado del soberano, de los príncipes Abu Abdil, Yusuf, Saad y Nassar, Zoraya admiró al grupo de caballeros andaluces, comandado por Ibrahim Alí al Attar, de quién se murmuraba que pronto tendría el honor de conceder la mano de su hija al príncipe heredero. Se asustó de las Gomeras, de las tropas abigarradas de al Zagal, de la armada mercenaria compuesta de rebeldes insumisos a los sultanes de África, cuya intrepidez era reconocida, recordaba, hasta por los cristianos de su infancia. Luego desfiló la guardia personal del sultán, esos renegados tan estirados en sus túnicas blancas y sus capas negras…

Pasaron tantas horas en el calor, el polvo y la excitación belicosa de la multitud, que Zoraya se excusó. Después de su marcha pasaron la caballería pesada y la caballería ligera, la infantería, los arcabuceros, los lanceros, los ballesteros. Y los monjes guerreros, cuyos harapos y mirada fanática dejaron al público helado. Y los carros arrastrados por los cautivos, transportando piezas de artillería, catapultas, arietes, manteletes, torres de asalto. Millares de hombres, de caballos, de banderas resplandecientes día tras día rivalizaban con el sol primaveral. La multitud se dejaba embriagar. La confusión crecía. Las riñas nacían y se multiplicaban… Abu al Hasán tuvo que resolverse a escoltar el desfile.

El 22 del *mouharram* del año 883, para cerrar brillantemente el desfile, el sultán anunció unas celebraciones aún más suntuosas que las precedentes. También esa mañana, con sus más bellos atavíos, los hombres, las mujeres y los niños se precipitaban hacia la Sabika. Los juglares, los bufones, los mendigos y los domadores de monos también participaban en la fiesta. Y los ladrones, y los adivinos, y los vendedores de higos secos, fruta fresca o caballos… El aire estaba templado, el cielo radiante. El público se agitaba ante los espectáculos de tabla. Se regocijaban de ver una vez más al sultán y a su hermosa concubina, que ofrecía al pueblo su dulce sonrisa como el día de su primera aparición. Era un bonito día de primavera, un buen año nuevo, una gran armada de la que Granada podía enorgullecerse. Sin preocuparse por el precio que debería pagar por ello, la ciudad alborozada celebraba los belicosos días que se acercaban.

Una nube… Al principio no fue más que una nube, de un negro azabache, por encima de la Alhambra. En el cielo azul de esa mañana de abril, nada la

había anunciado. Pero el sol, de repente, se extinguió. De golpe, todo se detuvo. Era de noche en pleno mediodía. Y todos contemplaban, estupefactos, los rayos del primer resplandor de luz.

Entonces el cielo se desgarró. De su herida se precipitó una tromba de agua. Un flujo negro, cortante. Un flujo rabioso, una tormenta que se abatía sobre la multitud aglutinada en la Sabika, que la azotaba, la dispersaba sin que pudiera distinguir nada de los lugares a los que dirigía sus pasos.

El desfile viraba hacia el desastre. Mujeres, niños y viejos se desplomaban sobre la calzada serpenteante. Otros los pisoteaban, corriendo y deslizándose entre los cuerpos cegados. La gente gritaba, se interpelaba, se insultaba o se buscaba en vano. Unos esperaban alcanzar sus casas; intentaban descender hacia el Darro, pero la multitud agolpada sobre la pendiente les impedía el paso. Otros, al ver rugir el río y alzarse sus aguas furiosas, intentaban huir hacia arriba. Todos se atropellaban, chocaban, en una escalada de gritos y terror. Muy pronto, sobre aquel tumulto, sobre aquella marea confusa de seres y de cosas, empezó a derramarse un torrente de lluvia, barro, barricadas y mostradores arrancados. Derribaba a unos, golpeaba a otros, y dispersaba al azar a los que permanecían en pie.

Desde la primera alerta, los funcionarios reales encargados del protocolo se apresuraron a guiar a los príncipes y su cortejo hasta la protección de la Alhambra. Zoraya aprovechó el pánico para quedarse atrás. Era más fuerte que ella: quería ver. Quería verlo todo. Participar a su manera en lo que presentía que era el principio de un desastre. Temblando de frío y de terror, se agazapó en una esquina de Bib Xarea, la pesada puerta de la Ley. Oía la llamada de las madres separadas de sus hijos. Adivinaba los llantos de los pequeños, perdidos. Se estremecía con los lamentos de los viejos agarrados bien a la rama de un árbol, bien a un pilar del estrado real. Veía pasar perros ahogados, cuerpos inanimados, otros que se agitaban en todas direcciones, y capas, y babuchas, y restos de madera, cuero, telas. Consternada, chorreando, medía las dimensiones del desastre.

Su desmesura no sería constatada hasta el día siguiente. Durante todo el día, y una parte de la noche, el cielo siguió derramando sus chorros negros. Las aguas del Darro se desbordaban de su cauce, arrancaban los puentes, arrasaban las casas, las tiendas, los mercados de trigo vecinos. La ola frenética atacó la ciudad entera. Cargada de troncos, vigas, despojos, inundó las moradas y los zocos, asoló los jardines, las huertas y los molinos de aceite; profanó los cementerios y devastó la gran mezquita. A cada familia le arrebató un hijo, un hermano o una madre.

Granada estaba de luto. Granada estaba rota. Durante unos meses, Granada curaría sus heridas. Y se oiría más de una voz, en medio de los escombros, murmurando que Granada debía al orgullo de su sultán el horrible castigo divino.

CAPÍTULO XXII

Mondújar, enero de 1479

Nueve lunas han pasado desde la trágica jornada. Un nuevo verano, un nuevo invierno, sin que Abu al Hasán recobre el gusto por nada. La noche caída sobre su desfile, el diluvio barriendo a su armada, han quebrantado al sultán como ninguna derrota militar lo habría hecho.

—Ya no sé qué hacer, estrella mía —confiesa a Zoraya, que intenta consolarlo desde hace semanas—. Me parece no ver ya el final de ese día fatal.

Su voz está cansada, sus rasgos exhaustos. Apenas advierte la mirada llena de reproche que le dirige la joven. Cediendo a sus ruegos, el sultán ha aceptado dejarse conducir a Mondújar, ese nido de amor que tantas veces fue escenario de su felicidad. Pero su espíritu permanece prisionero de la Alhambra, y de su inquietud por Granada.

—El impuesto que me disponía a dictar se ha consumido en la reconstrucción de mi ciudad —recapitula esta noche con voz inexpresiva—. El nuevo armamento, las tropas frescas, no los veremos nunca. Al contrario, mis generales han tenido que reducir los sueldos de los guerreros. ¡Imagina si la armada está en forma para atacar! Que venga, el enemigo. Que se adelante. Es ahora o nunca: antes incluso de que lleguen los cristianos, Granada ya está de rodillas.

Desde hace unas semanas, unos meses, encerrado con su visir, y el *wakil*[8] ocupado en las finanzas, y los *qadis*[9], y los *amines*[10], el emir se esfuerza por sanar, cuidar, curar las heridas de la ciudad enlutada. Los estragos son considerables… Destrozado por la angustia, quebrado por las noches de insomnio, el soberano está al límite de sus fuerzas.

—¿Y si los faquís tenían razón? —prosigue, absorto en su pesadilla—. ¿Y si yo hubiera provocado, con mi exceso de orgullo, el castigo divino?

Desde el funesto desfile, el pueblo se queja. La cólera celeste, los impuestos, el hostigamiento provocativo de los cristianos que, desde la

embajada de don Juan de Vera, multiplican las escaramuzas en las fronteras: todo a sus ojos se vuelve contra un soberano al que Alá parece abandonar. Qué lejos parecen los felices tiempos en que los granadinos bendecían cada día a su soberano.

—¡No irás a creer a esos supersticiosos! —murmura dulcemente Zoraya, que conoce la herida de Abu al Hasán—. Cólera celeste, castigo divino: eso son palabras propias de ingenuos.

—¿Cómo debo interpretarlo, sino? Granada se prepara fieramente para la guerra. Adelantándose al enemigo, afila sus armas y reúne a sus guerreros. Y entonces sucede lo imprevisible: invencible, mortal, el torrente se lleva a mi armada, destruye a mi pueblo, y reduce a la nada todas mis esperanzas. ¿No me irás a decir que eso es una señal de buen augurio?

—Fue un día trágico, señor. Yo lo vi, lo compartí. Sería la última en minimizar su magnitud. Pero es una tragedia que puede suceder en cualquier momento en la vida de todos los pueblos… Os lo ruego, señor; no deis a esta cólera de la naturaleza un sentido que no tiene —se obstina la joven.

—¡Ah, mi pequeña cristiana! ¡Qué razonable eres! Tú crees en el azar. ¿Imaginas tal vez que la vida se pueda desarrollar según leyes en las que el Todopoderoso no participe? Eso es, precisamente, lo que el creyente rechaza. Nada ocurre, ni siquiera una tormenta, que no sea voluntad del Altísimo. La borrasca y el arco iris, la enfermedad y la feliz fortuna, son señales entre tantas otras con las que Él se expresa. Que nosotros hayamos perdido los ojos del alma para ver y las orejas para oír —concluye Abu al Hasán burlándose —: eso es otra historia. Pero no tengo ninguna duda, aquí, de lo que mis ojos han visto.

—Tampoco yo lo dudo, señor —se defiende la favorita—. Como tampoco dudo que todo lo que acontece viene firmado por la mano de Dios. Pero esta señal, me parece, vos la interpretáis a vuestro modo. ¿Que el cielo os abandona, decís? Ayúdate y Dios te ayudará, se dice en el país de mi infancia. O dicho de otro modo: ¡Luchad! ¿No es ése vuestro destino de guerrero, de rey y de hombre? —añade Zoraya en un suspiro—. Cumplir con el destino, amor mío, cumplir con la cabeza alta: éstas son vuestras propias palabras. ¿No está ahí la verdadera señal, la orden vital, la orden divina dirigida a todo hombre? A vos más encarecidamente, quizá más cruelmente recordada…

Perdido en sus pensamientos, el príncipe no parece oírla. Van los dos juntos por los jardines nevados, arropados en su mantos. El soberano se deja llevar hacia las alturas de Mondújar, pero se desentiende de lo que le rodea.

—¿No abandonaréis, verdad? —se exalta la joven, que acaba de detenerse al pie de una escalera—. Sois nuestro sultán, señor. Granada, vuestro pueblo, yo, os necesitamos.

De repente, no es la tierna favorita la que se expresa. Ni la esposa comprensiva. Es una mujer exigente, despiadada. Aquélla cuyo deseo, para brotar, reclama ante ella un poder indómito.

—Vos sois rey, señor. Es más, aunque me ría de ser reina, no me río de ver al rey abatido.

Una chispa de diversión reanima la mirada de Abu al Hasán. ¿No es la pantera de otro tiempo, aquélla cuyo ardor contagioso lo provoca desde la primera noche, la que enseña de nuevo los dientes?

—No renunciar nunca, señor —insiste la joven—. Ponerse siempre en peligro. Correr el riesgo de vivir, correr el riesgo de amar. Correr el riesgo, también, de reinar, de gobernar, de guerrear…

El emir contempla a la joven sin pronunciar palabra.

—¿Me estáis escuchando, mi señor?

—Te escucho, te miro, y tu cuerpo me habla tanto como tus palabras.

La joven, decepcionada, cree que intenta zafarse.

—Eres la vida misma, Zoraya. Tus palabras son la sabiduría. No la de los cortesanos que calculan y analizan, ni la de los estrategas que miden la posiciones y los riesgos. La sabiduría de la vida. La que salta y rebota, el flujo impetuoso de un río que nada podría detener. La que riega la tierra y lleva la semilla de todo nacimiento. La que, a merced de la tierra y el cielo, se convierte en torrente, borrasca o río subterráneo, pero jamás renuncia, y siempre es fecunda. La que tanto nos asusta, a nosotros, los hombres, porque es insumisa, y que tanto me cautiva de ti, mi pequeña salvaje.

—Pero entonces…

—Afrontar, dices tú. Hacer frente. Evidentemente, mi vida, es el único camino. Contigo a mi lado, acabaré de curar las llagas de mi ciudad herida. Y haremos la guerra…

¿Para vencer? —se interroga en voz alta el príncipe—. ¿Para ser vencidos? ¿Quién lo sabe a ciencia cierta?… Dios lo decidirá.

Al tiempo que el emir pronuncia estas palabras, llegan a una de las terrazas que conforman el encanto suspendido de Mondújar. De pronto, dominan el paisaje. Más allá de los pobres campos nevados que se agarran a la pendiente, del fondo del valle de la Alegría les llega el mugido de las bestias y el humo de los lares. A esta hora todo llama al descanso, tras la jornada de trabajo. El aire quema de tan frío. El cielo en el horizonte se

enrojece. Sensible a la quietud del momento, el sultán disfruta del silencio. Con la mano en la de su amante, deja vagar su mirada en la lejanía. Lejos hasta las blancas colinas, allí, al otro lado del valle, hasta el círculo ígneo que lentamente se oculta detrás de una de ellas, y la cubre de sangre.

Entonces Abu al Hasán, la silueta recortada sobre el color escarlata de los cielos, pronuncia la llamada a los creyentes. Se postran dos veces. Luego, durante largo rato, se recoge… Clava en el horizonte incendiado sus ojos negros, implorantes. Más humilde que nunca, agacha la cabeza. A través de esta plegaria de al Maghreb, el soberano de Granada lanza su súplica al Todopoderoso.

A su lado, en silencio, Zoraya también se recoge. Ella no reza, sin embargo; con los ojos fijos en su amante, graba en su corazón la imagen de ese príncipe arrodillado, augusta figura de orante fijada entre la tierra y el cielo sobre el firmamento purpúreo.

Cuando, pasado largo rato, el soberano se pone de nuevo en pie, su rostro lleva impresa una gravedad serena.

—Tenías razón, estrella mía —enuncia—: es una buena idea pasar en estas soledades la noche del destino.

Zoraya no escogió al azar este frío día de enero para arrancar a su amante tanto de las reuniones del *duán*[11] como del aire siniestro de la corte. Esta noche es la de Leilet al Qadr, noche bendita entre todas en que, según la tradición, el ángel Gabriel se apareció al Enviado de Dios para transmitirle el Corán, Revelación, Antorcha y Ley del Islam.

Fue Flor de Sol quien inició a su joven amiga, recientemente, en los misterios de Leilet al Qadr. Le explicó por qué, en esta penúltima noche del mes del ramadán, mientras los hombres se encierran en la mezquita, mujeres y niños se precipitan hacia las terrazas. Por qué, ya sea murmurando las *suras*[12] sagradas, o abandonándose a las charlas y los sueños, escrutan juntos el cielo con una mirada cargada de esperanza.

—Porque en esta noche en que los ángeles ponen al día las cuentas de los hombres —afirmó Malika—, Dios puede escoger a un elegido y abrir el cielo ante sus ojos. Entonces, si tiene preparados sus ruegos y las preces antes de que vuelva a las tinieblas el astro del Altísimo, aquel que vea pasar la estrella fulgurante verá también cumplidos sus deseos.

Por dos veces, junto a su amiga, Zoraya buscó el astro divino. Por dos veces, las jóvenes mujeres habían sido alcanzadas por el alba sin haber tenido oportunidad de formular sus ruegos. De aquellas noches pasadas con la mente en las estrellas, Zoraya guarda un recuerdo encantado. Cada año, desde que

vive en la Alhambra, sentía no pasar en compañía de su amado la noche mágica de Leilet al Qadr. Esta vez ha conseguido llevarlo hasta la terraza de Mondújar.

Tímidas, al principio, entre los despojos del día, las estrellas aventuran una a una su resplandor. Muy pronto, miríadas de luminares colgados en el terciopelo oscuro del cielo cierran el espacio en torno a los dos amantes. Con la cabeza apoyada sobre los cojines, Zoraya se deja mecer por su murmullo. A su lado, siente cómo se relaja poco a poco el cuerpo del sultán, que se ha reunido con ella. La respiración de Abu al Hasán se ha sosegado. Su mirada se ha clavado en la noche. Sus dedos han buscado los de su amante. Tranquilizada, Zoraya se abandona a una contemplación que adivina compartida.

—Ha sido una buena idea obligarme a dejar la Alhambra —acaba de suspirar el emir—. El cielo me devuelve las fuerzas que me abandonaban. Sospecho —añade volviendo hacia ella su rostro aureolado de ausencia— que previste hace tiempo este encuentro con tus hermanas, estrella mía.

Una sonrisa en la oscuridad. La cabeza de Zoraya se ha deslizado sobre el hombro del príncipe. Acurrucados bajo el mismo almajar, los dos amantes rendidos a la paz saborean el transcurso y el silencio de las horas que apenas interrumpen con un murmullo, o un beso. Cada uno se deja llevar por el hilo de sus pensamientos, que llegan a entrelazarse.

—Antes de conocerte —sueña el soberano bisbiseando— estaba sentado en un trono engañoso. El pueblo cantaba mis alabanzas, aclamaba mis victorias, exaltaba mi sabiduría. Cuando yo miraba el corazón de mi corazón, sin embargo, no veía más que soledad. Me creían rico, pero era pobre. Me veían poderoso, y estaba destrozado por el sentimiento de mi pequeñez. Me imaginaban satisfecho, y estaba desesperado… Entonces apareciste tú. Mi alma y tu alma se reconocieron, y ya no he estado solo nunca más.

—Antes de conoceros —suspira Zoraya como en eco— tenía sed y no sabía de qué. Amaba las auroras inflamadas y el canto del pájaro embriagado de sol, y la turbación de la rosa contraída en su capullo. Amaba perdidamente el sonido que arrancaba al laúd, y el galope de mi caballo, y el baile; habría querido amar cada rostro vislumbrado, pero todos se me escapaban. Amaba cada segundo, y cada segundo se me rebelaba. Siempre, señor, tenía sed. Tenía tanta sed… y no sabía de qué.

Las pupilas de Zoraya se han vuelto de espaldas a las estrellas. La joven observa al hombre que está a su lado.

—Desde que os vi —concluye— tuve aún más sed. Una sed que me alimenta, me llena, me maravilla. Mi vocación, mi vida, es amar. Y mi amor sois vos.

—El corazón es un trono, estrella mía —continúa el emir tras un largo silencio—. El amor es un rey. Y la constancia una corona… Quién sabe si, entregándote a mí, el Altísimo me ha designado mi único y verdadero reino.

La joven se guarda de comentar nada. El pensamiento del reino de Granada está demasiado cerca, es demasiado doloroso en este momento, para arriesgarse a evocarlo.

—Quién sabe —añade precisamente Abu al Hasán— si este pueblo que ayer me adulaba, y hoy murmura contra mí, no me ayuda también a darle la espalda a las vanas glorias y a no desear más que lo único que importa: amar…

Enlazados, abrigándose cada uno en el calor del otro, el sultán y su favorita se pierden de nuevo en la danza inmóvil del firmamento estrellado.

Pasan así algunas horas. El silencio responde a los suspiros, la vigilia se interna poco a poco en el sueño. Sus cuerpos languidecen, sus párpados pesan… cuando un mismo sobresalto los despierta ambos.

Surgido de lo más oscuro, se ha producido un fogonazo sobre ellos. ¿Una estrella? ¿Un sol? Una bola de fuego que Zoraya, con la respiración cortada, cree cometa caído de las tinieblas para fulminarlos. En el tiempo que dura un rayo, lo ve dar vueltas, zigzaguear en el cielo y huir.

Una misma turbación los mantiene suspendidos. Un mismo silencio deslumbrado, una misma sonrisa maravillada en los labios.

—¿Lo has visto, no? —susurra al fin Abu al Hasán—. Lo has visto igual que yo.

Zoraya, aturdida, se limita a asentir con la cabeza.

—Dios nos ha bendecido, amor mío, vida mía —continúa el emir.

—Sí —completa la joven—: Leilet al Qadr no puede equivocarse…

—El cielo se desgarra para liberar el huracán sobre Granada —recapitula el emir con voz sorda—: es la señal de que Granada está maldita, de que será atacada, herida, asesinada tal vez. El cielo se desgarra para revelar a nuestros ojos el astro del destino: es la señal de que nuestro amor es bendecido… El Altísimo ha hablado, vida mía. Aunque proclama, ay Dios, los sufrimientos de mi reino morisco, proclama también la eternidad de nuestro reino de amor…

La voz del príncipe se ha quebrado. De tristeza, de alegría; Zoraya no sabría decirlo. Rompiendo con las horas de inmovilidad, Abu al Hasán se

levanta suavemente. Mira a su compañera.

—Tú eres mi mujer, Zoraya —continúa con una voz extrañamente grave —. Esta noche, ante Dios, con las estrellas y Leilet al Qadr por testigos, te tomo como sola y única esposa.

—Señor…

—A los ojos de los hombres, hace falta un imán para validar este matrimonio —la interrumpe el emir—. A los ojos del Omnisciente, el amor es secreto de dos corazones, y el matrimonio sacramento que se dan el uno al otro dos seres que se aman bajo Su mirada.

Zoraya se levanta también. Con los ojos en los ojos de su amante, en los que distingue el destello de la luz de las estrellas, se deja embargar por la magia del momento.

—Tú, Zoraya, hija de doña Lucía y de don Sancho Jiménez de Solís, ante el Altísimo, el Todopoderoso, el Misericordioso, ¿quieres tomarme por esposo? —la interroga arrebatadamente el príncipe—. Te amaré, te protegeré, y cuidaré hasta el fin de mis días…

Hipnotizada por las graves inflexiones de la voz amada, Zoraya se deja arrebatar.

—Sí, quiero —murmura ella—. Y tú, Abu al Hasán, hijo de Saad de la tribu de los nazaríes, undécimo sultán de Granada, ¿quieres tomarme por esposa? Te amaré, te seré fiel, y te cuidaré hasta mi último día…

¿Es ella quién pronuncia estas palabras?

—Sí, quiero —responde una voz firme.

Dos manos rudas y secas aprisionan las suyas. Una mirada de tinta negra bebe en su mirada. Mientras la terraza, las estrellas y el horizonte se balancean a su alrededor, una boca impaciente se apodera de sus labios… Eran dos, y ahora son uno. Marido y mujer. ¿Es eso posible?

Unas lágrimas impregnadas de turbación corren por las mejillas de Zoraya y se mezclan con sus besos.

—Eres mía, Zoraya, de ahora en adelante. Y yo soy tuyo para siempre —susurra el emir entre dos abrazos—. Sea lo que sea lo que le ocurra a Granada, sea lo que sea lo que le ocurra a nuestras vidas pasajeras, nuestro amor vivirá eternamente.

Echados de nuevo sobre los cojines, los dos entremezclan sus respiraciones y sus cantos, sus murmullos y sus palabras. Con los dedos, los labios, la piel, Abu al Hasán querría recorrer los misterios mil veces acariciados del cuerpo amado. Leilet al Qadr es noche de ramadán: el abrazo amoroso está prohibido. Pero las miradas bastan al príncipe para dejarse

alcanzar por su embriaguez. Con los ojos, mide los espacios tiernos y delirantes de su deseo. ¿Dejará alguna vez de tener sed de esa carne conocida y desconocida, tierra sin límites, instante de eternidad? ¿Terminará alguna vez de sumergirse en esas pupilas marinas que la ternura dilata?… Él, tan valiente en el combate y tan orgulloso en la corte, junto a su bella desposada se siente lleno de reverencia.

Alma que vibra, alma que canta, Zoraya también se debate en un estremecimiento del ser. Su cuerpo la quema, se funde en el deseo y se enlaza. Esta lentitud del casto deseo, esta carne atravesada por la luz, este corazón salpicado de risa, los ofrece para la celebración de una ceremonia cuyo sentido la transporta. Unidos el uno al otro ante Dios… Esta noche, bajo las estrellas, con sus cuerpos serenamente enlazados, y sus almas vibrando en un mismo gozo, esas palabras toman su sabor de eternidad.

Más tarde, cuando el sol se les ha prendido y desprendido varias veces, cuando el alba azulada arranca al príncipe de los brazos de su amada, un largo escalofrío los traspasa. ¿Es el frío helado de enero? ¿O la llamada de Granada a lo lejos? A la hora de al Mashreq, Abu al Hasán se levanta. Mientras mira fijamente, hipnotizado, la palidez del astro que se eleva, la acción de gracias que aflora en los labios del soberano nace de una confusión de dolor y alegría mezclados. En ese momento, más que nunca, la felicidad es para él un desgarro. El emir sufre con su reino —y se dispone, lo presiente, a sufrir más —. Sin embargo, nada a sus ojos podrá compararse, jamás, con la intensidad de esa noche en la que Dios ha bendecido el amor del sultán de Granada y su cautiva cristiana.

CAPÍTULO XXIII

Zahara, diciembre de 1481

Desde hace tres días, la tormenta causa estragos en la serranía de Ronda. La montaña se ve gris. El aire helado aulla nieve y escarcha. No se ve a tres pasos, en esta noche del 26 de diciembre, en los alrededores de Zahara la blanca, que duerme en el sueño pesado posterior a las fiestas. A cargo de su protección, los centinelas cristianos escrutan en vano la frontera. Cada vez que dejan su garita, la borrasca los embiste, sin conseguir hacerlos tambalear por encima de las almenas que otean a ciegas.

—¿Qué ser viviente, aunque sea pagano y agente del diablo, se aventuraría a afrontar semejante infierno? —refunfuñan los infelices volviendo a sus refugios.

La tormenta azota y retumba. Durante unas horas reina como único y verdadero señor de la plaza. Hasta que un grito la atraviesa:

—¡Los moros! ¡Los moros!

Una voz castellana desgarra la noche. Una voz que tiembla de terror y de frío, y cubre apenas el aullido de los elementos. Una voz que hace correr a las armas a la guarnición entumecida.

—¡*Wa la ghalib ila Alá*! —le responde el huracán—. ¡Sólo hay victoria en Alá!

¡El grito de guerra de los granadinos!

Una vez escalados el picacho y las altas murallas, los moros alcanzan la plaza. Trescientos caballeros y cuatrocientos soldados de infantería, conducidos por su sultán venerado, han tomado al asalto la ciudad. Zahara se despierta en un sobresalto, entre los gritos y el chocar de las cimitarras. Sorprendidos en medio del sueño, los defensores tan sólo dejan sus cuarteles para sumergirse en la masa confusa donde, cuerpo a cuerpo, sangre a sangre, la batalla se adivina perdida.

Bastan unas pocas horas para que Zahara la inexpugnable caiga en manos de los moros. Muy pronto, Abu al Hasán manda tocar el clarín. Sacados de la

cama, apenas vestidos, hombres, mujeres y niños son echados de sus casas. Los cuerpos sin vida de sus soldados tapizan las callejuelas escarpadas por los que la víspera pasaba el belén en procesión. La nieve, que azota el aire en remolinos feroces, recubre con la misma mortaja a los muertos y a los agonizantes que nadie se atreve a recoger. Sólo el rojo de la sangre corta, aquí y allá, la blancura funesta.

Todos se mantienen en pie, mudos, en la mañana descolorida. Asolados por la tormenta, carcomidos por la angustia, los zaharianos esperan. Las órdenes resuenan: la guardia de la fortaleza es confiada a cincuenta caballeros y doscientos ballesteros. Doscientos de entre los vencidos parten en cautividad. Arrancan a algunas mujeres a sus maridos, y a algunos niños a sus madres. Las amenazas son constantes. Los golpes llueven sobre aquellos que se resisten. Los hierros se cierran en torno a los tobillos de los prisioneros. Los soldados granadinos patalean de impaciencia. Hay que ponerse en camino.

El trayecto es difícil, entre Zahara y Granada. La montaña es aterradora, en esta cuarta jornada de tormenta. Y las ráfagas, y la nieve, y las garras ariscas del hielo que paralizan la marcha… Con el soberano a la cabeza, los caballeros han pasado delante. Enseguida dejan de verlos. Algunas mujeres se desploman, con la cara azulada de sus pequeños estrechada contra su seno. Medio muertos de frío, de miedo, de agotamiento, los que se mantienen en pie se tambalean bajo las cadenas. El cortejo de los vencidos tiene un aspecto lamentable.

A primera hora de la tarde, Abu al Hasán y su séquito cruzan la puerta de Ilbira. Desfilan, victoriosos, blandiendo como un trofeo las banderas y estandartes despojados a Zahara. Informados enseguida de la feliz noticia, los granadinos invaden las calles. Cantan gloria y alabanzas a su sultán vencedor.

—¡Granada recupera su orgullo! —se oye aquí y allá—. Ronda, gracias a Dios y a nuestro sultán, ha sido vengada…

Ronda, humillada dos meses antes por el marqués de Cádiz, que llegó a arrasar, sin que sus defensores supieran reaccionar, la soberbia torre del Mercadillo.

Granada se prepara para celebrarlo, olvidado ya el siniestro desfile, y desterrada la vergüenza gracias a Zahara. En la Alhambra, ministros y cortesanos se felicitan unos a otros, mientras en la intimidad del palacio Zoraya se echa en brazos de su amante.

—Habéis vuelto, mi señor. ¡Qué miedo he pasado!

—No ha sido nada, mi vida. Nada más que la nieve, el frío y la sangre. Nada más que unos gritos en la tormenta, y el miedo del enemigo sorprendido. La guarnición era escasa. La plaza apenas tenía defensa. Los cristianos confiaban demasiado en su peñasco, supuestamente inexpugnable. Mis hombres han estado admirables.

Abu al Hasán reduce a nada la batalla. Su mirada alucinada cuenta una historia más brutal de la que Zoraya no sabrá nada.

En las calles de la capital, en los alrededores de las mezquitas, la gente se mueve alegremente en vista de los banquetes festivos de los que cada uno, está noche, tendrá su parte… Pero cuando, más tarde, aparecen los cautivos, cuando empiezan a desfilar esos cuerpos quebrantados, esas mujeres lacrimosas, esos niños que apenas respiran, la tierna Granada se echa a llorar. El pueblo ofrece a los esclavos moribundos las vituallas, los platos de la fiesta. Y más de un corazón, llevado por la piedad, se vuelve en secreto contra la crueldad de su rey.

—¡Ay, Granada, ay, ay! —se alza de repente una voz.

Es un viejo santón, uno de esos santos ascetas que viven retirados en sus ermitas y no salen de sus plegarias, de su ayuno y de sus éxtasis más que para ir a mendigar de vez en cuando una limosna que todo creyente se apresura a concederles.

—¡Ay, Granada, ay! —repite el viejo.

Y la población, temerosa, se abre a su paso.

—¡La hora de tu desolación se acerca! Las ruinas de Zahara caerán sobre tu cabeza… Mi corazón me dice que el fin del reino se acerca.

Los granadinos se estremecen al sonido de la profecía.

—¡Pobre de ti, Granada! —prosigue el anacoreta, con los ojos abrasados por el fuego de su funesta visión—. La paz se ha roto para siempre. La guerra ha empezado, y no terminará hasta tu destrucción.

El pueblo, llevado por el temor, se cierra tras el viejo de voluminoso turbante. Pero él sigue avanzando, insensible al espanto que provoca.

—¡La desgracia planea sobre ti, Granada! —continúa infatigable, de calle en calle, de plaza en plaza—. Tu caída está próxima. Sólo la desolación habitará tus palacios de ahora en adelante. Los fuertes caerán bajo los golpes de la espada. Tus hijos y tus hijas se lamentarán en la cautividad. No olvides jamás que Zahara anuncia aquello en lo que tú misma te convertirás.

El terror se apodera poco a poco de la multitud. Esta voz penetrante que vibra en el corazón de sus oyentes, esta silueta de oráculo maldito que sólo la

mano del Todopoderoso ha podido llevar hasta los infelices cristianos: todo confluye para sobrecoger los espíritus.

El día de fiesta y de orgullo se diluye en el temor. A causa de un viejo loco, de un viejo sabio quizás, el pueblo se retira esta noche asediado por presentimientos siniestros.

CAPÍTULO XXIV

Granada, marzo de 1482

El mes de marzo acaba de empezar. Todavía entumecida por el invierno, la Alhambra se despereza bajo el sol macilento. Fuera, los pájaros aventuran sus primeros trinos. En el salón de Comares, apenas calentado por un brasero, Zoraya permanece, helada, a los pies de su esposo. Con el mentón posado sobre sus rodillas en un gesto familiar, y la mirada fija en las pupilas de noche, escucha los planes del príncipe y comparte sus esperanzas.

—En cuanto se ha derretido la nieve —explica—, nuestros emisarios han partido hacia la costa. Llevan correos al rey de Tlemcen, a los de Túnez y Fez. Si hace falta, irán después a El Cairo, hasta el sultán mameluco. Granada necesita hombres, armas y provisiones. Si Dios quiere, nuestros hermanos nos escucharán. En nombre de Alá, vendrán a prestarnos su auxilio.

En eso fija sus esperanzas Abu al Hasán, cuando un eunuco del palacio se presenta en el umbral del salón.

—Sidi al Qasim Venegas me envía ante su majestad. Un caballero acaba de llegar, un mensajero de Alhama. Parece exhausto y suplica ser recibido por el sultán en persona.

Zoraya, sin saber por qué, siente que se le hace un nudo en el pecho.

—Perdóname, vida mía —se excusa Abu al Hasán, cuyos rasgos también se han crispado—. Una vez más, me temo lo peor —añade levantándose para acompañar al eunuco.

Las noticias corren rápido, en palacio. Los muros del harén tienen oídos, y siempre hay alguien que se apresura a divulgar los rumores funestos. Apenas ha pasado una hora sin que el príncipe vuelva cuando una alma caritativa informa a Zoraya: los cristianos asaltan Alhama. A ocho leguas de la capital, la llamada Llave de Granada está a punto de caer en manos enemigas.

El sultán acaba de enviar mil de sus mejores caballeros para socorrer a los asediados.

—¡Alhama!, ¿te das cuenta? —rabia al reunirse con ella un poco más tarde—. Alhama, su oro, su plata, sus pedrerías libradas a los saqueadores. Alhama, tan cercana, tan valiosa, con sus fardos de seda, sus caballos de la más pura sangre andaluza, sus reservas de grano y de aceite, y de miel… ¿No les bastan ya las ciudades fronterizas, a estos rapaces? ¿No tiene ya límite la osadía de los cristianos, que se atreven a llevar su hierro al corazón mismo del reino? Pero, afortunadamente, para nuestros caballeros esa tropa insolente no será más que un simple entretenimiento.

Entre la tristeza y la ansiedad, la noche acaba por caer. Cada uno espera encontrar el olvido en el sueño… Pero he aquí que los caballeros partidos por la mañana se anuncian a las puertas de la ciudad: vuelven sin haber combatido.

—No hemos podido hacer nada, majestad. No es una tropa de cabezas huecas la que ha atacado Alhama —explica lastimosamente su *qaid*[13]—, sino una verdadera armada conducida por el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León. Cuando hemos tenido la ciudad a la vista, la ciudadela ya había caído. Los estandartes cristianos ondeaban en las torres. En estos momentos, todavía se combate en la ciudad.

Esa noche, durante mucho rato, Zoraya esperó al príncipe. Cuando al fin reapareció, el cielo palidecía ante la cercanía del alba. Abu al Hasán llevaba la daga y la espada, su capa y su cota de malla.

—Partimos, mi vida, para Alhama. Esta vez son tres mil caballeros y cincuenta mil soldados de infantería, reunidos durante la noche. Tomaremos la ciudad al asalto… La guerra se ha declarado, definitivamente —concluyó.

—Tened cuidado, señor —le rogó pálida la joven.

—Cuídate tú también, princesa de dulce sonrisa: me eres más valiosa que la vida. Y reza por nosotros, Zoraya, reza por mis hombres, y por el pueblo de Alhama, cuya sangre corre a estas horas por las calles de la pobre ciudad.

Apenas el soberano se hubo reunido con sus hombres, la favorita, con el corazón oprimido por una angustia abrumadora, llamó a Hanuna. Ocultas bajo espesos velos, las dos mujeres se deslizaron por la *Alcasba*[14], donde vivía un primo de la sirvienta. Procurándose unos cuantos puñados de dirhams hábilmente distribuidos, y con cuidado de mantener tapado el rostro de Zoraya, pudieron alcanzar Borj al Shems, la torre del Sol, que dominaba la vega. Acurrucadas la una contra la otra, las dos mujeres siguieron con los ojos el serpenteo de la armada entre la polvareda a la luz de la aurora.

La favorita no aceptó volver a palacio hasta que perdió de vista la silueta del orgulloso caballero que conducía a sus hombres al combate.

Pasaron varios días. Más de una semana ya, desde aquella mañana descolorida. Días y noches sin noticias, de los que toda Granada contaba las horas, rogando a Alá el Magnífico que les devolviera a un soberano victorioso.

Cada noche, a Zoraya le costaba dormirse, murmurando todavía sus labios las plegarias que una parte de ella desgranaba todo el día. Cada mañana, se despertaba sobresaltada, con la garganta seca y un nudo en el estómago. Buscaba a tientas junto a ella un cuerpo que no estaba. De golpe, recordaba la espera… ¿Sería para hoy, la atroz noticia que tanto temía? ¿O bien volvería a ver al fin esos grandes ojos negros, cuyos párpados caídos acentuaban su tristeza en los últimos tiempos? ¿Y esa sonrisa de ternerón? ¿Y sus manos dulces, esas manos poderosas, esas manos que tenían el poder de arrebatarla? ¿Y esa voz de terciopelo, tan grave, acariciante, cuyo sólo recuerdo bastaba para hacerla temblar de esperanza?…

Cada noche, esperaba la hora que en el palacio, dormido, cesaba la vigilancia. Entonces, escarbaba en el cofre en el que se amontonaban sus escasos tesoros. Velos, cinturones, baratijas, nada muy valioso, en suma, entre los aromas de sándalo y ámbar. Nada, salvo la cajita de madera clara gastada por los años, esa humilde cajita que sus dedos reconocían con alivio.

A los pies de la cama, se arrodillaba.

—Santa María, Madre de Dios —imploraba—, proteged al hombre que amo. Velad por él. Devolvédmelo. Haced que mañana vuelva a mí… Oh, María, os lo ruego —gimoteaba cada vez que la imagen de un Abu al Hasán herido hacía tambalear sus esperanzas.

Esa noche, de lo cansada que estaba, Zoraya se durmió en medio de su plegaria, de rodillas, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué haces ahí, vida mía? —murmuró en su sueño la voz por la que ella languidecía—. ¿Es así como cuidas de mi bien más querido?

Dos brazos la alzaron. Un soplo rozó su cuello. Larga figura tallada en la noche, un hombre que se parecía a Abu al Hasán la tumbó sobre el lecho.

—¿Era posible que no fuera más que un sueño?

—Chsss, amor mío, no digas nada —murmuró en su sien la voz que la arrancaba al sueño—. No hagas preguntas. He venido para quererte.

Dos labios alterados se cerraban sobre su grito. Una barba áspera cosquilleaba sus mejillas. Urgentes y lentas a la vez, dos manos apartaban los

paños de su camisa, remontaban a lo largo de sus muslos, se demoraban sobre sus caderas, sobre su vientre, sobre su cuello. En la penumbra, como si el horror de los días pasados en Alhama se lo hubieran hecho olvidar todo, Abu al Hasán volvía a recorrer el cuerpo de su amante. Acariciaba, amasaba, dibujaba cada curva. Un estupor religioso daba acentos graves a su respiración precipitada.

Tibia aún de sueño, aplacada pronto por el deseo, la joven se estremecía bajo la ávida mirada. Respiraba lentamente. La sangre golpeaba en sus sienes, su cabeza se balanceaba, a la derecha, a la izquierda, cada vez más rápido mientras un flujo y reflujo abrazaba su carne. Alguien acababa de gemir. ¿Era él? ¿Era ella?

Abu al Hasán entraba en la danza continua de las manos, del vientre de su amante. Ajustaba su respiración a la de la joven. Y Zoraya, a su vez, entraba en ese galope que desbordaba el espacio de la alcoba.

—Ven, esposo mío, mi rey, mi vida —suspiraba aturdida—. Ven, amado mío, guerrero mío; entra en mí. Te espero desde hace tanto tiempo…

Mujer fuente, mujer semilla, mujer fecunda de tanta espera, de tanto miedo, de tanta esperanza también, Zoraya se reconciliaba con la vida.

Durante toda la noche, el emir y su amada hicieron provisión de felicidad. Al alba, como si temiera haberlo soñado, Zoraya se acurrucó contra su amante. Su vientre llamaba a la mano amada, su mejilla buscaba la vena del cuello en la que palpitaba una vida frágil, su torso reclamaba el roce de las palmas tranquilizadoras. Un abrazo más, un suspiro. Y la aurora apuntaba sus reflejos azulados.

Sólo entonces, con tono grave, Abu al Hasán habló:

—Fue espantoso, vida mía. Los cadáveres recubrían el suelo. Centenares de nuestros hermanos, los fieros defensores de Alhama, yacían a los pies de la muralla. Los bárbaros los habían tirado ahí. Cuando llegamos, los perros vagabundos se repartían sus despojos. —El sultán hablaba con una voz clara. Sus labios temblaban, amargamente. Y sus pupilas absortas erraban entre visiones espeluznantes—. Estábamos cegados por el horror. Empujados por la rabia, los mejores de mis guerreros se lanzaron enseguida al asalto. Era absurdo. Era suicida. Y cargaré para siempre con el peso de esa carnicería. Sin manteletes, sin torres de asalto, habiendo malogrado el efecto sorpresa, mis hermanos sucumbían por decenas bajo las lanzas y las piedras… Al acabar el día, casi doscientos de los nuestros yacían alrededor de la ciudadela.

Con los puños cerrados, la mirada vacía, Abu al Hasán revivía cada escena de la atroz jornada. Zoraya le seguía con la imaginación. Sangre,

gritos, alaridos. El tumulto de las armas que se entrechocan, de los corceles que relinchan de terror mientras aullan los heridos y los moribundos, pisoteados, gimen su agonía.

—A estas horas, el asedio continúa. Nos han hecho falta tres días y varios cientos de muertos para cambiar el curso del río. Entonces, la ciudad se ha quedado sin agua. Su única cisterna, requisada por la guarnición cristiana, debe de estar a punto de secarse. La rendición no es más que cuestión de días. Pero son los *alhameños*[15] —concluyó el príncipe con voz lúgubre— los que más han sufrido. A estas horas, la mayoría de ellos están muñéndose de sed.

Adelantándose al gesto de Zoraya, Abu al Hasán se arrancó a la calidez de la alcoba.

—Te doy gracias, princesa, por tu ternura. Por esa fuente de vida de la que me has dado a beber esta noche. Demasiada angustia, ¿comprendes?, demasiados muertos, demasiado horror; necesitaba tu deseo.

—Mi deseo os acompaña, señor, y mi ternura, y mi plegaria.

—Dios escucha tu plegaria. Si Él quiere, en unos días, los héroes de Alhama no habrán muerto en vano. El color escarlata de las banderas nazaríes ornará de nuevo la ciudad.



Pasó una semana más. El mes de marzo tocaba a su fin. Los naranjos estaban en flor, y su perfume de hojas y azúcar exhalaba en vano su embriaguez. Nada aplacaba los temores de Zoraya. Esperando a Flor de Sol, que había anunciado su visita, arrastraba su alma inquieta por el patio de Comares. Ni el estanque de aguas tranquilas, ni el adorable aroma del mirto, conseguían sosegarla. Sentía una angustia sorda de la que, ese día, esperaba distraerse junto a su amiga. Pero su inquietud aumentó al ver el rostro deshecho de Malika.

—¿Qué hay? ¿A qué viene esa cara de espanto? ¿Traes malas noticias de Alhama?

El malestar de la favorita se mudaba en terror.

—No, no —la tranquilizó la visitante—. No le ha pasado nada a nuestro sultán. No es eso… Es mi ciudad la que me da miedo.

—¿Tu ciudad?

—Ya no la reconozco, *habibti*. Tan alegre, tan acogedora, y ahora la veo triste, y desconfiada, y perversa.

—¿De qué hablas, corazón? No me tienes acostumbrada a esas chiquilladas —la cortó Zoraya, sorprendida.

—No te burles, amiga. Tengo ojos para ver, oídos para oír, y mi cabecita para deducir que lo que se nos viene encima es grave. Esos hombres armados, por todas partes…

—¡Pero es Abu al Qasim quién ha doblado la guardia! Lo sé, él me lo ha dicho. En ausencia del sultán, me parece una sabia decisión.

—No estoy hablando de los soldados del visir, sino de los otros.

—¿Los otros?

—Los amigos de los Abéncerrajes. Los que merodean por los muros y murmuran a escondidas, los que esparcen calumnias, descontento y recriminaciones contra nuestro sultán como un reguero de pólvora. Los que no están lejos de llamar a la revuelta a mis hermanos de al Bayyazin.

—¿Estás segura de lo que dices?

Zoraya esta vez no se burlaba.

—Júzgalo tú misma —respondió Malika—; hasta el mercado, y los zocos, se ven siniestros. Cada artesano esconde un arma bajo su buril. Los mercaderes ambulantes ya no sirven más que para esparcir viles rumores. Se dice que en las mezquitas, en la plegaria del viernes, los imanes instan a los hombres a entronizar al joven Abu Abdil…

—¡Abu Abdil! ¿El príncipe heredero?

—Por supuesto. Ha sido siempre el método de los Abéncerrajes: poner al hijo contra el padre, o al hermano contra el hermano. Y servirse de su pretendiente como de una marioneta. Lo han intentado a menudo. Incluso con nuestro sultán, a quien llevaran al trono en otro tiempo. Pero el Sejid Abu al Hasán tenía carácter: una vez en el poder, gobernó sin ellos. Gracias a Dios, al Zagal, algunos años más tarde, se negó a traicionar a su hermano mayor…

—¡Ya sé todo eso! —la interrumpe Zoraya con impaciencia—. Hablame del día de hoy, por favor.

—No sé si te imaginas la ebullición que se ha apoderado de esta pobre ciudad de Granada. Incluso las mujeres toman partido: las hay fieles al sultán y partidarias del joven príncipe. Dar al Anuar se ha hecho inhabitable; esas idiotas no cesan de gimotear y discutir. Y además, está ese panfleto… —¿Un panfleto?

Malika se calló. Su rosto se sonrojó rápidamente.

—¿Qué panfleto? —insistió Zoraya.

—¿No te enfadarás conmigo, espero? —continúa Flor de Sol, con una voz repentinamente insegura.

—¿Enfadarme contigo? ¿Por el odio de los Abéncerrajes? ¿Por la locura de Granada?… Palabra, amiga mía, que esta locura te alcanza también a ti.

—Es infamante, te prevengo. Pero es mejor que lo sepas… He aquí lo que, desde hace algunos días, se murmura de casa en casa: «El amor vergonzoso por una cristiana domina y adormece al viejo sultán. Y mientras se apoya en Venegas, hijo de renegado, traidor y falso musulmán, la daga del verdugo corta el cuello de los fieles Abéncerrajes al tiempo que la espada de los cristianos extermina a los habitantes de nuestras ciudades y campamentos». Zoraya callaba, aterrada.

—¿No dices nada, amiga mía? —continúa Flor de Sol con voz inquieta.

—Pero… ni una sola palabra de todo eso es verdad —alcanzó a pronunciar la favorita real—. Abu al Hasán, a estas horas, está arriesgando su vida para salvar Alhama. Abu al Qasim es el más fiel servidor del reino. Todo el mundo sabe que los Abéncerrajes se pasan la vida entre intrigas y conspiraciones. En cuanto a mí…

Unas lágrimas de impotencia anegaban sus ojos. ¿Qué se había hecho del pueblo alegre que ella había amado? ¿Había acabado esto con la confianza que la había unido a Granada desde el primer día?

—¿Pero qué quieren, entonces? —imploró desconcertada la joven—. ¿Qué esperan, los que se llenan la boca de esas palabras infames y sueñan con llevar al trono a un jovencito del que no saben nada?

—Si te refieres al pueblo llano, no espera nada, me temo. Tiene miedo, un miedo ciego, y se deja manipular. Abu al Hasán no ha recobrado aún Alhama, y todos le dan la espalda. Abu Abdil es joven, nadie le conoce, y le atribuyen todas las virtudes… ¿Qué quieren? Lo que nadie podría darles: la despreocupación de otros tiempos. Antes que admitir que los tiempos empeoran, y prepararse, prefieren creer en el hombre providencial que les devolverá la tranquilidad de ayer…

Después de irse su amiga, Zoraya permaneció sola, meditando sobre las desastrosas noticias. Erraba por el Sahan Arrayahin, y se disponía a hacer llamar a Abu al Qasim para oírle confirmar lo dicho por su amiga, cuando un movimiento, a su lado, la arrancó a sus oscuros pensamientos. Una paloma se posaba, batiendo las alas, sobre uno de los mirtos tallados. Lajoven sabía que había un palomar al lado, pero el pájaro blanco no parecía perdido. Al contrario, parecía esperarla. En sus patas, algo brillaba. ¿Un anillo, tal vez? Un mensaje…

Con el corazón palpitando, la favorita cogió el ovillo diminuto de la pata del dócil animal. En cuanto recorrió los primeros arabescos, reconoció la letra

de su señor.

Éste tomaba algunas palabras de Ibn Hazm:

Noé le había escogido y, lejos de traicionarle,
vino a traerle una feliz noticia

… —decía Abu al Hasán a través de la voz del poeta.

Le confiaré entonces esto que escribo: estas palabras,
estas letras, ves, que van saliendo una tras otra…
… Y te llevan mi amor.

—¡Está vivo!, pensó ella estremeciéndose—. Hace semanas que estoy lejos de ti —proseguía el mensaje real—. Sin embargo, ¿te ofenderás si te digo que apenas te echo en falta?».

¿Qué quería decir eso? Pero el mensaje del príncipe continuaba:

No te he dejado, vida mía. Desde esa noche en que me llenaste de valor, te llevo en mí. Incluso aquí, en el corazón del horror, tu querido rostro me acompaña. En cualquier momento de angustia, tu sonrisa aparece y me sosiega. Sólo Alá sabe cuánto lo necesito, estos días en que mantenemos el asedio y vemos, día tras día, los cuerpos de nuestros hermanos, muertos de sed, arrojados por encima de las murallas. Muertos de sed por culpa nuestra. ¿Lo entiendes?… Hay que seguir, no obstante. No tenemos elección. Pero al ver cada mañana bajo nuevos rasgos el rostro de la guerra, la cara lívida de la muerte, pienso en mi querida Granada; y pienso en ti, en mí, en nosotros, estrella mía… Sí, Granada es mortal, como los somos nosotros. Esta pobre ciudad de Alhama me lo recuerda hoy. Pero, ¿debo confesártelo? ¿Qué me importa la muerte cuando comprendo que nada, ni siquiera ella, nos separará jamás? Pase lo que pase, estaré seguro de ello en adelante, pues lo que Alá ha unido en la tierra, ¿quién podría separarlo?

Sola en el Sahan Arrayahin, Zoraya intentaba no caer de rodillas, ni dejar escapar las lágrimas que le oprimían la garganta… ¡Cuánto amor en aquellas palabras! Cuánta angustia también. Rey, hombre, creyente, amante: todo Abu al Hasán estaba ahí, en la palma de su mano, donde reposaba una hoja de papel escarlata. Nunca como entre esas líneas había tenido Zoraya la

sensación de tocar la llaga secreta y viva que había adivinado en el corazón del príncipe. Esa parte de noche inconsolable que, desde siempre, a flor de alma, ella conocía: ahí estaba su belleza de hombre. Esa noche, por encima del fracaso de la guerra, Abu al Hasán depositaba a sus pies su regalo más valioso: le hacía, con su fe, la ofrenda de su vulnerabilidad.

* * *

—¡Mamá, mamá, ven, rápido!

Con las mejillas ardiendo, excitados, Saad y Nasar entraban en tromba en la alcoba en que Zoraya aún dormitaba. Sus gritos iban a hacer estallar aquella mañana en pedazos.

—Nuestro padre está de vuelta —clamaba Nasar—. Lo he visto desde la muralla.

—La retaguardia andaba aún por la vega —precisaba su hermano mayor —. Pero el sultán caracoleaba en cabeza. Estaba ya en Granada, muy cerca del puente de Qadi.

Zoraya se precipitó hasta sus hijos, y los estrechó contra su corazón. Reía, lloraba, daba gracias al cielo por haber atendido sus ruegos, se reía de sus temores y despreciaba sus presentimientos. ¡Abu al Hasán estaba de vuelta! ¡Abu al Hasán estaba a salvo! Su amado volvía a ella…

Pero ay, volvía vencido.

Cansados, diezmados, sus hombres y él retornaban llenos de rabia y de vergüenza. Los musulmanes habían perdido la batalla. A estas horas, la Llave de Granada era más cristiana que nunca.

—Todo está perdido, mi vida —afirmaba algunas horas después el sultán a su favorita—. No sólo Alhama, sino Granada, el reino…

Nunca su rostro había parecido tan trastornado. Unas amplias ojeras se hundían en sus mejillas. Nuevas arrugas enmarcaban su boca. Pero era muy en el fondo de sus pupilas negras, que se volvían grises, donde se leía la desazón. Una angustia sin remedio cuya verdadera causa Zoraya no tardaría en descubrir.

—La victoria estaba cerca —contaba el príncipe—. Exánime en Alhama, la guarnición cristiana estaba a punto de rendirse. Era cuestión de horas. Pero esta mañana, al alba, se ha trastocado todo. Mis exploradores me informaban de que en dirección a poniente, más allá de las colinas, avanzaba una tropa vigorosa. Una tropa, ¿qué digo? ¡Una armada! —Lívido, Abu al Hasán revivía el instante crucial—. Nosotros estábamos agotados, y ellos estaban

llenos de ardor. Nosotros habíamos perdido unos cuantos hombres, y ellos eran cincuenta mil. Muy pronto, cogida con tenazas, nuestra armada se habría hecho cortar en pedazos… No tenía elección. A un paso de la victoria, tenía que tocar retirada. —Cólera, humillación, desespero; en el rostro del guerrero vencido las emociones se fundían en una: la amargura—. Dios nos ha abandonado, vida mía. —¡No, señor! No digáis eso.

—¡Escúchame, criatura! —la cortó—. No lo sabes todo. Escucha el nombre del señor que se ha precipitado en socorro de don Rodrigo, marqués de Cádiz. Es el propio duque de Medina Sidonia. —La joven no entendía—. Don Guzmán, el peor enemigo de don Rodrigo —insistía el príncipe—. Su peor enemigo, ayer. Hoy, como por ensalmo, su amigo. Y, en medio de esos refuerzos, ¿quién crees que desfilaba? El querido conde de Cabra, que estuvo no hace mucho entre nuestros aliados contra don Alonso de Águila. ¿Te das cuenta ahora?

A lo largo y ancho de la alfombra, con pasos de hombre abatido, el soberano deambulaba, obnubilado. No esperaba respuesta.

—Lo que temía ha llegado —continuó—. Por orden de los reyes Fernando e Isabel, con cuya causa se han aliado, los señores andaluces se han reconciliado. Eran libres, y se han sometido. En nombre de una España unida, en adelante Granada tendrá que enfrentarse a todo al Andalus. Peor; ahora que hay paz entre Castilla y Portugal, ahora que don Fernando ha sucedido a su padre, es Castilla, y León, y Aragón… es la España cristiana entera la que se alía contra los moros. ¿Necesitas más pruebas?

Zoraya no osó responder. Lo comprendía más que bien. Y se esforzaba a su vez por aceptar lo inaceptable.

—Porque si quieres más, también las tengo —insistía el emir, inconsciente de haberse reído—. Las he recibido aquí, estas pruebas, a través de nuestros espías: parece que el rey Fernando esperaba conducir los refuerzos en persona. Apenas informado del sitio a Alhama, habría galopado desde Medina del Campo, donde se encontraba, a Antequera, cerca de la frontera. Habiendo don Guzmán partido sin él, no pudo penetrar sin tropas en nuestras tierras. Pero no tardará en reunir una armada… ¿Te has convencido, ahora? —pregunta Abu al Hasán con tono cansado—. ¿No ves como yo el viento que cambia, y la cólera del Altísimo que, después de aquel endiablado desfile, no cesa de abatirse sobre Granada?

Burgos, noviembre de 1502

La continuación, mi Isabel, no me la contó más que una vez. Muy rápido. Como para desembarazarse del amasijo de sufrimiento, miedo y traiciones que era en su memoria.

Como si el acoso de las armadas de Castilla no bastara para su desgracia, una guerra fratricida iba muy pronto a desgarrar Granada. Hasta la caída, menos de diez años después, no se mitigaría. Según mi amiga, nuestros Reyes Católicos, que Dios los tenga en Su Santa Guarda, habrían hecho todo lo posible por atizar las disensiones que tan bien servían a su causa. Aunque mi alma de cristiana me obliga a creer que se hizo así según la voluntad del Altísimo, mi corazón de mujer y de amiga no pudo evitar verter una lágrima cuando la que había sido Zoraya me describía la caída de su reino.

Para empezar, en el mes de mayo Muley Hacen sufrió su segundo jaque entre las murallas de Alhama. Poco después, Granada era presa del fuego.

—Manipulado por la maldita Fátima —me contaría Isabel—, apoyado por los Abéncerrajes, aquél al que vosotros castellanos llamáis Boabdil tomaba las armas contra su padre. El sultán y yo misma nos encontrábamos en Dar al Ixares, entonces. En pocas horas, la Alhambra caía en manos de los facciosos.

Mi joven amiga contó su huida, la fidelidad jamás desmentida de al Zagal y de los hermanos Venegas, los meses de exilio pasados en Málaga, y el retorno un año más tarde.

—Abu Abdil era realmente el desafortunado de los presagios —sonreía tristemente Isabel, que no podía maldecir a su infeliz hijastro—. Durante nueve meses, encerrado en la Alhambra, no se atrevió a moverse. Y cuando al fin se decidió a atacar la plaza enemiga de Lucena, al Zogoybi fue derrotado. Diezmadas sus tropas. Muerto el feroz Ibrahim Alí al Attar, su padrastro. Y él mismo, ¡prisionero! Es así cómo, la primera vez, desapareció de escena ese pobre usurpador. Y cómo su padre y yo volvimos a Granada, y Abu al Hasán recuperó su trono entre las aclamaciones ambiguas de un pueblo que ya no sabía en manos de quién poner su destino.

CAPÍTULO XXV

Granada, mayo de 1483

—¡Viva nuestro sultán! ¡Larga vida a Abu al Hasán! Que la bendición del Altísimo sea sobre el vencedor de al Sarqiyya…

Para recibir a su soberano, los artesanos cerraron sus talleres y los mercaderes plegaron sus tenderetes. Miles de hombres y mujeres, vestidos de fiesta pero con mirada equívoca, se agolpaban en el camino del cortejo real. Incluso los imanes y los faquís, los mendigos y los ladrones, estaban de su parte. Diez meses después de haberlo perseguido al grito de las armas y de la vergüenza, el pueblo de Granada acogía a su sultán con todos los honores.

Los tiempos habían cambiado desde aquella noche de pesadilla en que corrió la sangre granadina, el padre enfrentándose al hijo cuerpo a cuerpo en las calles, mientras Abu al Hasán intentaba arrebatar la Alhambra a los soldados de Abu Abdil conducidos por Ibn Kumasa. Desde su exilio en Málaga, el sultán que creían caído se convirtió en un león: había acudido en socorro de Loja, asaltada por la hueste real de don Fernando; había conducido una incursión victoriosa sobre las tierras del duque de Medina Sidonia, su adversario en Alhama; en esta ocasión, decía el orgulloso rumor llegado a Granada, había provocado con arrojo al gobernador de Jabad al Tariq, el Gibraltar cristiano. En primavera, fue el turno de al Zagal y Redwan Venegas de probar su heroísmo: en las montañas de Málaga, diezmaron la armada del gran señor de Santiago, que tenía las miras puestas en la ciudad portuaria. Mil quinientos prisioneros, cuatrocientos de ellos hidalgos que se negociarían a buen precio; tal era el balance de una victoria a la que el partido del *sejid* Abu al Hasán debía hoy su popularidad.

Aún ayer, Granada lloraba al joven Abu Abdil, que creía muerto como un héroe entre las murallas de Lucena. A esas horas, sabiéndolo vivo y rehén de los cristianos, se volvía contra él. El padre aprovechaba el nuevo giro que condenaba al hijo. Pero las miradas de la multitud seguían cargadas de angustia: ¿Restituiría Abu al Hasán al reino su inocencia perdida? ¿Sabría

echar a esos cristianos que no dejaban de ganar terreno? ¿Aplacaría el rencor y los temores que se veía brillar, todavía, en los desconfiados ojos de muchos?

En medio de tanta incertidumbre, sólo una voz se alzaría contra el soberano. Una voz violenta y agria. La voz mortificante de una mujer, una ambiciosa pagada de su victoria.

Sucedió en la sala del trono, donde hasta hacía bien poco tiempo se sentaba al Zogoybi, en el lugar del esposo infamado.

—Mi honor de esposa legítima —lanzó la *sejidah* Fátima—, me prohíbe vivir bajo el mismo techo que el esposo infiel y su concubina.

La sultana se retiró con su oro, sus esclavas y sus damas de compañía a su palacio del Albaicín, que todos llamaban ya Dar al Hurra.

Abu al Hasán la dejó hacer. ¿Que Fátima no había dejado de perjudicarle? Él sabía cómo hacerla callar.

* * *

—Te necesito, reina de mi corazón —anunció aquella noche el emir al reunirse con Zoraya en el mirador mientras, sentada frente al tocador, cepillaba su larga cabellera y dejaba vagar sus pensamientos.

Cansada por las jornadas de viaje, la joven había vuelto con agrado a la quietud de sus aposentos. Desde el cenador suspendido sobre el minúsculo jardín, se reencontraba con los ruidos familiares, con los dulces perfumes de Granada. Asociado para siempre con el exilio, el aire de Málaga no era más que un mal recuerdo.

—¿Qué puedo hacer yo por mi amo y señor? —sonrió al emir, que venía a importunarla—. Que hable el sultán de Granada. Su humilde servidora estará feliz de satisfacerle.

Qué turbadora era así, pensaba Abu al Hasán, con el fuego de su cabellera cayendo hasta sus tobillos, y ese rostro que habían depurado las adversidades de la vida. Un poco fatigados esta noche, sus grandes ojos de mar parecían velados por una espera jubilosa. ¿Nada abatía a esta mujer que un Dios generoso le había enviado? No sólo era hermosa a la vista, sino también a la vida, al amor, al deseo…

—Cuando mi esposa conspiraba contra mí, cuando mi hijo me asesinaba, cuando mi pueblo me traicionaba, sólo tú me has seguido siendo fiel —continuó el soberano con ternura—. Sin tu presencia serena, el exilio en Málaga me habría resultado intolerable. Sin tu dulzura y tu valentía, sin tu risa

y tu paciencia, ni siquiera al Zagal, mi hermano, habría podido darme el coraje para volver a luchar una y otra vez por este reino que me había repudiado.

—Es que los dos os queremos —susurró la joven, púdicamente.

—Escucha lo que tengo que decirte…

Dulcemente, el emir acercaba a sí el rostro de su favorita. Con un gesto suave, apartaba el mechón que jugueteaba en su mejilla. El aliento del príncipe le rozaba la piel, y ella saboreaba su caricia. Su mirada de noche, rodeada de venerables arrugas, se sumergía en sus pupilas en busca de un secreto del que ella no se sabía poseedora. La voz del amado se hacía apremiante, y recobraba las graves inflexiones que siempre la turbaban.

—Tú eres mi mujer, Zoraya. Lo sabes. Eres mi esposa ante Dios.

Lejos en el pasado, casi en otra vida, el recuerdo de Leilet al Qadr se deslizaba entre ellos.

—Hoy, te suplico que seas mi sultana. —La favorita se sobresaltó—. Mi pueblo está desesperado, mi pueblo está dividido, mi pueblo necesita un rey y una reina unidos y fuertes para mostrarle el camino. Granada te necesita, princesa. Necesita tu juventud, tu belleza, la esperanza que encarnas. Y a la pareja que formamos juntos.

Hipnotizada por la voz amada, Zoraya dejaba que la invadiera la emoción. Una ola danzarina abrazaba su pecho y le oprimía la garganta con un dolor suave. Entonces, había llegado la hora que ya no esperaba. Llegaba tarde. Sonaba en el corazón de la tormenta. Anunciaba la derrota, tal vez. Al verla acercarse, sin embargo, un silencio alborozado se apoderaba de la joven. Un sentimiento de irrealidad. Una promesa de sosiego, ilusoria y turbadora.

—Yo también, mi vida, te necesito —insistía Abu al Hasán, confundido por su silencio—. Nuestro amor es el único trono en el que puedo creer. Tu felicidad la única corona que aún deseo.

En los matorrales que circundaban el mirador, los pájaros parecían contener la respiración. El tiempo se había suspendido. Con labios temblorosos, y los ojos llenos de estrellas, la joven grababa en su retina el rostro de ese hombre que ponía Granada a sus pies. Sus ojos, bajo las cejas plateadas, habían recobrado su destello de aguas sombrías. Maltratadas por los años, las mejillas, bajo la barba, teñían de noche el corte de sus pómulos. Sus labios, en los que ella había temido no volver a ver más que amargura, recobraba su sonrisa de ternerón… Le gustaba locamente, este hombre que la reclamaba por mujer, pensaba Zoraya recreándose en su propia emoción. ¿Qué le importaban Granada, y la guerra, e incluso la muerte, si él la quería

hoy como el primer día, si ella lo deseaba todo de él, hasta su aire ausente, y las marcas del tiempo sobre su cuerpo de viejo guerrero?

—Sé mi sultana, Zoraya. Acepta este título que los dos sabemos frágil, y esta carga que, a veces, te pesará. Accede a hacer de mí el más feliz de los hombres.

Lentamente, Zoraya tomó entre las suyas las manos de su amante y las llevó a sus labios. Cuando por fin tomó la palabra, sus ojos eran de un azul aguamarina, resplandecientes de luz.

—No tengo otra dicha que estar a vuestro lado, señor. Ni otro honor que el de ser vuestra esposa. Lo soy en mi corazón desde el primer día. Lo soy a los ojos de Dios desde Leilet al Qadr. ¡Con qué alegría, amor mío, contesto que sí por tercera vez! Sí, amado mío, vida mía: quiero ser tu esposa. Ante Dios, ante los hombres, desde siempre y para la eternidad, estoy y estaré orgullosa de ser tu mujer.

El crepúsculo, que no habían visto caer, envolvía a los amantes. Era, sobre el tranquilo jardincillo, como una lenta caricia, una protección muda, la ofrenda cómplice de la naturaleza a sus esponsales. Repentinamente silenciosos, Abu al Hasán y Zoraya se perdían en la mirada del otro. Esa noche, como el primer día, un mismo fervor avivado por la emoción del momento los llevaba el uno hacia el otro. Una misma sed de tomar cada nuevo regalo en la palma de sus manos abiertas. Un mismo desafío en sus pupilas aguzadas por las pruebas de la vida. Una misma sonrisa grave en sus labios. Nunca, ni siquiera en los mejores días, Abu al Hasán y Zoraya se habían sentido tan próximos, unidos por una fuerza delicada, una alegría misteriosa cuya existencia, como jóvenes amantes, no habían sospechado.

¿Habéis observado la lámpara que se enciende
Y se inflama al principio?…
Un soplo la extinguirá.

Abu al Hasán acababa de romper el silencio.

Pero la llama consigue prender y se eleva.
El soplo la aviva y su fuerza crece.

… continúa la joven reconociendo uno de los poemas de Ibn Hazm.

—Así le sucede con nosotros, estrella mía —susurró el príncipe—. Nuestro amor es una llama que el tiempo ha alimentado. Ha podido soplar el viento, y retumbar la tempestad, pero la llama no ha hecho más que abrasar nuestros corazones. Ese incendio, ya nada lo extinguirá. Jamás. La noche había caído sobre Granada. Durante algunas horas, durante algunas noches, Zoraya y Abu al Hasán accedieron a un misterio más grande que ellos. Ya podía la guerra asolar su reino, el exilio y los tormentos grabar en sus carnes la desesperación: sus dos almas entrelazadas se reían de estas adversidades. Se purificaban en ellas. Se besaban, resplandecían. Su historia los sobrepasaba: se cimentaba en la historia del amor mismo.

CAPÍTULO XXVI

Para celebrar a la vez su vuelta al trono y la realeza de su amada, Abu al Hasán ha organizado bien las cosas. Ha enviado emisarios a todos los rincones del reino, a Málaga la fiel y a Loja la valerosa (que supo resistir al rey cristiano), a Almería, Baza, Marbella, e incluso a las costas africanas, donde reinan príncipes amigos. Los soberanos de al Maghreb no han podido venir; desde hace algunos meses, los navíos cristianos que surcan el Mediterráneo aíslan a Granada de sus aliados. Todos los demás, príncipes y nobles señores, se congregan en la mezquita, cuyas columnas de jaspe y mármol blanco elevan su soberbia elegancia.

A la izquierda del sultán, con la frente ceñida por la diadema real, Zoraya está radiante. Por primera vez viste el escarlata nazarí. Un velo tejido de oro fino se mezcla con la cabellera que sus mujeres han trenzado de rubíes. El púrpura oscuro, incrustado de diamantes, realza en su cinturón, su cuello y sus mangas las sedas de un rojo fileteado de oro. La frente alta, el talle ligero, la perfección de su figura rebosante de gracia y de nobleza conquistan todas las miradas. No hay un solo invitado que no la admire. Ni uno sólo que no envidie al soberano. Entre la multitud abarrotada en la mezquita o en el umbral, en el patio de las abluciones o en las calles vecinas, todos los que la ven olvidan las murmuraciones de otros tiempos. Y rinden homenaje a esta soberana, digna de los mejores momentos de Granada, que el sultán les ofrece tardíamente.

El gran faquí del reino acaba de llegar a su mihrab. Se aclara la voz. Con tono mesurado, lee la decisión real de hacer públicos el repudio de la *sejidah* Fátima y la boda del sultán Abu al Hasán Alí con la *sejidah* Zoraya. Esta misma decisión del rey nazarí hace de la joven desposada sultana de Granada.

Para acabar, pide la protección del Todopoderoso para los soberanos y su reino. La asistencia se recoge. Mezcla en una misma plegaria a la radiante pareja que está ante ella y a la suerte amenazada de todos ellos, los ausentes y los presentes, unidos en la esperanza de un reino revigorizado.

Cuando los esposos reales abandonan la mezquita, el pueblo todo los acompaña. Canta en alto la gracia de su reina y la felicidad del rey. Al ver a la sultana tan serena, tan firme a pesar de la fragilidad de su sonrisa, tan soberana del brazo de su esposo, todos sienten despuntar la esperanza de días al fin tranquilos. Ciertamente, el sultán parece envejecido. Los años pesan sobre sus espaldas. Pero es más sabio que nunca. Y al Zagal, su hermano pequeño, que camina detrás de él con la cabeza alta; sabrá ser su brazo valeroso.

Todas estas ideas, y muchas otras, flotan en el aire durante un buen rato después de que los esposos se hayan retirado a su palacio de Comares. Todo ese día, toda esa noche, son para Granada horas de fiesta y diversiones, de banquetes y de bailes en las calles. Los cuerpos, las cabezas, los corazones dan vueltas. Hombres y mujeres mezclados se esfuerzan por olvidar los últimos meses de tragedia. Una, sola, permanece de luto. Aquí nadie canta ni baila. Nadie se divierte, rabia… ¿Aquí? En Dar al Hurra, donde esclavas y sirvientas, petrificadas, esperan a que salga de su habitación y de su cólera la *sejidah* Fátima.

—¡Así pues, te has atrevido a ir hasta el final! —masculla frente a su espejo la sultana repudiada—. Pobre idiota… ¡que no me hayas tirado en un calabozo! Ah, mi ingenuo primo, si tuviera el poder, yo te haría matar…

De rabia, sus labios palidecen. Sus manos tiemblan, blandiendo el espejo de plata en que, en lugar de su rostro exangüe, es la cara del esposo a la que desafía.

—Lo afirmo rotundamente. No pierdes nada por esperar —refunfuña al Hurra, llena de odio.

Como toda mujer de Oriente, sabe que su poder descansa en manos de sus hijos. Eso es además por lo que obra, multiplicando las embajadas a los reyes cristianos para obtener la liberación de al Zogoybi.

—¿Qué he podido hacerle yo al cielo —exclama despechada la ambiciosa — para merecer uno tras otro a dos maridos desafortunados que perdieron tanto el trono como la vida, y luego a un tercero inconstante, y a un hijo inepto para coronar tanta fatalidad?

A pesar del desprecio que le inspira, es necesario volver a echar mano de Abu Abdil.

—Entonces yo, *sejidah* Fátima, sultana de Granada digan lo que digan, armaré el brazo de mi hijo. Entonces, lo lanzaré contra el insolente que me humilla ante los demás. Entonces, seré otra vez reina. ¡Y vengada!

CAPÍTULO XXVII

Mondújar, septiembre de 1483

En el cielo de un azul cristalino, el sol al rojo vivo planea a la hora de la siesta. Adormecida por el calor, la naturaleza calla. Incluso aquí, en Mondújar, la torpeza pesada del verano los ha atrapado. Tumbada junto a su esposo, la sultana Zoraya no alcanza el sueño.

Abu al Hasán duerme profundamente. Su cuerpo exhausto reposa sobre el lecho húmedo en el que, hace un instante, ha caído de golpe.

Con el pómulo apoyado en la palma de su mano, Zoraya escruta el rostro de su esposo. Los rasgos se han tensado. La tez tostada se ha vuelto gris. Desde hace algunas semanas, el emir sufre violentos dolores de cabeza. Le duelen los ojos, dice, y le molesta la luz. Incluso en reposo, su cuerpo parece tenso, observa la joven.

Está inquieta. Las primeras migrañas se remontan al año anterior, a los tristes momentos del exilio. Más tarde, en la efervescencia de su retorno, el sultán y su joven esposa abandonaron toda precaución. Pero la tregua era engañosa. Asustada por el cansancio que en vano intentaba esconderle su esposo, Zoraya le ha suplicado abandonar la asfixiante Alhambra. Incluso al Qasim, por una vez, le ha aconsejado reposo. Si el visir, desde entonces, envía cada día a sus mensajeros, es tanto para estar al tanto de la salud del soberano como para informarle del estado de una capital cuya aparente quietud no engaña a nadie.

Esta mañana, cuando estaba leyendo un papel carmesí sellado con el emblema nazarí, Abu al Hasán ha vacilado. Se ha retirado enseguida a la sala donde vela uno de los funcionarios reales que se han visto obligados a admitir en Mondújar. Ha salido mucho más tarde, con la cara tensa, ese tic en el párpado y la boca amarga con los que, en estos tiempos, Zoraya le ve hasta en sus sueños. El príncipe no ha tocado los manjares traídos por las sirvientas; ha preferido regresar a la habitación, donde este sueño asombroso se ha apoderado de él.

Zoraya se ha levantado. Necesita su refugio, ese jardín de rosas que con tanta felicidad reencontró hace cinco semanas. En el silencio apenas coloreado por el murmullo de las aguas, bajo la caricia de un aire cargado de perfumes familiares, sabe que poco a poco, olvidando las horas sombrías, se sumergirá en el instante presente. Abrazará el espacio, sus colores, sus olores, y se revigorizará…

Es allí, bajo el soto, donde se ha puesto a cantar. Y donde sigue cantando cuando llega el príncipe. A ella le brillan los ojos. En su frente, en sus labios, flota un destello de satisfacción. Su canto, en armonía con el laúd, vuela sobre las palabras del poeta prendado de Dios, Ibn Arabi el Sevillano:

Oh, Tú, el Amado de los corazones,
¿tengo yo a otro que Tú?
Ten piedad en este día
de aquella que viaja,
pues aquí me tienes
al fin llegada a Ti.

Su canto es un ofrenda, su canto es una plegaria. Y su voz comedida se va haciendo más diáfana. Mientras sus ojos se pierden en las sombras, su seno palpita deleitándose en la oración.

Yo no pido Jardín de delicias,
lo quiero solamente para poder verte.

Sin advertir al espectador que se mantiene atrás, la joven permanece perdida en su canto y en sus pensamientos. Abu al Hasán, turbado, observa a su esposa. Encantado por la voz delicada que en cada entonación recrea un batir de alas, cautivado por el placer desgarrador que lee en su mirada, el príncipe no osa moverse. Como en la proximidad de un misterio, contiene la respiración. ¿Va a levantar una punta del velo? ¿Va a apoderarse, al fin, de esa parte desconocida de su amada que sin cesar se le escapa?…

Para el hombre quebrantado, la curva de ese rostro tendido hacia no sabe qué sueño es, hoy como nunca, una promesa inaccesible y voluptuosa. La voz continúa su canto:

Ya que Tú eres mi petición,
mi deseo y mi alegría
y el corazón se niega
a amar a otros que a Ti,
¡Oh, mi deseo y Señor,
y también mi Apoyo!
Ya que mi deseo subsiste:
¿Para cuándo nuestro encuentro?…

—¿En qué piensas, princesa, que te dota de tanta belleza? —pregunta Abu al Hasán cuando se hace el silencio. Se ha adelantado, sonriendo. Sus ojos están anegados. Su mirada, lavada por el canto, ha perdido la fijeza de hace un momento—. ¿Para quién es ese canto, esa plegaria que hasta los ángeles deben envidiarte? —continúa tiernamente—. ¿Para quién esa melancolía en la que te veo tan luminosa?

El príncipe parece descansado. Sólo un destello metálico, más allá de la ternura de su mirada, revela una angustia disimulada. Atrae hacia él a su amada y la estrecha fogosamente.

—Me alegro de verte descansado, amor mío —murmura la joven.

El príncipe afloja su abrazo. Se aclara la voz, vacila. Se diría que se resiste a tomar la palabra.

—Tengo malas noticias, mi vida —enuncia al fin tomando sitio sobre el banco de azulejos—: Abu Abdil está libre.

—¿No era eso lo que deseabais? —pregunta la sultana sorprendida—. ¿No estaban vuestros emisarios encargados de negociar su liberación con los reyes de Castilla?

—No es a mis emisarios a quien han escuchado los cristianos. Esa furia de Fátima ha vuelto a actuar.

Zoraya reprime un escalofrío. Recupera la ansiedad que la tranquilidad del jardín de rosas había adormecido.

—Es con ella, y no conmigo, con quien han tratado don Fernando y doña Isabel. Se han dado cuenta de la conveniencia de dividir el reino de Granada. Mediante el Tratado de Córdoba, hacen de mi hijo su vasallo. Le permiten escapar y cuentan con él para sembrar cizaña una vez más en el seno de mi pueblo.

Con voz sombría, los ojos atrapados de nuevo en una fijeza dolorosa, Abu al Hasán se pone rígido.

—El cálculo es excelente —prosigue el soberano con amargura—. Ahora, el gusano está en la fruta. Cómo se deben estar divirtiendo, esos malditos reyes que sueñan con engullir mi reino.

El emir se interrumpe. Su rostro melancólico se ha puesto pálido. Su párpado tiembla con un tic incontrolable.

—¿Sabes, a propósito de la fruta, lo que se cuenta sobre el rey de Aragón? —continúa con una voz quebrada que Zoraya desconoce—. «Aunque tenga que extraer yo una a una todas las pepitas, esta Granada me pertenecerá»; tal es el funesto juramento que habría pronunciado don Fernando. Un juramento, un desafío más bien, que doña Isabel y toda Castilla con ella se han apresurado a hacer suyo.

Zoraya ya no escucha. Mira con ojos extraviados el rostro de su esposo. Le ha visto descomponerse. El tic del párpado ha invadido la cara, luego la garganta, ahora el pecho. ¿Es una cólera brutal lo que crispa su figura y le da esa expresión feroz? ¿O es más bien dolor, un dolor intolerable que lo hace estremecerse y retorcerse?

—¿Qué os sucede, señor?

Como gobernado por una fuerza ciega, Abu al Hasán se tambalea. De la cabeza a los pies, tiembla, se encorva. Convulsionado, parece haber perdido la conciencia. La joven intenta tomar las manos del príncipe entre las suyas. En un gesto de diabólica crispación, éstas se le escapan enseguida. Un segundo después el soberano yace en el suelo. Su cara se ha deformado en una mueca siniestra. Sus ojos se han nublado. Su cabeza se golpea contra el suelo. La saliva corre en sus labios. Su garganta deja escapar un grito estridente, un grito de animal rabioso que sobrecoge a Zoraya.

Poseído, el soberano ya no parece humano. Y cuando se sume, de golpe, en la inconsciencia, Zoraya se vuelve a encontrar sola, aterrorizada, frente al enorme cuerpo rígido. Busca su respiración. Levanta el párpado… Los espasmos se han espaciado. Los músculos se distienden poco a poco. Tan rápido como ha venido, la crisis vuelve a los infiernos de los que había surgido. El emir acaba de abrir los ojos.

—¿Dónde estoy? —pregunta elevando hasta su esposa sus pupilas asombradas—. ¿Qué me ha pasado?

Abu al Hasán se levanta con dificultad. Zoraya le ayuda a sentarse sobre el banco de azulejos. El sultán parece destrozado. Sus pupilas exorbitadas buscan sosiego en la mirada marina.

—¿Qué locura me ha atacado? —murmura el príncipe—. Veía, comprendía, pero mi cuerpo ya no me obedecía. Estaba como poseído…

¿Crees que estoy maldito, amor mío?

—No es nada, mi señor —intenta tranquilizarlo Zoraya con una voz que la delata—. Sólo demasiada inquietud, que asalta vuestro espíritu y agota vuestro cuerpo.

Tiernamente, seca el sudor de la frente de su esposo. Poco a poco reconoce los rasgos amados. Todavía están retraídos, y más hundidos que nunca. En el fondo de las negras pupilas asoma de nuevo una sonrisa triste. Los labios de la joven se pasean por el rostro ansioso. Con alivio, Zoraya reencuentra el agua profunda en los intensos ojos de noche. Desgarro, estupefacción, ternura: lo que lee en ellos le arranca un suspiro.

—¿Creéis que vuestro cuerpo os llevará hasta palacio, señor? —se obliga ella a reaccionar—. ¿O debo llamar a los sirvientes?… Me gustaría veros descansar. Y hacer llamar a los médicos de la Alhambra para que os examinen. ¿Puedo disponer, señor, de vuestro mensajero?

—Valiente pequeña guerrera —sonríe débilmente Abu al Hasán—. Un obstáculo y tú te yergues, un peligro y luchas.

Jamás te reconoces vencida, ¿verdad? Y tus aires de dulzura sólo sirven para enmascarar tu fuerza.

Un brillo respetuoso danza en la mirada del príncipe.

Esa tarde, sin embargo, Zoraya ya no se esconde más el alcance de su angustia. Mientras el soberano duerme, dicta una misiva al funcionario real. El día está muy avanzado. Incluso si el mensajero parte en ese mismo momento, los médicos no llegarán a Mondújar antes del día siguiente. Zoraya se reprocha haberse llevado al emir lejos de la Alhambra.

Mientras se dirige al palacio, creyendo velar a un hombre destrozado, unas risas la sorprenden. Reconoce el tintineo de la voz de Meryem, y los acentos más sordos de los dos mayores.

La joven se detiene bajo la arcada, que la oculta de las miradas de los suyos. Sentados junto al sultán, Saad y Nasar vigilan con él los juegos de su hermana pequeña. A veces se vuelven hacia su padre y le susurran al oído alguna confidencia. Luego sus miradas vuelven a la chiquilla que brinca ante ellos, jugando a mirarse en el agua del estanque. Coqueta, hace poses, da vueltas, levanta los brazos por encima de su cabeza como se lo ha visto hacer a las mujeres del harén. De vez en cuando, comprueba el efecto de sus gestos sobre sus tres hombres. Buen público; el padre y los hermanos sonríen ante sus pantomimas. La pequeña princesa, satisfecha, agita sus bucles pelirrojos. Menea las caderas y el vientre al modo de las cortesanas. Con labios mohínos

y mirada altiva, remeda a las mil maravillas a las chicas de la Alhambra. Encorva el talle, endereza el cuello, hace tintinear los brazaletes de oro en sus tobillos. Incitante, provocadora, esta niña es la sensualidad misma.

Divertida, Zoraya observa la pequeña criatura que ha traído al mundo. Parecida en ardor y descaro a la que ella fue en otro tiempo, por otro lado Meryem le es extraña. ¿De dónde saca, por ejemplo, ese gusto por seducir cueste lo que cueste, y esa curiosa facilidad para fingir, que a veces enoja a su madre? Meryem es su hija, es cierto. Pero, antes que nada, hasta la punta de las orejas, es hija de Oriente.

Sus hijos también sorprenden a la joven. Como a todos los chicos de su edad, les gustan los juegos de guerra y las justas desenfrenadas. Pero la sultana ha advertido una gravedad en sus ataques, una nota sombría en sus risas, que la entristecen. Como si, durante el exilio, los jóvenes príncipes hubieran comprendido los peligros que corrían. Como si una conciencia precoz de su destino hubiera amordazado su despreocupación.

Al contemplar las frentes gemelas alzadas hacia el rostro del soberano, la misma mirada oscura, los mismos bucles morenos que en su padre se han emblanquecido, la joven siente cómo su corazón se hincha en su pecho. ¡Qué hermosos son, esos cuatro a los que adora! Y qué dulce ese instante, robado al tormento, en que puede abrazar con la mirada a los que conforman toda su vida.

—¡Omayma, mamaíta! ¿Dónde te habías escondido?

Cuando su madre aparece a la luz del patio, Meryem se echa en sus brazos. El soberano y los jóvenes príncipes se levantan a su llegada. En el espejo del estanque oscilan cinco siluetas unidas. Con una mirada, Zoraya capta el reflejo. Da gracias por esta imagen de una felicidad satisfecha y una ansiosa espera. Ninguna adversidad, ningún dolor tendrá el poder de arrebatarle este instante que acaba de grabarse, para siempre, en su corazón.

* * *

Por la mañana, tres hombres con turbantes verdes se hacen anunciar en Mondújar. Sidi al Qasim Venegas los envía, en respuesta a la llamada angustiada de la sultana. De aspecto y gestos graves, enseguida hacen en Zoraya el efecto de un pájaro de mal agüero.

Durante largo rato, escuchan a los soberanos. A veces, alguno de ellos formula una pregunta. Los tres acogen la respuesta con el mismo movimiento

de cabeza. Luego hablan entre ellos… A Zoraya, a la que irritan los conciliábulos, se le hacen rápidamente insoportables esas caras doctas.

Finalmente, el decano se aclara la voz, y se vuelve hacia la sultana.

—¿Su alteza nos ha dicho que, aunque esa crisis fue la primera de este tipo, nuestro soberano se había quejado varias veces de violentos dolores de cabeza?

—Sí, sí —se impacienta la joven.

Nuevos movimientos de cabeza. Nuevo conciliábulo.

—¿Su majestad no habrá recibido, en una batalla por ejemplo, algún golpe en la cabeza? —continúa el irritante viejo dirigiéndose al sultán—. ¿Un golpe tan brutal —precisa— que dejara a su alteza aturdida?

—¿Un golpe?… No, no lo recuerdo.

—¿Estáis seguro, señor? —insiste el otro—. ¿Ninguna espadada que haya alcanzado el cráneo? ¿Ni una caída desafortunada?

Abu al Hasán se sobresalta.

—Sí que tuve un accidente así, cerca de Jabad al Tariq…

Con los ojos clavados en su esposo, la sultana ha palidecido.

—Sí, ahora me acuerdo —continúa el emir con voz sorprendida—. Fue cuando la incursión en las tierras del duque de Medina Sidonia.

Adivinando su ansiedad, se vuelve hacia la joven e intenta tranquilizarla con la mirada.

—Escudados por cinco mil cabezas de ganado que habíamos capturado, nos apresurábamos a cruzar de nuevo la frontera cuando, no muy lejos de Castellar, en una hondonada del terreno enmascarado por el bosque, nuestra vanguardia se vio asaltada por unos guerreros cristianos.

—Lo recuerdo, señor —comenta Zoraya—. Me han contado esa emboscada en la que un centenar de vuestros hombres hallaron la muerte. ¿Pero a vos, señor, qué os sucedió a vos que no me hayáis dicho?

—Parecía tan poca cosa… —justifica Abu al Hasán—. En aquel momento, absorto en la alegría de nuestra victoria, no quise preocuparte. Más tarde… lo olvidé.

El príncipe se vuelve hacia los hombres de ciencia.

—En medio de la cubeta en que yacían los cuerpos de los nuestros, mi caballo tropezó. ¿Había topado con un tronco o, más probablemente, había evitado en el último momento el cuerpo de algún infeliz? No lo sé. Lo que sé, es que se derrumbó. Fui a dar en tierra. Mi cabeza se golpeó contra el suelo. Entonces…

—¿Entonces, mi señor?

—Entonces, ya no lo sé. Cuando volví en mí, Ibrahim, mi escudero, me miraba con ojos ansiosos. Me dijo que llevaba varios minutos allí tumbado, y que había temido perderme.

Zoraya está blanca como nieve bajo la luna.

—Yo quise reírme, por supuesto —continúa el emir—, ¡pero la cabeza me dolía tanto! Ibrahim me ayudó a subirme al caballo de nuevo. Durante casi una hora, cabalgué como en un sueño, con el cuerpo entumecido y la mente nublada. Poco a poco, recuperé las fuerzas. Cuando tuvimos a la vista Jabad al Tariq, cuando desfilamos al pie de las murallas desde las que el pobre don Pedro Vargas nos miraba pasar sin poder replicar, ya me encontraba bien del todo. La victoria me daba alas. Nos daba alas a todos. Nuestro retorno a Málaga fue triunfal. Y el incidente, olvidado. Zoraya está aterrada.

De espaldas una vez más a su real paciente, los tres sabios discuten de forma acalorada. La joven se reconcome de impaciencia esperando sus buenos augurios.

—Somos de la opinión, mis colegas y yo mismo, de que su majestad podría padecer el gran mal —enuncia finalmente el decano.

—¿El mal sagrado? —palidece la sultana.

—Sí, alteza, el gran mal, también llamado mal sagrado. La crisis descrita se parece en todo a las que sufren los epilépticos.

—Pero vaya —protesta el emir—, si mi memoria no me engaña, el gran mal lo sufre desde la más tierna infancia aquél al que ha escogido.

—No siempre, alteza —replica el sabio—. En nuestros anales constan testimonios de casos en que el mal divino se declara después de un violento golpe en la cabeza.

El más joven de los médicos acude en su ayuda:

—Ibn Sina, príncipe de los médicos, explicaba así el fenómeno: el golpe provocaría una hemorragia interna que, invisible en tanto que disimulada en el interior del cráneo, excavaría en el cerebro una fisura, una zanja si su alteza prefiere…

—Su alteza no prefiere nada de eso —masculla el príncipe.

—Hasta el día en que, en un punto gastado por el raudal de sangre, la pared se desgarra.

—¿Es posible? —interrumpe el soberano—. ¡Todo eso en mi cabeza, y yo no me he dado cuenta de nada!

Con todas sus fuerzas, menguantes, desea creer que el hombre del turbante verde se equivoca.

—El gran mal —prosigue el otro, implacable— actúa sobre el cerebro como la mano de Alá sobre los vastos cielos. Ahora están azules. No hay una sola nube en el horizonte. De repente, la borrasca acomete desde la cabeza a todo el cuerpo, como una serie de destellos que fulminaran, no la infinita grandeza del cielo, sino la infinita humildad del cuerpo del hombre…

Los soberanos ya no escuchan.

El cuerpo fulminado, fustigado por la loca tempestad; es así exactamente como lo recuerda Zoraya.

El cielo desgarrado, la tierra devastada; ésa es, para Abu al Hasán, la imagen de aquel día de *mouharram*[16] 883 en que el agua rompió el cielo y libró al desastre el desfile real. Desde entonces, nada marcha bien en Granada. Pero ¿por qué ironía del destino su cuerpo acusa ahora los golpes que sufrió en otros tiempos su capital? ¿Están sus destinos unidos hasta tal punto que él tenga que padecer los síntomas del mal que abate su reino?

—Tú hablabas en otro tiempo de mi destino, vida mía —suspiró el príncipe tras la partida de los sabios—. Mira cómo un rey está unido al de su pueblo… Quizá sea natural, después de todo; es justo que el sultán comparta hasta el final los sufrimientos de los suyos.

CAPÍTULO XXVIII

Granada, mayo de 1485

Mientras Abu al Hasán se tambalea bajo los golpes del mal sagrado, su reino también se mantiene en un precario equilibrio. Desde el interior, desde el exterior, una enfermedad mortal corroe Granada.

En el interior, el mal se llama Abu Abdil.

Apenas liberado al Zogoybi por los cristianos, Granada es pasto de las llamas, por segunda vez. Durante algunas semanas, la guerra fratricida ha ensangrentado las calles del inflamable Albaicín. El hijo ha acabado por retirarse a Almería con un simulacro de corte. El padre ha continuado siendo el amo de la Alhambra y de lo esencial del reino. La paz, sin embargo, sigue siendo precaria. Las brasas están ahí, y una chispa bastaría para convertirlas en una hoguera.

Pero el mal que realmente sacude los cimientos del reino es el mal castellano, que se está organizando para morder el fruto deseado. Para expulsar como pepitas a los moros de Granada, la reina de Castilla y el rey de Aragón disponen desde ahora de toda la Cristiandad.

—Porque el señor de Roma está involucrado, aquél al que los cristianos llaman papa —explicaba Abu al Hasán a Zoraya—. Se ha involucrado tanto que ha declarado Cruzada la infame invasión castellana. A la mosquita muerta de doña Isabel no le faltarán fondos, puesto que dispone de los bienes de la Iglesia. Tampoco le faltarán tropas, puesto que la misma Iglesia pretende ofrecerles el paraíso a los soldados de la guerra santa… Todo está previsto, ¡ya ves! —mascullaba aquel día el sultán sin aliento ni esperanza—. Y no podemos esperar ninguna ayuda de mis hermanos de Ifriqiyya. No pueden moverse; las naves aragonesas los capturan en sus propias costas.

Aquella misma noche, por primera vez, el emir mencionó la idea de abandonar el trono.

—Mi hermano es joven —murmuró al término de una reflexión dolorosa —: el gran mal hace de mí un viejo. Él es fuerte, y yo débil. Su alma es fiera y

su corazón valiente. Por sus venas corre la sangre real de los nazaríes. Y ha demostrado muchas veces que ama este reino tanto como yo mismo… ¿No es al Zagal un digno pretendiente al trono?

Su mirada estaba perdida en el vacío, entonces. No esperaba respuesta. También Zoraya se contentó con estrechar entre sus manos los dedos enflaquecidos del soberano. Con respeto, con ternura, contemplaba a aquel hombre que luchaba contra tantos sufrimientos. A la luz de las lámparas, podía contar en el rostro de su esposo las marcas dejadas por los infortunios. Arrugas de ansiedad entre las cejas (por Alora, por Setenil, por cada ciudad perdida); surco amargo en la comisura de los labios (por la traición de su hijo); pómulos profundos que mordían sus mejillas (por todas las noches sin sueño)… ¡Cuan valioso era para ella, aquel rostro cansado, aquel rostro consumido por el gran mal, depurado por la angustia! ¿Lo había querido alguna vez como esta noche se entregaba a amarlo? Las sienes, negras en otro tiempo, estaban adornadas con filamentos plateados. Su amplia frente se había apergaminado. Los carrillos, bajo la barba canosa, se habían afilado. Y la bella, grave mirada de noche en que siempre le gustaba sumergirse, parecía de un negro más profundo que nunca. De sus aguas sombrías y calurosas, ella seguía extrayendo su ternura y su fuerza.

—No es un regalo, lo que le haré —continuaba el sultán en ese mismo instante, con una voz que la fatiga había aclarado—. Pues la guerra ya no es lo que era y mi querido Muhammad, por valiente que sea, se arriesga a estar ante ella tan desprotegido como yo… Se han acabado las orgullosas escaramuzas y los combates singulares —proseguía Abu al Hasán con tono amargo—. Desde nuestros días, la victoria ya no depende de la destreza y la temeridad de los caballeros curtidos en el juego de la cimitarra. Descansa sobre la artillería y el número, sobre el empuje ciego de los soldados de infantería en medio del enloquecedor olor a pólvora… El tiempo de los caballeros se ha acabado, preciosa mía, el tiempo de los fieros señores como mi padre. Ya no se usa el noble heroísmo. Se ve venir la infame ley de la masa, y de la carnicería…

Zoraya lo sabía muy bien, ella, a quien Abu al Qasim venía a veces a confiar sus temores por el reino. Desde hacía ya dos años, las incursiones relámpago y las razias se prolongaban en una guerra de sitio. Murallas desmanteladas, ciudadelas incendiadas, poblaciones hambrientas; don Fernando y su armada llevaban su rabia y su fuego a todas partes. En este juego apocalíptico, bajo el impulso de la reina Isabel, que había hecho mandar de Francia, Alemania e Italia a los mejores artilleros, los reyes de Castilla

aplastaban cada vez a los granadinos, a quienes pillaba por sorpresa la demoníaca muestra de arcabuces, lombardas, hombres bien pertrechados…

Como si leyera los pensamientos de su esposa, Abu al Hasán asentía dolorosamente con la cabeza. Su rostro estaba contraído por la tristeza.

—Reconquista: así llama el invasor a sus ataques. ¡Como si al Andalus hubiera pertenecido alguna vez a los bárbaros del norte! Como si bajo los cristianos, los musulmanes, los paganos, nuestra tierra andaluza hubiera sido alguna vez otra cosa que ella misma: tierra principesca, y libre, y noble, y voluptuosa, tierra alegre, reacia a todo yugo… Esta tierra, nosotros la amamos desde hace siglos, la comprendemos —añadió el emir tras un silencio que Zoraya no se atrevió a romper—. Nosotros: los moros de al Andalus. Los castellanos, tan rudos, tan fríos, tan austeros, ¿cómo podrían amarla? En vez de cuidarla, la sangran. En vez de amarla, la violan. Hoy, se esfuerzan por conquistarla —concluyó el soberano con voz profética—. Mañana la abandonarán, exangüe…

* * *

Al Zagal no ha cedido a las peticiones de su hermano. Su lugar no está en la Alhambra, alega, sino en el campo de batalla. Deja a su hermano mayor el honor que se le otorga, y el horror que lo acompaña. Él no permanece inactivo. Hace tres meses, con la esperanza de desembarazar al reino del desastroso Abu Abdil, tomó Almería al asalto. ¡Ay!, la ciudad abrió rápido sus puertas, y al Zogoybi huyó. Un rumor vergonzoso dice que ha encontrado refugio en Murcia, ¡en el regazo de los cristianos! Desde entonces, la cólera del emir de Málaga no se aplaca.

Pero he aquí que un alarido resuena a través de la Alhambra:

—¡Ronda ha caído! Ronda, la orgullosa, la pura, la inexpugnable. ¡Ronda se ha rendido a la armada de Castilla!

Por toda Granada, corre como un reguero de pólvora. Desde las mezquitas, los zocos, los palacios, la población ofuscada acude a escuchar las noticias. A los gritos de desolación siguen lágrimas y maldiciones… Naturalmente, temblaron al enterarse de que el rey de Aragón atacaba la serranía. Pero conocían la cadena rebelde de las montañas, llena de precipicios, y la línea fronteriza erizada de fortalezas. Ronda, inalterable belleza suspendida por encima del abismo, era su joya… Don Fernando la asaltó en ausencia de Ahmed al Zegri, su feroz gobernador. Ronda la luminosa, la aérea, la sin par, ha visto sus torres arrasadas, sus puertas

destrozadas, sus murallas bombardeadas. Sin defensa frente a la artillería castellana, después de catorce días de resistencia heroica, la invencible ha acabado cayendo. Mañana, sin duda alguna, toda la serranía se rendirá también. E incluso Marbella, porque sus habitantes están descorazonados… Agitada, la multitud de granadinos converge en Bib al Ramla. Se lamenta, vocifera, y arremete contra el soberano, tendido en su lecho por una nueva crisis del gran mal.

Los partidarios del *sejid* Abu Abdil se enardecen e intentan arrastrar a los descontentos. Los granadinos, cegados por el terror, amenazan con volver a las armas los unos contra los otros. En ese momento, una voz se eleva por encima de los gritos:

—¿Te has vuelto loco, pueblo sin juicio ni memoria? —dice.

El orador es un faquí reputado por su sabiduría. La multitud se calla para oírle mejor.

—¿Vais a manchar otra vez esta ciudad con la sangre de vuestros hermanos? —continúa el viejo, feroz—. Reflexionad un poco: la sangre ilustre de Granada se desparrama en vano en la lucha que opone a dos reyes, incapaces uno y otro de defender el reino.

Tristemente, el auditorio asiente.

—El soberano Abu al Hasán, destrozado por los años y por ese mal que el Todopoderoso le envía, yace en algún lugar de la Alhambra, incapaz de conducir sus tropas al ataque. En cuanto al *sejid* Abu Abdil, mal que pese a sus partidarios: ¿qué podéis esperar del traidor, del impío que busca refugio en casa del enemigo y se arrodilla ante los reyes de Castilla? ¿Qué podéis esperar de al Zogoybi, nacido bajo los peores augurios?

El hombre habla justamente. ¿Pero hay algún remedio?

—Dejad vuestras querellas dementes —prosigue, seguro de sí mismo—. Volveos hacia el único que aún puede salvarnos.

Con los ojos clavados en los labios del orador, todos esperan el nombre del salvador.

—Sólo le conocéis a él. Hijo y nieto de sultán, en su sangre arde la llama de nuestros príncipes nazaríes. Su nobleza sólo es comparable a su valor. El mismo Alá nos envía a semejante cabecilla… Hablo de al Zagal, por supuesto, el invencible Muhammad Abu Abdallah, cuyo sólo nombre reanima el coraje de los creyentes y siembra el terror entre los infieles.

Una ovación acoge ese nombre. Con un mismo grito la multitud aclama tanto al faquí como a su pretendiente. ¿No ha sido al Zagal desde hace meses

el brazo derecho del sultán? Su madurez y valentía son la única esperanza del reino.

Informado del clamor popular, Abu al Hasán se ha inclinado. Zoraya le ha oído incluso reír. Una risa que rechina un poco, pero adivina aliviada.

—Mira cómo, por primera vez desde hace mucho, mi pueblo y yo estamos de acuerdo —murmura dirigiéndose a su esposa—. Si aún hay una esperanza, la última, para Granada, desde luego es al Zagal quien la encarna.

El cansancio turba de nuevo la voz del príncipe. En sus labios, la sonrisa se vuelve melancólica.

—Pobre Ronda. Pobre reino. Menuda herencia le dejo a mi querido Muhammad…

El soberano dicta una misiva para el emir de Málaga a uno de los secretarios reales que han acudido a su orden. Luego se vuelve hacia su esposa:

—El Altísimo ha hablado, mi vida. En Su Misericordia, me evita asistir a la muerte de todo lo que amo.

Diez días más tarde, a la cabeza de trescientos caballeros, al Zagal cruza la puerta de Ilbira. Triunfal, el cortejo caracolea sobre sus corceles de la mejor sangre capturados al enemigo ese mismo día. Lleva tras de sí a los once caballeros de Calatrava capturados en la escaramuza.

—Feliz presagio —murmura la multitud entre dos aclamaciones al nuevo sultán.

Durante mucho rato, a través de las calles de Granada, al Zagal y su tropa se muestran al pueblo reunido. Entre aclamaciones, pasan el puente del Qadi, y suben hacia la Alhambra, donde Abu al Hasán espera a su hermano menor.

La mascarada llega a su fin al borde del Sahan Arrayahin. El emir de Málaga se empeña en entrar solo. Se precipita hacia su hermano mayor y se inclina para besar las manos. Abu al Hasán se lo impide. Bajo los ojos de Zoraya, que permanece discretamente a la sombra de las arcadas, los hermanos se abrazan. Los dos se muestran graves, y sus gestos están marcados por un púdico afecto.

—Me pesa, hermano mío, tener que rendirme a tu petición —declara enseguida al Zagal—. Me desagrada subir a un trono que, tanto por el valor como por el derecho del primogénito, sólo a ti te pertenece.

—El valor ha desaparecido, Muhammad, ya lo sabes. El Altísimo ha querido que mi cuerpo se debilite a medida que se debilitaba el reino. Este

reino necesita a un hombre fuerte, y tú eres ese hombre. Sólo tú, si Alá lo permite, eres capaz de salvar Granada.

Al pronunciar estas palabras, Abu al Hasán agita tristemente la cabeza. En el rostro de su esposo, Zoraya percibe con claridad la duda.

Los dos hombres atraviesan el patio desierto. Se dirigen hacia la sala del trono. Nadie les está esperando. Los cortesanos, ese día, no han osado aparecer.

—Hace mucho que para mí están muertos los tiempos de fasto y felicidad —continúa Abu al Hasán, que con un brazo cansado se apoya en el hombro de su hermano—. Ha llegado entonces el último día de mi reinado.

Cuando se cruzan con ella, sin verla, la joven tiene tiempo de captar algunas palabras más:

—Mientras yo me voy a buscar en algún palacio solitario la paz que me rehúye desde hace tantos meses —susurra, sin aliento, su esposo—, quiera Dios que tu destino sea más propicio que el mío…

Los dos hermanos están solos en la sala que ha sido testigo de la grandeza de los sultanes de Granada. Conscientes de estar saludándose por última vez, se abrazan en silencio. En la luz de esta tarde que declina, se sienten frágiles, esos dos reyes de un reino inestable, esos dos guerreros que han combatido tanto tiempo hombro contra hombro y que el destino hoy separa. Uno tendrá que seguir combatiendo, aunque sin esperanza. El otro tiene por adversarios la vejez, la enfermedad y la muerte, invencible trío al que se enfrentará con la cabeza alta.

Dos reyes, dos guerreros, dos hermanos se separan en este momento con la misma pregunta ansiosa en el corazón:

—¿Puede todavía salvarse Granada?

CAPÍTULO XXIX

Salobreña, septiembre de 1485

La residencia real de Salobreña será la tierra de su exilio. Estarán lejos de la capital, al abrigo de sus desgarros. El aire marino, espera Zoraya, será beneficioso para la salud del sultán caído.

Ha tenido el tiempo justo para despedirse de Malika. Sus encuentros se han espaciado en los últimos años. La vida y sus golpes las han separado. Las breves palabras garabateadas reemplazaron poco a poco a las largas confidencias. Pero las dos mujeres se conocían tan bien, que ya no necesitaban palabras. La llamada de una, la sonrisa de otra, y enseguida se reencuentran, cómplices como en los lejanos días de Dar al Anuar.

Esta vez, la separación amenaza con ser definitiva. ¿Quién puede decir lo que será de Granada, o de Salobreña, en los meses venideros?

—Cuidate mucho, mi *djeniya*, mi hada —murmura Zoraya, con los ojos en los ojos de su amiga—. Y tenme informada, si puedes, de todo lo que pase.

—Dios quiera que todo esto se acabe. Bajo el reino del sultán al Zagal o el del *sejid* Abu Abdil, ¿qué importa? Ojalá podamos volver a encontrarnos sanas y salvas en una Granada en paz.

—No olvides que Abu Abdil se llama también al Zogoybi, el Desafortunado. Y que más de una vez ya le ha hecho el juego al enemigo. ¿Y si por él Granada se volviera cristiana? —susurró la sultana, con un nudo en el estómago.

—Volveríamos a hacer el equipaje, y reemprenderíamos la marcha. Después de todo, nuestros ancestros eran nómadas —responde Malika con un desapego que, una vez más, la última, la desconcierta—. Mektub, *habibti*, lo que tenga que ser será… Has de saber que, pase lo que pase, aunque no nos volvamos a ver jamás en este mundo, mi corazón y mi pensamiento te acompañarán siempre…

Las dos mujeres, en un mismo abrazo, confían al cielo sus destinos antes de retomar, cada una, el camino que las aleja a una de otra.

Para la sultana de Granada, más que la partida y el exilio, esta despedida sella el fin de una vida.

El viaje en litera, y el dolor de abandonar para siempre su amada Granada, han agotado al emir. Su esposa y los pequeños príncipes fingen alegrarse de la tranquilidad de Salobreña, del aire puro de la colina rocosa que rodea un valle fértil, del círculo protector de las montañas, que sólo se abre sobre el azul infinito del mar, de los jardines deliciosos de su residencia, en fin, de las huertas, de los estanques y las salas principescas, cuya decoración parece muy modesta comparada con las bellezas de la Alhambra. El sultán finge creer sincero su entusiasmo. No abandona la habitación en la que lo retienen sus males, pero sonríe con gratitud ante la palabrería de los suyos.

—Padre —implora Meryem, cuyos ojos turquesa brillan de excitación—, cuando os hayáis restablecido, ¿vendréis conmigo al pabellón de las rosas? La mar es tan bonita en ese lugar, cuando sus aguas transparentes capturan el azul del cielo…

—Padre —exige Saad—, ¡tenéis que curaros rápido! He descubierto en las caballerizas un semental magnífico. Tiene una estrella en la frente que señala a Dios con el dedo. Estoy deseando enseñároslo.

—Yo he hecho progresos en el juego de tabla —interrumpe su hermano pequeño—. Al galope, a diez varas, clavo el asta justo en el corazón de la diana. ¿Vendréis, padre, a verme?

—Estoy orgulloso de vosotros, hijos míos —les responde ese día el soberano, postrado en la cama—. Hago lo que puedo por acceder a vuestros deseos y ponerme en pie… Sin embargo, si se diera el caso de que el Todopoderoso tuviera otros planes para mí, y tuviera que alcanzar pronto el paraíso de Alá, quisiera confiaros a cada uno una misión.

La cabeza pelirroja y las dos morenas se acercan. Su madre permanece tumbada.

—A los tres, con un mismo corazón, os confío a la compañera de mis días felices. Que nada, de vosotros, vaya a disgustarla. Quiero que seáis para la *sejidah* Zoraya un tesoro precioso, ese mismo que mi amor ya no podrá llenar…

Zoraya, en el otro extremo de la habitación, siente un escalofrío.

—A ti, Meryem —prosigue el emir con voz siseante—, te confío el cuidado de amarla y quererla. Incluso cuando hayas entrado en el seno de una nueva familia, quiero que veles por que nunca le falten ni la ternura ni el calor que ella tan bien sabe dar a cada uno de nosotros.

Con la respiración cada vez más entrecortada, Abu al Hasán gesticula con esfuerzo.

—A vosotros, mis hijos, os pido que protejáis a vuestra madre. Los tiempos, ya lo sabéis, son desastrosos. Incluso aquí, incluso en la fortaleza de Mondújar donde tal vez Zoraya quiera retirarse, en todas partes, un día u otro, los cristianos pueden aparecer. Aún sois jóvenes. Pero pronto seréis hombres. Quiero que hagáis juramento de defender y proteger siempre a mi amada.

El sultán se interrumpe un instante, con el rostro crispado bajo el efecto de un dolor brutal. Después continúa:

—Habéis de saber que cada uno de nosotros se lo debe todo a quien le dio la vida. Recordad lo que dijo del Profeta, la salvación sea sobre Él, cuando alguien le preguntó quién tenía más derecho a su benevolencia: «Tu madre», respondió el Enviado de Dios. «¿Y después?», insistió el hombre. «Tu madre», respondió de nuevo el Mensajero. Lo dijo una tercera vez y, solamente después, añadió «Tu padre»…

Impresionados por la gravedad del soberano, los tres niños prestan juramento. Frente al rostro enflaquecido sobre el cual brilla una sonrisa serena, ahora guardan silencio. Y luchan contra las ganas de llorar.

* * *

Apenas han pasado unos días, cuando Abu al Hasán se vuelve hacia Zoraya, que ya no se aparta de la cabecera de su cama.

—Esta vez, la vida me abandona de verdad. No, no protestes —corta él cuando la joven esboza un gesto suplicante—. Déjame hablar… Tú me llamabas tu refugio. Desde hace ya mucho tiempo, desde el primer día, fuiste tú quien fue el mío. Tú has sido la antorcha que iluminaba mi camino, un dulce deseo en mi corazón, y la revelación del amor del Altísimo en mis sueños… Hoy, a pesar del reino que se desmorona, a pesar de mis errores y mis faltas, me voy contentó, gracias a ti, porque una cosa, al menos una sola cosa, la he podido hacer bien. Lo que hemos construido juntos, mi estrella, mi Zoraya: nuestro amor, la piedra sagrada de nuestro amor, te lo debo. Nos lo debemos el uno al otro. Y tal vez el Misericordioso, con toda su indulgencia, ha querido concederme, si no haber sido un buen rey, al menos haberme convertido en un hombre. Haberlo hecho por ti, para ti, gracias a ti, mi querida mujer.

Zoraya no dice palabra. Sobre sus mejillas, sobre sus labios, sobre sus manos, las lágrimas hablan por ella.

—Siento que la vida me abandona —continúa Abu al Hasán en un suspiro —. Pero me voy con nuestro amor. Y nosotros sabemos, tú y yo, que la muerte jamás gustará de aquél cuyo corazón vivió por amor. No tengas duda de que en el paraíso de Alá yo pasaré mi eternidad esperándote…

—Mi señor —se lamenta la joven que, apretando la mano de su esposo, se llena los ojos del rostro amado.

—No llores, mi corazón.

—Yo también os esperaré —consigue murmurar Zoraya—. Cada día, recorreré los jardines en los que fuimos felices, y vos estaréis a mi lado. Cada mañana, me recogeré en vuestro mihrab de Mondújar, y vos vendréis a reuniros conmigo. Cada noche, me dormiré con vuestro nombre en los labios, y vos me visitaréis en sueños. A cada hora, suplicaré al Todopoderoso que tome una vida que ya no significará nada para mí, y que me vuelva a llamar junto a Él, junto a vos…

—No harás nada de eso —refunfuña Abu al Hasán—. Tú vivirás. Harás crecer a nuestros hijos en nobleza y sabiduría. Les enseñarás que la sabiduría es abrazar la vida con todas las fuerzas, como tú misma la has abrazado siempre. Les explicarás que la nobleza es amar como tú amas, es decir, sin medida. Lo sabrán todo, no necesitarán nada, si les transmites eso. Podrán vivir sin reino, podrán andar descalzos, incluso, si tal fuera la voluntad del Todopoderoso para ellos. Y tú, tú tendrás mi bendición para siempre.

Con una mano que la enfermedad hace insegura, Abu al Hasán acaricia el rostro desconsolado. Sus dedos recogen una gota salada y la llevan a sus labios. Sus grandes ojos negros se clavan en las pupilas oceánicas. Lentamente, largamente, con una tierna pasión formada de recuerdos y juramentos, sus dos miradas se unen. Ya no hay Granada, ni reino, ni guerra. No hay más que un hombre y una mujer unidos por el mismo amor. No hay más que dos amantes, dos cuerpos, un solo corazón que, juntos, hacen frente a la muerte.

—El hombre es espuma del mar que flota en la superficie del agua —continúa penosamente el sultán—. Cuando el viento sopla, la espuma se desvanece como si nunca hubiera existido. Eso es lo que pasará con mi vida, muy pronto desvanecida por la muerte.

Zoraya no puede contener el llanto.

—No tengas pena, princesa. Estés donde estés, hagas lo que hagas, mi amor continuará contigo. Podrán pasar los años, declinar las estrellas del firmamento, ser reducido a polvo mi cuerpo: más allá de la muerte y el tiempo, nuestro amor sobrevivirá para toda la eternidad. Pues todo pasa,

princesa de dulce sonrisa; todo pasa, pero en el otoño de la vida, sólo el amor queda…

Fuera, el sol ha declinado, sumiendo la habitación en tinieblas. Las esclavas han encendido los candelabros cuyo resplandor, a partir de entonces, titila en las pupilas de los soberanos. Lenta, grave, serena, llega la noche. Vencido por el cansancio, Abu al Hasán ha cerrado los ojos. Las dos respiraciones, ralentizadas, siguen entrelazadas. Con la cabeza apoyada en el cuello de su esposo, con la mano asida a la mano amada, Zoraya se duerme a su vez. Quien los viera en su sueño diría que son dos gigantes de piedra, unidos para la eternidad.

Al alba, sólo la joven se despierta. Contra el suyo, el cuerpo helado del sultán ha dejado de vivir.

CAPÍTULO XXX

La sombría escolta ha dejado Salobreña. Más arriba, siempre más arriba, escala por el costado de la sierra. A las encinas y las ruidosas arboledas ha sucedido la áspera soledad del llano. Los embates de un viento helado fuerzan a agachar los rostros. Aún ayer, el rodar de las piedras puntuaba la marcha silenciosa. Desde el incendio del alba en las cimas nevadas, sólo el crujido de la nieve bajo los cascos de las mulas marca el ritmo del cortejo fúnebre.

Fustigado por la borrasca, delante de la joven viuda, el cuerpo del soberano reposa bajo su mortaja. Zoraya no puede apartar los ojos de esa forma inerte cuyos secretos modela el lienzo impúdico. Le duele todo el cuerpo, destrozado por tres días de cabalgata. Un sollozo reprimido le abrasa el pecho. Y sin embargo sus ojos están secos, y sus labios se cierran sobre el dolor que ella calla. Desearía abrazar ese cuerpo, ese pobre cuerpo que sacude la litera. Tocarlo, besarlo, amarlo una vez más. Querría, locamente, sentir bajo sus palmas esa carne de la que conoce cada curva, cada rincón, cada misterio. Reencontrar, al abrigo de las miradas, la seda de los bucles plateados, y el pelo de la barba, y la jungla del pecho. Saciarse de esa piel tan dulce, frágil, en el nacimiento del cuello. Besar la comisura del ojo, allí donde cae el párpado sobre el terciopelo de la sien. Seguir con los dedos la línea de los músculos, y el vientre, tan duro, donde ella posaba su cabeza.

¿De qué sirven esos deseos? ¿A quién dirige ese impulso quebrado? Porque esa carne está fría. Porque ningún aliento, ya, llena el pecho del príncipe, ningún brillo anima sus pupilas, y su sonrisa nunca, nunca más, tensará sus labios…

La comitiva, vacilante, se detiene un momento. La cima está cerca de ese monte anónimo que domina Granada. Ante la tropa enlutada se abre un desprendimiento de nieve, un promontorio encaramado en la pendiente. Con una mirada silenciosa, un hombre interroga a la sultana. Es Ibrahim, el escudero, que ha querido acompañar a su señor en su última cabalgata. La joven viuda opina. Sí, aquí está muy bien. El silencio, el viento, la inmaculada soledad, con Granada adivinándose allá abajo: el sultán se sentirá bien aquí.

Los hombres ponen pies a tierra. En el suelo helado, excavan la tumba de aquel que ha rechazado los honores del cementerio real de la Alhambra. Nada de mármol, nada de piedra orgullosamente esculpida. Sólo un agujero en la tierra de su amado reino con las nieves eternas, para siempre, sobre su cabeza, y Granada a sus pies.

Saad, Nasar y Meryem se han adelantado. El imán, a su lado, salmodia la plegaria de los muertos. Irreales minutos en que, bajo el viento salvaje, un puñado de hombres y mujeres permanecen en silencio alrededor del cuerpo real, diminuto ante la inmensidad.

Con un sollozo seco, Zoraya hace la señal que todos esperaban. Durante un momento, la mano ha permanecido suspendida por encima de la forma blanca. Después ha vuelto a caer, inerte, a su lado. El cuerpo del hombre, lentamente, se hunde en la tierra… Con unos ojos que se niegan a pestañear, la joven viuda mira fijamente el pozo de sombra que engulle a su esposo. Se balancea, tensa, por encima de la tumba. Con un puño protector, su hijo mayor la retiene. Enfebrecida de repente, Zoraya atrae hacia sí a los tres príncipes reales. Saad, Nasar, Meryem: el último regalo que le confía Abu al Hasán.

—Vuestro padre es feliz, ahora —se oye a sí misma murmurar con voz quebrada—. Reposa en paz en los jardines celestes. Es vuestro deber, nuestro deber, mostrarnos dignos de él. Dignos del guerrero, del rey, del héroe. Dignos, sobre todo, mis tiernos niños, del hombre amante que fue. Porque vuestro padre, mi esposo, habrá sido por encima de todo un noble servidor del amor…

Caen los primeros puñados de tierra sobre la forma blanca. Sopla el viento del norte, feroz, mientras el imán retoma el hilo de la oración fúnebre.

—Pueda el difunto reunirse en el Jardín de Alá con todos los que amó. Pueda su alma noble descansar al fin. Pueda, desde donde se encuentre, perdonarnos y bendecirnos.

Tiritando de frío y de dolor, doce siluetas se recogen. Esos hombres, esa mujer, esos niños piensan en los años pasados, en los que habrá que afrontar en un reino en ruinas, en ese esposo, ese padre, ese rey cuya existencia acaba aquí, lo más cerca posible de un cielo desde el cual velará por ellos en adelante.

«Te quiero, mi esposo, mi rey —se estremece Zoraya, con el corazón desfallecido—. Echo de menos tu sonrisa, y tu voz, y tu mirada amorosa. Acabas de traicionarme, por primera vez. Me duele, mi amor. Pero te sé, te

siento presente a mi lado. Mañana, como ayer, seguirás siendo mi fuerza… Estás en mí para siempre».

La joven viuda se tambalea ante la tumba. ¿Demasiada desesperación o acceso de rebeldía? En el rayo del sol que escapa a las nubes y de repente le quema el rostro, en el calor difuso que poco a poco la envuelve, en la aceptación dolorosa, en fin, que se apodera de ella, cree adivinar la dulzura de un abrazo. Inesperada, en sus pupilas llorosas, vibra una sonrisa.

Burgos, noviembre de 1502

Fuera, la nieve no ha dejado de caer. En el recibidor caldeado por una modesta llama, dos mujeres están cara a cara. Una es delgada, diáfana bajo el velo y el vestido de paño oscuro. Su rostro corroído por las arrugas irradia un poder cariñoso. Sus ojos negros centellean, rodeados por las huellas de la risa. La mano que tiende hacia la más joven ofrece amparo y consuelo. La otra es una bella mujer pelirroja, altiva criatura cuya resplandeciente mirada marina afirma al punto su vivacidad y orgullo. Su cabeza, sin embargo, se acaba de inclinar. Cuando la abadesa le ha comunicado la noticia, la visitante no ha pronunciado palabra. Apenas un suspiro, y una brusca palidez en su rostro. Su cuerpo grita por ella: en ese momento, se derrumba.

—Llora, mi niña. Llora tanto como lo pida tu ternura. Llora sin vergüenza, desahógate —susurra en sus oídos la voz de la religiosa.

La joven resiste. Su cuello se tensa, sus puños se crispan. Sólo los hombros, en silencio, se abaten, mientras se desliza hasta el suelo la redecilla fileteada de perlas que sostenía su pesado moño. Un mar de lágrimas incendiadas sobre el terciopelo azul intenso de su vestido.

—Mal que pese a los espíritus fríos —añade la abadesa con dulzura—, las lágrimas tienen el poder de purificar los corazones.

Con un brazo en el talle de su compañera, una mano sosteniendo su mano, la madre María de la Encarnación la lleva hasta una butaca que dormita cerca de la chimenea.

—¡Qué joven eres, pequeña! —observa en un suspiro—. Y cómo te le pareces… Quiera Dios que conozcas la paz que yo le he conocido. Y la alegría. Y la confianza, también. Quiera Nuestro Señor que, en el pesar, la gracia de la sonrisa materna te sea revelada.

La visitante no responde. Encerrada en su silencio, mira el fuego fijamente con ojos enternecidos.

—Se ha ido tan rápido… —murmura finalmente—. ¡Tan rápido! Y no la he vuelto a ver. Pensar que hace sólo cuatro días…

Por la mejilla de la joven, acaba de rodar una lágrima. La enjuaga con un gesto brusco.

—Hace cuatro días, la habrías visto, sí —confirma la religiosa—. Habrías recogido el último suspiro, tan ligero, de aquella que se ha ido como una pájaro.

Con su mano delicada estrechando la mano helada, la abadesa se inclina sobre su compañera. Una sonrisa ilumina su rostro.

—¿Y qué? La muerte no es el final. Y, puesto que has venido desde Córdoba, por un impulso según dices, no hay duda de que la querida Isabel te ha llamado, y quiere hacerte entender…

—¿Entender qué? —interrumpe la otra con voz seca—. ¿Desde cuándo hablan los muertos?

El tono es amargo. Bajo una mirada que se tiñe de un azul helado, la joven contrae la mandíbula. La sublevación y la burla rechinan en su entonación.

—Hacerte entender lo que hay más allá de las lágrimas —prosigue la madre María de la Encarnación sin perturbarse—. No la violencia, sino la ternura. No la amargura, sino la alegría… ¿De qué sirve contenerse, joven Meryem, si me permites llamarte con el nombre que ella te daba siempre? ¿De qué sirve reprimir tu tristeza? Al contrario, llora. Lava con lágrimas tu dolor… Ella también lloró. De angustia y de soledad, de rebelión y de impotencia. Lloró, se lamentó, rabió… Pero cuando vino a nosotras, sus lágrimas eran de pura alegría. Allí donde se posaba su mirada, no veía más que la belleza, la voluptuosidad, las risas de un mundo del que hasta el dolor había acabado pareciéndole delectable.

Con sus pupilas marinas clavadas en los labios de la abadesa, la huérfana se deja mecer por sus palabras.

—Decidme más, madre —suplica con una voz que empieza a apaciguarse —. Contadme.

—¿Qué puedo contarte que no sepas ya? ¿Describir su frente apacible y sus ojos de fuego? ¿Sus labios dulces y el ardor de su carne? Lo que Isabel tenía de particular, y que con el tiempo quizá tú también avives, era el fervor. Tu madre ardía con un sol interior, algo que se alimentaba de la risa, el abandono y el desapego. Ella era vibrante aprobación de la vida que todo su ser cantaba, abrazaba, abrazaba hasta en el más anodino de los gestos.

—Mi padre estaba muerto, no obstante —susurra doña María con una voz impregnada de reproche—. Y su reino, poco después que él, acabó por

naufragar.

—Granada se había convertido al cristianismo —corrige dulcemente la religiosa—. En cuanto a Muley Hacen el Valeroso, había abandonado esta tierra, en efecto. Pero vivía en el corazón de Isabel como ella vivirá en adelante en el tuyo, en el mío, capaz de alegrar el alma de quien siga queriéndola.

Se hace un nuevo silencio, que subraya, apacible, el crepitar de los troncos bajo las llamas. Como una ola arrastrada por la noche, resuena de vez en cuando un coro de voces cristalinas: el oficio de completas empuja hasta el recibidor el viento de sus plegarias.

—Habladme más de ella —insiste doña María—. Explicadme sus últimos meses, sus últimos días entre vuestras hermanas.

—Has de saber, para empezar, que por este fervor del que te hablaba hace un momento, por esa alegría liberada de todo vínculo, mi joven hermana Isabel fue para todas nosotras un rayo de luz. Por lo demás… ¿Qué puedo decirte, si no es que la vida, el deseo, abrasaron hasta el último momento su cuerpo debilitado? Un deseo casi sin objeto, y que parecía pura alegría. Alegría… sin motivo, como ella decía.

Es el turno de la abadesa de mostrarse turbada. Como por pudor, camina hasta la ventana, donde llora la nieve en gruesos copos.

—Lo demás, lo esencial, estoy segura de que lo encontrarás en esta carta que me dio para ti. ¡No te muevas! —añade la religiosa, que ha percibido a su espalda el impulso de su compañera—. Yo te la traigo.

De nuevo junto al fuego enrojecido, la madre María de la Encarnación tiende hacia lajoven sus dos manos abiertas. Una medalla de oro resplandece en la palma de una. Una carta con la tinta aún fresca reposa en la segunda.

Escucha, mi hija querida, mi Meryem, comienza con voz tierna la misiva materna, pues mientras recorre las líneas temblorosas, la huérfana cree oír la entonación alada de Zoraya.

Si estás leyendo estas líneas, es que sabes que he partido… Perdóname, mi querida hija, por abandonarte así, sin avisar. Mis fuerzas huyen tan rápido… No he visto acercarse la hora del traspaso. Incluso esta misiva que empiezo, y de la que sólo consigo redactar algunas líneas cada día, ¿estoy segura de poder concluirla?

¡Cómo me habría gustado, mi Meryem, estrecharte con fuerza contra mi corazón una última vez! Pero el cielo ha tomado otra decisión… No llores, mi tierna niña. No te subleves. Mejor escucha. Escucha… En el fondo de tu corazón, si prestas atención, estoy segura de que me oirás. Pues no muero.

Entro en esa otra vida en la que desde hace mucho tiempo me espera mi amado, y desde donde yo no dejaré de amaros, a ti y…

La caligrafía materna aquí ha vacilado. A menos que sea Doña María, quien está luchando por descifrar. De hecho, las lágrimas caen sobre sus párpados.

¿Te acuerdas de los días de luto que siguieron a la muerte de tu padre? Vivíamos, con tus hermanos, los cuatro retirados en Mondújar. A lo lejos el reino se dividía, al Zagal y al Zogoybi se enfrentaban, nuestro pueblo se desgarraba, y por encima del valle de la Alegría, el tiempo permanecía inmóvil. El mundo estaba completamente loco, la tragedia estaba en marcha, Granada iniciaba su agonía. Allí arriba, en ese refugio que había soñado el amor de mi esposo, la paz permanecía suspendida. ¿La paz? No sólo ella. También la alegría, a pesar de todo.

A doña María, con la mirada llorosa perdida en el vacío, no le cuesta evocar a la *sejidah* Zoraya de aquellos años. Vuelve a ver la silueta ligera que parecía vivir en un sueño. Ese sueño, de una lentitud maravillada, daba al rostro de su madre una expresión de recogimiento. La hermosa viuda tenía la sonrisa grave, los ojos tiernos de siempre, y en su corazón como un silencio que al acercarse la pequeña Meryem creía oír estremecerse… Doña María, al recordarlo, deja escapar un suspiro. ¿Se ha tomado alguna vez la molestia de preguntarse qué se escondía detrás de aquel silencio?

Yo creía amar tanto a tu padre como para morir. A veces, su ausencia se hacía insoportable, y corrosivo el recuerdo. Pero la mayor parte del tiempo sentía a mi esposo tan cerca… Tan cerca, mi tierna hija, que me parecía indudable que más allá de la muerte seguiríamos queriéndonos. Tan cerca que yo vivía de ese amor por el que un día creí morir.

Zoraya, Muley Hacen… En el espacio de un segundo dos sombras enlazadas, vestidas al modo morisco, han atravesado el recibidor en el que velan una religiosa y una princesa de Castilla. Las llamas, a su paso, crepitan con más fuerza. A lo lejos, las voces virginales se han callado. En su ensoñación con sabor a sal, doña María sonríe a la pareja que pasa y le devuelve la sonrisa.

No llores, mi niña querida: ya ves que no estoy lejos. Tu padre me convenció, y yo también te lo aseguro: el corazón que vivió por amor, no conoce la muerte… Ama, Meryem, ama locamente, apasionadamente, absolutamente. Ama a don Gonzalo de Córdoba, el esposo que tu corazón te designó desde el momento en que lo viste al lado de los reyes españoles.

Ama hasta perderte, encontrarte, y no pertenecerte más, sólo al Amor, que nos sobrepasa. Amor al hombre, amor a Dios, amor a la naturaleza entera: no hay otro bien que el amor, ¿me entiendes?

Doña María la entiende. En sus oídos resuena una vez más la voz ardiente que acompañó su infancia, encantándola con su ardor.

Una última cosa, mi Meryem. Una confesión. Una plegaria.

—Oh, madre mía, madre querida… Viva o muerta, no cambiarás, ¿verdad? —murmura la huérfana con ternura—. ¿Qué más me vas a pedir?

Incluso si mis días terminan en ese apacible convento, nunca más me llamaré cristiana, María (pues tal es tu nombre ahora). No más de lo que fui musulmana en el tiempo en que era Zoraya.

Soy hija de un mundo convulso en el que los contrarios, al unirse, concibieron a al Andalus, la preciosa. Soy reina de aquel reino perdido, mi hija querida, mi niña morisca, como tú misma eres infanta…

Te lo ruego, Meryem, no olvides. No olvides nunca que, también tú, eres una princesa andaluza. Que el fuego corre por tus venas, y la dulzura, y el fervor, esa simple y santa voluptuosidad de estar en el mundo. No olvides que fuiste modelada por esa tierra única de Granada, tierra a la que el amor arrebatado a la vida la elevaba por encima del gusto por las armas, del poder y de la lúgubre ascesis.

En los tiempos de cruda lucha en los que la fe de los simples se pierde en provecho de la ley de los doctos, recuérdalo, mi bella andaluza, y da testimonio de que la vida no es ese valle de lágrimas que en su ceguera los hombres modelan. La vida es como la hace tu mirada: bella si la ve bella, repulsiva si la mancilla…

Sostenido por el ronroneo del fuego, un silencio de recogimiento flota desde hace un instante sobre la habitación. A unos pocos pasos de la chimenea, la madre María de la Encarnación observa con afecto a la huérfana. ¡Cómo se ha endulzado su rostro! Su cuello ya no está rígido, ni su mirada altiva. Sólo unas lágrimas mudas. Y esa sonrisa pensativa que anima sus labios pálidos a medida que avanza en su lectura. «Qué hermoso es, madrecita, el camino que me señalas —piensa en ese momento doña María—. Y lleno de esperanza el canto en el que meces mi arrebato».

Doña María. Zoraya. En este humilde recibidor en el que tantas veces velaron juntas la religiosa y la sultana, una hija y su madre, más allá de la muerte, se vuelven a reunir. La misiva continúa con una caligrafía que se va haciendo cada vez más torpe.

El otoño acaba de caer sobre Burgos. No tiene la indolencia de Granada en esta época, ni sus perfumes, ni su benefactora frescura. Tiene sus encantos, no obstante, que he aprendido a apreciar: los colores de los bosques, la abundancia de oro, de cobre, de bronce en los matorrales donde serpentean los olores del musgo y el champiñón. Nada de jazmín, sin embargo, ni de naranjos, ni de granadas azucaradas. A veces echo de menos todo eso…

—Oh, madre mía, mi tierna madre, es a ti a quien voy a echar de menos —se estremece doña María, que siente acercarse el último adiós.

Mi cuerpo está hecho a la imagen de este país del norte. También arde, pero con una llama interior que quema y consume. Sus formas y sus fuerzas arrancan poco a poco del árbol las hojas que renacerán mañana. No caen, sino que se posan. Y yo, poco a poco, reposo, ligera, ¡oh, tan ligera!

Doña María aguza el oído, y no percibe más que un suspiro, casi una sonrisa, un beso tal vez, que la acaricia y luego se difumina, finalmente, entre las líneas.

¿Es esto, pues, morir? No abrazarse, sino besarse. Abrasarse en un ardor desapegado que besa a todos los que ama, los seres, los lugares, los días que ha amado; que los besa y los libera…



LAURENCE VIDAL es una periodista y escritora francesa nacida en 1960 en la ciudad de París. Ha trabajado para distintos medios como *Le Figaro Litteraire* como crítica literaria, ha publicado biografías de personalidades históricas y actualmente está dedicada al estudio y enseñanza del yoga Cachemira (en Quebec y posteriormente en Suiza). Su libro más conocido dentro y fuera de Francia es *Los amantes de Granada*, una novela histórica ambientada en esta ciudad española que se publicó en 1999 y para la que utilizó su estancia en Sevilla como documentación. Sin embargo, destacan también otros títulos como su *biografía sobre el Dalai Lama* o *El silencio sana* con Yolande Duran-Serrano.

Notas

[1] *djinns*: espíritu de la mitología árabe preislámica. Se trata de un pueblo de criaturas sobrenaturales que aparecieron en la mitología de los árabes antes del Islam pero fueron adaptados dentro de la teología musulmana, a veces como interpretación de los dioses menores o espíritus de otras religiones. Al igual que los humanos, los genios son creados en estado pureza, es decir que nacen creyendo en la Unidad de Dios; su entorno es el que cambia esta disposición natural de toda creatura. Los genios, por lo tanto, no son naturalmente malvados o benignos. (*N. del Ed.*) <<

[2] *habibti*: querida; amor mío. (*N. del Ed.*) <<

[3] baño árabe, baño turco o *hamán*, es una modalidad de baño de vapor que incluye limpiar el cuerpo y relajarse. Por extensión se denominan igualmente así, los edificios públicos en los que estos se encontraban y cuya estructura respondía a las distintas estancias que precisa el proceso del baño. (*N. del Ed.*) <<

[4] *kohl*: cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de Oriente Medio, Norte de África, África subsahariana y Sur de Asia, y en menor medida por los hombres, para oscurecer los párpados y como máscara de ojos. (*N. del Ed.*) **<<**

[5] *zéjeles*: Composiciones poéticas de la métrica popular hispanoárabe, propagada también a la poesía castellana; está formada por uno o dos versos iniciales que componen el estribillo y un número variable de estrofas; cada estrofa está formada por tres versos monorrimos seguidos de un último verso, la vuelta, que rima con el estribillo. (*N. del Ed.*) <<

[6] *adab*: conjunto de «ciencias propedéuticas entre los árabes». El término adab es, en un principio, sinónimo de *sunna* en el sentido de «uso, costumbre, norma de conducta correcta y recomendada, transmitida por los antepasados. (*N. del Ed.*) <<

[7] Si Dios quiere. (*N. del Ed.*) **<<**

[8] *wakil*: delegado o agente que actúa en nombre de un principal. (*N. del Ed.*) <<

[9] *qadi o cadí*: juez de los territorios musulmanes, que reparte las resoluciones judiciales en acuerdo con la ley religiosa islámica (la sharia). (*N. del Ed.*) <<

[10] *amines*: personas de confianza. (*N. del Ed.*) <<

[11] *duán*: reuniones del gobierno. (*N. del Ed.*) <<

[12] *sura*: Versículo o capítulo en que se divide el Corán. (*N. del Ed.*) **<<**

[13] *qaid o caíd*: término árabe referente al gobernador de los territorios del Norte de África y Al-Ándalus. (*N. del Ed.*) **<<**

[14] *alcasba*: alcazaba, construcción o recinto fortificado de carácter urbano, cuya función era servir de residencia a un gobernador para defender presumiblemente un lugar determinado y sus contornos, albergando una guarnición que, con frecuencia, conformaba un pequeño barrio militar con viviendas y servicios, constituyendo una ciudadela. Solían estar asociadas a un alcázar o castillo situado en uno de sus extremos, aunque este era independiente de la propia alcazaba y del resto de la ciudad, y en caso de asedio, las poblaciones de los núcleos urbanos donde se asentaban, buscaban refugio tras las murallas de dichas alcazabas. (*N. del Ed.*) **<<**

[15] *alhameños*: Naturales del municipio de Alhama de Granada. (*N. del Ed.*) <<

[16] *mouharram*: es el primer mes del calendario islámico, consta de 30 días. (*N. del Ed.*) <<